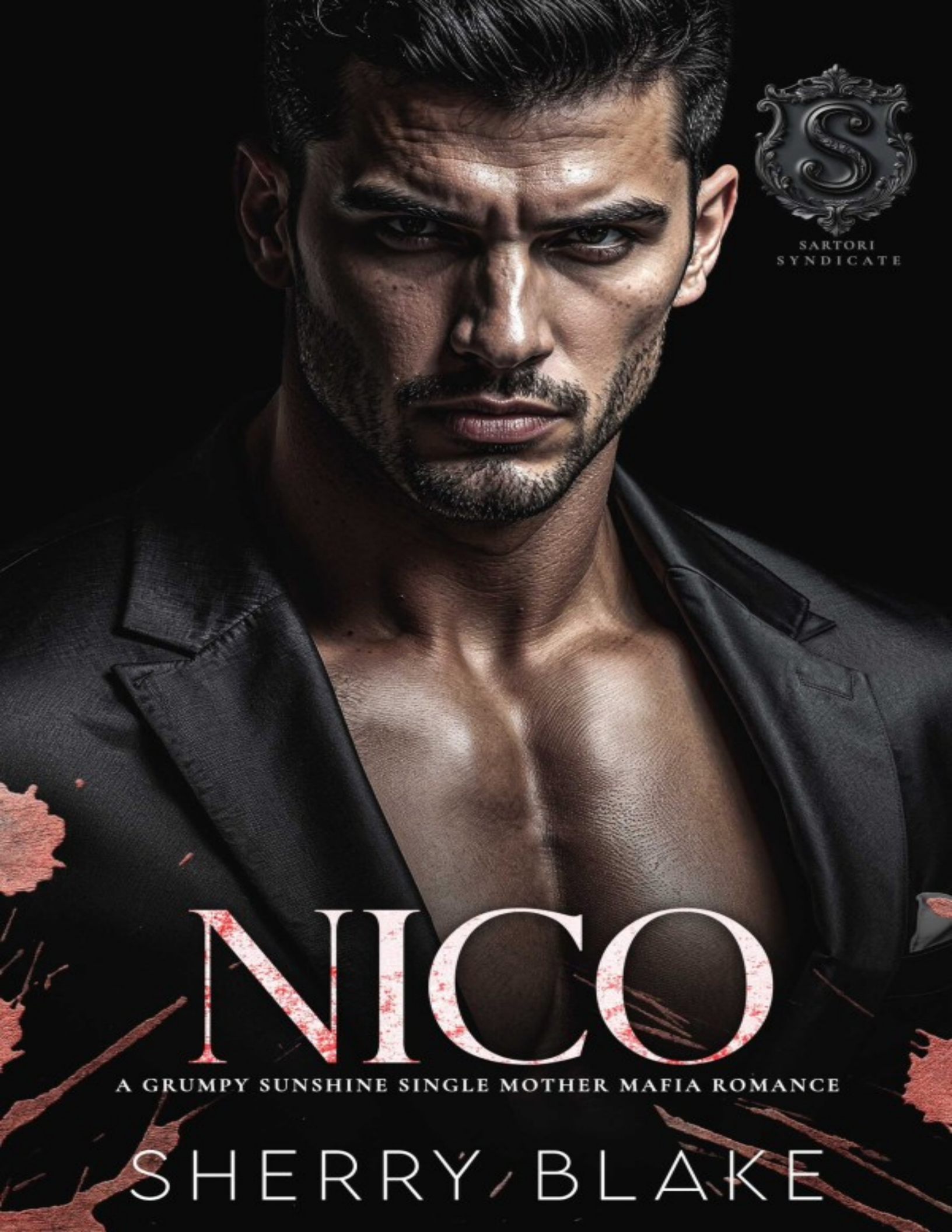
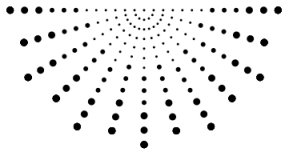

SARTORI
SYNDICATE
NICO
A GRUMPY SUNSHINE SINGLE MOTHER MAFIA ROMANCE
SHERRY BLAKE

NICO

UNA NOVELA ROMÁNTICA DE MAFIA GRUMPY SUNSHINE CON UNA MADRE SOLTERA

FERETTI SYNDICATE

LIBRO TRES



SHERRY BLAKE



Rosanthe Publishing

Copyright © 2026 por Sherry Blake

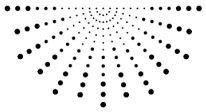
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo métodos electrónicos o mecánicos, sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas utilizadas en reseñas o análisis académicos.

El derecho moral del autor ha sido reivindicado.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos reales es puramente coincidencia y no es la intención del autor.

AVISO DE CONTENIDO



Este libro trata temas para adultos que incluyen:

- Maltrato doméstico
- Manipulación emocional
- Explotación financiera
- Acoso e intimidación física por parte de una expareja
- Amenazas relativas a la custodia de un menor
- Crimen organizado relacionado con la mafia italiana y la mafia rusa
- Violencia con armas de fuego y un tiroteo con consecuencias casi fatales

- Comportamientos autodestructivos como las autolesiones, el consumo excesivo de alcohol e ideación suicida

- Secuelas psicológicas permanentes derivadas de las relaciones abusivas

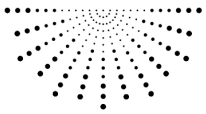
- Contenido sexual explícito

- Lenguaje soez

- Dificultades económicas y relaciones familiares tensas

Esta novela está dirigida a lectores mayores de 18 años.

DEDICATORIA



Para Kristen Thomas.
Hay historias que eligen a sus lectores.
Esta te eligió a ti.

AGRADECIMIENTOS

Kristen fue mi primer encuentro cercano de verdad a través de mis libros.

La primera lectora que dio un paso más allá, no solo hacia la historia, sino hacia mí.

Compartió su propio trauma conmigo no porque tuviera que hacerlo, sino porque el trauma tiene una forma de reconocerse a sí mismo. Nos conecta en silencio, con honestidad y sin pedir permiso. Por esa confianza, le estaré eternamente agradecida.

Esta heroína lleva su nombre.

Y espero que su historia os llegue del mismo modo que la de Kristen me llegó a mí.

Mi más sincero agradecimiento tanto a Kristen como a Lisa, las lectoras beta de este libro, que caminaron junto a estos personajes antes de que el mundo pudiera hacerlo.

El amor, siempre, encuentra su camino.

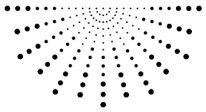
ÍNDICE

Aviso de contenido
Dedicatoria
Agradecimientos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44

Escena Bonus Exclusiva
Acerca De Sherry Blake
Otras Obras de Sherry Blake

CAPÍTULO UNO



Nico

La hoja de cálculo de mi teléfono me devuelve el brillo como si fuera un corte de mangas.

El correo electrónico de Liam ha llegado a las 4:47 de esta mañana. Porque, al parecer, ese hombre no duerme. Llevo veinte minutos mirando fijamente los manifiestos de carga mientras finjo que desayuno.

Hay algo que no cuadra. Las discrepancias de peso en los materiales de construcción de nuestro proveedor de Jersey son mínimas. Una variación del tres por ciento, quizá del cuatro. Cualquier otro lo llamaría un error de redondeo.

Yo no creo en los errores de redondeo.

—Nico —la voz de Vittoria interrumpe mis cálculos—. Vas a acabar haciendo un agujero en el teléfono de tanto mirarlo.

No levanto la vista. —Estoy trabajando.

—Tierra llamando a Nico —un trozo de pan rebota en mi hombro.

Eso capta mi atención. Levanto la cabeza despacio, clavando en mi hermana una mirada que ha hecho que hombres hechos y derechos confiesen cosas que ni siquiera habían hecho. —¿Me acabas de tirar comida?

Vittoria sonríe, completamente imperturbable. Tiene el pelo oscuro recogido en ese moño desordenado que lleva cuando se ha pasado toda la noche programando, y hay una suficiencia en su mirada que me indica que sabe perfectamente cuánto me irrita eso.
—No respondías a los estímulos verbales. He tenido que pasar a la acción.

—La próxima vez prueba con una bala. Será más eficaz.

—Nico —dice Nora con suavidad desde el otro lado de la mesa, sin levantar la vista de su café—, pórtate bien.

Desvío la mirada hacia la mujer de Pietro. Todavía se me hace raro pensar en ella así, la princesa de la mafia irlandesa que, de algún modo, se convirtió en familia.

Pasé los tres primeros meses esperando a que le cortara el cuello a Pietro mientras dormía.

No lo hizo. Obviamente. En lugar de eso, se casó con él, y ahora se sienta a nuestra mesa de desayuno como si hubiera nacido para ello.

Mi hermano parece otro últimamente. Los rasgos afilados siguen ahí. Sigue siendo el Don. Pero hay algo que no estaba hace seis meses, cuando se lanzaba de cabeza hacia las balas como si intentara encontrar la que llevaba su nombre.

Nora consiguió eso. Le dio una razón para volver a casa.

No lo entiendo. Y tampoco me fío. El amor vuelve a la gente descuidada. Predecible. Crea vulnerabilidades donde no debería haber ninguna.

Pero Pietro está vivo y lidera mejor que cuando asumió el cargo por primera vez, así que me guardo mis opiniones para mí mismo.

—Nico.

Levanto la vista ante la voz de Pietro.

—Necesito que te encargues de algo.

—Los envíos de Jersey no cuadran —digo de inmediato—. Una variación del tres por ciento, pero es constante en todo el...

—No es eso —Pietro hace un gesto con la mano—. Lo miraré más tarde. Esto es diferente.

Espero. Mis dedos dejan de tamborilear sobre la mesa.

—Giulia se va a tomar un tiempo libre.

Las palabras no computan. Las paso por mi cerebro de nuevo, buscando el significado oculto, el subtexto.

Nada.

—¿Qué?

—Un par de meses —continúa Pietro, como si no acabara de decir algo completamente de locos—. Se va a Sicilia. Ya le tocaba desde hace mucho.

Le miro fijamente. Giulia. Tomándose tiempo libre. Giulia, que ha dirigido esta casa desde antes de que yo supiera andar. Giulia, que sobrevivió a cosas que habrían hundido a cualquier otro y salió adelante con una voluntad de hierro y amor en sus manos. Giulia, que no se ha tomado unas vacaciones en los quince años que llevo teniendo uso de razón.

—¿Pero qué cojones?

Vittoria suelta un bufido en su zumo de naranja.

—Se lo merece —dice Nora en voz baja—. Ha cargado con esta familia durante mucho tiempo.

No lo discuto. Giulia es lo más parecido a una madre que tenemos la mayoría de nosotros. También es el pilar emocional de toda esta operación, la única persona capaz de mirar a Pietro como si todavía fuera el niño que solía robar galletas de su cocina.

¿Pero dos meses?

—¿Quién va a...? —me detengo. La respuesta ya se está formando en la expresión de Pietro. Ese ligero rictus en su boca. La forma en que Vittoria, de repente, evita mirarme a los ojos.

No.

—Necesitamos a alguien que la sustituya temporalmente —dice Pietro—. Alguien que dirija al personal de la casa. Que se encargue de las operaciones domésticas.

—Contrata a alguien —digo tajante.

—Eso hago —toma un sorbo de su expreso—. Tú vas a encontrar a esa persona.

El silencio que sigue es ensordecedor.

—No.

—No es una petición, Nico.

—Yo dirijo la construcción. Me encargo de la logística. Gestiono a trescientos empleados y diecisiete empresas pantalla —mi voz es perfectamente plana. Controlada—. Yo no contrato criadas.

—Tú contratas a todo el que pone un pie en este complejo —rebate Pietro—. Haces controles de antecedentes a los jardineros. Has examinado personalmente a cada miembro del personal de cocina. Tienes expedientes de personas que entregaron paquetes aquí una vez hace tres años.

Vittoria tose. Suena sospechosamente a risa.

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

Porque eso son problemas de seguridad. Eso es reconocimiento de patrones, evaluación de amenazas, proteger a esta familia de infiltraciones. Eso es lo que hago. En lo que soy bueno.

Entrevistar a amas de llaves es... doméstico. Mundano. Por debajo de lo que requiere mi atención.

—Pietro —dejo el teléfono con cuidado—. Sé razonable.

—Estoy siendo razonable. Eres la persona más minuciosa de esta familia. Encontrarás a alguien de confianza —hace una pausa—. Alguien que pueda manejar los... aspectos únicos de trabajar aquí.

Se refiere a las armas. La sangre. Los hombres que vienen y van a horas intempestivas. El hecho de que el personal de nuestra casa tenga que firmar acuerdos de confidencialidad más gruesos que la mayoría de los contratos corporativos y entender que lo que ven nunca sale de estos muros.

—Debe de haber alguna agencia...

—¿Crees que confío en una agencia? —la voz de Pietro se endurece—. Si alguien entra en esta casa, lo ve todo. Ven a Vittoria. Ven a Nora. Ven dónde dormimos, qué comemos, cuándo somos vulnerables.

—Necesito a alguien a quien hayas examinado personalmente —concluye—. Alguien por quien te jugarías la vida.

Quiero decirle que esto es un desperdicio de mis habilidades, de mi tiempo y de mi atención.

Pero tiene razón.

Cualquiera que trabaje dentro de estos muros tiene acceso a todo. Un miembro del personal comprometido, un topo infiltrado, y toda la familia queda expuesta. He visto que eso ha ocurrido en otras organizaciones. No permitiré que ocurra en la nuestra.

Aprieto la mandíbula. —Está bien.

Pietro asiente, como si hubiera sabido que aceptaría desde el principio. Cabrón.

—Giulia se va en dos semanas. Ten a alguien formado para entonces.

Vuelvo a coger el teléfono y abro un archivo en blanco. Mi mente ya está dando vueltas a los requisitos. Protocolos de comprobación de antecedentes. Autorizaciones de seguridad. Estructuras de entrevistas.

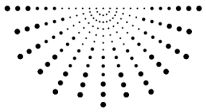
Dos semanas para encontrar a alguien en quien confiaría dentro de nuestro hogar.

Alguien que no salga corriendo gritando cuando se dé cuenta de lo que somos.

Alguien que pueda lidiar con el tipo particular de caos de esta familia.

Joder.

CAPÍTULO DOS



Kristen

El olor a tostada quemada llena nuestro minúsculo apartamento a las seis y cuarto de la mañana.

Perfecto. Simplemente perfecto.

Agito un paño de cocina frente al detector de humo antes de que empiece a pitar y despierte a todo el edificio. El tostador —una bestia caprichosa que compré en el rastro por tres dólares— me ha traicionado de nuevo. Saco el pan ennegrecido con un tenedor y lo tiro a la basura, calculando mentalmente si nos queda suficiente para otro intento.

Sí que nos queda. Por los pelos.

—¿Mami? —La voz de Lily llega desde el dormitorio, suave por el sueño y curiosa—. ¿Qué es ese olor?

—Nada, pequeña. Solo el desayuno, que se está portando mal.

Entra en la cocina con su pijama de unicornio, con sus rizos castaños formando un halo salvaje alrededor de su cara. Tiene cuatro años y ya es lo bastante lista para saber cuándo miento. Lo ha heredado de mí. La capacidad de calar a la gente. No de él.

Me agacho y abro los brazos. Ella se abalanza sobre mí, toda piel cálida y ese aroma tan suyo. Inspiro su fragancia. Esto. Por esto es por lo que me fui.

—¿Tortitas? —pregunta esperanzada.

Miro la despensa casi vacía. —Hoy tocan tostadas con crema de cacahuete. El sábado de tortitas ya casi está aquí.

Se lo piensa con la gravedad de un juez del Tribunal Supremo. —¿Con pepitas de chocolate?

—Si te comes toda la verdura esta semana.

—Trato hecho. —Me tiende su manita y sellamos el acuerdo.

Estas mañanas solían ser diferentes. Antes.

Cuando aún estaba con Jack, las mañanas significaban andar de puntillas. Mantener a Lily callada para que no le molestara. Asegurarme de que su café estuviera listo antes de que se despertara, con los huevos hechos exactamente como a él le gustaban... lo cual cambiaba según su humor, así que nunca acertaba del todo. Contenía la respiración cuando sus pasos resonaban en el pasillo, intentando adivinar su peso. Pesados significaba mala noche. Más pesados significaba una mañana peor para mí.

Ahora las mañanas son nuestras. Desordenadas, imperfectas y nuestras.

Pongo dos rebanadas nuevas en el tostador, vigilándolas más de cerca esta vez. Lily se sube a su elevador en nuestra minúscula mesa y empieza a colocar su colección de conejitos de peluche. Tres conejos. A todos les ha puesto variantes de «Conejito». Conejito, Coni y Sir Orejas Tercero.

Sir Orejas fue mi aportación. A ella le pareció tronchante.

Mi móvil vibra. No hace falta que mire para saber quién es, pero lo hago.

Mamá: ¡Buenos días, cielo! Solo quería saber cómo estáis. ¿Has pensado en lo que te dije?

Vaya si lo he pensado. Lo pensé mientras miraba fijamente el techo a las dos de la mañana, con el estómago revuelto por esa clase particular de rabia y dolor que solo una madre puede inspirar.

Lo que me dijo fue que debería darle otra oportunidad a Jack. Que el matrimonio conlleva mucho trabajo. Que él parecía desolado cuando habló con él la semana pasada y que, seguramente, yo estaba siendo demasiado dura.

Demasiado dura. Después de años siendo borrada trozo a trozo hasta que no podía ni reconocerme en el espejo.

Escribo la respuesta: Buenos días, mamá. Estoy liada preparando a Lily. Hablamos luego.

No hablaremos luego. Ella lo sabe. Yo lo sé. Pero mantenemos la farsa porque es lo que hacemos.

—¿Quién es? —pregunta Lily, sin levantar la vista de su organización de conejos.

—La abuela, dándonos los buenos días.

—Ah. —Una pausa—. ¿Va a venir la abuela?

—Hoy no, pequeña.

El alivio cruza su rostro. Tiene cuatro años. No debería sentirse aliviada porque su abuela no venga a visitarla.

Pero Lily se percata de todo. Los niños son esponjas para el clima emocional, y la mía lleva demasiado tiempo absorbiendo las lecciones equivocadas.

Nunca menciono su nombre delante de ella. Nunca hablo del divorcio. No es que esté finalizado, porque él sigue retrasando el papeleo. Para Lily, papá simplemente... ya no está aquí. Y eso está bien. Tiene que estar bien.

Saltan las tostadas. Esta vez están doraditas. Pequeñas victorias.

Extiendo la crema de cacahuete con cuidado, quitando los bordes porque ella los odia, y coloco los triángulos en su plato favorito. El de los elefantes bailarines. Otro hallazgo del rastro. Toda nuestra vida es de segunda mano, pero al menos es nuestra.

—Aquí tienes, preciosa.

Da un bocado y me sonríe con la barbilla ya manchada de crema. Se me rompe un poquito el corazón. Una rotura de las buenas. De las que dejan entrar la luz en lugar de la oscuridad.

Me siento frente a ella con mi propio desayuno. Café solo y las cortezas de pan que ella ha rechazado. Un poco de proteína vendría bien, pero el presupuesto para la compra no da para tanto hasta el viernes.

Mi móvil vuelve a vibrar. Un número diferente esta vez.

Recordatorio automático de pago: Su cuota mensual de 1.500 $ vence en 3 días.

La tostada con crema de cacahuete se me convierte en serrín en la boca.

Ochenta y siete mil dólares. Ese número acecha mis sueños. Me persigue en cada turno, en cada propina contada, en cada cupón recortado. Se suponía que la deuda era para la cirugía de Lily cuando tenía ocho meses. Un defecto cardíaco que necesitaba una corrección inmediata. Jack se encargó del papeleo porque yo estaba demasiado aterrorizada, demasiado agotada, demasiado concentrada en mantener a mi bebé con vida para leer la letra pequeña.

Estúpida. Qué estúpida.

Dejo el móvil boca abajo sobre la mesa. El pago se descuenta automáticamente ahora. Mil quinientos dólares que corroen mi cuenta bancaria como el ácido cada mes. Dejándome bajo mínimos para el resto.

—Mami, estás poniendo esa cara.

Parpadeo. —¿Qué cara?

—La cara triste. —Lily inclina la cabeza, estudiándome con esos ojos gris azulados reflejo de los míos—. Tu boca se pone así. —Me lo muestra, apretando los labios en una línea fina.

Dios. Es demasiado observadora. Está demasiado en sintonía con mis estados de ánimo.

Fuerzo mi expresión para que se suavice. —Solo pienso en cosas aburridas de mayores, cariño. No tienes de qué preocuparte.

Acepta la explicación con un asentimiento y vuelve a sus tostadas. Sir Orejas también recibe un bocado, lo que significa que más tarde me tocará lavar crema de cacahuete de un pelaje sintético.

Hoy es mi día libre. No trabajo hasta mañana por la noche, cuando me enfundaré en el uniforme blanco y negro para servir champán a gente que gasta más en aperitivos de lo que yo gano en un mes. Una gala lujosa en el centro. La empresa de catering me llama cuando necesitan manos extra. No ocurre con la frecuencia necesaria, pero pagan en efectivo la misma noche.

Mi madre aceptó quedarse con Lily. Aceptó con ese tono particular de voz. Ese que dice «te estoy haciendo un favor y me

debes gratitud».

Lo acepto. No tengo elección.

El teléfono vibra por tercera vez. Le doy la vuelta, esperando otro recordatorio de deuda o el seguimiento pasivo-agresivo de mi madre.

Jack: ¿Videollamada con Lily a las 17:00? Echo de menos a mi princesa.

Se me tensa la mandíbula. Echa de menos a su princesa. Ya. La echa tanto de menos que se mudó a Nueva York por una «oportunidad laboral» dos meses después de que yo lo dejara. No peleó por la custodia. Ni siquiera pidió derechos de visita. Simplemente... se desvaneció en su nueva vida con ella.

La amante. Veintitrés años, rubia, trabaja en una agencia de marketing. Me enteré de su existencia seis meses antes de irme por fin. El descubrimiento ni siquiera fue dramático. Ni rastro de carmín en los cuellos ni cargos misteriosos en las tarjetas de crédito. Solo su móvil iluminándose mientras él se duchaba, y yo teniendo por fin el valor de mirar.

«Hola, cariño, tengo muchas ganas de verte esta noche».

Me quedé allí quieta, en nuestro dormitorio, y no sentí nada.

Eso fue lo que más me asustó. No la rabia. No el desamor. Solo el vacío reconocimiento de que yo me había ido de ese matrimonio mucho antes de saberlo.

—Vale —le escribo ahora—. A las 17:00 está bien.

Llamará desde donde quiera que esté realmente. Probablemente desde el apartamento de ella. Probablemente con ella merodeando fuera de cámara, esperando a que él termine con esta molesta obligación hacia su hija. Les dijo a todos que había aceptado un puesto en una firma de inversiones en Manhattan. Un nuevo comienzo. Una oportunidad para reconstruirse.

Jack es un buen mentiroso. El mejor que he conocido. Miente como los demás respiran.

Hubo un tiempo en el que me creía cada una de sus palabras.

Lily termina su tostada y levanta el plato. —¡Ya está!

—Muy bien, cariño. Vamos a asearte.

Le limpio la cara con una servilleta de papel húmeda mientras ella se retuerce y suelta risitas. Una mañana normal. Una rutina normal. La clase de normalidad que tanto me costó construir.

Mientras enjuago el plato en el fregadero, veo mi reflejo en la ventana. Ojos cansados. El pelo recogido en un moño desordenado.

No echo de menos a Jack.

Esa constatación todavía me sorprende a veces. Años de matrimonio y me siento más ligera sin él. Como si hubiera estado cargando con piedras en los bolsillos sin darme cuenta hasta que por fin las solté.

¿Por qué tardé tanto?

La pregunta me ronda por la cabeza mientras ayudo a Lily a elegir la ropa del día. Camiseta morada con una mariposa. Leggins rosas. Calcetines desparejados porque insiste en que ese es su «estilo».

¿Por qué me quedé? ¿Por qué le creí cuando decía que yo estaba exagerando? ¿Por qué pedí perdón por cosas que no eran culpa mía? ¿Por qué me encogí, me encogí y me encogí hasta que apenas existía?

No tengo respuestas. Quizá nunca las tenga.

Pero estoy aquí ahora. Sin blanca, agotada, ahogándome por una deuda que aún no comprendo del todo.

Libre.

—¿Mami? —Lily me tira de la manga—. ¿Podemos ir al parque hoy?

Repaso mi calendario mental. Sin trabajo. Sin citas. Solo nosotras.

—Sí, pequeña. —Sonrío, y esta vez es una sonrisa de verdad—. Vamos al parque.

Nico

El jaleo empieza antes de que los vea.

Voces elevadas resuenan por el vestíbulo de la mansión.

Ya me estoy dirigiendo hacia el ruido cuando Pietro aparece a mi lado.

—Prepárate —masculla.

—¿Para qué?

Las puertas principales se abren de par en par.

Aria Sartori entra cual tormenta mediterránea. Todo es seda y furia apenas contenida. A sus sesenta y tres años, nuestra madre todavía se mueve como si fuera la dueña de cada habitación que pisa. Porque lo es. Su cabello oscuro veteado de plata está recogido de forma severa, resaltando sus pómulos.

Tras ella, Valentino llena el umbral. Mi primo mide un metro noventa, es ancho como un muro y tiene ese aspecto curtido que dan los años bajo el sol de Sicilia. Los hilos grises salpican ahora su pelo negro en las sienes. Sus ojos oscuros escanean el vestíbulo incluso antes de cruzar el umbral. Viejas costumbres. Compartimos esa paranoia en particular.

Su madre, mi tía Carmela, los sigue de cerca. La hermana viuda de Aria es de rasgos más suaves, más silenciosa, pero sus ojos guardan el mismo acero. Perdió a su marido hace veinte años. El dolor las convirtió en compañeras de piso en una villa siciliana.

—¿Dónde está él? —exige Aria. Sin saludos. Sin cortesías. Solo la pregunta que la ha estado consumiendo desde que subió al avión.

Pietro da un paso al frente. —Mamá...

—Ni se te ocurra. —Levanta una mano y los diamantes de sus anillos captan la luz—. No me vengas con «mamá», Pietro. Te he hecho una pregunta sencilla.

—Bruno está en su habitación. —La voz de Pietro se mantiene nivelada. Firme. La máscara de Don bien puesta—. Está... teniendo una mañana difícil.

La expresión de Aria flaquea. Solo por un segundo. Luego vuelve el acero.

La observo con atención. Es solo la tercera vez que vuelve desde que se mudó a Sicilia tras el infarto de nuestro padre. Huyó de

Chicago como si la ciudad misma la hubiera herido, lo cual, en cierto modo, era cierto. Cada esquina guardaba el recuerdo de Giuseppe. Cada restaurante, cada iglesia, cada sombra de la vida que habían construido juntos durante cuarenta y cinco años.

Volvió una vez. Cuando Bruno por fin abrió los ojos tras pasar seis meses en coma.

Aguantó tres horas.

Ver a su hijo menor en esa silla de ruedas, con las piernas inútiles y los ojos llenos de rabia y dolor, rompió algo en ella. Porque Bruno en esa silla significaba Riccardo bajo tierra. El mismo día. Las mismas balas. La misma boda que debía ser una celebración y se convirtió en una masacre.

—Voy a verlo ahora —anuncia Aria. No es una petición.

—No quiere visitas. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda frenarlas.

La mirada de Aria se clava en mí. —Nicolò.

Odio mi nombre completo. Siempre lo he odiado. Pero ella es la única que lo usa y nunca he tenido las narices de corregirla.

—Mamá. —Inclino la cabeza en señal de saludo.

—¿Crees que me importa lo que quiera Bruno? —Cruza la distancia que nos separa. De cerca, puedo ver el agotamiento bajo su maquillaje perfecto. Las sombras bajo sus ojos—. Llevé a ese niño nueve meses en mi vientre. Yo lo crié. Veré a mi hijo.

—Ya no es un niño. —Mantengo mi voz plana. Neutral—. Es un hombre que ha pasado por el infierno y no sabe cómo volver de allí. Presionarlo no ayudará.

—No te atrevas a decirme cómo tratar a mis propios hijos. —La voz de Aria es puro hielo—. Perdí a un hijo. No voy a perder a otro por culpa de su propia amargura.

No reacciono. Me limito a sostenerle la mirada hasta que es ella la que aparta la vista.

Valentino se aclara la garganta. —¿Quizá un café primero? Ha sido un vuelo largo.

Aria se alisa la blusa de seda, recobrando la compostura. —Café. Sí. Y luego veré a Bruno. —Pasa por nuestro lado hacia la cocina, con Carmela siguiéndola.

Pietro exhala lentamente. —Tienes suerte de que no haya usado el zapato. —Me da una palmada en el hombro, apretando una vez antes de soltarme—. Valentino. Me alegro de verte, primo.

Se abrazan brevemente. Como hacen los hombres de nuestro mundo. Un brazo, tres palmadas en la espalda, y listo. La mirada de Valentino me encuentra por encima del hombro de Pietro.

—Nico. —Me tiende la mano.

La acepto. Su apretón es firme, con callos de años de un trabajo del que no habla. Dirigir operaciones en Sicilia significa cosas distintas a dirigirlas aquí. Métodos más antiguos. Lealtades más añejas. Valentino tiende puentes entre ambos mundos. Lo bastante tradicional para la vieja guardia, lo bastante práctico para los negocios modernos.

—¿Cómo de mal está el tema? —pregunta en voz baja.

No fingo que no le entiendo. —Peor que la última vez. Se ha vuelto... cruel. Lo usa como armadura.

Valentino asiente despacio. Tensa la mandíbula y, por un momento, veo al chico que solía pasarme cigarrillos a escondidas cuando éramos adolescentes. Antes de que todo se fuera a la mierda.

—¿Y tú? —Sus ojos oscuros escrutan mi rostro—. ¿Cómo lo llevas?

La pregunta me pilla desprevenido. Nadie me pregunta eso. Yo soy el que observa, el que calcula, el que ve las amenazas antes de que se materialicen. No soy yo por quien hay que preocuparse.

—Bien —digo automáticamente.

La expresión de Valentino dice que no me cree. Pero no insiste. Por eso nos llevamos bien. Sabe cuándo dejar las cosas estar.

—Deberíamos hablar más tarde —dice—. Asuntos de Palermo. Algunas preocupaciones.

—En mi despacho. Esta noche.

Asiente una vez y luego sigue a las mujeres hacia la cocina.

El regreso de Aria lo cambia todo. El aislamiento de Bruno no podrá resistir frente a su determinación. Y sean cuales sean los asuntos que Valentino trae de Sicilia... no son buenas noticias. Sus señales son sutiles, pero lo conozco hace demasiado tiempo.

Algo va mal.

Pietro vuelve a aparecer a mi lado. —¿Estás bien?

—Tiene arrestos para una mujer de su edad.

—Años de práctica con papá. —Un rastro de sonrisa cruza su rostro—. Tiene miedo, Nico. No es más que eso. Le aterra perder a otro hijo, y el miedo la vuelve...

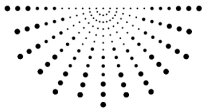
—¿Violenta?

—Apasionada. —Suspira—. Necesito que encuentres a esa ama de llaves. Pronto. Mamá ha venido porque Giulia no puede subirse a un avión sin alguien de su confianza. Se marcharán las dos el mismo día y la ausencia de Giulia se notará aún más. Es la única capaz de gestionar esta familia sin que corra la sangre.

Pienso en la pila de currículums que no he tocado. En las entrevistas que he estado evitando. En la tarea imposible de encontrar a alguien que pueda navegar por nuestro mundo sin pestañear.

—Yo me encargo.

CAPÍTULO TRES



Kristen

El espejo del baño tiene una grieta que lo recorre desde la esquina. Estaba así cuando nos mudamos y el casero juró que lo cambiaría. Eso fue hace ocho meses.

Me acerco más al cristal, con cuidado de angular la cara lejos de la fractura para no parecer una especie de cuadro cubista mientras me pongo la máscara de pestañas. La empresa de catering nos quiere pulcras pero no llamativas. Maquillaje obligatorio, pelo recogido, lo bastante invisibles como para mimetizarnos con el fondo mientras servimos champán a la gente.

El aplicador de la máscara me tiembla ligeramente en la mano. Lo dejo sobre el lavabo de porcelana desconchada y presiono las palmas contra él mientras respiro.

Puedes lograrlo. Es una noche. Ocho horas. Luego a casa.

Desde el dormitorio, oigo a Lily reírse de algo en la pantalla. Peter Pan. Otra vez. La hemos visto tantas veces que podría recitar el diálogo en sueños, pero el sonido de su risa hace que me duela el pecho de la mejor manera posible.

Termino de maquillarme. Base para cubrir las ojeras, colorete para fingir algo de color en las mejillas, lápiz de labios en un tono

que la empresa llama «nude profesional», lo cual suena vagamente inapropiado si te paras a pensarlo mucho.

Me recojo el pelo en un moño impecable, como ellos quieren. De todos modos, siempre lo he preferido así. Jack solía odiarlo, decía que me hacía la cara demasiado redonda y la mandíbula demasiado afilada.

Es curioso cómo todo lo que él odiaba de mí se siente ahora como una pequeña victoria.

Compruebo mi reflejo una última vez. El polo negro y los pantalones de pinzas están recién planchados. Mis manoletinas cómodas están rozadas pero limpias.

—¡Mami, ven a ver! —me llama Lily.

Abandono el baño y la encuentro despatarrada en nuestra cama; nuestra cama, porque este apartamento solo tiene un dormitorio y prefiero dormir en el suelo antes que obligarla a ella a hacerlo. Lleva su pijama favorito, el de las estrellitas que ya le queda corto de piernas, y su pelo oscuro se extiende sobre la almohada.

Wendy está volando por la pantalla y los ojos de Lily están abiertos de par en par con asombro.

Dios, cómo me gustaría meterme en esa cama junto a ella. Me gustaría estrechar su cuerpecito cálido contra el mío y ver Peter Pan por centésima vez y olvidar que en treinta minutos tengo que ir a servir canapés a desconocidos mientras sonrío como si no me dolieran los pies y no se me estuviera rompiendo el corazón.

—Tengo que irme a trabajar, pequeña —le digo suavemente, sentándome en el borde del colchón.

—Lo sé. —No aparta los ojos de la pantalla—. Viene la abuela.

—Eso es.

Suena el timbre y se me encoge el estómago.

Hablando del rey de Roma.

Beso la frente de Lily y me dirijo a la puerta. A través de la mirilla, la veo.

Mi madre.

Mary Thomas está en el pasillo con el bolso apretado frente a ella como un escudo y los labios apretados en esa línea particular que significa que tiene opiniones que apenas logra contener. Tiene

sesenta y dos años pero parece más joven, gracias a los buenos genes y al tipo de autocuidado meticuloso que surge de creer que la apariencia de una mujer es su principal moneda de cambio. Su pelo rubio —mantenido en peluquería para ocultar las canas— está peinado en ondas suaves. Su atuendo está coordinado hasta los pendientes. Incluso para hacer de canguro, parece lista para un almuerzo de gala.

Quito el cerrojo y abro la puerta.

—Kristen —dice mi nombre como un suspiro, como si la estuviera agotando solo por existir en este diminuto apartamento en lugar de en la bonita casa que Jack nos proporcionó.

—Hola, mamá.

Entra en casa, y sus ojos hacen ese barrido que siempre hacen. Catalogando el espacio reducido, los muebles de segunda mano, la evidencia de mis decisiones. Observo cómo analiza el sofá de segunda mano, los platos desparejados secándose en el escurridor, la mancha de humedad en el techo que apareció el mes pasado y no ha mejorado nada.

—El pasillo huele a cigarrillos —dice.

—El vecino fuma.

—Podrías hablar con el casero.

—Podría hacer muchas cosas.

Se le tensa la boca. Siento que el cansancio familiar se me instala en los huesos. El hastío de tener la misma discusión silenciosa una y otra vez sin llegar a pronunciar las palabras.

¿Por qué le dejaste?

¿Por qué no vuelves con él?

¿Por qué te estás haciendo esto a ti misma?

Mi madre no es mala persona. Lo sé. Lo sé igual que sé que el cielo es azul y que el cumpleaños de Lily es en marzo y que los cobradores de deudas volverán a llamar mañana. Me crió sola después de que mi padre se marchara, trabajó turnos dobles, se aseguró de que tuviera ropa, comida y un techo. Me quiere. Quiere a Lily.

Pero fue criada por una mujer que creía que a los hombres había que mimarlos, que el trabajo de una esposa era suavizar las

asperezas, que mantener contento a un marido valía cualquier sacrificio personal.

Mi abuela se quedó con un hombre que bebía demasiado y hablaba demasiado poco, y ella lo llamaba devoción. Mi madre absorbió esas lecciones como si fueran el evangelio.

Así que cuando dejé a Jack, cuando finalmente hice una maleta, cogí a Lily y salí de aquella hermosa casa con sus hermosos muebles y su hermosa mentira de matrimonio, mi madre no pudo entenderlo.

—No te pegaba —había dicho ella, como si ese fuera el único parámetro que importara.

Y yo había querido gritarle. Había querido explicarle que hay formas de romper a una persona que no dejan moratones. Que Jack se había pasado años haciéndome cada vez más pequeña hasta que apenas me reconocía a mí misma.

Que él controlaba el dinero, criticaba mi cuerpo y me obligaba a pedir permiso para cosas que deberían haber sido mi derecho. Que miraba a otras mujeres mientras yo estaba allí mismo y me hacía sentir que era culpa mía por no ser suficiente.

Pero no pude decirle nada de eso. Porque si lo hiciera, tendría que ver la cara de mi madre al darse cuenta de que el encanto que Jack usó con ella era el mismo que había usado conmigo. La misma manipulación. El mismo manual de estrategia.

Ella también cayó. Y admitir que Jack es un monstruo significa admitir que la engañaron.

Así que, en lugar de eso, hacemos esto. Este baile cuidadoso alrededor de la verdad.

—Lily está viendo Peter Pan —digo, cogiendo mi chaqueta del gancho junto a la puerta.

—¿Otra vez?

—Le encanta.

Mi madre se ablanda, solo un ápice. Cualesquiera que sean sus sentimientos sobre mis elecciones de vida, Lily es intocable. —Es una niña muy dulce.

—Lo es.

Me pongo la chaqueta, compruebo la hora en el móvil. La furgoneta de la empresa de catering nos recoge en un punto

céntrico, y si la pierdo, no trabajo. Si no trabajo, no cobro. Si no cobro...

No entres en bucle. Ahora no.

—Hay sobras de pasta en la nevera —digo—. Ya se ha bañado. La hora de dormir es a las ocho, pero intentará negociar hasta las ocho y media. No la dejes.

—Sé cómo tratar a mi propia nieta.

—Sé que lo sabes.

Nos miramos. Hay tanto flotando en el aire entre nosotras. Quiero abrazarla. Quiero zarandearla. Quiero preguntarle por qué no puede ver lo que Jack es en realidad.

Pero no tengo tiempo para nada de eso.

—Volveré sobre medianoche —digo en su lugar—. Quizá más tarde, dependiendo de la limpieza.

—Ve con cuidado.

«Ve con cuidado». Como si el peligro en mi vida fuera el trayecto en metro a casa tarde por la noche y no el hombre con el que no deja de decirme que me reconcilie.

—Siempre lo voy.

Paso por su lado hacia el pasillo y la puerta se cierra con un clic tras de mí. El humo del tabaco del vecino impregna el aire y, en algún lugar de abajo, alguien tiene la música demasiado alta.

Bajo las escaleras de dos en dos.



Nico

Me encuentro al pie de la escalera doble, mirando mi reloj por tercera vez en dos minutos.

Siete y cuarenta y tres. La gala empieza a las ocho.

Esta noche me toca a mí en la rotación. Pietro se encargó de la subasta benéfica del mes pasado. Lorenzo se ocupó de la

recaudación de fondos de la ópera antes de eso. Nos turnamos para escoltar a nuestra hermana o a sus esposas a estas obligaciones sociales como prisioneros sorteando turnos de patio.

Ninguno de nosotros quiere estar allí.

La ausencia de Lorenzo esta noche se siente como un hueco físico en la arquitectura del complejo. Él y Sophia se mudaron. Compraron dos plantas en un rascacielos del centro, todo de cristal pulido y líneas modernas.

Me alegro por él.

Lo digo en serio. En su mayor parte.

Mi hermano pasó catorce años congelado tras la traición de Luna, su ex. Verlo descongelarse por Sophia ha sido lo más parecido a la esperanza que he sentido en años.

Pero Lorenzo guardaba secretos.

Nuestro padre tenía otra familia. Una vida entera que ninguno de nosotros conocía. Lorenzo lo descubrió hace años y lo mantuvo enterrado. Aria nunca lo sabrá a menos que Bruno decida usar la información como arma durante uno de sus episodios crueles. Y Bruno...

Se me tensa la mandíbula.

Bruno también guardaba secretos. La discusión entre él y Lorenzo hace unas semanas casi hace que se nos caigan las paredes encima.

—En una escala del uno al diez, ¿cómo de aburrida será la noche?

Vittoria aparece a mi lado. Viste de verde, con su pelo oscuro recogido en un moño elegante. Está preciosa. Parece que se mantiene entera a base de horquillas y fuerza de voluntad.

—Once —le digo.

—Fantástico. —Se ajusta el bolso de mano, mirando su móvil por quinta vez—. Al menos hay barra libre.

—Tú no bebes.

—Puede que hoy empiece.

Estudio su perfil. La ligera tensión alrededor de sus ojos. Vittoria tiene veintitrés años y ya ha perdido a su padre y a su hermano mayor. Vio a Bruno transformarse del heredero de oro en algo

amargo y roto. Vio a Lorenzo mudarse, a Pietro convertirse en Don, a nuestra madre refugiarse en la negación.

Se está ahogando, pero sigue fingiendo que sabe nadar.

—Vic.

—No lo hagas —se gira para mirarme, con esa falsa alegría firmemente asentada—. Estoy bien. Siempre estoy bien. Esta noche irá bien. Sonreiremos a desconocidos, charlaremos sobre iniciativas benéficas que no nos importan y estaremos en casa a las once.

No estás bien. Ninguno de nosotros está bien.

No lo digo. ¿Para qué serviría? Todos interpretamos nuestros papeles en esta familia. Pietro es el Don reacio. Lorenzo es el diplomático que escapó. Bruno es el heredero roto. Y Vittoria es la princesa que nos mantiene unidos fingiendo que todo es normal.

¿Y yo? Yo soy el que observa. El que ve cómo las grietas se extienden por los cimientos.

El que no hace nada para detenerlas.

—Madre está tardando una eternidad —dice Vittoria, mirando su móvil de nuevo—. Le envié un mensaje hace diez minutos.

—Probablemente siga con Bruno.

La expresión de Vittoria vacila. Solo por un momento. Luego la máscara vuelve a su sitio. —Él no quería visitas hoy. Lo intenté esta mañana.

—Lo sé.

—¿Crees que alguna vez...? —Se calla.

¿Será el hermano que recordamos? ¿Dejará de castigar a todo el mundo por su propio dolor? ¿Se perdonará a sí mismo por haber sobrevivido?

—No lo sé.

Es la respuesta más honesta que puedo darle.

Unos pasos resuenan desde el ala este. Aria aparece primero, resplandeciente en seda color champán, con diamantes que le brillan en la garganta. Carmela la sigue de azul, con la expresión de desaprobación permanente de una mujer que ha visto demasiado y ha perdonado demasiado poco.

—Por fin —murmura Vittoria.

Aria baja las escaleras con la elegancia de alguien que lleva asistiendo a estos eventos toda su vida. Su sonrisa es perfecta. Su postura, impecable. Solo sus ojos delatan la tensión. Ligeramente demasiado brillantes, ligeramente demasiado decididos.

Ella no sabe lo de la familia secreta de Giuseppe. No sabe que el marido al que lloró durante años llevaba una doble vida. Lorenzo tomó esa decisión por ella. Decidió que la verdad destruiría lo que queda de su mundo.

Quizá tenga razón.

Quizá la ignorancia sea la única piedad que podemos ofrecer.

—Nico, cariño. —Aria llega al final de la escalera y me da un beso en la mejilla—. Estás muy guapo. ¿A que está muy guapo, Carmela?

—Parece que preferiría estar en cualquier otro lugar —dice Carmela tajante.

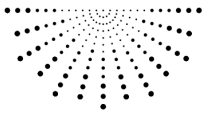
No se equivoca.

—El coche está esperando —digo, ofreciéndole el brazo a mi madre—. Deberíamos irnos.

Vittoria se pone a la par de Carmela, todavía pendiente de su móvil.

Las guío hacia la puerta, pasando por el puesto de seguridad.

CAPÍTULO CUATRO



Nico

Estas galas son una tortura necesaria.

Me apoyo contra la pared del fondo, con un whisky en la mano, observando la sala como si buscara amenazas. Cosa que hago. Viejo hábito. No puedo desconectarlo ni siquiera cuando el mayor peligro es morir de aburrimiento.

El evento benéfico anual de la Fundación Moretti. Lámparas de cristal proyectan una luz fracturada sobre los suelos de mármol. Mujeres con vestidos de diseño. Hombres de esmoquin. Todo el mundo sonriendo, riendo, fingiendo que les importa un bledo cualquier causa que supuestamente estemos apoyando esta noche. ¿Niños enfermos? ¿Agua potable? He dejado de prestar atención hace tres discursos.

Este es el juego. La fachada.

Aparecemos, firmamos cheques con muchos ceros, estrechamos manos de políticos y magnates que se guardan nuestras donaciones en el bolsillo y miran para otro lado cuando los cargamentos pasan por los puertos que deberían estar vigilando.

Posamos para fotografías que saldrán mañana en las páginas de sociedad y todo el mundo ve exactamente lo que queremos que vean.

La familia Sartori. Un imperio de la construcción. Filántropos. Pilares de la comunidad.

No las armas. No los cadáveres. No la sangre que me limpié de los nudillos hace tres noches.

Lo curioso de los civiles es que no quieren saber. Ven el dinero, los trajes, las donaciones benéficas, y rellenan los huecos con lo que sea que los haga sentir cómodos.

Debe de ser dinero de familia. Deben de ser inversiones inteligentes. Debe de ser suerte.

Nunca preguntan de dónde viene. Simplemente asumen que no nacieron con la suerte suficiente para tenerlo ellos.

Es más fácil así.

Doy otro trago al whisky. Al menos la barra es decente.

—Nico.

No necesito girarme para saber quién es.

Amelia se desliza en mi visión periférica como si hubiera nacido para acaparar la atención. Vestido rojo, piernas que no se acaban nunca, realzadas por una abertura que sube peligrosamente. Cabello oscuro peinado sobre un hombro. Labios carnosos pintados del mismo tono que el vestido.

Es hermosa. Objetivamente, innegablemente hermosa.

Y no siento absolutamente nada.

—Amelia —asiento, manteniendo los ojos puestos en la sala.

Ella se acerca y sus dedos me rozan el brazo.

—Me has estado evitando.

¿Lo he hecho? No había pensado en ella lo suficiente como para evitarla activamente—. Ocupado.

—¿Tan ocupado como para no contestar a un mensaje?

Finalmente la miro. Pómulos marcados. Ojos delineados de negro. Una sonrisa que promete cosas que ya ha cumplido. Dos veces.

—La construcción no se gestiona sola.

Su risa es musical y carente de emoción—. Siempre estás trabajando —se inclina hacia delante y baja la voz—. Esperaba que pudiéramos encontrar un lugar... más tranquilo.

Me recuerdo el código que tengo.

Que sea físico. Que sea simple. Que sea insignificante.

Amelia cumple todos los requisitos. Dispuesta. Discreta. Sin expectativas más allá de lo obvio. Hemos follar, y ha estado bien. Eficiente. Sabe cómo moverse, sabe lo que quiere, no finge que sea nada más que dos personas quitándose el gusanillo.

Pero ahora, parado aquí, con su mano en mi brazo, su cuerpo inclinado hacia el mío como una invitación...

No siento nada.

Ni deseo. Ni interés. Ni siquiera ese entumecimiento familiar que he aprendido a aceptar como algo lo bastante parecido a la satisfacción.

Simplemente... nada.

—Esta noche no —le digo.

Su sonrisa flaquea. Solo por un segundo. Luego se recupera, porque las mujeres como Amelia siempre se recuperan—. En otro momento, entonces.

—Quizá.

Ambos sabemos que no lo digo en serio.

Me sostiene la mirada un momento más, buscando algo. Busque lo que busque, no lo encuentra. Aparta la mano de mi brazo.

—Ya sabes dónde encontrarme —se da la vuelta, con su vestido rojo ondeando, y desaparece de nuevo entre la multitud.

La veo marcharse. Encontrará a alguien más antes de que acabe la noche. Algún banquero de inversiones o director ejecutivo de tecnología que apreciará esas piernas interminables y esa risa ensayada.

Me bebo el whisky de un trago.

El problema no es Amelia. El problema soy yo.

Ya no se me permite desear cosas.

Al otro lado de la sala, mi madre se ríe de algo que dice Valentino. Vittoria está cerca, consultando de nuevo su teléfono. Carmela está inmersa en una conversación con una mujer.

Mi familia. Interpretando sus papeles. Manteniendo las apariencias.

Le hago una señal al camarero para que me traiga otro whisky.

Va a ser una noche larga.



Kristen

Me abro paso entre la multitud con la bandeja perfectamente equilibrada, con la sonrisa fija como si me la hubieran pintado.

Sonreír. Asentir. Ser invisible.

El mantra se repite en bucle en mi cabeza. El mismo que usé durante años con Jack.

Una mujer vestida de negro de pies a cabeza coge una copa sin reconocer mi presencia. Se vuelve hacia su acompañante, riéndose de algo que definitivamente no tiene gracia, porque los ricos ríen de forma diferente. Más fuerte. Como si estuvieran actuando para un público invisible.

Dios, odio estos eventos.

No el trabajo en sí. Es el fingimiento lo que me escuece en los huesos. Fingir que estoy encantada de servir. Fingir que esta gente no me atraviesa con la mirada como si no estuviera ahí.

Un hombre con un esmoquin hecho a medida pasa rozándome, demasiado cerca, su mano rozando mi cadera. Sus ojos nunca se encuentran con los míos mientras vuelve con su esposa.

Me trago el sabor amargo de siempre y sigo moviéndome.

Eres un mueble. Eres papel pintado. No existes.

El salón de baile es precioso, eso tengo que concederlo. Flores frescas por todas partes. Rosas blancas y lirios.

Me detengo cerca de una columna para dejar pasar a un grupo, ajustando el peso de mi bandeja.

A Jack le habría encantado esto.

El pensamiento se desliza antes de que pueda detenerlo.

Él habría prosperado aquí. Moviéndose por la sala con esa sonrisa fácil, estrechando manos, haciendo que todo el mundo se sintiera como la persona más importante que había conocido jamás.

Jack tenía un don para eso. Para que la gente lo adorara. Para que vieran exactamente lo que él quería que vieran.

—Pareces cansada, Kris. Quizá deberías saltarte el pintalabios esta noche. Te hace parecer desvaída.

Su voz resuena en mi cráneo, suave y preocupada. Siempre tan preocupado.

—Solo quiero lo mejor para ti, cielo. Lo sabes.

A puerta cerrada, se pasaba una hora revisando mis defectos. Mi pelo estaba mal. Mi vestido era barato. Hablé demasiado en la cena. Lo avergoncé delante de sus amigos.

¿Pero en público? En público, Jack Walker era perfecto.

La primera vez que ocurrió me convencí de que me lo había imaginado, de que lo había entendido mal. Quizá sí que había sido una pesada en la cena. Quizá el vestido no me favorecía. Él solo intentaba ayudarme a mejorar.

Me costó tres años darme cuenta de la verdad: ninguna mejora era suficiente. El listón se movía cada vez que me acercaba. ¿Y el hombre sonriente y encantador que todos los demás veían?

No existía.

Un camarero me golpea el codo, devolviéndome al presente—. ¿Estás bien?

—Bien —vuelvo a colocarme la sonrisa—. Solo necesitaba un segundo.

Él asiente y desaparece entre la multitud.

Escudriño la sala buscando copas vacías para recoger. Cerca de la barra, una mujer mayor preside un círculo con dos hombres más jóvenes, su risa es afilada como cristal roto. Gesticula con una copa de champán, descartando lo que sea que uno de los hombres acaba de decir.

Una demostración de poder. Lo reconozco.

Al otro lado de la sala, un grupo de hombres con trajes oscuros se mantienen apartados de la multitud.

Uno de ellos me llama la atención. Es más joven que el de pelo canoso, quizá de veintitantos años. Pelo oscuro, echado hacia atrás.

Su mirada pasa por encima de mí sin detenerse.

Mueble. Papel pintado.

Siempre resulta curioso pensar que podría caer muerta aquí mismo y a nadie le importaría un bledo.

Vuelvo hacia la cocina, con la bandeja casi vacía. Me duelen los pies con estas bailarinas baratas, y la sonrisa está empezando a hacerme daño en las mejillas.

La cocina es un caos. Vapor, gritos, el estrépito de los platos.

Dejo mi bandeja vacía y cojo una nueva llena de copas de champán. Mis dedos están más firmes ahora. El breve descanso ha ayudado.

—La mesa siete necesita más —ladra alguien.

Asiento y atravieso de nuevo las puertas batientes hacia el salón de baile.

Observo a la multitud y se nota que algo está pasando.

Cerca del centro de la sala, un grupo de personas permanece inmóvil. Sin mezclarse. Sin reír. Simplemente... mirando.

Una mujer con un vestido de gala se agarra la garganta.

Oh, Dios mío.

Se le está poniendo la cara roja. Amoratada por los bordes. Su boca se abre y se cierra como la de un pez que busca aire.

No sale ningún sonido.

Las copas de champán tintinean en mi bandeja mientras la dejo bruscamente sobre la mesa más cercana. Una copa vuelca. El líquido salpica. No me importa.

Ya me estoy moviendo.

Un hombre se coloca detrás de ella, con las manos revoloteando inútilmente cerca de sus hombros. Parece que está a punto de intentar algo, pero sus movimientos son vacilantes, inciertos.

No sabe lo que está haciendo.

—¡Yo me encargo! —Las palabras salen disparadas de mi garganta antes de que pueda pensarlo—. ¡Dejen espacio!

La gente se dispersa como palomas asustadas.

Me deslizo entre los cuerpos y aparto de un codazo a un hombre con un traje de mil dólares. El hombre retrocede, pero no mucho.

La mujer tiene los ojos desorbitados y las lágrimas le corren el rímel.

Concéntrate. Ya has hecho esto antes.

Me coloco detrás de ella, rodeando su cintura con mis brazos. Mi mano derecha forma un puño justo por encima de su ombligo. La mano izquierda lo cubre.

Uno. Dos. Tres.

Empujo hacia arriba y hacia adentro. Con fuerza.

Nada.

Otra vez.

El cuerpo de la mujer se sacude contra el mío. Es más pequeña que yo.

Vamos. VAMOS.

Tercera presión.

Algo se desaloja.

La mujer tose violentamente, doblándose. Un trozo de gamba aterriza en el suelo.

Aspira una bocanada de aire irregular. Luego otra.

Gracias a Dios.

Mantengo mis manos sobre sus hombros, sosteniéndola mientras tiembla—. Todo está bien. Solo respire. Despacio.

Ella asiente, todavía tosiendo, con una mano apretada contra el pecho.

—Nico —su voz suena rasposa. Quebrada—. Nico.

Movimiento a mi izquierda.

Un hombre da un paso adelante desde la multitud.

La mujer alarga la mano hacia él y él la toma de inmediato. Su otra palma acuna el rostro de ella, inclinándolo hacia arriba, examinándola como si fuera algo valioso, algo frágil.

—Mamma. —La palabra es suave. ¿Italiano?

La mujer se aferra a su antebrazo—. Estoy bien, estoy bien. Esta chica... —señala débilmente hacia mí—. Ella me ha salvado.

Y entonces él me mira.

Se me cae el alma a los pies.

Sus ojos son casi negros. Me recorren una vez y me siento observada de una manera que me hace querer desaparecer.

De repente soy dolorosamente consciente de mi uniforme barato. Del sudor humedeciendo la raíz de mi pelo. De la mancha de champán en mi manga de cuando aparté la bandeja.

Invisible. Se suponía que debía permanecer invisible.

Todo el salón de baile se ha quedado en silencio. Cientos de ojos fijos en mí: la camarera, la don nadie, la mujer que acaba de montar una escena en el evento más exclusivo de la ciudad.

Mi pulso retumba en mis oídos.

Corre, grita alguna parte primaria de mi cerebro. Corre ahora mismo.

Pero mis pies no se mueven.

La mirada de Nico me mantiene clavada como a una mariposa bajo un cristal.

—¿Cómo te llamas? —Su voz es baja. Silenciosa. El tipo de silencio que te obliga a inclinarte para oírlo.

El tipo de silencio que te da mucho, mucho miedo.

Abro la boca. No sale nada.

Di algo. Lo que sea. No te quedes aquí como una idiota.

—Kristen. —La palabra sale raspando por mis labios resecos.

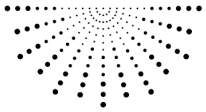
Él no sonríe. No me da las gracias. No hace ninguna de las cosas que la gente normal hace cuando un extraño salva la vida de su madre.

Simplemente observa.

Su madre le habla, y ese es el momento que necesitaba.

Salgo corriendo.

CAPÍTULO CINCO



Nico

No he dormido. No realmente. Unas pocas horas mirando al techo, reviviendo el momento en que el rostro de mi madre se puso morado. La forma en que sus manos se clavaban en su garganta.

Suerte.

Eso es lo que dijo el doctor Marchetti cuando terminó de examinarla anoche. —Tiene suerte. La obstrucción se despejó por completo. No hay daños en la garganta ni en las vías respiratorias. Solo algunos hematomas y dolor durante unos días.

Suerte. Como si la suerte tuviera algo que ver.

Me siento en el borde de la cama, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Mis dedos se clavan en mi cuero cabelludo con la fuerza suficiente para que me duela. Bien. Me merezco algo peor.

Me quedé paralizado.

El hombre que ha extraído balas de la carne, que ha detenido hemorragias arteriales con nada más que un cinturón y manos firmes. El mismo hombre que una vez mantuvo vivo a un soldado durante cuarenta y cinco minutos hasta que llegó el médico, aplicando presión en tres heridas de bala distintas mientras daba órdenes para asegurar el perímetro.

Ese hombre vio a su madre asfixiarse y se quedó de piedra.

Mi móvil vibra. Lo ignoro. Vibra de nuevo. Y otra vez.

Lo cojo, dispuesto a lanzarlo contra la pared, pero el nombre en la pantalla me detiene.

Pietro: Reunión familiar. Cocina. 20 minutos.

Escribo una sola letra de respuesta. K.

Luego me quedo ahí sentado otros cinco minutos.

En el momento en que ocurrió, mi cerebro hizo lo que hace siempre. Calcular. Evaluar. Maniobra de Heimlich. Ponerse detrás de ella. Puño sobre el ombligo. Presiones rápidas hacia arriba. Sabía exactamente qué hacer. Lo sé desde que tenía dieciséis años y Giuseppe nos obligó a todos a hacer un curso de urgencias médicas.

Pero mi cuerpo no se movía.

Porque cuando vives con la muerte como compañera constante, tu cerebro empieza a asumir lo peor. Cada emergencia se vuelve fatal. Cada crisis se convierte en un cadáver.

Ya estaba calculando cómo decírselo a Pietro. Ya estaba componiendo las palabras en mi cabeza. Se ha ido. No he podido salvarla. Lo siento.

Patético.

Y entonces esa mujer. Kristen.

—¡Yo me encargo!

Tres palabras. Y de repente, el peso que no podía cargar me fue quitado de las manos.

Se movió como si lo hubiera hecho mil veces. Con confianza. Eficiente. Sin vacilar. Mientras yo me quedaba allí como una puta estatua, ella rodeó a mi madre con sus brazos y actuó.

Me levanto de la cama y bajo las escaleras.

La cocina huele a expreso y a pan caliente. Giulia debe de haberse levantado temprano para hornear.

Hay cosas que nunca cambian.

Pietro está sentado a la cabecera de la mesa, con una tableta apoyada en un jarrón de cristal. Aria ocupa la silla a su derecha, con ambas manos rodeando una taza.

—Nico —dice Aria, dejando la taza—. Siéntate. Tengo que hablar contigo.

Saco una silla frente a ella y me siento. —¿Cómo tienes la garganta?

—Me duele—. Hace un gesto despectivo con la mano. —El doctor Marchetti me dio algo para la inflamación. Sobreviviré—.

Por poco. La palabra se me aloja en el pecho como una astilla.

Pietro levanta la vista de su tableta. —Tienes una cara de mierda—.

—Gracias. Muy amable—.

—¿Has dormido algo?—

—Depende de lo que entiendas por dormir—.

Sacude la cabeza y vuelve a su lectura. Clásico de Pietro. Hacer una pregunta y pasar a otra cosa antes de que la respuesta importe.

Aria estira el brazo sobre la mesa y me toca la mano. Sus dedos son finos como el papel. ¿Cuándo se volvió su piel tan frágil? ¿Cuándo empezó a parecer vieja?

—Para ya—, dice ella.

—¿Parar qué?—

—Lo que sea que estés haciendo en esa cabeza tuya. Veo que estás entrando en barrena—. Su agarre se tensa. —Estoy bien, gracias a esa mujer. Necesito que la encuentres —dice Aria.

Parpadeo. —¿Qué?—

—La mujer. La que me salvó la vida—. Me suelta la mano y se recuesta, enderezándose en su silla como si estuviera a punto de dictar sentencia. —Necesito que la encuentres. Tenemos que darle las gracias formalmente—.

—Ya he...—

—Una cena—, continúa Aria, pasándome por encima. —Aquí. En la propiedad. La invitaremos a ella y a su familia. Le daremos dinero. Lo que necesite. Una mujer así, trabajando en empresas de catering… —Sacude la cabeza—. Se merece más.

Pietro vuelve a levantar la vista. El interés brilla en sus ojos oscuros. —¿Quieres traer a una extraña a la mansión?

—No es una extraña. Me salvó la vida—.

—Es una civil—.

—Es una heroína—. La voz de Aria se vuelve tajante. —Y la trataremos como tal. Esta familia sabe cómo mostrar gratitud. Tu

padre habría hecho lo mismo—.

La carta de Giuseppe. Cómo no. Siempre la juega cuando quiere zanjar una discusión.

La mandíbula de Pietro se tensa, pero asiente. —Está bien. Nico puede encargarse de los preparativos—.

Ambos se giran para mirarme.

Exhalo por la nariz. —Ya tengo a Liam investigándola. Debería tener información para esta tarde—.

Aria levanta las cejas. —¿Habías previsto esto?

—Había previsto algo—. Cojo la cafetera y me sirvo una taza de expreso. —Imaginé que querríamos enviarle un regalo de agradecimiento. Quizá organizar una cena en uno de los restaurantes de Lorenzo. Algo privado—.

—No—. Aria sacude la cabeza con firmeza. —Aquí. En esta casa. En nuestra mesa—.

—Mamma...—

—Todos los miembros de esta familia estarán presentes —continúa—. Pietro, Nora, Lorenzo, Sophia, Vittoria, Bruno, si puede. Incluso Valentino, ya que todavía está en la ciudad. —Los va enumerando con los dedos como si estuviera planeando una operación militar—. Nos sentaremos juntos y le daremos las gracias a esta mujer por haberme dado un día más con mis hijos.

Su voz se quiebra en la última palabra. Solo un poco. Lo justo.

Joder.

Doy un sorbo largo al expreso.

—Está bien—, digo. —Yo lo organizaré—.

Aria asiente, satisfecha. —Bien. ¿Y Nico?—

—¿Dime?

—Asegúrate de que se sienta bienvenida, no abrumada. —Hace una pausa—. Sé amable con ella. Hizo algo valiente. No necesita que la interrogues durante la cena.

Pietro bufa. De verdad bufa. El bastardo.

—Yo no interrogo a la gente durante la cena—.

—Tú interrogas a la gente por todo —dice Pietro sin levantar la vista de su tableta—. Es tu configuración por defecto.

—Solo hago preguntas—.

—No cuando las haces como un fiscal preparando un caso—.

Aria me vuelve a dar una palmadita en la mano. —Solo sé amable, tesoro. Eso es todo lo que te pido—.

Ser amable. Dos palabras que nunca se me han dado especialmente bien.

Me levanto, apartándome de la mesa. —Os avisaré cuando Liam tenga la información. Entonces podremos discutir el horario—.

—Mañana—, dice Aria.

Me detengo. —¿Qué?—

—La cena. Mañana por la noche—. Coge su taza de expreso y da un delicado sorbo. —No me estoy haciendo más joven, y me gustaría dar las gracias a la mujer que se ha asegurado de que tenga unos cuantos años más—.

Mañana. Veinticuatro horas para investigar a una completa extraña, realizar una comprobación de antecedentes lo suficientemente profunda, coordinar agendas de media docena de familiares y, de algún modo, convencer a una mujer que huyó de mí como si yo fuera el mismísimo diablo de que entre en una propiedad de la mafia para cenar.

Pan comido.

No discuto. No tiene sentido. Cuando Aria Sartori se decide por algo, los demás nos limitamos a acatar.

—Mañana—, repito. —Haré que suceda—.

Ella sonríe.

Me doy la vuelta y salgo antes de que pueda verme la cara.

Una tarjeta de agradecimiento. Un cheque. Eso es todo lo que esto debería haber sido.

Pero no. Somos Sartori. No hacemos nada a pequeña escala. Nada sencillo.

Invitamos a extraños a nuestra casa y fingimos que no somos monstruos.

Mi móvil vibra. Liam.

Liam: Tengo algo sobre tu mujer misteriosa. Kristen Thomas, 26 años, madre soltera, una hija de 4 años. Trabaja actualmente en Premier Catering Services. Vive en Pilsen. ¿Quieres el informe completo?

Escribo la respuesta sin reducir el paso.

Todo: dirección, historial laboral, registros financieros, familia. Quiero saber qué desayuna.



Kristen

El agua de la pasta ha salido.

Faltaría más.

Me lanzo a por la olla, agarrando el mango sin pensar, y suelto un siseo cuando el calor me muerde la palma. Retirando el brazo de un tirón, uso un paño de cocina para deslizar la olla fuera del fuego y veo cómo el agua con almidón chisporrotea contra las viejas resistencias.

—Mami, ¿estás bien? —La voz de Lily llega desde el salón, donde ha montado su campamento con los cuadernos para colorear.

—Bien, cariño. Solo me estoy peleando con la cena.

Y perdiendo. La historia de mi vida.

Dejo que el agua fría corra sobre mi palma, observando cómo la piel se vuelve rosada. No es una quemadura. Solo ha sido una estupidez. He estado distraída todo el día, reproduciendo lo de anoche en un bucle que parezco no poder detener.

La mujer asfixiándose. Mi cuerpo moviéndose antes de que mi cerebro reaccionara. La maniobra de Heimlich. El langostino saliendo disparado como un truco de fiesta asqueroso.

Cierro el grifo.

Escurro la pasta y la echo en la olla de salsa que he estado cuidando durante la última hora. Tomate de bote, enriquecido con tomates en conserva y cualquier hierba seca que haya podido rescatar del fondo del armario. No es precisamente cocina gourmet, pero Lily no nota la diferencia.

Todavía.

La culpa me golpea como siempre. Mi hija merece salsa casera de verdad. Verduras frescas. Todo orgánico. En cambio, tiene a una madre que acaba de perder su tercer trabajo este año.

Remuevo la pasta.

La voz de Georgia todavía resuena en mi cabeza por el mensaje de voz de esta mañana. —Kristen, no sé qué pasó anoche, pero no puedes marcharte así en mitad de un turno. Lo siento, pero tenemos que prescindir de ti.

Ni siquiera intenté dar explicaciones. ¿Qué se suponía que debía decir? «Lo siento, le salvé la vida a una mujer y luego me asusté por culpa de su hijo, así que salí corriendo como una niña asustada».

Jack se lo pasaría en grande con esto.

«Patética», susurra su voz en mi cabeza. «Ni siquiera eres capaz de mantener un trabajo sirviendo copas. ¿Qué te hizo pensar que podrías llegar a ser médico?».

Aprieto la cuchara con más fuerza.

Érase una vez, yo iba a ser alguien. Tenía las notas, la motivación, la carta de aceptación para el programa de medicina de Northwestern sobre mi escritorio. Entonces apareció Jack. Y de repente yo era demasiado estúpida para afrontar la facultad de medicina. Demasiado dispersa. Demasiado... todo.

Es curioso cómo estar con alguien puede convencerte de que cada sueño que has tenido era un delirio.

Pero nunca dejé de aprender. No podía. Incluso cuando Jack se burlaba de las revistas médicas que leía en el móvil. Incluso cuando tiró «accidentalmente» mi libro de anatomía. Hice cursos por internet mientras él estaba en el trabajo. Veía vídeos de cirugías mientras Lily dormía la siesta. Guardaba una carpeta secreta con certificados. Primeros auxilios, RCP, soporte vital básico.

Anoche demostré que aún lo conservaba. Mis manos recordaron qué hacer incluso cuando mi cerebro gritaba. Aquella mujer habría muerto en aquel suelo rodeada de gente que solo sabía mirar.

Yo la salvé.

La idea debería hacerme sentir triunfadora. En cambio, solo hace que me sienta cansada.

—Mami, tengo hambre. —Lily aparece en el umbral de la cocina, abrazando al señor Conejito. Su pelo oscuro apunta en tres direcciones diferentes a pesar de mi intento matutino por domarlo.

—Dos minutos, Lils. ¿Puedes poner la mesa?

Suspira como si le hubiera pedido que escalara el Everest, pero se acerca tambaleándose al cajón donde guardamos los cubiertos desemparejados. La observo estirarse de puntillas para coger dos tenedores, con la lengua asomando por la concentración.

Sirvo la pasta en los platos y los llevo a nuestra diminuta mesa. Lily se encarama a su elevador y el señor Conejito ocupa su lugar designado junto a su plato.

—El señor Conejito quiere más queso.

—El señor Conejito es intolerante a la lactosa.

Ella suelta una risita. —No, no lo es.

—¿Cómo lo sabes? ¿Le han hecho las pruebas?

Más risitas.

«Esto es suficiente», me digo a mí misma. Es feliz. Está sana. Eso es lo que importa.

—Mami, no estás comiendo.

Parpadeo. Lily me observa con sus ojos grandes, con el tenedor a medio camino de la boca.

—Perdona, cariño. —Enrollo pasta en mi tenedor.

Comemos en silencio un momento. La pasta está pasada y la salsa demasiado dulce, pero Lily no se queja. Nunca lo hace. Eso me asusta más de lo que debería.

El móvil vibra. No reconozco el número.

Mi pulgar duda sobre la pantalla.

Deslizo para responder. —¿Diga?

—Señorita Thomas. —Una voz masculina.

Se me eriza el vello de los brazos.

—¿Quién es?

—Nico Sartori.

Mi tenedor tintinea contra el plato. Lily levanta la vista, sobresaltada.

—¿Mami?

—No pasa nada, cielo. Come tu pasta. —Me aparto de la mesa y camino hacia la cocina.

¿Nico?

¿El hombre de anoche?

—¿Cómo ha conseguido este número?

—Mi madre quiere darle las gracias —dice, sin responder a mi pregunta. Por supuesto que no—. Por lo que hizo anoche.

Me apoyo en la encimera, presionando la mano libre contra la superficie fría para serenarme. —No tiene por qué darlas. Dígale que espero que se encuentre mejor...

—Mañana a las siete —me interrumpe—. Un coche irá a recogerlas a usted y a su hija para cenar en nuestra casa.

Parpadeo.

¿Qué?

—Lo siento, yo no... no es necesario. De verdad. Agradezco el gesto, pero no puedo. Trabajo mañana por la noche.

—No —su voz es plana, tajante—. No trabaja. La han despedido esta mañana.

Siento un vacío en el estómago.

¿Cómo sabe eso?

La pregunta se me queda atascada en la garganta. He estado en mi apartamento todo el día. No se lo he dicho a nadie. No he publicado nada en internet, por descontado.

—¿Cómo lo…? —empiezo a decir.

—Esto es algo que mi madre necesita hacer. —Habla por encima de mí como si yo no hubiera dicho nada. —No permitirá que lo evite.

La ira prende en mi pecho. Caliente y brillante.

—No es tan sencillo —le espeto, manteniendo la voz baja para que Lily no me oiga—. No puedo aceptar así como así una cena con desconocidos. Tengo una hija. No lo conozco a usted. No conozco a su familia. No...

—Si alguien de mi familia quisiera hacerle daño, esta llamada sería una pérdida de tiempo.

Las palabras caen como agua helada.

Me quedo quieta. Absolutamente inmóvil.

Porque tiene razón. Y ambos lo sabemos.

Si esta gente quisiera hacerme daño, no tendrían motivo para llamarme, ¿verdad? Han encontrado mi número de teléfono. Saben que me han despedido. Probablemente sepan mi dirección, mi número de la seguridad social y mi grupo sanguíneo.

¿Cómo funciona la gente rica?

Así, por lo visto. No piden. Informan.

—Esté lista a las siete —dice.

—Espere...

Clic.

Me ha colgado.

El bastardo me ha colgado de verdad.

Aparto el teléfono de mi oreja y miro la pantalla. Llamada finalizada. Doce segundos en total.

Doce segundos para poner mi vida patas arriba por completo.

—¿Mami? —La voz de Lily llega desde el comedor—. Tu pasta se está enfriando.

Me presiono la frente con la palma de la mano, intentando procesar lo que acaba de ocurrir.

Un hombre extraño me ha llamado. Me ha dicho que sabe que he perdido mi trabajo. Me ha informado —no preguntado, informado— de que un coche nos recogería a mi hija y a mí para cenar en casa de su familia. Y luego ha colgado antes de que pudiera negarme.

¿Qué demonios acaba de pasar?

Vuelvo a la mesa en piloto automático. Lily está moviendo la pasta por el plato, observándome.

—¿Quién era?

—Nadie, cielo.

Me siento. Cojo el tenedor. Vuelvo a dejarlo.

Me tiemblan las manos.

«Si alguien de mi familia quisiera hacerle daño, esta llamada sería una pérdida de tiempo».

Las palabras se repiten en mi cabeza. Una y otra vez. Una amenaza envuelta en tranquilidad. O quizá tranquilidad envuelta en una amenaza. No sé cuál de las dos cosas es.

Debería llamar a la policía. Poner una denuncia. Decirles que un hombre extraño sabe dónde vivo y que va a enviar un coche por mí

mañana.

¿Y decir qué? ¿Que una familia rica quiere darme las gracias por salvarle la vida a su madre? ¿Que me envían transporte para que no tenga que ir en autobús?

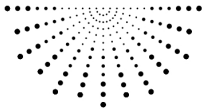
Se reirían de mí antes de colgar.

Miro a Lily. Ha abandonado la pasta y ha preferido hacer que el señor Conejito baile por la mesa.

Mañana a las siete.

Tengo aproximadamente veinticuatro horas para averiguar qué demonios voy a hacer.

CAPÍTULO SEIS



Nico

Las entrevistas para el puesto de ama de llaves son un desastre.

Candidata número uno: una mujer de unos cincuenta años que se aferra al bolso como si fuera a robárselo. Se sobresalta cuando le pregunto por su experiencia en asuntos domésticos confidenciales. Siguiente.

Candidata número dos: demasiado cualificada. Demasiadas preguntas sobre los horarios familiares y las rutinas de seguridad. El tipo de preguntas que parecen inocentes hasta que pasas años aprendiendo que no lo son.

Para cuando llego a la séptima candidata, estoy a punto de atravesar la pared de un puñetazo.

—La última parecía competente —dice Pietro desde el umbral de mi despacho.

No levanto la vista del control de antecedentes que estoy revisando. —Ha preguntado por nuestro sistema de alarma antes de llevar cinco minutos sentada.

—A lo mejor es que le preocupa la seguridad.

—O a lo mejor trabaja para alguien que quiere conocer nuestras vulnerabilidades. —Lanzo el expediente sobre mi escritorio—. No voy a meter en esta casa a nadie que pueda comprometernos.

Pietro suspira. —Giulia se va en tres días, Nico.

—Lo sé.

Queda una candidata más. Margaret Chen. Sesenta y dos años, treinta años de experiencia con familias de alto nivel, referencias impecables. Sobre el papel, es perfecta.

En persona, se pasa toda la entrevista mirándome las manos como si esperara que la estrangulara.

—Gracias por su tiempo —digo, levantándome—. Nos pondremos en contacto.

No lo haremos.

He evaluado a dieciocho candidatas estos días y lo mejor que puedo decir es que una de ellas podría servir. Patricia Harris. Cuarenta y pocos años, exesposa de militar, sabe mantener la boca cerrada.

Pero hay algo en ella que no me cuadra. La forma en que ha respondido a mis preguntas sobre la discreción parecía demasiado ensayada. Demasiado fluida.

Dudo de ella. Desconfío.

Me paso una mano por la cara y miro la hora. Las 16:47. La cena es a las siete. Aria lleva en la cocina desde el amanecer, negándose a que nadie más toque la comida que está preparando para Kristen Thomas.

—Esa mujer me salvó —me ha dicho Aria esta mañana, señalándome con una cuchara de madera como si fuera un arma—. Lo mínimo que podemos hacer es darle de comer en condiciones. Ahora, ¡lárgate de mi cocina!

Me he largado.

Mi teléfono vibra.

Kristen Thomas: He estado pensándolo y agradezco mucho la invitación, pero no me será posible ir esta noche. Gracias por la comprensión.

Leo el mensaje dos veces. Tres veces.

Aprieto la mandíbula.

Se está echando atrás. De forma educada, profesional, con la gratitud justa para que parezca una decisión razonable en lugar de lo que es en realidad.

Miedo.

Escribo la respuesta sin pensar.

Nico: No tienes elección.

Aparecen tres puntos. Desaparecen. Vuelven a aparecer.

Kristen Thomas: De hecho, la tengo. Se llama libre albedrío. ¿Le suena de algo? Es eso que permite a las personas decidir qué hacen con su propio tiempo.

Mi pulgar se queda suspendido sobre el teclado. La comisura de mi boca tiene un tic.

Nico: El coche estará allí a las 18:30.

Lanzo el teléfono sobre la cama antes de que ella pueda responder de nuevo.

Al parecer, voy a ir a buscarla yo mismo. Lo quiera ella o no.

No puedo seguir jugando. No con el asunto del ama de llaves sin resolver, no con Giulia marchándose en tres días, y no con mi madre volcada emocionalmente en agradecer a esta mujer como es debido.



El todoterreno blindado se desliza por las calles de Chicago.

Liam Blackwood va al volante, con sus ojos gris acero escaneando cada cruce, cada peatón, cada sombra. El tipo no parpadea. Estoy casi seguro de que tampoco respira, a menos que el oxígeno sea tácticamente necesario.

Liam es la sombra de Pietro. Ex del SAS. El equivalente británico a ser criado por lobos y entrenado por el ejército para ser aún más letal. Cuando Pietro no lo necesita, yo soy el siguiente en la cadena de mando. Lo que significa que esta noche tengo el placer de contar con su compañía silenciosa y evaluadora.

—Gira a la izquierda en Ashland —digo, comprobando la dirección en mi teléfono.

Liam no responde. Solo gira. Se comunica mediante asentimientos, monosílabos y algún que otro comentario seco y devastador que te hace cuestionar tu existencia entera.

Los barrios van cambiando según avanzamos hacia el sur. Las torres de cristal dejan paso a edificios de ladrillo. Las boutiques se transforman en locales de cambio de cheques con rejas en las ventanas.

Observo la transformación sin juzgar.

Tiene gracia: Kristen Thomas está aterrorizada ante la idea de cenar en la mansión de los Sartori, pero vive aquí. Un lugar donde las farolas parpadean como si enviaran avisos en código morse y donde la tienda de la esquina tiene cristales antibalas entre el cajero y los clientes.

Le asusta más una cena de agradecimiento que volver a casa de noche por este barrio.

No la juzgo por ello. El miedo rara vez es lógico.

Cuando era niño, quizá a los ocho o nueve años, solía escaparme de la mansión para jugar con los niños de un barrio situado a muchas manzanas. Los que iban a la escuela pública. Los que no tenían tutores privados ni coches blindados ni guardaespaldas llamados cosas como «el Gran Tony».

Giuseppe acabó enterándose. No me castigó. Solo me hizo sentar en su despacho, se sirvió un whisky y dijo: «Niccolò, puedes jugar con quien quieras. Pero no olvides nunca esto: tú cenas en una casa distinta a la de ellos. Y algún día comprenderás lo que eso significa».

Con el tiempo lo comprendí. El sistema no es justo. Nunca lo ha sido. Algunos nacen entre suelos de mármol y fondos fiduciarios. Otros nacen en apartamentos con manchas de humedad en el techo y caseros que no arreglan la calefacción.

Yo tenía los suelos de mármol. Kristen Thomas tiene las manchas de humedad.

Eso no es un fallo moral por su parte. Son simples matemáticas.

El complejo de apartamentos parece mantenerse en pie por el óxido y la pura determinación. Tres plantas de ladrillo descolorido, salidas de emergencia que probablemente violan diecisiete normas de seguridad y una puerta principal que no parece cerrar bien.

Vuelvo a abrir su expediente en el móvil. Kristen Thomas. Veintiséis años. Madre soltera. Su hija fue operada del corazón. He encontrado el pago del hospital. 20.000 dólares. Tuvo dinero en su momento.

Esto debería ser sencillo. Firmar un cheque. Problema resuelto.

El dinero arregla las cosas. Para eso está.

—Espera aquí —le digo a Liam.

Otro asentimiento. Ya ha posicionado el SUV para tener una línea de visión clara tanto de la entrada del edificio como de la calle. Viejas costumbres.

Bajo al aire de la tarde. Huele a gases de escape.

La puerta principal, efectivamente, no tiene cerradura. La empujo y entro en un vestíbulo que ha visto décadas mejores. Alguien está cocinando pescado. Otro alguien tiene la música demasiado alta. Los bajos retumban a través de las finas paredes.

Apartamento 3B.

Subo por las escaleras. El ascensor tiene un cartel de «Fuera de servicio» que parece permanente.

Tercer piso. La alfombra del pasillo está desgastada por zonas. Encuentro el 3B y llamo.

Pasos en el interior. Unos ligeros. Luego otros más pesados: un adulto moviéndose rápido.

La puerta se abre unos centímetros, retenida por una cadena de seguridad. Inteligente.

Kristen Thomas me mira a través de la rendija. Sus ojos gris azulados se muestran recelosos, calculadores.



Kristen

La cadena tintinea mientras la deslizo para soltarla y abro más la puerta.

Sabía que esto traería problemas. En el instante en que salvé la vida de esa mujer, sentí esa punzada en el estómago que me grita que nada bueno sale gratis.

Y aquí está la prueba. Un italiano de un metro ochenta y pico parado en mi rellano como si fuera el dueño del edificio.

—¿Mami? —Lily me tira de la camiseta—. ¿Quién es ese señor?

Buena pregunta, pequeña. A mí también me gustaría saberlo.

Nico Sartori no pinta nada aquí. Ni en este edificio, ni delante de mi puerta con la pintura desconchada y ese estúpido pestillo de cadena que no frenaría a un niño pequeño decidido, y mucho menos a alguien realmente peligroso.

Pero está aquí. Y si alguien lo ve, empezarán las preguntas. Las preguntas atraen la atención. La atención hará que Jack descubra dónde vivo. Puede que nunca usara los puños para hacerme daño, pero me aterra que sepa mi dirección porque mi teoría es que, si fue capaz de manipularme durante años una vez, puede volver a hacerlo.

—Entra —le agarro del brazo y tiro de él.

Me deja hacerlo. Esa es la cuestión. Siento la resistencia, el músculo sólido bajo esa chaqueta que dice que podría plantarse como un pilar de hormigón si quisiera. Pero entra de todos modos, y yo cierro la puerta de golpe tras él.

El apartamento se encoge.

Ya era pequeño de por sí. Una caja de zapatos, en realidad. Un salón que hace las veces de mi dormitorio, una cocina minúscula con una tostadora caprichosa, el dormitorio de Lily del tamaño de un armario. Pero con Nico Sartori llenando mi entrada, se vuelve asfixiante.

Anoche los busqué. A los Sartori. No pude evitarlo después de aquella llamada.

Un imperio de la construcción. Galas de filantropía. Fotos de mansiones y eventos benéficos y suficientes ceros asociados a su apellido como para que me dé vueltas la cabeza.

Ahora él está en mi casa, y yo soy dolorosamente consciente de la mancha de humedad del techo. Del sofá de segunda mano con un

muelle sospechoso en el cojín central. Del montón de facturas atrasadas que he metido en un cajón esta mañana.

Patético.

Lily no parece notar la súbita tensión. Mira a Nico con sus ojazos, apretando a Conejito contra su pecho.

Él me sorprende.

En lugar de ignorarla con esa mirada despectiva que los adultos suelen dedicar a los niños cuando están centrados en sus asuntos, se agacha. Apoya una rodilla en mi alfombra barata, poniéndose a su altura.

—¿Y quién es este? —dice señalando a Conejito con la cabeza.

—Es Conejito —responde Lily. Luego, como tiene cuatro años y ningún concepto del peligro que suponen los extraños pese a mis esfuerzos—: Es mi favorito. Tengo una colección entera. También a Orejitas y a Sir Floppington Tercero.

—Sir Floppington Tercero —repite Nico, totalmente serio—. Un nombre distinguido.

—Es muy distinguido —asiente Lily con solemnidad—. Mami dice que necesita un monóculo.

¿Qué está pasando ahora mismo?

Mi hija no habla con desconocidos. Se esconde detrás de mis piernas en el supermercado. Se negó a dirigirle la palabra a su pediatra durante tres visitas seguidas.

—Soy un amigo de tu madre —le dice a Lily. Su voz es distinta con ella. Sigue siendo grave y directa, pero le falta ese toque afilado —. Esta noche vamos a ir a cenar con mi familia.

—¿En serio? —la cara de Lily se ilumina—. ¿Puedo llevar a mis conejitos?

—Lily... —empiezo yo.

—Pueden tener sus propios asientos en la mesa —dice Nico.

Mi hija le dedica una sonrisa radiante. Radiante de verdad, como si acabara de prometerle un poni y un viaje a Disneyland todo en uno.

—Ve a por ellos, cielo —mi voz suena rara. Tensa—. Y ponte los zapatos.

Lily sale corriendo hacia su habitación, con Conejito rebotando contra su pecho.

En cuanto se va, me encaro con él.

—He dicho que no.

Nico se endereza cuan largo es. La suavidad desaparece. —Te he oído.

—¿Entonces qué haces aquí?

—Porque mi madre quiere darte las gracias —lo dice como si fuera sencillo. Como si aparecer sin avisar en casa de alguien fuera un comportamiento perfectamente razonable—. Lleva todo el día cocinando.

—Me da igual si lleva cocinando toda la semana —mantengo la voz baja; Lily no tiene por qué oír esto—. No puedes simplemente... te he dicho que...

—Le salvaste la vida.

Cuatro palabras. Rotundas. Finales. Como si lo explicaran todo.

Y quizá para él sea así. Quizá en su mundo las deudas se pagan y punto. Pero yo he aprendido por las malas que nada viene sin condiciones. Jack me grabó esa lección a fuego en los huesos una y otra vez.

Vestido bonito, mujer bonita. Ahora sonríe para mis colegas.

Buena cena, buen vino. Ahora no me dejes en evidencia.

Yo cuido de ti. Ahora me debes una.

—No quiero nada de ti —digo—. De ninguno de vosotros.

Los ojos oscuros de Nico me inmovilizan. Vuelve esa mirada analítica, la de la gala. Como si estuviera memorizando cada respingo, cada gesto delatador, archivándolo para analizarlo luego.

—Tienes miedo.

No es una pregunta.

—Soy precavida —me cruzo de brazos.

Lily vuelve a entrar en la habitación antes de que él pueda responder, con los brazos cargados de conejos de peluche.

—¡Ya estoy lista!

Lleva sus zapatillas con luces, las que encontré en una tienda de segunda mano, a mitad de precio porque una luz estaba fundida. Se le está escapando el pelo de la coleta. Se la ve tan feliz...

¿Cuándo fue la última vez que tuvo esa cara de felicidad?

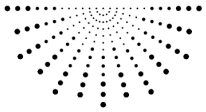
—El coche espera —dice él. Más suave ahora—. Una cena. Eso es todo.

No le creo.

Pero Lily ya está tirando de mi mano hacia la puerta, parloteando sobre si Sir Floppington prefiere la pasta o el pollo.

Y ya no me quedan fuerzas para pelear.

CAPÍTULO SIETE



Nico

La niña no ha dicho ni una palabra desde que nos hemos ido del apartamento.

En el edificio no se callaba. «Conejito esto», «Conejito aquello», «Sir Floppington Tercero necesita un cinturón de seguridad». Pero en cuanto Liam ha abierto la puerta del SUV, se ha quedado muda. Se ha pegado al costado de Kristen como si intentara desaparecer dentro del jersey extragrande de su madre.

Niña lista. Liam suele causar ese efecto en la gente.

Las observo por el espejo retrovisor. Kristen rodea a Lily con el brazo con fuerza, con la mandíbula tensa en esa línea obstinada suya. Las luces de las farolas pasan sobre su cara mientras conducimos y me sorprendo mirando detalles que no debería notar.

Cabello castaño recogido en una coleta práctica que se está soltando por las sienes. Curvas suaves ocultas bajo ropa que no es de su talla; demasiado ancha de hombros, demasiado larga de mangas. Prestada, probablemente de alguien que le dobla el tamaño.

Es preciosa.

Su belleza es suave. Es esa clase de belleza que resulta imposible de ocultar por mucho que lo intentes.

Solo la miro porque soy observador. Es lo que hago. Podría decirte el color de ojos de cada persona que estaba en el vestíbulo de ese edificio, la marca y el modelo de cada coche aparcado en su calle, el número exacto de escalones que hay desde su puerta hasta el rellano. Notar que Kristen Thomas tiene un cuerpo que me gustaría ver fuera de esa ropa holgada es solo recopilación de datos.

Nada más.

Sus ojos se encuentran con los míos en el espejo. Desafiantes. Molestos. Como si yo fuera el inconveniente aquí.

Si no fuera por la cría aferrada a sus peluches, habría manejado esto de otra forma. Unas cuantas palabras bien elegidas sobre qué les pasa a los que rechazan la hospitalidad de los Sartori. Un recordatorio de que la gratitud no es opcional cuando mi familia la ofrece.

Pero Lily me miró y me enseñó su colección de conejitos como si yo fuera alguien digno de confianza. Y los niños no confían fácilmente en los extraños.

Maldita sea.

Las puertas se abren de par en par al acercarnos.

—¿Esto es un castillo? —susurra Lily. Son las primeras palabras que pronuncia desde que subimos al coche. Me giro para mirarla.

—No —le digo.

—Parece un castillo.

—Es una casa.

—Una casa muy grande. —Aprieta los conejos contra su pecho—. ¿Aquí vive una princesa?

El brazo de Kristen se tensa alrededor de su hija. —Lily, no...

—Mi hermana se cree una princesa —digo antes de poder contenerme—. Pero en realidad es un grano en el culo.

Lily suelta una risita. El sonido es inesperadamente... algo. No lo sé. No tengo palabras para describirlo.

Kristen me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza. Me parece justo. Yo no cuento chistes. Yo no hablo con niños. No hago lo que sea que estoy haciendo ahora. Y supongo que, desde luego, no debería hablarle así a una niña pequeña.

El SUV se detiene frente a la entrada principal. Liam apaga el motor, sale del coche y da la vuelta para abrir la puerta de Kristen. Ella duda, buscando la mano de Lily.

Le desabrocha el cinturón a Lily y sube a su hija en su cadera, con los tres conejitos de peluche encajados entre ambas. Yo salgo por mi lado y me acerco para escoltarlas escaleras arriba.

Las puertas principales se abren antes de que lleguemos.

Y allí está ella. Mi madre, de pie en el umbral.

Lleva el vestido azul. El que se puso para el funeral de Riccardo porque él siempre decía que era su favorito.

Madre de Dios, mamá.

—¡Habéis venido! —Da una palmada, sonriéndole a Kristen como si fuera una hija perdida hace tiempo en lugar de una extraña que intentó cancelar dos veces—. Y esta debe de ser Lily. ¡Che bella bambina!

Lily se hunde más en el hombro de Kristen.

Mi madre tiene el corazón más blando de toda esta familia. Es la que alimenta a los gatos callejeros detrás de la cocina. La que lloró durante tres días cuando murió el perro de Valentino. La que todavía enciende velas por mi padre todos los domingos, a pesar de que...

A pesar de que él no se la merecía. Ni de lejos.

Lo que la gente no entiende sobre Aria Sartori es que ser blanda no significa ser débil. Ha criado a seis hijos en este mundo. Ha enterrado a un marido. Ha enterrado a un hijo. Vio a otro casi morir. Y a pesar de todo, mantuvo unida a esta familia con nada más que pura voluntad y el tipo de amor que se niega a romperse.

También nos manipula a todos como si fuéramos piezas de ajedrez y ella estuviera jugando una partida que solo ella puede ver.

—Pietro, cielo, seguro que tienes razón con los protocolos de seguridad. ¿Pero no sería una lástima que le mencionara esto al padre Dominic en confesión? Ya sabes cómo le preocupa que me sienta sola...

—Nico, cariño, por supuesto que no tienes que venir a la cena del domingo. Me quedaré aquí sentada yo sola, pensando en lo rápido que los hijos se olvidan de sus madres...

Lucha por las cosas. Por la gente. Por lo que cree que es justo. Derechos de los animales, derechos de los trabajadores, el derecho de la hija del jardinero a asistir a una escuela decente. Participaba en manifestaciones cuando éramos niños. Donaba a causas que hacían que mi padre se pellizcara el puente de la nariz y murmurara oraciones pidiendo paciencia.

Esta es la razón por la que no le hemos contado nada de la otra familia de Giuseppe. Sobre los hijos que tuvo con otra mientras estaba casado con nuestra madre.

Ella lo amaba. Completamente.

Contárselo la destruiría y no volvería a reconstruirse.

Pero ahora mismo, al verla vibrar de emoción mientras acompaña a Kristen y Lily hacia el interior, me doy cuenta de algo más.

Desde que murió Riccardo no había hecho esto.

No había intentado cuidar de alguien nuevo. No se había acercado a nadie fuera de la familia. No había tenido ese brillo en los ojos.

Mi madre es una Sartori. Muestra amabilidad de la misma forma que mostramos todo lo demás: con una fuerza abrumadora y la expectativa de que se cumpla su voluntad.

—¡Venid, venid! He hecho pasta al forno, Lily, ¿te gusta la pasta? Claro que te gusta, a todos los niños les gusta la pasta. Y luego hay tiramisú, pero solo si te comes las verduras. ¡Nico, no te quedes ahí parado, ven!

Kristen me lanza una mirada de puro pánico.

«Bienvenida a la familia», no le digo.

«No vas a salir de esta», tampoco le digo.

Me acerco a ella.

—Relájate —le murmuro, lo suficientemente bajo para que solo ella pueda oírme—. No te va a hacer daño. Te va a alimentar hasta que no puedas moverte y luego te enviará a casa con las sobras.

—¿Se supone que eso es reconfortante?

—Es la verdad.

Lily observa a mi madre con una fascinación suspicaz, todavía aferrada a sus conejos como si fueran un escudo.

Aria le pregunta quiénes son esos conejitos tan dulces que lleva. Lily se lo explica.

—Conejito, Bunbun y Sir Floppington —dice mi madre, agachándose a la altura de los ojos de Lily—. Qué nombres tan bonitos. ¿Los has elegido tú misma?

Lily asiente lentamente.

—Tienes un gusto excelente. —Mi madre le tiende la mano—. Yo soy Aria. ¿Te gustaría ver mi jardín? Tengo una fuente con peces.

Lily mira a su madre. Luego a mí. Luego otra vez a Aria.

—¿Peces de verdad?

—De verdad. De los naranjas y de los blancos, y uno negro y gruñón al que no le gusta nadie.

Lily se lo piensa. Luego alarga la mano y coge la de mi madre.

Kristen emite un sonido. Pequeño, ahogado, a medio camino entre el alivio y el terror. Su hija acaba de irse voluntariamente con una extraña a una casa que bien podría ser una fortaleza. Una casa llena de gente que hace cosas terribles.

Debería sentirme culpable por esto.

Pero no me siento así.

—Estará bien —le digo a Kristen—. Mi madre moriría antes de dejar que le pase algo a un niño.

—Apenas la conozco.

—Le salvaste la vida. Para ella, eso te convierte en un miembro de la familia.

Los ojos de Kristen se clavan en los míos. —No quiero ser de la familia.

—Lástima. —Hago un gesto hacia el pasillo por donde han desaparecido mi madre y Lily.



Kristen

El vestíbulo se extiende ante mí. Parece sacado de una revista. Candelabros de cristal cuelgan de techos tan altos que podrían tragarse mi apartamento entero. Dos veces.

«No toques nada. No puedes permitirte reemplazarlo».

Me quedo paralizada cerca de la puerta, viendo a Aria desaparecer con Lily hacia cualquier jardín mágico que exista en este lugar. La voz emocionada de mi hija resuena en paredes que probablemente cuestan más de lo que ganaré en toda mi vida.

Nico está a un metro de distancia, con la postura rígida. La tensión que emana de él lo dice todo.

No me quiere aquí.

Bien. Ya somos dos.

Estudio la majestuosa escalera, las flores frescas dispuestas en jarrones más altos que Lily, las pinturas al óleo que parecen lo suficientemente antiguas como para estar en museos. Todo brilla.

Mi mente vuela a mi apartamento. A la mancha de humedad del techo.

Esto es lo que él vio cuando entró en mi casa.

Así es como se ve mi vida a través de sus ojos.

Nada. Menos que nada.

La gente rica construye estos palacios y nunca piensa en los demás. Nunca se preguntan cómo es volver a casa a un apartamento de una habitación con una tostadora caprichosa. ¿Por qué habrían de hacerlo? Somos invisibles hasta que les resultamos útiles.

—Sígueme. —La voz de Nico interrumpe mi espiral de pensamientos.

Ni un «por favor, sígueme». Ni un «¿te importaría?». Solo una orden. Una palabra. Como si fuera una de sus empleadas.

Supongo que esta noche lo soy.

Lo sigo por un pasillo flanqueado por más obras de arte, más flores frescas, más pruebas de una vida que nunca entenderé. Mis zapatos planos suenan suavemente sobre los suelos de madera. Sus caros zapatos no hacen ningún ruido.

Se mueve como si fuera el dueño del mundo. Jamás he conocido a una persona con tanta seguridad en sí misma.

Entramos en un salón más grande que todo el vestíbulo de mi edificio. Una chimenea domina una pared; no para calentar, me apuesto lo que sea, sino para crear ambiente. Muebles de cuero. Más de esos ventanales del suelo al techo en los que me fijé desde fuera.

Y gente. Tanta gente.

Se me cae el alma a los pies.

Una mujer joven de pelo oscuro y rasgos llamativos se levanta de uno de los sofás con una sonrisa cálida. Se acerca a mí.

—Tú debes de ser Kristen. —Me coge la mano antes de que pueda decidir si debo ofrecérsela—. Soy Vittoria. La hermana de Nico. Gracias por salvar a nuestra madre.

—Yo solo... no fue... —Tropiezo con las palabras como una idiota.

Pero Vittoria ya se está girando, señalando la estancia como una guía de museo.

—Deja que te presente a todos. —Señala a un hombre de pelo oscuro y ojos castaños sentado al lado de una mujer con el pelo color miel—. Ese es Lorenzo, mi hermano, y su esposa Sophia.

Lorenzo asiente con la cabeza. Sophia saluda con la mano y una sonrisa más suave.

—Nora y Pietro. —Vittoria indica a una mujer pelirroja de llamativos ojos verdes y a un hombre que emana autoridad incluso estando sentado. Tiene el mismo tono oscuro que Nico, la misma intensidad.

—Valentino y Carmela. —Un hombre corpulento de sienes plateadas con la postura de un soldado. A su lado, una mujer mayor con ojos amables y la misma elegante estructura ósea que Aria.

—Y ya conoces a Liam. —Termina Vittoria con un gesto hacia la esquina donde se encuentra el chófer.

Demasiados nombres. Demasiadas caras. Demasiada gente que pertenece aquí mientras que yo, desde luego, no lo hago.

Lorenzo. Sophia. Nora. Pietro. Valentino. Carmela. Liam.

Olvidaré la mitad en cinco minutos.

—Por favor, siéntate. —Vittoria me guía hacia un sillón vacío. El cuero es tan suave que parece mantequilla. Me poso en el borde,

con miedo a recostarme. Con miedo a dejar una marca en algo tan caro.

Nico no se sienta. Se queda de pie cerca de la chimenea, de brazos cruzados y con la mandíbula apretada.

—Bueno, Kristen. —Vittoria se acomoda en el sofá de enfrente, encogiendo las piernas bajo su cuerpo como si fuéramos viejas amigas en una fiesta de pijamas—. Cuéntanos algo sobre ti.

Mi mente se queda en blanco.

«Cuéntanos algo sobre ti».

¿Qué se supone que diga? No soy nadie interesante. Soy una madre soltera que no puede mantener un trabajo. Vivo en un apartamento cutre. Paso las noches buscando enfermedades en Google porque en su día quise ser médica, antes de que la vida se interpusiera.

«Qué fascinante. Por favor, cuéntenos más sobre sus electrodomésticos de segunda mano».

—No hay mucho que contar. —Me aliso las manos sobre los muslos, ganando tiempo—. Soy de Chicago. Nacida y criada aquí.

—¿De qué parte de Chicago? —pregunta Nora. La pelirroja se inclina hacia delante, con curiosidad genuina en esos ojos verdes.

—Del South Side, originalmente. Ahora vivo en Rogers Park. —No menciono la reputación del barrio. Probablemente ya la conozcan—. Solo estamos Lily y yo.

—¿Y el padre de Lily? —pregunta Sophia, la esposa de Lorenzo, con delicadeza, como si ya supiera que es un campo de minas.

—No está presente. —Las palabras salen mecánicas. Ensayadas —. Nos separamos hace ocho meses.

—Debe de ser difícil. —La voz de Sophia transmite algo parecido a la comprensión—. Criar a un hijo sola.

«No tiene ni idea».

—Lily hace que valga la pena. —Esa parte es verdad. Lo único verdadero de mi vida, hay días.

La tensión en mis hombros se relaja. Solo un poco.

—¿Y tu familia? —pregunta Nora—. ¿Padres? ¿Hermanos?

—Soy hija única. Me crió mi madre. —Me toqueteo la uña del pulgar, un hábito nervioso que nunca he superado—. Mi padre se fue

cuando yo tenía dos años. No lo recuerdo.

La habitación se queda en silencio.

Genial. Ahora les das lástima.

—Mi madre sigue por aquí —añado rápidamente—. Me ayuda con Lily a veces. Estamos... unidas.

La mentira me sabe amarga. «Unidas» no es la palabra. Complicada. Agotadora. Decepcionante.

—La familia lo es todo —habla Carmela por primera vez—. Incluso cuando te vuelven loca, ¿verdad?

—Sobre todo entonces —asiento.

El hombre corpulento de sienes plateadas se remueve en su asiento. —¿A qué te dedicas, Kristen?

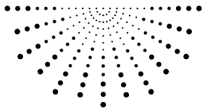
La pregunta me golpea como un puñetazo.

«Dedicaba». Tiempo pasado. A qué me dedicaba.

—Principalmente al catering. —Fuerzo la voz para que suene estable—. Antes de eso, de camarera. Vendedora. Lo que sea para pagar las facturas.

No menciono que me han despedido. No menciono el montón de facturas impagadas en la encimera de mi cocina ni el pago mensual de mil quinientos dólares que me quita el sueño por las noches.

CAPÍTULO OCHO



Nico

En el comedor cabían treinta personas. Esta noche, estamos usando apenas una cuarta parte de la mesa, agrupados en un extremo como supervivientes en un bote salvavidas.

Tomo asiento frente a Kristen, lo que me da una vista despejada de cómo intenta desaparecer entre el tapizado de la silla.

Ha acercado su silla al asiento elevador de Lily tanto como le es físicamente posible. Sus hombros se curvan hacia dentro. Mantiene las manos en el regazo cuando no está cortando la comida en trozos microscópicos para su hija. Ocupa aproximadamente el mismo espacio que un pájaro pequeño.

Es inquietante.

Cualquiera en su posición ya estaría intentando sacar tajada. Preguntando por oportunidades de inversión. Mencionando a un primo que necesita trabajo. Buscando debilidades que pudiera explotar más adelante. Así es como funciona esto. Alguien salva la vida de un Sartori o simplemente ayuda con algo incluso más pequeño que eso y cobra el favor. Es lo que se espera. Prácticamente una tradición.

En cambio, Kristen Thomas actúa como si estuviera esperando a que alguien se dé cuenta de que ha habido un error y la escolte

fuera.

—El pollo está maravilloso, señora Sartori —dice en voz baja. Mantiene los ojos en su plato.

—Aria, por favor. —Mi madre sonríe radiante desde la cabecera de la mesa—. Y es una vieja receta familiar.

Lily, completamente ajena a la tensión que irradia su madre, le sonríe a Aria con salsa marinara en la barbilla. —Mi abuela hace macarrones con queso de la caja azul. Están riquísimos.

Carmela se ríe. —Los placeres sencillos están infravalorados, pequeña.

Observo el rostro de Kristen mientras su hija habla. Hay orgullo ahí, pero también algo que parece miedo. Como si le preocupara que Lily diga algo inapropiado. Que revele demasiado. Que las meta a las dos en un lío.

¿Quién te enseñó a tener miedo de la voz de tu propia hija?

La pregunta aflora antes de que pueda evitarlo. La guardo para analizarla más tarde.

—Kristen —dice Pietro desde su asiento junto a Nora—, Nico ha mencionado que tú tenías aspiraciones médicas. ¿Qué te atrajo de ese camino?

Su tenedor se detiene a mitad de camino hacia la boca. Lo deja con cuidado, como si la cubertería fuera un examen que debiera aprobar.

—Siempre quise ayudar a la gente. —La respuesta suena ensayada. Segura—. Pero la vida tenía otros planes.

—Suele pasar. —Lorenzo asiente desde su asiento junto a Sophia. Su tono es cálido, comprensivo. Mi hermano siempre ha sido mejor en esto. La parte de la conexión humana—. ¿Qué rama de la medicina te interesaba?

—Urgencias. —Por un momento, sus ojos brillan—. La rapidez de las decisiones. La forma en que todo se vuelve nítido cuando alguien necesita ayuda. —Se interrumpe a sí misma y se encoge de nuevo—. Pero eso fue hace mucho tiempo.

Sophia se inclina hacia delante. —No tiene por qué ser así. La gente vuelve a estudiar constantemente.

—Quizá. —La sonrisa de Kristen no llega a sus ojos—. Cuando Lily sea mayor. Cuando las cosas sean más estables para nosotras.

Estables. La palabra suena mal. Incluso Lily podría asegurar que la estabilidad ni siquiera asoma por su horizonte si supiera leer y echara un vistazo al expediente de Kristen.

—Mami, ¿puedo tomar más pan? —Lily tira de la manga de Kristen.

—Claro, cielo. —Kristen echa mano de la cesta, pero Valentino se le adelanta.

—Permíteme, piccola. —Mi primo le pasa el pan con su sonrisa más encantadora. Esa que funciona con todo el mundo, desde agentes de aduanas hasta viudas suspicaces.

Lily lo acepta sin dudar.

—Lily —Vittoria se inclina sobre la mesa, con sus ojos oscuros brillando con picardía—, ¿qué es lo que más te gusta en el mundo entero?

Lily sopesa la cuestión con la gravedad de una filósofa de cuatro años. Frunce el ceño. Se da golpecitos en la barbilla con un dedo diminuto.

—Los conejitos —declara—. Y las tortitas. Y mamá cantando, aunque suena como una rana.

La mesa estalla en risas.

Lorenzo casi se atraganta con el vino. Sophia esconde la cara en el hombro de él. Incluso Valentino, que rara vez esboza una sonrisa que no sea calculada, suelta una carcajada genuina.

El rostro de Kristen se pone escarlata. —Lily...

—¿Qué? —Lily parpadea mirando a su madre con pura inocencia —. Tú lo dijiste primero. Dijiste: «Sueno como una rana moribunda, pero al menos tú me quieres».

Más risas. Nora se limpia las lágrimas de los ojos. A Pietro le tiemblan los hombros de tanto reír.

Yo no me río. Pero algo en mi pecho se relaja. Solo un poco.

—Creo que las ranas están muy infravaloradas —dice Vittoria con seriedad—. Algunas de ellas son muy musicales.

—¿De verdad? —Los ojos de Lily se abren de par en par.

—Desde luego. Hay una rana en Sudamérica que suena como una campanilla.

—¡Mami! —Lily tira de la manga de Kristen—. Suenas como una campana.

—Como una campana rota, tal vez —murmura Kristen, pero está reprimiendo una sonrisa. La primera que le he visto en toda la noche.

Eso transforma su rostro. Suaviza la tensión alrededor de sus ojos.

También guardo ese detalle. Aunque no sé por qué.

—¿Tienes alguna mascota? —le pregunta Vittoria a Lily.

—No. —La cara de Lily se ensombrece—. En nuestro piso no las permiten. Pero mamá dice que cuando tengamos una casa, podré tener un conejito. Uno de verdad. No de peluche.

—Me parece un plan excelente.

—¿Cómo se va a llamar tu conejito? —me oigo preguntar.

Todas las cabezas en la mesa se giran hacia mí. Incluso Liam, apostado junto a la puerta, levanta una ceja.

Yo no hablo con niños. No hablo con nadie con quien no tenga que hacerlo. Es un hecho establecido.

Lily no parece notar el cambio. Me sonríe radiante, como si le hubiera hecho la pregunta más importante de la velada.

—Sir Floppington el Cuarto —anuncia—. Porque ya tengo a Sir Floppington el Tercero. Es de peluche. El de verdad será su hijo.

—Lógico —digo yo.

—Eso es lo que dice mamá. —Lily asiente con aprobación—. Ella dice que soy muy logística.

—Lógica, cielo —corrige Kristen con dulzura.

—Eso es lo que he dicho.

Observo a Kristen durante el resto de la comida. La forma en que se va relajando gradualmente.

Pero también noto cuándo ocurre el cambio.

Es sutil. Una mirada al reloj de la pared. Un ligero enderezamiento de la espalda. El encogimiento protector que vuelve a sus hombros.

Quiere irse.

No porque ya no esté cómoda. Sino porque está demasiado cómoda. Porque esto se siente como algo que no puede permitirse desear.

Reconozco el patrón. Lo he visto en los espejos.

—Liam os llevará a casa después del postre —digo en voz baja, interrumpiendo la conversación—. El tiramisú de mi madre merece la pena.

Los ojos de Kristen se encuentran con los míos.

—Gracias —dice.

Aria trae el tiramisú ella misma, rechazando la ayuda de cualquiera. Lily declara que es «el mejor pastel de chocolate de la historia» y se mancha la nariz de mascarpone. Kristen se ríe y se lo limpia con la servilleta.

Entonces Pietro se aclara la garganta.

Sé lo que viene antes de que abra la boca. Quiero detenerle. Hacerle alguna señal de algún modo. Pero las palabras ya están formándose.

—Kristen. —Pietro se apoya en el respaldo de su silla, con una expresión cálida pero seria—. Nuestra familia tiene una deuda contigo. Salvaste la vida de mi madre. Eso no es algo que nos tomemos a la ligera.

Kristen se queda quieta.

—Nos gustaría hacer algo por ti. Lo que sea. Dinero, oportunidades, cualquier cosa que necesites. Solo tienes que decirlo.

La peor pregunta posible.

Observo cómo su rostro se transforma en tiempo real. La apertura de hace unos instantes se cierra de golpe como la puerta de una caja fuerte.



Kristen

Mi espalda se tensa. El calor de la comida de Aria, de las risas de Lily, de esta extraña velada en la que casi olvido quién era... se evapora como la niebla de la mañana.

Es el dinero el que habla.

Como si nadie en el mundo pudiera hacer algo bueno simplemente porque es lo correcto.

—No quiero vuestro dinero.

La expresión de Pietro no cambia. Probablemente ha lidiado con negociaciones más duras que la de una madre soltera arruinada del South Side. —No se trata de lo que tú quieras. Se trata de lo que se debe.

—No se debe nada. —Dejo mi servilleta sobre la mesa. Mis manos quieren temblar, pero no lo permito—. Sé que intentáis hacer algo bueno aquí. Lo entiendo. Pero de donde yo vengo, ayudar a alguien no es una transacción.

Silencio.

—La gente debería ayudarse porque es lo que hay que hacer —continúo, y sé que estoy siendo dura. Sé que estas personas nos han alimentado a mí y a mi hija y no han sido más que amables esta noche. Pero algo feo y defensivo me ha subido por la garganta y no puedo volver a tragármelo—. No por recompensas. Ni por favores. No para saldar una deuda imaginaria.

Aria emite un sonido suave, presionando su mano contra el pecho.

Genial. Ahora he molestado a la mujer que salvé.

Pero no puedo parar. Las palabras siguen saliendo.

—Ayudé a vuestra madre porque se estaba asfixiando. No sabía quién era. No me importaba. —Mi voz flaquea pero se mantiene firme—. E incluso si lo hubiera sabido, habría hecho exactamente lo mismo. Porque eso es lo que hace la gente decente. Ayudar.

Pietro abre la boca para responder, pero una vocecita rompe la tensión.

—Mi mami no tiene trabajo ahora.

No.

—Así que si tenéis algún trabajo que darle, eso sería bueno —continúa mi hija, con naturalidad—. Trabaja muy duro. Y hace unas

tortitas estupendas. Incluso cuando el tostador se porta mal.

Tengo ganas de llorar.

Quiero gatear bajo esta mesa carísima y desaparecer.

Una niña de cuatro años no debería saber lo que es perder un trabajo. La frase «algún trabajo que darle» no debería formar parte de su vocabulario.

Esto es tan injusto.

La habitación está en silencio. Alguien se remueve en su silla. No puedo mirar a ninguno. No puedo ver la lástima que probablemente está escrita en sus rostros.

Me levanto.

—Estoy agradecida por esta noche. —Mi voz suena más firme de lo que me siento—. Por la cena, la hospitalidad, por todo. Si eso cuenta para saldar cualquier deuda que creáis que existe, entonces estamos en paz.

Me muevo hacia la silla de Lily, estirando los brazos para bajarla. Mis manos conocen este movimiento de memoria. El ligero peso de su cuerpo, la forma en que automáticamente me rodea el cuello con los brazos.

—Yo tengo un trabajo para ti.

La voz de Nico me detiene en seco.

Me giro para mirarle.

—Necesitamos a alguien que se encargue de la casa —continúa él—. Alguien que gestione al personal doméstico. El puesto comienza en dos días.

No, no, no.

Un trabajo. Aquí. En esta casa.

—Es muy generoso —mantengo la voz estable—. Pero estoy bien. Tengo algunas alternativas previstas.

La mentira me sabe amarga en la lengua. No tengo alternativas. Tengo un montón de solicitudes rechazadas y una cuenta bancaria que se desangra más rápido de lo que puedo remendarla.

Pero también tengo orgullo. Y la forma en que Nico Sartori puede ver directamente a través de mi farsa me hace querer demostrar que no necesito su caridad.

Nico no discute. No insiste. Simplemente se gira hacia el hombre que está junto al umbral de la puerta.

—Liam. Escolta a Kristen y a Lily a casa.

¿Eso es todo?

Parpadeo. Esperaba... no sé qué esperaba.

Liam asiente y se mueve hacia nosotras.

Lily se retuerce en mis brazos. —Espera, mami. Tengo que decir adiós.

La dejo en el suelo y corre directa hacia Aria. El rostro de la mujer mayor se transforma.

—Gracias por la cena, señorita Aria. —La voz de Lily es formal, como se pone cuando intenta parecer mayor—. Los peces eran muy bonitos. Y el pastel estaba riquísimo.

Aria se arrodilla. —Eres bienvenida cuando quieras, piccola. Cuando quieras.

Entonces envuelve a Lily en un abrazo.

Observo a mi hija desaparecer en el abrazo de una mujer que conoció hace tres horas. Lily no abraza a la gente. No con facilidad.

Aria suelta a Lily y me mira. Tiene los ojos humedecidos.

Antes de que pueda reaccionar, se levanta y me estrecha entre sus brazos.

Me quedo helada.

Mi cuerpo no sabe qué hacer con esto. No sabe qué hacer con una ternura que no venga de mi hija. Jack nunca me abrazó así. Los abrazos de mi madre siempre se sintieron como obligaciones, deberes cumplidos en lugar de afecto entregado.

Devuélvele el abrazo. Hazlo y ya está.

Fuerzo mis brazos a moverse. Me obligo a devolver el gesto aunque cada músculo de mi cuerpo grita que me retire.

—Gracias —susurra Aria contra mi oído.

Me suelta antes de que pueda responder.

—Buenas noches —logro decir—. Gracias a todos por...

—Mañana.

La voz de Nico de nuevo.

—Pasaré por allí mañana por la tarde —dice el—. Para traer el contrato y discutir la compensación.

Me doy la vuelta bruscamente. —He dicho que tengo alternativas.

—Lo has dicho. —Su expresión no cambia—. Mañana a las seis. Hablaremos.

Le miro fijamente. Él me devuelve la mirada.

Este hombre no conoce la palabra no.

Probablemente no la ha escuchado en toda su vida. A la gente como él se le dice «sí, señor» y «por supuesto» y «lo que necesite».

Podría discutir. Podría plantarme y negarme hasta cansarme.

Pero Lily está cansada. Yo estoy cansada. Y algo me dice que Nico Sartori se presentaría mañana simplemente sin importar lo que yo diga ahora mismo.

Elige tus batallas, Kristen.

Exhalo lentamente. —Buenas noches.

No es una aceptación. No es una rendición. Es simplemente un reconocimiento.

El reconocimiento de que esta conversación no ha terminado.

De que Nico Sartori ha decidido algo, y que mi opinión al respecto es, al parecer, irrelevante.

Liam nos guía a través del laberinto de pasillos hacia la puerta principal. Lily parlotea sobre los peces del jardín, sobre las luces bonitas, sobre cómo Sir Floppington quiere volver y ver a la «hermana princesa».

No respondo. Mi mente está demasiado ocupada dando vueltas.

Un trabajo aquí. En esta casa. Con esta gente.

Mañana, Nico se presentará en mi piso.

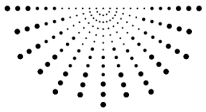
O, pienso, podría simplemente no abrir la puerta.

Pero incluso mientras el pensamiento toma forma, sé que es inútil.

Porque si hay algo que he aprendido esta noche, es esto: Nico Sartori no acepta un no por respuesta.

Y algo me dice que una puerta cerrada con llave tampoco le detendrá.

CAPÍTULO NUEVE



Nico

Los golpes resuenan en la puerta de Bruno como disparos. No hay respuesta. No la esperaba.

Giro el pomo y entro.

La habitación huele a aire viciado. Café rancio. Antiséptico de cualquier suministro médico que haya dejado el último médico. Las cortinas están echadas, bloqueando el sol de la tarde, pero un rayo de luz se cuela por donde la tela no llega a unirse. Bruno está sentado en ese estrecho haz, con su silla de ruedas situada junto a la ventana y de espaldas a mí.

No se da la vuelta.

—Lárgate —su voz suena como grava arrastrándose sobre hormigón.

—No.

Sus hombros se tensan. Incluso de espaldas, puedo ver cómo el músculo ha empezado a atrofiarse. No mucho. Bruno sigue haciendo su fisioterapia con esa clase de determinación brutal que ha hecho huir a tres terapeutas. Pero hay una diferencia. Un ablandamiento donde antes había acero.

La silla de ruedas es de última generación. Fabricada a medida. Ha costado una fortuna. Bruno la odia con cada fibra de su ser.

—He dicho que te largues, Nico.

Cierro la puerta tras de mí y me apoyo en ella. —Y yo he dicho que no.

Finalmente se gira. El movimiento es agresivo. Ha aprendido a manejar esa silla como un arma. Sus ojos oscuros encuentran los míos, y no hay nada en ellos excepto furia fría.

En esto se ha convertido Bruno.

Después de que Riccardo muriera, el puesto de Don debería haber pasado a Bruno. El segundo hijo. El hijo de oro. Pietro nunca quiso la corona. La aceptó porque alguien tenía que hacerlo, porque Bruno estaba en una cama de hospital con máquinas respirando por él, y la familia necesitaba un líder o nos habrían comido vivos.

Los médicos dicen que hay esperanza. Algunos días, les creo. Bruno tiene sensibilidad en las piernas. Inconsistente, impredecible, pero presente. Nervios que podrían sanar. Músculos que podrían recordar cómo funcionar. Una columna que podría, tal vez, dejarle caminar de nuevo.

O tal vez no.

Ya nadie dice esa parte en voz alta. No después de lo que le pasó al último médico que mencionó la «parálisis permanente» delante de Bruno. El hombre no perdió ningún diente, pero por poco.

—Mamma está preocupada por ti —digo.

La mandíbula de Bruno se tensa. —Mamma puede preocuparse desde abajo.

—Quiere verte.

—Yo no quiero verla a ella.

Las palabras son tajantes. Definitivas.

Bruno no siempre fue así. Antes del tiroteo, era duro. Implacable cuando era necesario. Pero había calidez debajo. Se reía de los chistes malísimos de Vittoria. Le dio fuerzas tras la muerte de nuestro padre, incluso mientras él mismo estaba de luto.

Luego despertó.

Seis meses de oscuridad, y cuando Bruno finalmente abrió los ojos, quiso ver a nuestro hermano mayor.

Riccardo ha muerto. Los rusos lo mataron. Los mismos hombres que te dispararon.

Se hizo añicos aquel día. No solo por lo que le pasó a Riccardo, sino también por lo que le pasó a él.

Los hombres responsables acabaron muertos en ese mismo instante. Pero la venganza no cura las heridas de bala. No hace que las piernas vuelvan a funcionar. No devuelve al hermano que debería estar sentado en la silla del Don mientras Bruno estaba a su derecha.

—El nuevo médico empieza el lunes —le digo.

—Le daré una semana.

—Al último le diste tres días.

La boca de Bruno se tuerce en algo que no llega a ser una sonrisa. —Lloró. No tolero los llantos.

«Lloró porque le lanzaste un vaso a la cabeza», pienso, pero no lo digo. No tiene sentido. Bruno sabe exactamente lo que ha hecho. Sabe exactamente en lo que se ha convertido. Eso es lo peor.

Mi hermano no es cruel por accidente. Es cruel a propósito.

Está levantando muros tan altos que nadie pueda ver los escombros que hay detrás.

Salgo de la habitación de Bruno con el contrato doblado en el bolsillo de mi chaqueta.

La idea se me ocurrió anoche. Una niña pequeña ha solucionado mi problema con el ama de llaves. No se me escapa la ironía.

El contrato es sencillo. Puesto de gestora doméstica temporal. Dos meses, cubriendo la ausencia de Giulia. Un sueldo lo bastante generoso como para que a Kristen se le abran los ojos de par en par, pero no tan ridículo como para que piense que la estamos comprando. Seguro médico para ella y para Lily.

La única complicación es el alojamiento.

Giulia vive en el recinto. El puesto se diseñó para alguien con disponibilidad completa. Pero Kristen Thomas no va a aceptar mudarse aquí con su hija.

Así que he hecho ajustes.

Transporte diario. Un coche la recogerá cada mañana y la devolverá cada noche. Añade complejidad. Más logística, más preocupaciones de seguridad, más variables que tendré que vigilar. Pero es la única forma de que acepte.

Si es que acepta.

Me dirijo hacia la entrada principal.

—Nico.

Me detengo al oír la voz de Nora.

Viene por el pasillo este.

—Nora —digo, manteniendo la voz neutra.

Se pone a caminar a mi lado mientras continúo hacia la puerta.

—Es muy amable —dice Nora—. Lo que está haciendo por Kristen.

Dejo de caminar. Me giro para mirarla. —¿Amable?

No se inmuta ante mi tono. Hace unos meses, lo habría hecho. Cuando descubrí quién era realmente. Nora O'Sullivan. Hija de Connor O'Sullivan, teniente de la mafia irlandesa de Boston. Las mismas familias irlandesas con las que habíamos estado en guerra.

Apareció como secretaria de Pietro con una identidad falsa y una necesidad desesperada de desaparecer. Acabé descubriendo la verdad. Siempre descubro la verdad.

El enfrentamiento fue... desagradable.

—Amable no es una palabra que la gente suela usar conmigo —le digo.

Los ojos verdes de Nora encuentran los míos sin vacilar. —Quizá deberían hacerlo.

Pienso en la primera vez que vi a Pietro mirarla.

Entonces no lo entendí. No estoy seguro de entenderlo ahora.

Pero sé que están enamorados.

Amor de verdad. Del tipo que hace que la gente haga cosas estúpidas, imprudentes y peligrosas. El tipo que hizo que Pietro se casara con una princesa de la mafia irlandesa y desafiara a cualquiera a cuestionarlo. El tipo que hizo que Nora eligiera a esta familia por encima de su propia sangre.

Yo no confío en el amor.

Pero lo respeto en los demás.



Kristen

He limpiado el apartamento tres veces.

No es que sirva de mucho. La mancha de humedad del techo sigue pareciendo el mapa de un país cuyo nombre desconozco.

Pero los platos están limpios. Los juguetes, recogidos. Incluso he encontrado una vela bajo el fregadero —de algo parecido a la vainilla— y la he encendido para enmascarar el olor a moqueta vieja y desesperación.

Muy elegante, Kristen. Nada dice «soy una profesional competente» como una vela de tres dólares comprada en un bazar.

Llaman a la puerta a las seis en punto exactamente.

Por supuesto. Nico Sartori probablemente programa hasta sus visitas al baño.

Me aliso la camiseta y tomo aire. Mi reflejo en la pantalla apagada de la televisión muestra a una mujer que parece no haber dormido en treinta y seis horas.

Porque no lo ha hecho.

Me he pasado toda la noche mirando al techo, haciendo números en mi cabeza.

«Solo escucha las condiciones. Eso es todo. Puedes decir que no».

Abro la puerta.

Nico está en el pasillo, tan fuera de lugar como ayer. Traje oscuro. Camisa blanca.

Me recorre con la mirada una vez.

Me hago a un lado. —Pase.

Entra sin decir palabra.

Cierro la puerta y me giro para encontrarlo de pie en medio de mi salón, con una carpeta de cuero en las manos. Está mirando a su

alrededor, y puedo notar que se fija en todo lo que he intentado ocultar.

—Lily no está —digo, porque el silencio me resulta demasiado pesado—. Mi madre se la ha llevado al parque.

Su mirada se posa en mí. Se mantiene. —Le pidió que lo hiciera.

No es una pregunta.

—Quería escuchar lo que tiene que decir sin... —dejo la frase en el aire, buscando la palabra adecuada.

—¿Sin una niña negociando para conseguir más conejos de peluche?

Mis labios se curvan a mi pesar. —Algo así.

Asiente una vez, y luego me indica el sofá. —Siéntese.

Siéntese. Como si fuera un perro. Como si este fuera su apartamento y yo fuera la invitada.

Me siento de todos modos. Porque necesito este trabajo, y pelearme con él por los muebles no va a pagar mis facturas.

Nico no se sienta. Se queda de pie frente a mí, abriendo la carpeta de cuero para mostrar un montón de papeles. Sus dedos pasan las páginas.

—El puesto es temporal —dice—. Dos meses. Usted gestionará al personal doméstico. Horarios de limpieza, planificación de comidas, pedidos de suministros. La gestora actual va a coger una baja por asuntos personales.

—El sueldo —continúa, pasando a una nueva página—. Tres mil a la semana.

Parpadeo.

Tres mil...

—Eso son... —hago el cálculo mentalmente, con el pulso repentinamente acelerado en mis oídos—. Son doce mil al mes.

—Sí.

—Por gestionar una casa.

—Por gestionar nuestra casa. —Deja la carpeta sobre la mesa de centro, con los papeles desplegados—. Lo cual requiere discreción. Flexibilidad. La capacidad de manejar situaciones inusuales.

Situaciones inusuales. Pienso en el guardia armado que nos trajo a casa. La forma en que todos en la cena se movían como si

estuvieran listos para la violencia en cualquier momento.

—¿Qué tipo de situaciones inusuales?

La expresión de Nico no cambia. —Del tipo sobre las que no se hacen preguntas.

Claro. Por supuesto.

Miro el contrato. Los números bailan ante mis ojos. Doce mil al mes. Más seguro médico para mí y para Lily. He visto esa línea de inmediato. Más transporte diario.

Esto podría cambiarlo todo durante un tiempo.

Esto también podría hacer que me mataran.

—Necesito pensarlo —digo.

—Tiene hasta mañana por la mañana. —Nico se endereza, abrochándose la chaqueta del traje con una mano—. Enviaré un coche a las siete. Si no está lista, sabré cuál es su respuesta.

Se dirige hacia la puerta.

Y entonces se detiene.

Solo un segundo. Solo el tiempo suficiente para mirarme por encima del hombro.

Esos ojos oscuros me clavan en el sitio. Sin amenazar. Pero sin calidez.

Su mirada baja hacia el contrato sobre mi mesa de centro. Luego vuelve a mí.

—Consúltelo con la almohada —dice—. Pero no le dé demasiadas vueltas.

La puerta se cierra tras él.

Me quedo mirando el espacio vacío donde estaba, con el corazón latiendo demasiado rápido para alguien que acaba de tener una reunión de negocios.

¿Qué ha sido eso?

Esa mirada. Esa pausa. Como si estuviera intentando decirme algo sin palabras. Como si me estuviera dando una última oportunidad de huir.

O tal vez advirtiéndome de que huir no serviría de nada.

Cojo el contrato y paso las páginas. Jerga legal. Desglose de salarios. Paquetes de beneficios que hacen que se me humedezcan los ojos. Hay una cláusula de confidencialidad que ocupa tres

páginas. Un acuerdo de no divulgación. Algo sobre «asuntos discrecionales» que estoy segura de que se traduce como: «lo que sea que veas, finges que no lo has visto».

Tres mil a la semana.

Dejo los papeles. Vuelvo a cogerlos.

«Te están pagando lo suficiente como para que olvides lo que veas».

Las casas normales no pagan tanto y no tienen conductores armados, ni puertas de seguridad, ni cenas familiares donde todo el mundo se sienta como si esperara un ataque. Y lo más importante, las casas normales no te hacen firmar acuerdos de confidencialidad más largos que los contratos de alquiler.

¿Son criminales?

La palabra parece demasiado grande. Demasiado dramática. Como algo sacado de una película.

Pero el contrato que tengo en las manos parece muy real.

Lo suelto sobre la mesa de centro y me presiono las palmas contra los ojos hasta que veo chiribitas.

Piensa, Kristen. Piensa.

Doce mil al mes. Por dos meses. Son veinticuatro mil dólares.

Podría pagar algunas cuotas de la deuda médica de Lily. Podría crear un colchón de ahorros. Podría respirar por primera vez en años.

¿Y después?

Los Sartori conocen a gente. Eso es obvio. Los ricos siempre conocen a otros ricos. Si hago bien este trabajo... es decir, si mantengo la cabeza baja y la boca cerrada y gestiono su casa sin incidentes, podrían recomendarme a alguien más.

O podrían matarte.

Suelto una carcajada. Suena histérica en el apartamento vacío.

Matarme. Como si yo importara lo suficiente como para que se molestaran en matarme.

No soy nadie. Una madre soltera del South Side con talento para la reanimación cardiopulmonar. En lo que sea que estén metidos los Sartori, no soy lo bastante importante como para ser una amenaza.

Solo tengo que limpiar su casa y gestionar su personal y no hacer preguntas.

¿Qué tan difícil puede ser?

O podría seguir echando currículums en restaurantes y tiendas de ropa y esperar que alguien le dé una oportunidad a una mujer con lagunas en su experiencia laboral y con una hija que necesita seguro médico.

Pero ambas sabemos que no lo haré.

Porque no tengo más opciones.

Los Sartori me están ofreciendo un salvavidas.

Lo único que tengo que hacer es agarrarlo y no mirar demasiado de cerca lo que viene unido a él.

Cojo el contrato de nuevo. Releo cada página dos veces. El salario aparece en letra clara y oscura. También el seguro médico. También la asignación para el transporte.

Esto es o lo más inteligente que has hecho nunca o lo más estúpido.

Probablemente ambas cosas.

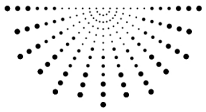
Encuentro un bolígrafo en el cajón de la cocina y firmo en la línea de puntos.

Kristen Thomas.

Dos meses.

Puedo sobrevivir a cualquier cosa durante dos meses.

CAPÍTULO DIEZ



Kristen

El coche está esperando junto al bordillo.

Son las 6:45 de la mañana y el frío matinal cala a través de mi fina chaqueta. Lily todavía duerme en el apartamento de mi madre; recibí otro de sus juicios silenciosos cuando la dejé allí anoche. Pero no podía traer precisamente a una niña de cuatro años a mi primer día de trabajo.

La puerta del conductor se abre y un hombre sale del vehículo. Alto. Pelo oscuro peinado con esmero, con unos pocos mechones rebeldes cayendo sobre su frente. Una fina cicatriz le atraviesa la ceja izquierda, lo que de algún modo lo hace más atractivo, no menos.

Porque, por supuesto, los Sartori tendrían a modelos como conductores.

—¿Kristen Thomas? —Su voz es grave.

—Soy yo.

Rodea el coche. Sus ojos oscuros escanean la calle detrás de mí, las ventanas de mi edificio, los coches aparcados. Todo en un lapso de tres segundos.

—Soy Dante. —Me abre la puerta trasera—. Seré su chófer durante los primeros días.

—Gracias —le digo.

Me deslizo en el asiento trasero. Dante cierra la puerta con un golpe suave y se sienta de nuevo al volante.

El coche se aleja del bordillo y observo cómo mi desvencijado edificio de apartamentos se hace pequeño en el espejo lateral. Un buen descanso. Excepto que no lo es, en realidad. Ese edificio ha sido mi fortaleza durante ocho meses. El primer lugar que fue verdaderamente mío desde que conocí a Jack.

Los ojos de Dante se desvían al espejo retrovisor. Se encuentran con los míos durante una fracción de segundo antes de volver a la carretera.

Di algo. Intenta conversar. Sé normal.

—Y... ¿siempre conduce para la familia?

Sus labios se curvan. Casi una sonrisa. —Cuando hace falta.

Ya veo. Vale. Eso ha sido muy esclarecedor.

Lo intento de nuevo. —¿Lleva mucho tiempo trabajando para ellos?

—El suficiente.

Maravilloso. Todo un conversador.

Me doy por vencida y, en su lugar, miro por la ventana. La ciudad va pasando: las casas de piedra rojiza dan paso a barrios mejores, y luego a otros mejores todavía. Es como ver cómo mi antigua vida se desvanece a la inversa.

Mi reflejo me devuelve la mirada desde el cristal tintado. Ojeras que no he podido cubrir del todo con el corrector. El pelo recogido en una práctica coleta porque Jack siempre odiaba que lo llevara suelto. *Pareces un desastre cuando lo llevas suelto. Como si no pudieras cuidar de ti misma.*

Después de años oyendo eso, todavía no puedo llevarlo de otra manera.

Fui hija única. Criada por una madre soltera que tenía dos trabajos y aun así no podía permitirse comprarme ropa que me quedara bien. Recuerdo llegar al colegio con vaqueros que me quedaban siete centímetros cortos, jerséis con mangas que se tragaban mis manos. Los otros niños se daban cuenta. Los niños siempre se dan cuenta.

Bonitos pantalones, Kristen. ¿Vas a pescar?

Mi madre hizo lo que pudo. Ahora lo sé. Pero en aquel entonces, lo único que conocía era la vergüenza de ser la niña pobre. La que traía sándwiches de mantequilla de cacahuete cuando todos los demás tenían comida preparada de marca. La que llevaba los mismos zapatos hasta que literalmente se caían a trozos.

Se me dio bien ser invisible. Deslizarme por la vida sin causar problemas. No necesitar nada de nadie porque, de todos modos, nadie me lo iba a dar.

Suertuda. Eso es lo que me digo a mí misma. Suertuda por haber sobrevivido. Suertuda por estar sentada en este coche, de camino a un trabajo que paga más de lo que he ganado en toda mi vida. Suertuda de que Lily exista, de que ahora esté sana, de que su corazón lata fuerte y constante después de aquella operación aterradora.

Pero la suerte no arregla las partes rotas de mi interior.

Nunca he tenido un amigo de verdad. Ni uno solo. Conocidos, por supuesto. Compañeros de trabajo con los que me tomaba un café. ¿Pero alguien a quien llamar a las tres de la mañana cuando todo se desmoronaba?

Nadie.

Construí muros tan altos que olvidé que se suponía que debía haber una puerta.

Y entonces apareció Jack. El encantador y exitoso Jack, doce años mayor que yo. Él no llamó a mis muros. Simplemente los atravesó como si no existieran.

Resulta que ser vista por la persona equivocada es peor que ser invisible.

—Ya hemos llegado.

La voz de Dante me trae de vuelta. El coche se ha detenido frente a la mansión de los Sartori.

Dante abre mi puerta y salgo con unas piernas que se sienten más firmes de lo que deberían.

—Alguien la recibirá en la puerta —dice Dante. Sus ojos vuelven a hacer ese escaneo: puertas, guardias, la línea del tejado—. Estaré aquí más tarde para llevarla a casa.

—Gracias.

Él asiente una vez.

Me giro hacia la casa, mis zapatos planos baratos crujen sobre la impecable grava. Las puertas se cierran detrás de mí con un estruendo metálico que suena demasiado parecido a la puerta de una celda.

Dos meses, me recuerdo. Solo dos meses.

La puerta principal se abre de par en par antes de que llegue siquiera al primer escalón.

Una mujer está en el umbral. De unos cincuenta y tantos, quizá. Pelo oscuro con mechones plateados, recogido. Ojos cálidos que se arrugan en las esquinas cuando sonríe. Se está limpiando las manos en un delantal que ya está cubierto de harina.

—Tú debes de ser Kristen —dice—. Soy Giulia. Pasa, pasa. Te vas a quedar helada ahí fuera.

Me hace pasar antes de que pueda responder.

—Gracias, yo...

—Nada de quedarse en los umbrales. Da mala suerte. —Giulia agita una mano restándole importancia y empieza a caminar—. Ven. Primero a la cocina. Necesitas café.

Y tanto que sí.

La sigo por el vestíbulo, pasando por la gran escalera que recuerdo de la cena.

La cocina es enorme. Electrodomésticos de gama profesional, encimeras de mármol, una isla central lo bastante grande como para que aterrice una avioneta. Ollas de cobre cuelgan de un estante cerca de la cocina. Crecen hierbas aromáticas en macetas de terracota en el alféizar de la ventana. La habitación huele a pan recién hecho y a salchichas, tal vez.

—Siéntate. —Giulia señala un taburete en la isla—. ¿Cómo tomas el café?

—Eh, solo negro está bien...

—Negro. —Hace un chasquido con la lengua—. Necesitas algo más que café negro. ¿Leche? ¿Azúcar?

—De verdad, no quiero ser ninguna molestia...

—Molestia. —Se ríe, sacando ya una taza del armario—. Llevo treinta años alimentando a esta familia. ¿Crees que preparar un café es una molestia?

Me siento. Porque discutir con esta mujer parece una batalla perdida.

Pone una taza humeante frente a mí —café con solo un chorrito de leche, a pesar de mi protesta— y luego se vuelve hacia los fogones.

—¿Has comido?

—He tomado una barrita de cereales...

Un plato aparece ante mí. Huevos revueltos, dos salchichas, tostadas con mantequilla ya derritiéndose en el pan. Mi estómago ruge con fuerza.

Traidor.

—Come. —Giulia se acomoda en el taburete frente a mí, con su propio café entre sus manos curtidas—. Luego hablaremos de la casa.

Doy un bocado a los huevos. Están perfectos. Esponjosos, sazonados en su punto, quizá con hierbas de esas macetas del alféizar.

—Esto está increíble —digo con la boca llena. Jack se habría horrorizado ante mi falta de modales en la mesa. *Mastica con la boca cerrada, Kristen. ¿Te has criado en un establo?*

La sonrisa de Giulia acentúa las líneas alrededor de sus ojos. —Bien. Ahora. La familia.

Saca un pequeño cuaderno del bolsillo de su delantal. Las páginas están gastadas y suaves en los bordes, cubiertas de una caligrafía pulcra.

—Cada uno tiene sus... preferencias. —Abre por una página marcada—. Tendrás que saberlas. Las doncellas lo intentan, pero se les escapan cosas. Ahí es donde entras tú.

Dejo el tenedor. —Vale. Te escucho.

—Pietro. —Giulia da un golpecito en la página—. El jefe. Toma su café exactamente a las 6 de la mañana. Cargado. Sin azúcar. Si se levanta antes de eso, algo va mal: avisa a Nora. Le gusta que su despacho esté de una manera determinada. Los papeles nunca se

mueven, incluso si parecen desordenados. El desorden tiene un orden.

Asiento, grabándolo en mi memoria.

—Nora. —Su expresión se suaviza—. Ella es buena para él. Últimamente prefiere el té. Lee en el invernadero casi todas las mañanas. Flores frescas allí cada tres días. Los lirios le dan dolor de cabeza, así que lirios nunca.

—Nada de lirios. Entendido.

—Vittoria. —Giulia pone los ojos en blanco con cariño—. Esa niña vive a base de bebidas energéticas y rencor. Su habitación es asunto suyo; no la tocamos a menos que ella lo pida. Pero su baño, le gusta tenerlo abastecido con productos específicos. Te daré la lista.

Pasa las páginas del cuaderno.

—Lorenzo ya no vive aquí, pero viene a las cenas de los domingos. Siempre. Es muy tiquismiquis con la temperatura del vino. Sophia, su mujer, es un encanto. Alérgica al marisco; asegúrate de que en la cocina lo sepan si van a venir.

Mi cabeza da vueltas con tanta información. Ojalá hubiera traído mi propio cuaderno.

—Y Nico. —Giulia hace una pausa. Algo cambia en su expresión —. Nico es... complicado.

No me diga.

—Trabaja hasta tarde. Come a horas intempestivas, si es que come algo. Su habitación está prohibida para todos excepto para mí. —Me mira a los ojos—. Y ahora para usted. No le gustará, pero alguien tiene que asegurarse de que tenga ropa limpia y comida que no tenga tres días.

—¿Qué es lo que él... —Vacilo—. ¿Qué es lo que prefiere?

—Privacidad. Prefiere que lo dejen solo. Pero lo que necesita es diferente. Toallas limpias todos los días. Café lo bastante fuerte como para decapar pintura. Comida en un lugar donde pueda encontrarla sin tener que preguntar.

Cierra el cuaderno.

—Las doncellas se encargan de la limpieza. Tú te encargas de los detalles. Las cosas que la gente olvida pedir pero que nota cuando faltan.

Doy un largo sorbo al café, procesándolo todo. —Son... muchos detalles.

—Esta familia... —Giulia se inclina hacia delante—. No son fáciles. Pero son buena gente, debajo de todas las... —Agita la mano vagamente—. Complicaciones.

Complicaciones. Es una forma de llamarlo.

—Te lo escribiré todo —continúa—. ¿Pero lo más importante? Presta atención. Observa qué es lo que van a buscar. Qué les pone tensos. Qué les hace relajarse. Así es como se aprende lo que la gente necesita.

Pienso en Jack. En cómo aprendí a leer sus estados de ánimo como si fueran patrones meteorológicos. El ligero entrecerrar de ojos que significaba que yo había dicho algo incorrecto. La forma en que se le tensaba la mandíbula antes de empezar con todo en lo que yo había fallado ese día.

Sé cómo observar a la gente, no digo. *Lo aprendí por las malas.*

—Puedo hacerlo —digo en su lugar.

Giulia me estudia durante un largo rato. Sea lo que sea lo que ve, hace que asienta despacio.

—Sí. —Se levanta y recoge nuestros platos vacíos—. Creo que puedes.

Dejo mi taza de café, con algo rondándome los límites de la mente.

—¿Y los demás? —pregunto—. Los de la cena. ¿Aria, Carmela, Valentino? —Vacilo—. ¿Mencionaron a otro hermano, Bruno?

—Aria, Carmela y Valentino viven en Sicilia. —Su voz sigue siendo ligera—. En la villa de allí. Aria solo ha venido a Chicago para ayudarme a subir al avión porque me da pavor volar.

—Es muy amable por su parte.

—Así es Aria. —Giulia coloca el plato en el escurridor—. Cuida de todo el mundo. Incluso de la gente que debería cuidar de ella.

—¿Y Bruno?

—Bruno tiene su propia enfermera. Una especialista. —No se da la vuelta—. Él no te necesita para nada.

—Solo pensaba que...

—Kristen. —Ahora se encara conmigo. Sus ojos reflejan algo que no alcanzo a descifrar. Una advertencia, quizá. O miedo—. Bruno... no está bien. El accidente lo cambió. Lo que le pasó rompió algo en su interior.

Yo sé lo que es estar rota. He vivido con la ruptura durante años.

—Lo entiendo —digo en voz baja.

—No. —Giulia sacude la cabeza—. No lo entiendes. Y eso es bueno. Así debería seguir siendo. —Se acerca a mí y pone su mano sobre la mía en la encimera—. Mantente alejada de su ala. Si lo oyes en los pasillos, vete en la dirección opuesta.

Se me encoge el estómago. —¿Es peligroso?

—Sufre mucho. —Aprieta más mi mano—. Y la gente que sufre tanto suele arremeter contra los demás. Dicen cosas. Hacen cosas. —Hace una pausa—. Esa crueldad no es realmente él. Pero saber eso no hace que las heridas duelan menos.

Pienso en Jack. En cómo se disculpaba después de destrozarme con sus palabras. *No era mi intención. Sabes que te quiero. Es que a veces me vuelves loco.*

La crueldad siempre fue realmente él. Solo que aprendió a ocultarla mejor.

—Me mantendré alejada —prometo.

Giulia me estudia la cara.

—Buena chica. —Me da palmaditas en la mano y retrocede, recuperando la calidez en su expresión—. Ahora. Deja que te enseñe el resto de la casa.



Nico

Nunca me quedo dormido. Mi reloj interno funciona con precisión, sacándome de la inconsciencia a las cinco y media todos los días, quiera o no. ¿Pero esta mañana? Esta mañana he abierto

los ojos a las ocho, y mi cabeza me ha recordado inmediatamente por qué dejé de beber whisky con Valentino pasadas las doce.

Cazzo. Nunca más.

Necesito café. Lo suficiente para disipar la niebla de mi cerebro y volver a ser funcional para las tres reuniones que Pietro ha programado antes del mediodía. Mis pies conocen el camino a la cocina sin necesidad de pensar, llevándome por los pasillos de la mansión mientras me presiono la sien con la palma de la mano como si eso fuera a aliviar de algún modo el latido constante.

Entonces lo oigo.

Una voz. Suave. Viene del salón.

Dejo de caminar. Mi cuerpo se queda inmóvil, del mismo modo que antes de las decisiones importantes. Un cese completo del movimiento mientras mi cerebro procesa la información nueva. Pero esto no es una amenaza. Esto es...

¿Qué demonios es eso?

Me muevo hacia el sonido sin haberlo decidido. La puerta del salón está abierta. Y en el centro de todo, Kristen Thomas sostiene un plumero como si fuera un micrófono.

Está cantando.

No muy bien. Las notas flaquean y bailan alrededor de donde deberían estar. Su hija tenía razón. Hay algo vagamente anfibio en su registro agudo. Pero aun así está cantando, balanceando las caderas mientras pasa el plumero por encima de la chimenea, completamente ajena a que estoy de pie en el umbral como una estatua.

La canción es algo que no reconozco. Antigua, quizá. Alguna cosa pop de hace una década. Tararea las partes que no recuerda y luego retoma el hilo cuando llega el estribillo.

—...y sigo cayendo...

Se le quiebra la voz en la nota más alta. Se ríe de sí misma, sacude la cabeza y continúa.

Debería darme la vuelta, ir a la cocina, tomar mi café y fingir que nunca he visto esto. Kristen es una empleada. Una gestora del hogar temporal que se habrá ido en dos meses. No es relevante para nada

más que para el buen funcionamiento de esta propiedad y la deuda que tenemos por la vida de mi madre.

No me voy.

En lugar de eso, apoyo el hombro contra el marco de la puerta y la observo moverse por la habitación. El plumero recorre los marcos de las fotos. Sus caderas se balancean a la izquierda, luego a la derecha. Da una vuelta, aún cantando, y ataca las estanterías de libros.

No se ha dado cuenta de mi presencia.

—...sigo cayendo por ti...

Hace un pequeño movimiento de hombros que hace que sus pantalones holgados se desplacen sobre sus curvas. Mi dolor de cabeza pulsa. Lo ignoro.

Hay una razón por la que a la gente le gusta observar a alguien cuando cree que está solo. Se ve a la persona real. La que existe sin interpretación, sin la máscara cuidada que todos llevamos en público. He usado este conocimiento para destruir a personas antes. He observado sus momentos privados, he explotado cada vulnerabilidad.

Esto no se siente así.

Esto se siente como estar frente a un fuego después de venir del frío. Peligroso, tal vez. Podrías quemarte si te acercas demasiado. Pero cálido. Inesperada y estúpidamente cálido.

Kristen se estira para limpiar un estante alto y la camiseta se le sube, revelando algo de piel de su espalda. Ahora veo la curva de su culo, porque siempre lleva ropa suelta y esa puta curva va a seguir reproduciéndose en mi mente todo el día sin duda.

Esto es un problema.

Estoy aquí parado como un idiota con un dolor de cabeza atroz, mirando a una mujer que canta como una rana moribunda mientras quita el polvo a los muebles del salón de mi familia.

Termina el estribillo y empieza a tararear de nuevo, moviéndose hacia el alféizar de la ventana. La luz del sol golpea su rostro. Tiene los ojos cerrados, su expresión relajada y pacífica de una manera que nunca le había visto. Todas las demás veces que hemos

interactuado, ha estado tensa como un resorte. A la defensiva. Esperando a que ocurra algo malo.

No puedo obligarme a apartar la mirada.

Kristen gira de nuevo y, esta vez, abre los ojos.

Me ve.

El plumero cae al suelo con estrépito.

—¡Dios mío! —La mano de Kristen vuela hacia su pecho. Retrocede un paso tropezando y choca contra la estantería. El marco de una foto se tambalea. Ella lo atrapa antes de que se caiga, con el rostro encendido en un rojo intenso.

—Señor Sartori. Yo no... Lo siento muchísimo. Pensaba que todo el mundo seguía durmiendo. No debería haber estado... eso ha sido completamente poco profesional. Le pido disculpas.

Las palabras salen de ella en tropel. Su pecho sube y baja con respiraciones rápidas. Me mira como si me hubiera pillado cometiendo un crimen en lugar de cantando mientras limpiaba el polvo.

Dile que no pasa nada.

El pensamiento se forma con claridad en mi cabeza. Palabras sencillas. —Buenos días —. O —No se disculpe —. O incluso —No molestaba a nadie —. Cualquier persona normal diría algo. Cualquier cosa para aliviar la expresión de mortificación que deforma sus rasgos.

Mi mandíbula se mantiene bloqueada.

Kristen se agacha para recuperar el plumero. Cuando se endereza, sus mejillas siguen rosadas. Aprieta el plumero contra su estómago como si fuera un escudo.

—No volverá a ocurrir —dice—. Se lo prometo. Es solo que... Lily siempre me dice que no debería cantar, y tiene razón, obviamente. No sé en qué estaba pensando. Este es su hogar, y yo debería ser más...

Di algo, stronzo.

No lo hago.

En lugar de eso, asiento una sola vez. Luego me doy la vuelta y me alejo.

Puedo sentir su mirada clavada en mi espalda hasta que doblo la esquina.

La puerta de la cocina se abre bajo mi mano.

¿Qué cojones te pasa?

Cojo una taza del armario. La cerámica choca con fuerza contra el mármol.

Se estaba disculpando. Por cantar como si fuera un delito. Y tú te has quedado ahí plantado como una maldita estatua y luego te has ido sin decir ni una palabra.

La cafetera silba mientras encajo el portafiltros en su sitio. Mis movimientos son bruscos por la ira. Pero la ira está dirigida enteramente hacia mi interior.

—Buenos días, Kristen —. Dos palabras. Eso es todo lo que habría hecho falta. Dos putas palabras.

Pero no. Yo no hago charla trivial. No tengo cortesías. Observo, analizo, actúo cuando es necesario. Las palabras son herramientas para extraer información o dar órdenes. No para... lo que sea que esa situación requería.

Parecía aterrorizada.

El café gotea en mi taza, oscuro y amargo. Lo miro sin verlo.

No aterrorizada de mí. Aterrorizada de ser vista. De ser sorprendida haciendo algo humano en una casa llena de monstruos.

¿Y qué he hecho yo? Confirmar cada suposición que probablemente tenga sobre el calculador Sartori que lo vigila todo y no dice nada.

Capullo.

Doy un largo trago al café. Me quema la garganta. Bien. Me lo merezco.

El problema es que no sé ser de otra manera. Lorenzo se quedó con el encanto. Pietro obtuvo la autoridad que la gente respeta en lugar de temer. Incluso Bruno, antes de todo, podía hacer que alguien se sintiera a gusto con un chiste oportuno.

¿Yo? Yo obtuve la capacidad de notar cuando alguien miente por las microexpresiones alrededor de sus ojos. Obtuve el reconocimiento de patrones que detecta amenazas antes de que se materialicen. Obtuve la mente analítica que me hace valioso para

esta familia pero absolutamente inútil en la interacción humana básica.

Si yo pudiera ser más...

El pensamiento se desvanece. ¿Más qué? ¿Más accesible? ¿Más cálido? ¿Más como una persona normal que sabe responder cuando una mujer pasa un momento embarazoso frente a él?

Dejo la taza vacía en el fregadero con más fuerza de la debida.

Kristen Thomas lleva en esta casa menos de un día y ya he hecho que se disculpe por cosas que no requieren disculpas.

Se va a pasar los próximos dos meses andando de puntillas a mi alrededor como si yo fuera una bomba a punto de estallar.

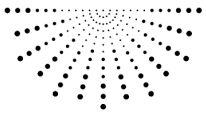
Lo cual está bien. Eso es lo que la gente hace a mi alrededor.

Pero la imagen de ella moviendo las caderas, con los ojos cerrados, completamente perdida en alguna terrible canción pop, se me ha quedado grabada en la cabeza ahora.

Y no se me suelen quedar grabadas este tipo de imágenes.

Nunca.

CAPÍTULO ONCE



Kristen

El coche se detiene frente a mi edificio y cojo mi bolso antes de que Dante pueda dar la vuelta para abrirme la puerta.

—Gracias por traerme. —Logro esbozar una sonrisa que siento demasiado forzada.

Dante me dedica un escueto asentimiento con la cabeza.

Salgo del coche y cierro la puerta tras de mí, temiendo ya la subida que me espera. Nuestro ascensor lleva estropeado desde que nos mudamos hace ocho meses. El portero no deja de prometer que lo arreglará. El portero es un mentiroso.

Tres tramos de escaleras con unos zapatos que me aprietan los dedos. Fantástico.

Empujo la puerta principal del edificio —la cerradura lleva semanas rota, otra cosa que el portero ignora— y empiezo a subir. La diferencia entre este edificio y la mansión Sartori es obvia, por supuesto.

No pienses en los suelos de mármol. No pienses en las lámparas de araña. No pienses en...

La cara de Nico. La forma en que estaba allí, en el umbral de la cocina, viéndome hacer el más absoluto de los ridículos.

Aprieto la barandilla con más fuerza y subo los escalones más rápido.

Después de que me pillara cantando, no hablé con nadie durante el resto de mi turno. No de verdad. «Sí, señora». «No, señora». «Por supuesto, yo me encargo». Me hice pequeña, silenciosa, invisible. Un fantasma vagando por las habitaciones.

Se me da bien ser invisible. Los años con Jack me enseñaron esa habilidad.

Estabas cantando. Bailando. Con un plumero.

Me arde la cara incluso ahora, horas después. El recuerdo se reproduce en bucle como una especie de dispositivo de tortura personal.

Él no dijo ni una palabra. Solo... me miró. Luego se fue.

Estaba enfadado. Tiene que estar enfadado.

Llego al rellano del tercer piso, un poco sin aliento. Me duelen las piernas. Mañana me dolerán más. Y al día siguiente. Dos meses de esto. Unos sesenta días subiendo escaleras y evitando el contacto visual con Nico Sartori.

Puedo hacerlo. He sobrevivido a cosas peores.

¿De verdad lo has hecho?

La llave se atasca en la cerradura y tengo que sacudirla tres veces antes de que la puerta se abra.

—¡MAMI!

Lily se lanza a mis piernas antes de que termine de entrar. Dejo caer el bolso y la cojo en brazos, hundiendo la nariz en su pelo. Huele a champú de fresa y al zumo de uva del que mi madre siempre deja que tome demasiado.

—Hola, pequeña. —La aprieto fuerte, dejando que parte de la tensión del día se evapore—. ¿Te has portado bien con la abuela?

—He sido la más buena de todas. —Lily se echa hacia atrás para mirarme—. Hemos visto dibujos y solo he derramado zumo una vez, y ha sido un chorrito muy pequeño, mami, de verdad.

—Una sola vez está muy bien.

Lily me tira de la mano, arrastrándome hacia la cocina. —¿Qué hay en la bolsa? ¿Es comida? Huele rico.

La bolsa. Es verdad.

Casi me había olvidado del recipiente que Giulia me puso en las manos antes de irme. Me había interceptado en la puerta, con su rostro curtido en esa expresión que no acepta discusiones.

—Te llevarás comida a casa todos los días —había dicho, empujando un pesado recipiente contra mis brazos—. Cocinamos para mucha gente. Siempre sobra. Para ti y para la pequeña.

Había intentado negarme. Jack odiaba que aceptara cualquier cosa de nadie. Decía que nos hacía parecer débiles, que le hacía parecer a él como si no pudiera mantenernos.

—Cada día —repitió Giulia—. ¿Me oyes? Cada día.

Así que aquí estoy, sacando suficiente lasaña para que comamos durante dos días, además de pan de ajo y una especie de postre de chocolate que hace que a Lily se le abran los ojos de par en par.

—¿Eso es tarta?

—Creo que sí. —Le echo un vistazo. Definitivamente es tarta. Tarta elegante. De las que tienen capas y lo que parecen virutas de chocolate de verdad por encima—. Podemos tomar un poco después de cenar.

—¿Cena y tarta? —Lily junta las manos como si acabara de prometerle un poni—. ¡Es el mejor día de mi vida!

Me río y empiezo a servir la lasaña en los platos.

La puerta del baño se abre y aparece mi madre, alisándose la blusa. Sus ojos recorren la comida esparcida por la encimera y sus labios se aprietan de forma casi imperceptible.

—Es mucha comida.

—Me la han dado para que me la trajera. —Mantengo un tono de voz ligero—. ¿Quiere quedarse a cenar? Hay de sobra.

—No puedo. —Ya está echando mano de su bolso, que está sobre la silla de la cocina—. Tengo cosas que hacer en casa.

Cosas que consisten en su copa de vino nocturna y cualquier serie de crímenes reales que esté devorando en ese momento. Pero no digo eso. Nunca lo digo.

—¿Qué tal el primer día? —pregunta mientras consulta su móvil, sin llegar a mirarme.

—Bien, la verdad. —Las palabras salen antes de que pueda pensarlas demasiado—. Muy bien.

Ahora sí levanta la vista. Estudia mi rostro como si buscara la mentira. —¿Bien?

—Sí. —Me encojo de hombros, volviéndome para servir la ración de Lily—. La familia es agradable. El trabajo es sencillo. Creo que me va a gustar estar allí.

No menciono el incidente del canto.

—Bueno. —Mamá se cuelga el bolso al hombro—. Al menos es algo.

Viniendo de ella, eso es un gran cumplido.

Besa la cabecita de Lily al salir, murmurando algo sobre portarse bien con mami. La puerta se cierra tras ella y el apartamento se siente a la vez más vacío y más ligero.

—Venga, pequeña. —Llevo nuestros platos a la minúscula mesa junto a la ventana—. Vamos a comer este manjar.

Lily se sube a su silla de un salto, rebosante de entusiasmo. —Huele MUY bien, mami.

Es cierto. La lasaña aún está caliente, con sus capas de pasta, carne y queso. Doy el primer bocado y tengo que contenerme para no soltar un gemido de placer.

Esto es lo que los ricos comen todos los días. No me extraña que todos tengan ese aire de suficiencia.

—Mami, es la mejor pasta de TODO EL MUNDO.

—Desde luego. —Le limpio una mancha de salsa de la barbilla—. La ha hecho una señora muy amable que se llama Giulia.

Giulia, que se ha pasado gran parte del día enseñándome cómo funciona todo mientras soltaba pequeñas perlas de información sobre la familia. Quién duerme en qué habitación. Cómo le gusta el café a cada uno. Qué estancias evitar y en qué momentos.

Y otras cosas también. Cosas que hacían que los Sartori parecieran casi... humanos.

—La Signora Aria y la señorita Vittoria —había dicho Giulia mientras hacíamos el inventario de la despensa— no soportan ver a nadie pasar hambre. Es como una enfermedad para ellas. Cada persona que trabaja en esta casa come. Sin excepciones.

Yo había asentido, sintiéndome todavía incómoda por todo el tema de la comida.

—Una vez a la semana, cocinamos para el albergue del centro. Grandes ollas de sopa, pan recién hecho, lo que podamos preparar. —Giulia hizo una pausa entonces, clavándome una mirada penetrante—. Pero no menciones esto. A nadie. Y especialmente, no a la señorita Vittoria.

—¿Por qué no?

—Tiene sus propias ideas sobre la caridad. Dice que cuando los ricos montan un gran espectáculo ayudando a los pobres, no están ayudando de verdad. Es... ¿cómo se dice?... puro teatro. Ella no quiere dar espectáculo. Solo quiere alimentar a la gente.

Aquello se me quedó grabado. Durante todo el camino a casa, no dejé de darle vueltas en la cabeza.

Vittoria Sartori, con sus ropas de diseño y su riqueza natural, escabulléndose para cocinar para personas sin hogar. Sin publicarlo. Sin contárselo a nadie. Solo... haciéndolo.

Pienso en las mujeres que conocí en el círculo de Jack. Esos eventos benéficos donde todas lucían sus mejores joyas y firmaban cheques mientras las fotografiaban. Esas publicaciones en Instagram sobre «devolver a la sociedad» que no eran más que excusas para lucir modelitos caros.

Esto es diferente.

Vittoria no quiere reconocimiento. Quiere ayudar.

Ya me caía bien antes, con su calidez natural y la forma en que me hizo sentir menos como una intrusa. ¿Pero sabiendo esto? ¿Al saber que da de comer a la gente en secreto porque cree que cualquier otra cosa le restaría valor?

Ahora me gusta más. Mucho más.

—¿Mami? —La voz de Lily me devuelve a la realidad—. No estás comiendo.

—Perdona, cielo. —Doy otro bocado a la lasaña—. Me he quedado pensando.

—¿En qué?

En cómo las personas que esperaba que fueran ricos arrogantes podrían ser en realidad seres humanos decentes. En lo confuso que resulta eso.

—En lo afortunadas que somos de tener una comida tan rica.

Lily acepta la respuesta con la confianza ciega de una niña de cuatro años. —¿Podemos tomar tarta ya?

—Supongo que puedes tomar tarta, sí, pequeña.

Lily lo celebra y le corto un trocito de la monstruosidad de chocolate que preparó Giulia. Hinca el diente con entusiasmo, manchándose la nariz de glaseado en cuestión de segundos.

La veo comer, a esta personita perfecta que, de algún modo, traje al mundo.

¿Cómo puedo tener tanta suerte?



Nico

El sueño no llega esta noche. Para ser sincero, no he dormido bien en semanas. Mi cerebro se niega a desconectar, repasando manifiestos de carga, discrepancias de proveedores y el peso de todo lo que recae sobre los hombros de Pietro y que él finge que no lo está aplastando.

Las tres de la mañana. La propiedad está en silencio, salvo por el crujido ocasional de la vieja casa asentándose. Sin disparos a lo lejos. Sin llamadas urgentes. Sin sangre que limpiar.

Las cosas han estado tranquilas. Demasiado tranquilas, quizá.

Retiro las sábanas y camino descalzo hasta mi escritorio. La botella de whisky me tienta, pero la ignoro. La resaca de anoche me enseñó bien la lección.

En su lugar, abro el portátil.

El archivo de Kristen Thomas brilla en la pantalla. Lo he leído ya seis veces. Sin antecedentes penales. Sin asociaciones sospechosas. Solo una mujer tratando de sobrevivir.

Pero hay algo que no encaja.

Me desplazo hasta la sección financiera. El equipo de Liam es minucioso. Extractos bancarios, informes crediticios, todo. La cuenta

de Kristen muestra un patrón: entra dinero de sus diversos trabajos, sale dinero para el alquiler, los servicios, la compra. Lo habitual en una madre soltera que lucha por salir adelante.

Excepto por una cosa.

Cada mes, como un reloj, mil quinientos dólares se transfieren a una cuenta perteneciente a Jack Walker. Su marido, de quien está separada.

Ni a un banco. Ni a un centro médico. A él.

Saco los documentos del préstamo que Liam ha desenterrado. Cien mil dólares, supuestamente para la cirugía de corazón de Lily. El préstamo está a nombre de Kristen. El dinero se ingresó en su cuenta hace tres años.

Pero ella le está pagando a Jack.

¿Por qué iba a pagarle a su marido por un préstamo que está a su propio nombre?

Mis dedos tamborilean sobre el escritorio. El reconocimiento de patrones que me mantiene vivo en este negocio me está gritando que aquí algo va mal. La gente normal podría asumir que simplemente le está devolviendo el dinero que él adelantó. Que él pidió el préstamo por ella y ella se lo está reembolsando.

Yo no soy gente normal.

He visto a demasiados hombres utilizar la manipulación financiera como arma. He visto a esposas y novias quedar atrapadas en acuerdos que parecen legítimos sobre el papel, pero que son cualquier cosa menos eso. Giuseppe nos enseñó pronto: sigue el dinero. Nunca miente.

La cirugía fue real. El historial médico de Lily confirma un defecto cardíaco congénito, corregido a los dieciocho meses. El hospital recibió el pago, pero no el importe total. Ni de lejos.

Veinte mil al hospital.

Cien mil prestados.

¿A dónde fueron los otros ochenta mil?

Cojo el teléfono y le envío un mensaje a Liam.

—Necesito investigar a fondo las finanzas de Jack Walker. Historial de empleo, juegos de azar, deudas, todo. Comprueba

también si el préstamo se pidió a nombre de ella sin su conocimiento o consentimiento.

Tres puntos aparecen casi de inmediato. Liam tampoco duerme mucho.

—Me pongo a ello. ¿Hay algo específico que haya provocado esto?

—El patrón de pagos no coincide con la estructura del préstamo. Ella le paga a él, no al acreedor.

—Entendido. Tendré algo preliminar por la mañana.

Dejo el teléfono y me quedo mirando la foto de Kristen. La de su carné de conducir, donde intenta sonreír.

Puede que no la conozca de mucho tiempo, pero sé que se sobresalta ante los ruidos fuertes. Se hace pequeña en las habitaciones. Comprueba las salidas cuando entra en un espacio.

Conozco esas señales.

Se me tensa la mandíbula. Si Jack Walker es lo que creo que es...

El pensamiento se corta. Me estoy adelantando. Sacando conclusiones basadas en datos incompletos. Eso es de descuidados. Así es como matan a la gente.

Pero no puedo sacudirme la sensación.

Cierro el portátil y me acerco a la ventana. Los terrenos están a oscuras, a excepción de las luces de seguridad que trazan el perímetro. En algún lugar ahí fuera, los hombres de Liam patrullan en patrones diseñados para parecer aleatorios, pero que no lo son. El recinto es una fortaleza. Seguro.

Kristen vive en ese apartamento con el ascensor estropeado y unas cerraduras que no detendrían ni a un niño decidido. Lily duerme en una habitación con paredes finas y ventanas aún más finas.

No es problema tuyo, me digo a mí mismo. Es una empleada. Temporal. En dos meses se habrá ido.

Pero mi cerebro no deja de calcular. El dinero que le paga a Jack. La deuda que arrastra. El miedo que intenta ocultar bajo esa sonrisa radiante que le dedicó a Lily en la cena.

Algo va mal.

Y voy a descubrir qué es.

Vuelvo a escribir a Liam.

—También necesito saber si Walker tiene alguna conexión de la que debamos preocuparnos. Criminal, financiera o de cualquier otro tipo.

Su respuesta llega más rápido esta vez.

—Ya está en la lista. ¿Quieres que lo someta a vigilancia?

Dudo. Esa es una línea roja. Vigilar a su marido pasa de ser una comprobación de antecedentes a algo más personal. Algo que sugiere que me importa más allá de la curiosidad profesional.

—Todavía no. Solo las finanzas por ahora.

Dejo el teléfono y no vuelvo a mirarlo.

Debería soltar el móvil. Irme a la cama. Dejar de buscar respuestas que no me incumbe encontrar.

En su lugar, abro Instagram.

Kristen Thomas. Escribo su nombre en la barra de búsqueda, sabiendo ya lo que voy a encontrar. Su foto de perfil es una toma de Lily abrazando a un conejo de peluche, con la cara medio oculta por el juguete. Cuenta privada. 17 publicaciones. 89 seguidores.

Por supuesto que es privada. Todo en esta mujer grita aléjate, no mires, aquí no hay nada que ver.

Hago clic de todos modos. *Esta cuenta es privada. Sigue a esta cuenta para ver sus fotos y vídeos.*

Ni hablar. Solicitar seguirla requeriría explicar por qué su jefe quiere acceder a su vida personal. Ni siquiera yo soy tan incompetente socialmente.

Pero hay otra opción.

Jack Walker.

El nombre me deja un sabor amargo incluso en mi cabeza. Lo escribo y su perfil se carga inmediatamente. Público. Por supuesto que es público. Los hombres como él necesitan público.

Lo primero que noto es su cara. Mandíbula cuadrada, sonrisa ensayada, el tipo de dentadura que cuesta dinero enderezar. Parece un agente inmobiliario o un vendedor de coches usados. El tipo cuyo trabajo es hacer que confíes en él antes de joderte. Pelo castaño peinado con demasiado producto. Ojos azules que se arrugan en las esquinas como si fuera el mejor amigo de todo el mundo.

He conocido a un centenar de hombres como él. Se sientan frente a mí en las reuniones de negocios y me aprietan la mano con demasiada fuerza. Cuentan chistes que no tienen gracia y se ríen de sus propios remates. Piensan que el encanto es un sustituto de la sustancia.

Su biografía dice: *Viviendo mi mejor vida. Trasplantado a NYC. Trabaja duro, disfruta más.*

Quiero romperle los dedos.

El sentimiento surge de la nada, violento y ardiente, y aprieto con más fuerza el teléfono para no lanzarlo.

Contrólate.

Me desplazo hacia abajo.

Su muro es exactamente lo que esperaba. Fotos de los rascacielos de Manhattan. Cenas caras. Una mujer rubia en varias tomas recientes. La ha etiquetado: @AmandaLoves2Travel. Parece joven. Veintidós años, quizá. Bronceado de bote, pestañas postizas, sonrisa falsa.

Pero son las publicaciones más antiguas las que hacen que mi mandíbula se tense.

Kristen.

Aparece hace unos ocho meses, antes de la separación. Antes de que huyera a ese apartamento de mierda con el ascensor roto. En estas fotos, es una mujer completamente diferente.

Siempre lleva el pelo recogido. Coletas tirantes, moños pulidos, ni un mechón fuera de su sitio. En cada una de las fotos, está arreglada hasta el extremo: maquillaje más pesado del que la he visto usar nunca, labios pintados de rojo, ojos delineados de oscuro. Está perfecta.

Y completamente falsa.

Su sonrisa no llega a sus ojos. He visto su sonrisa de verdad. La que le dedicó a Lily en la cena y la que transformó todo su rostro cuando cantaba con aquel plumero. Esto no es eso. Esto es una actuación. Es una mujer que lleva una máscara tan apretada que le está cortando el suministro de aire.

Sigo bajando, y mi agarre sobre el teléfono se vuelve peligroso.

La ropa.

Dios mío, la ropa.

Kristen —la mujer que viste jerséis anchos y vaqueros que ocultan cada curva— está embutida en vestidos que no dejan nada a la imaginación. Tela ajustada ciñendo sus caderas. Escotes que caen lo suficiente como para mostrar el nacimiento de sus pechos. Tacones que hacen que sus piernas parezcan infinitas. En una foto, lleva algo rojo y corto que se aferra a un culo que no tenía ni idea de que existiese bajo esa ropa de trabajo informe hasta que hoy mismo he podido verlo.

Es preciosa de narices. Eso no es ninguna novedad. Me di cuenta la primera vez que la vi, incluso con aquel uniforme barato de catering. Pero esto...

Esto es belleza convertida en un arma. Es una mujer expuesta como un trofeo.

Y ella lo odia.

Puedo verlo en cada foto.

Ella no eligió esa ropa. Apostaría mi vida a ello.

Jack la eligió. Jack la vistió como a una muñeca y la paseó y publicó fotos como si estuviera presumiendo de un coche nuevo.

Mi pulgar se queda sobre una foto de hace dos años. Algún evento benéfico, por lo que parece. El brazo de Jack rodea la cintura de Kristen, con la mano extendida de forma posesiva sobre su cadera. Él sonríe a la cámara. Ella mira ligeramente hacia un lado, con esa sonrisa falsa pegada a la cara y los ojos vacíos.

La forma en que la sujeta se ve tensa. Demasiado tensa.

La rabia que me inunda es irracional. Poco profesional. Completamente inapropiada.

Quiero encontrar a Jack Walker. Quiero romper cada dedo de la mano que la tocó. Quiero hacerle entender exactamente qué les pasa en mi ciudad a los hombres que tratan a las mujeres como posesiones.

El teléfono cruje bajo mi agarre.

Basta.

Me obligo a respirar. Inspirar por la nariz, espirar por la boca.

Este no es mi problema. Kristen no es mi problema.

Pero no puedo dejar de mirar su rostro en esas fotos. A la mujer que hay bajo el maquillaje, los vestidos ajustados y las sonrisas fingidas. Al fantasma de la persona que debió ser antes de que Jack Walker le pusiera las manos encima.

Ahora se tapa. Se esconde bajo capas de ropa. Se vuelve invisible.

Porque él la hizo visible de todas las maneras equivocadas.

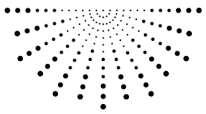
Cierro Instagram y dejo el teléfono boca abajo sobre el escritorio.

No ayuda. Su imagen está grabada a fuego en mi cerebro. Ese vestido rojo. Esos ojos vacíos. La mano de Jack en su cadera como si fuera de su propiedad.

No es tu problema, me repito una vez más.

Pero mis manos siguen temblando por el impulso de golpear algo.

CAPÍTULO DOCE



Kristen

El olor a café quemado me golpea antes incluso de abrir los ojos.

Mamá ha llegado temprano. Eso nunca es bueno.

Salgo de la cama a duras penas, comprobando que Lily sigue acurrucada junto a Sir Floppington III en su camita. Su pecho sube y baja con ese ritmo perfecto que solo tienen los niños cuando duermen. Le doy un beso en la frente y salgo sigilosamente de nuestra habitación compartida. Me visto y salgo del dormitorio.

Mamá está ante la encimera de la cocina, echando café en mi única taza buena; la que no tiene desconchones. Va vestida para ir a misa aunque es martes. Perlas. Blusa planchada. El juicio emana de ella como un perfume barato.

—Buenos días —digo, pasando por su lado para mirar la hora.

—He hablado con Jack anoche.

Mi mano se congela sobre la puerta del armario. Por supuesto que lo has hecho.

—Está preocupado por ti, Kristen. —Mamá suelta la cafetera con un tintineo cuidadoso—. Ha dicho que quiere ayudar. Se ha ofrecido a prestarte dinero hasta que te recuperes.

Se me escapa una carcajada.

—Quiere prestarme dinero —repito las palabras despacio, probándolas en mi lengua como si fueran leche cortada—. Eso es lo que te ha dicho.

—Lo está intentando, cielo. Sé que las cosas terminaron mal, pero sigue siendo el padre de Lily. Aún se preocupa por...

—Para.

La palabra sale con más dureza de la que pretendía. Mamá cierra la boca de golpe, abriendo mucho los ojos como si le hubiera dado una bofetada.

Me agarro al borde de la encimera. Me duelen los nudillos. En algún lugar de mi mente, soy consciente de que Lily podría despertarse en cualquier segundo, de que estas paredes son de papel, de que los vecinos probablemente puedan oírnos respirar.

Pero estoy tan cansada.

Años de ver a mi madre ponerse de su parte me han agotado. Cientos de conversaciones en las que sonreía y asentía, dejando que creyera cualquier cuento de hadas que Jack se inventara porque pelear parecía inútil.

—Jack pidió ese préstamo —digo en voz baja—. Para la operación de Lily.

—Lo sé, cariño. Él explicó que ambos...

—Lo puso a mi nombre. —Me giro para mirarla—. Veinte mil dólares. A mi nombre. Y soy la única que está poniendo dinero ahí porque él afirma que no le queda mucho. Lo estoy pagando yo y él no. En su mundo, soy yo la que tiene que pagar un préstamo solicitado a mi nombre, a pesar de que era para NUESTRA hija.

El rostro de mamá palidece. —Eso no es... Jack no haría...

—He estado pagando mil quinientos dólares al mes. —Se me quiebra la voz. Odio que se me quiebre—. Por eso he tenido tres trabajos. Por eso nunca tenía dinero para la compra. Por eso Lily y yo cenamos pasta cuatro noches a la semana y no puedo permitirme arreglar la tostadora que lo quema todo.

—Kristen...

—¿Y ahora se ofrece a prestarme dinero? ¿Con qué? ¿Con el dinero que por lo visto sí tiene?

Mamá deja el café. Le tiemblan las manos. —¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Me habrías creído?

Silencio.

La pregunta queda suspendida entre nosotras como el humo. La mirada de mamá se desvía a cualquier parte menos a mi cara.

Lo que yo pensaba.

—No te pido que te pongas de mi parte. —Mi voz suena plana. Vacía—. Dejé de esperar eso hace mucho tiempo. Pero he terminado de defenderme ante ti. He terminado de ver cómo lo eliges a él por encima de tu propia hija.

—Yo nunca elegí...

—Lo hiciste. —Me cuelgo el bolso al hombro—. Cada vez que me decías que le diera otra oportunidad. Cada vez que decías que era una dramática. Cada vez que me mirabas como si yo fuera el problema.

Miro el reloj. Dante debe de haber llegado.

—Tengo que irme. —Me dirijo a la habitación de Lily para darle un beso de despedida—. Cierra con llave cuando salgas.

—Kristen, espera. —La voz de mi madre se rompe—. No lo sabía. Te juro que no...

—Ya sé que no lo sabías. —Me detengo en el umbral—. Eres es el quid de la cuestión, mamá. Nunca quisiste saberlo.

Presiono mis labios contra la mejilla cálida de Lily, aspirando su olor a niña pequeña.

—Mami te quiere —susurro.

No se inmuta.

Cuando vuelvo a pasar por la cocina, mamá no se ha movido. Se le ha empezado a correr el rímel y, por un momento horrible, casi me siento culpable.

Casi.

Cojo mi chaqueta y me marcho.

La puerta se cierra tras de mí con un clic.



La puerta del dormitorio de Nico está entreabierta.

Llamo dos veces de todos modos. Espero. Cuento hasta diez mentalmente, como me dijo Giulia.

Nada.

Bien. Habitación vacía. Tarea fácil. Entrar y salir.

Empujo la puerta y entro, golpeada de inmediato por su aroma. No sé qué colonia específica usa y mi nariz no tiene por qué memorizar su olor como si fuera información importante.

La habitación... no es lo que esperaba.

Minimalista. Casi austera. Una cama enorme domina una pared, perfectamente hecha. Sin cojines decorativos. Sin mantas de adorno. Sin calidez. Unas mesitas de noche de madera oscura flanquean cada lado: una sostiene una sola lámpara y nada más. La otra tiene un cargador de móvil y lo que parece un libro de bolsillo desgastado, con el lomo agrietado por el uso.

No me permito mirar el título.

Enormes ventanales recorren la pared del fondo, con pesadas cortinas opacas descorridas para dejar pasar la luz. Hay un escritorio en la esquina. Papeles apilados en montones ordenados, el portátil cerrado, tres monitores apagados. Todo tiene su lugar. Todo está controlado.

Por supuesto que su habitación es así. Este hombre probablemente alfabetiza hasta sus calcetines.

Suelto un bufido ante mi propio chiste, pero inmediatamente me siento culpable.

Mi destino es el vestidor. Las instrucciones de Giulia fueron específicas: Nico quiere su ropa organizada por colores. La nueva chica de la lavandería lo mezcla todo. Compruébalo semanalmente.

Bastante sencillo.

Enciendo la luz del vestidor y entro en un espacio más grande que el dormitorio de Lily. Los trajes se alinean en un lado. Negros, azules marinos, todos colgados con un centímetro de espacio entre cada percha. El otro lado tiene camisas, jerséis, ropa informal con la que nunca le he visto. ¿Tendrá Nico Sartori vaqueros?

Al parecer, sí. De lavado oscuro, doblados en un estante como si nunca se hubieran usado.

Empiezo por la izquierda, comprobando que los trajes negros estén juntos y los azul marino separados. Mis dedos rozan telas que probablemente cuestan más que mi coche. Costaban más que mi coche, cuando tenía uno.

Un jersey negro se ha colado en la sección de azul marino.

—Aquí estás, alborotador.

Lo reubico, alisando el cachemir antes de colgarlo correctamente. Su suavidad me hace pensar en sus manos. Siempre moviéndose, siempre tamborileando. ¿Se sentirán así? ¿Suaves bajo la rudeza?

Para.

Retiro la mano de un tirón como si el jersey me hubiera quemado.

Esto es un trabajo. Él es mi empleador. Me contrató por lástima, por obligación o por lo que sea que sientan los ricos cuando alguien les salva la vida. Gratitud que viene con un precio. Una transacción, nada más.

Pero no dejo de pensar en él.

En la forma en que se arrodilló para ponerse a la altura de Lily aquella primera noche. Cómo bajó la voz cuando dijo you don’t have a choice y, de algún modo, no me asustó como solían hacerlo las órdenes de Jack. La expresión de su rostro cuando me pilló cantando.

He estado intentando descifrarlo.

Patético.

La cuestión es que solo he estado con Jack. Toda mi vida adulta ha estado moldeada por un hombre que me decía a diario que tenía suerte de que él me quisiera. Que nadie más lo haría. Que debía estar agradecida por su atención porque, desde luego, no me la merecía.

Le creí.

¿Así que ahora, estar en el armario de otro hombre y notar que huele bien? ¿Que su voz me provoque algo en el pecho cuando se muestra autoritario?

Se siente ilegal.

Como si estuviera rompiendo alguna regla que no sabía que existía.

—Tienes derecho a encontrar atractivos a los hombres —me digo a mí misma, moviendo una camisa negra que de alguna manera ha acabado con las blancas—. Estás separada. Casi divorciada. Eres libre.

¿Pero lo soy?

Jack sigue mandando mensajes. Sigue llamando. Sigue teniendo a mi madre convencida de que yo soy la villana de nuestra historia. La deuda me sigue a todas partes. Su nombre figura en el certificado de nacimiento de Lily, lo que significa que tiene derechos, lo que significa que nunca seré libre de él de verdad.

Y Nico Sartori es mi jefe.

Mi muy rico, muy intimidante y muy inalcanzable jefe, que podría tener a cualquier mujer de Chicago con solo chasquear los dedos. Mujeres que saben qué tenedor usar en la cena. Mujeres que no han sido destrozadas y reconstruidas mal por hombres que decían amarlas.

Termino con las camisas y paso a revisar los estantes.

Todo está perfecto. Doblado con precisión. Organizado.

Un maníaco del control.

Salgo del vestidor, tachando mentalmente la tarea. Hecho. Fácil. Sin sentimientos raros por tocar sus jerséis.

La puerta del baño se abre.

Primero sale el vapor. Luego Nico.

Gotas de agua se aferran a la piel tensa sobre el músculo. Una toalla blanca cuelga baja de sus caderas. Muy baja. El tipo de posición que me hace preguntarme sobre la gravedad, la física y si Dios tiene un sentido del humor cruel.

Ambos nos quedamos helados.

Sus ojos oscuros se clavan en los míos. La sorpresa cruza su rostro antes de que algo más duro la reemplace. Tensa la mandíbula. El agua baja por su pecho siguiendo caminos que no debería estar trazando en absoluto.

Mira hacia otro lado. Mira hacia otro lado. Mira hacia otro lado.

No miro hacia otro lado.

Mi mirada baja primero a sus hombros. Anchos. Hechos para cargar peso. El tipo de hombros que podrían inmovilizar a alguien contra una pared.

Para.

No puedo.

Su pecho es un lienzo de contradicciones. Piel oliva suave interrumpida por cicatrices. Una fina línea blanca se curva bajo su pectoral izquierdo. Otra, más gruesa y enfurecida, le cruza las costillas.

Sus abdominales se contraen al respirar. La «V» de sus caderas desaparece bajo esa toalla, y se me seca la boca. Seca de verdad. Como si alguien me hubiera metido algodón en la garganta.

Es tu jefe. Tu JEFE. El hombre que firma tus cheques.

Pero a mi cuerpo no le importan los cheques.

El calor me sube por el cuello. Mi pulso late en lugares donde no tiene por qué latir. De repente soy consciente de cada centímetro de mi propia piel, como si su mirada me estuviera tocando aunque él no se haya movido.

—Kristen.

Su voz corta el vapor. Grave. Controlada. Mi nombre suena diferente en su boca. Más pesado.

—Yo... —Palabras. Necesito palabras—. Giulia dijo. El vestidor. Los colores. La nueva chica de la lavandería lo mezcla todo.

Brillante. Absolutamente brillante.

—No sabía que usted estaba... —Hago un gesto vago hacia su situación general. La toalla. El agua. Los músculos que no tienen derecho a existir fuera de las pinturas del Renacimiento.

—Es evidente.

No hace ningún amago de cubrirse. No busca un albornoz ni retrocede al baño. Se queda ahí plantado, goteando.

Fuerzo mis ojos hacia su cara.

Error.

Su pelo está más oscuro mojado, peinado hacia atrás desde la frente. Las perlas de agua en su mandíbula captan la luz. Su expresión es ilegible, pero algo arde tras esos ojos oscuros. Algo que hace que se me revuelva el estómago.

—Me voy —logro decir—. Simplemente... me voy. Ahora. Saliendo de aquí.

Doy un paso atrás. Mi tacón se engancha en el umbral del vestidor.

Nico se mueve.

Rápido. Más rápido de lo que un hombre en toalla debería ser capaz de moverse. Su mano me sujeta el codo antes de que pueda caerme, sus dedos envolviéndose alrededor de la piel desnuda.

Oh.

Su palma está caliente. Áspera por unos callos que no me esperaba. El agarre es firme pero no doloroso, estabilizándome con una facilidad practicada.

Estamos cerca ahora.

—Cuidado.

Una sola palabra.

Levanto la vista hacia él. Tan cerca, puedo ver las gotas individuales aferradas a su clavícula. La forma en que su pulso late constante contra su garganta. La ligera tensión en su mandíbula.

—Gracias —sale en un susurro entrecortado. Destrozado.

Su pulgar se mueve. Solo una vez. Una pequeña caricia contra la parte interna de mi codo que envía una descarga eléctrica brazo arriba.

Un accidente. Tiene que ser un accidente.

Pero sus ojos bajan hasta donde me está tocando. Se demoran allí. Luego viajan lentamente por mi brazo, mi hombro, mi cuello, hasta que llegan a mi cara.

Me han mirado antes.

Debería sentirse algo clínico.

No es así.

—El vestidor está organizado —digo, porque el silencio es peligroso. El silencio me deja pensar en cómo se siente su piel bajo mi palma... espera, ¿cuándo ha aterrizado mi mano en su pecho?

La retiro de golpe.

Los dedos de Nico se aprietan en mi codo. Solo por un segundo. Luego me suelta, retrocediendo con un movimiento fluido.

—Bien.

La palabra es cortante. Desdeñosa. Pero sus ojos no coinciden con su tono.

—Le dejaré que... —señalo de nuevo la toalla con la mano. A él. A toda esta situación de la que necesito escapar inmediatamente—. Se vista. Obviamente. Porque no está... vestido. Actualmente.

Que alguien me mate, por favor.

Giro hacia la puerta.

—Kristen.

Me detengo. No me doy la vuelta. No puedo darme la vuelta. Si lo veo con esa toalla una vez más, voy a cometer una estupidez.

—La próxima vez, llame más fuerte.

Hay algo en su voz. Algo que podría ser diversión. O una advertencia. O ambas cosas.

—Sí, por supuesto.

No espero su respuesta.

Estoy pasillo abajo y al doblar la esquina antes de permitirme respirar. Mi espalda choca contra la pared. Mi mano presiona contra mi pecho, donde mi corazón intenta escapar a través de mis costillas.

¿Qué demonios ha sido eso?

No puedo permitirme fijarme en el cuerpo de mi jefe.

Eres un desastre, me digo a mí misma. Un desastre andante que no tiene por qué andar mirando a hombres como Nico Sartori.

Pero he mirado.

¿Y lo peor?

Estoy casi segura de que él se ha dado cuenta.



Nico

Joder.

La palabra suena en mi cabeza como un disco rayado mientras los pasos de Kristen se desvanecen por el pasillo. Me quedo ahí de pie, con la toalla sujeta a mis caderas, el agua aún goteando por mi pecho, mirando fijamente el umbral vacío como un idiota.

Me ha mirado.

No ha sido la mirada educada de una empleada pillada en una situación incómoda. No. Su mirada ha recorrido mi pecho y se ha detenido en mis abdominales.

Y sus labios se han entreabierto.

Solo un poco. Solo lo suficiente para que yo lo notara. Solo lo suficiente para que mi polla decidiera que aquello era una invitación.

Aprieto más la toalla, obligando a mi cuerpo a calmarse. Lo último que necesito es andar por el recinto con una erección porque el ama de llaves me haya visto medio desnudo. Tengo treinta años. Tengo más control que esto.

Al parecer, no lo tengo.

La cuestión es que sé qué cara ponen las mujeres cuando quieren algo. Lo he visto en los reservados de los clubes, en reuniones de juntas directivas donde los tratos implican algo más que contratos, en las docenas de acuerdos a corto plazo que he tenido a lo largo de los años. Esa mirada tiene una cualidad particular.

La mirada de Kristen no ha sido así.

La suya era de sorpresa. Como si no esperara que fuera a gustarle. Como si el deseo fuera un idioma que no hubiera hablado en tanto tiempo que hubiera olvidado las palabras.

Y eso es lo que me está calentando la sangre.

Normalmente oigo cuando llaman. El personal conoce mi rutina, sabe que valoro mi privacidad, sabe que debe esperar mi confirmación antes de entrar. Debería haberla oído.

Pero estaba pensando.

El agua de la ducha salía lo bastante caliente como para empañar el cristal, y mi mente estaba tres horas por delante, repasando la reunión en Las Vegas. Pietro lleva seis meses negociando con la familia Marchetti; inversiones legítimas en casinos que podrían lavar dinero más rápido que nuestras tapaderas de la construcción. Los números cuadran. Las proyecciones son sólidas. Pero algo me huele mal.

El patriarca de los Marchetti, Vincent, no deja de presionar para acelerar los plazos. No deja de endulzar el trato. No deja de mostrarse demasiado conforme.

En mi mundo, la gente que acepta con demasiada facilidad está desesperada o planea algo.

Me seco con la toalla, con la mente dividida entre la reunión y la imagen de los ojos de Kristen abriéndose de par en par. La forma en que se le ha cortado la respiración. El rubor que le ha subido por el cuello.

Ha intentado ocultarlo. Su rostro se ha quedado neutral tan rápido que casi me he creído que me lo había imaginado todo. Pero su voz ha sonado demasiado aguda cuando se ha disculpado.

Kristen Thomas no es tan indiferente como quiere que yo crea.

Tú tampoco, me señala una voz en mi cabeza. Así que, ¿cuál es tu excusa?

Me pongo unos pantalones de vestir, luego una camisa blanca de botones, dejándola por fuera mientras reviso el móvil. Tres mensajes de Pietro sobre la reunión de Las Vegas. Uno de Liam con una actualización sobre las finanzas de Jack Walker. Uno de Giulia recordándome la partida de esta noche.

Esta noche.

Mi madre se va a Sicilia con Giulia, Valentino y Carmela. El recinto se sentirá más vacío.

Y Kristen estará aquí.

Gestionando la casa. Recorriendo estos pasillos. Existiendo en mi espacio.

Es una empleada, me recuerdo a mí mismo. Temporal. Dos meses. Tiene una hija. No es alguien a quien deba perseguir.

A mi polla no le importa la lógica.

Termino de vestirme y me dirijo a la cocina, caminando despacio. No voy a ir tras ella. No voy a acorralarla. No voy a reconocer lo que acaba de pasar a menos que ella lo mencione primero... cosa que no hará, porque Kristen Thomas es demasiado lista para provocar a ese oso en particular.

La cocina huele a las galletas de limón de Giulia. Unas voces llegan desde el invernadero; probablemente Nora y Sophia, planeando algo que inevitablemente requerirá la energía de Vittoria y la paciencia de Lorenzo.

Me sirvo café cuando entra Dante.

Lleva el pelo oscuro peinado hacia atrás, con algunos mechones cayéndole por la frente a pesar del producto de peinado que usa. Tiene una cicatriz que le atraviesa la ceja izquierda. Sus nudillos están sanando de los asuntos que manejó la semana pasada.

El consigliere de Lorenzo.

Dante y Liam son los únicos hombres ajenos al linaje Sartori que se sientan en nuestro círculo íntimo. Se ganaron ese lugar con sangre y lealtad.

Mientras Lorenzo dirige los restaurantes, Dante gestiona los entresijos más oscuros: deudas cobradas, territorios respetados, problemas desaparecidos.

—Café —no pregunta. Simplemente alarga el brazo por detrás de mí para coger una taza.

Me hago a un lado. —Sírvete tú mismo.

—Ya lo estoy haciendo —se sirve y luego se apoya en la encimera.

—¿No has dormido?

Doy un sorbo en lugar de responder.

Dante no insiste. Eso es algo que le agradezco.

—Esa tal Thomas —dice finalmente—. ¿Cuánto tiempo voy a andar haciendo de chófer?

Dejo mi taza. —El contrato es de dos meses.

La risa de Dante es baja, áspera. —Eso no va a pasar.

—¿Qué?

—Me voy a Sicilia en una semana. Valentino necesita ayuda para gestionar unas cosas en Palermo —da otro trago—. Lorenzo ya ha dado el visto bueno.

Joder.

Mantengo el rostro neutral, pero la mandíbula se me tensa. —Entonces asignaremos a otro para ir a buscarla.

—Dario está disponible. O Santos. Ambos son de fiar.

Ambos de fiar. Ambos leales. Ambos hombres que han trabajado para la familia durante años sin una sola mancha en su historial.

Ambos hombres a los que no quiero ni a un kilómetro de Kristen Thomas.

Me doy la vuelta, fingiendo consultar el móvil para que Dante no pueda leer lo que tengo en la cara.

Dario tiene cuarenta y tres años, está casado y tiene tres hijos. Santos está prometido con una mujer con la que está desde el instituto. Ninguno de ellos miraría dos veces a la nueva ama de llaves.

Pero alguien podría hacerlo.

Kristen es hermosa.

Lleva ocho meses soltera. ¿Y si quiere que eso cambie?

¿Y si uno de mis hombres —alguien que la lleva todos los días, que ve su sonrisa, que oye su risa— decide ser encantador? ¿Ofrecerle consuelo? ¿Recordarle que es joven y hermosa y merecedora de atención?

Mi mano se cierra en un puño alrededor de mi teléfono.

Es una empleada. Esto no es asunto tuyo. Déjalo pasar.

—Nico —la voz de Dante corta mi espiral de pensamientos—. ¿Sigues conmigo?

—Me encargaré yo mismo del transporte.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Dante arquea las cejas.

—Tú —dice con tono plano—. Vas a llevar y traer al ama de llaves todos los días.

—¿Algún problema?

—Odias conducir.

—No lo odio.

—Una vez hiciste que Lorenzo diera cuatro vueltas a la manzana porque querías terminar de leer un informe trimestral.

Doy otro sorbo al café. —Aquello era importante.

Dante deja su taza.

—¿Qué está pasando? —pregunta en voz baja.

Nada.

Todo.

No tengo ni puta idea.

—Le salvó la vida a mi madre —digo—. Lo mínimo que puedo hacer es asegurarme de que llegue aquí a salvo.

No es una mentira. Pero tampoco es la verdad.

Dante me observa durante un largo instante.

—Está bien —dice finalmente—. Tú decides.

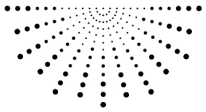
Se separa de la encimera y se dirige a la puerta, y luego se va, dejándome solo con la incómoda sensación de que Dante Castellani acaba de ver a través de mí.

¿Por qué te importa?

No tengo una respuesta.

Ese es el problema.

CAPÍTULO TRECE



Kristen

La almohada finalmente se amolda a mi cabeza a las once y cuarenta y siete. El sueño revolotea justo fuera de mi alcance, tentándome con esa sensación de pesadez en las extremidades que nunca llega a inclinar la balanza hacia la inconsciencia.

Mi móvil vibra.

Cómo no.

Lo cojo sin mirar, sabiéndolo ya.

—¿Mamá?

—Kristen —su voz suena como papel de lija arrastrado sobre grava—. No puedo ir mañana.

Me incorporo tan rápido que la cabeza me da vueltas. —¿Qué? ¿Por qué?

—Estoy enferma —una tos húmeda acentúa la frase—. Ha empezado esta tarde. Fiebre, escalofríos, de todo. Apenas puedo levantarme del sofá.

Perfecto. Absolutamente perfecto.

—Mamá, mañana tengo que trabajar —mantengo la voz baja, lanzando una mirada a la figura dormida de Lily en la cama al otro lado de la habitación—. Sabes que la guardería cierra a las tres.

—Lo siento, cariño. De verdad —otra tos—. Pero apenas puedo tenerme en pie. No le serviría de nada a Lily de todos modos.

No le falta razón. Una abuela enferma significa una Lily enferma en aproximadamente cuarenta y ocho horas, y no puedo permitirme esa espiral. Pero la alternativa...

—¿Puedes pedírselo a alguien más? —sugiere mi madre—. ¿A alguna amiga? ¿A un vecino?

¿Qué amigas? Jack se encargó de que desaparecieran hace años. ¿Y mis vecinos? Uno vende droga en el apartamento 2C, y la otra es una mujer de ochenta años que no puede oír ni su propio timbre.

—Ya lo solucionaré —digo, porque ¿qué otra cosa puedo decir?

—Quizá Jack podría...

—Buenas noches, mamá.

Cuelgo antes de que termine esa frase. Qué audacia. La absoluta audacia de sugerir a Jack como solución para algo.

Me quedo mirando el móvil. La pantalla brilla acusadora en la oscuridad, esperando a que resuelva este problema irresoluble.

Opciones. Necesito opciones.

Guardería: cierra a las tres, sin excepciones, sin flexibilidad. Ya pregunté.

Vecinos: ver evaluación anterior sobre el camello y la octogenaria sorda.

Amigas: inexistentes.

Lo cual me deja con...

Pedir tiempo libre en mi flamante trabajo nuevo.

Se me revuelve el estómago. Llevo allí menos de dos semanas.

No puedo perder este trabajo.

Pero tampoco puedo dejar a mi hija de cuatro años tirada en la guardería.

Siento el teléfono pesado en mi mano. Busco el contacto de Nico.

Siento mucho escribirle tan tarde. Puede que necesite tomarme el día libre mañana. Es una emergencia personal.

Mi pulgar duda sobre el botón de enviar.

Esto es humillante. Ya estoy pidiendo favores. Va a pensar que no soy de fiar. Que soy una informal. Que me estoy aprovechando de la generosidad de su familia.

Tal como Jack siempre dijo que haría.

Pulso enviar antes de que pueda echarme atrás.

La confirmación de lectura aparece casi de inmediato.

11:52 PM - Leído

Aparecen tres puntos.

¿Por qué?

Una palabra. Sin saludo, sin reconocer la hora que es. Solo un «¿Por qué?», como si le debiera una explicación.

Tenso la mandíbula.

Es un asunto personal, respondo.

Eso no es una respuesta.

Es la única que va a recibir.

Observo esos tres puntos bailar durante lo que parece una eternidad. El corazón me martillea contra las costillas. Ya está. Aquí es donde me despiden por mensaje de texto a medianoche por no haber podido cerrar el pico.

Inténtelo de nuevo.

¿Perdón?

Usted ha pedido tiempo libre. Yo he preguntado por qué. «Personal» no me dice nada. ¿Hay alguien herido, enfermo o en peligro?

Me dan ganas de estampar el móvil contra la pared. Quiero decirle que mis problemas con el cuidado de mi hija no son de su incumbencia. Que su estilo de interrogatorio de una sola palabra es desesperante.

En su lugar, escribo: Mi madre debía cuidar de Lily mañana. Está enferma. La guardería cierra a las tres. Mi turno termina a las seis. No tengo otras opciones.

Enviar.

Los puntos aparecen inmediatamente.

¿Cuántos días?

No lo sé. ¿Hasta que mejore? ¿Unos días, quizá?

Tráigala.

Parpadeo ante la pantalla.

¿Qué?

Traiga a Lily. A la finca. Mañana.

No puedo traer a mi hija al trabajo.

Puede si yo digo que puede. Problema resuelto.

Me quedo mirando la pantalla hasta que me arden los ojos.

Problema resuelto.

Como si fuera así de sencillo.

Pero mis pulgares no escriben una respuesta. No discuten. No le dan las gracias.

Simplemente dejo el teléfono boca abajo en la mesilla de noche y dejo que el alivio me inunde como un baño de agua tibia.

Lo de mañana está solucionado.

Exhalo lentamente, escuchando la respiración suave de Lily al otro lado de la habitación. Está despatarrada en su camita como una estrella de mar, con un brazo colgando por el borde y a Bunbun apretado contra el pecho. Tranquila. Ajena al caos por el que navega su madre solo para mantenerlas a flote.

El sueño tira de mí ahora, finalmente, mientras la ansiedad afloja su presión sobre mi pecho.

Esta noche Aria se va a Sicilia.

Estos últimos días apenas la he visto. Ha pasado la mayor parte del tiempo en el ala de Bruno; la zona prohibida de la que Giulia me advirtió el primer día. Las pocas veces que nos cruzamos, Aria parecía cansada. Agotada de una manera que ninguna crema hidratante cara puede arreglar.

Entiendo eso mejor de lo que me gustaría admitir.

Pero a pesar de las cosas pesadas que acechan en los rincones de este trabajo, la verdad es que...

Me encanta.

Me encanta el ritmo de la finca. La forma en que la luz de la mañana inunda esos absurdos ventanales de suelo a techo. La satisfacción de encontrar flores frescas en cada habitación, sábanas que huelen a lavanda, una cocina que realmente funciona en lugar de ponerme trabas a cada paso.

Me encanta que Giulia dejara notas detalladas sobre las preferencias de todos; sabía que necesitaría un mapa para navegar

por esta extraña familia.

Me giro sobre un costado, subiéndome la manta hasta la barbilla.

Mañana es viernes.

Viernes.

La palabra brilla en mi mente como algo precioso. Porque mañana no es solo el final de la semana laboral. Mañana es mi segundo sueldo.

Tres mil dólares.

La cifra aún no me parece real. En dos semanas habré ganado más de lo que ganaba en dos meses combinando trabajos de catering y empleos temporales. Lo suficiente para pagar la cuota de este mes. Lo suficiente para comprar comida que no sean fideos instantáneos y sándwiches de mantequilla de cacahuete. Lo suficiente para...

El parque.

El plan cristaliza, nítido y dulce. Hay un parque a unos veinte minutos de nuestro apartamento. Un barrio agradable, con césped de verdad en vez de hormigón, y una cafetería justo enfrente con terraza desde donde podré ver a Lily jugar.

He pasado por delante docenas de veces. He visto a otras madres sentadas con sus cafés con leche mientras sus hijos trepaban, se columpiaban y gritaban de alegría. Me decía a mí misma que algún día lo haría, mientras contaba céntimos para el billete de autobús.

Mañana, ese «algún día» se convierte en hoy.

Voy a comprar un café de esos caros. Quizá un dulce. Algo con chocolate que no tenga que compartir; aunque lo compartiré sin duda porque los ojos de cachorrito de Lily son armas de destrucción masiva.

Y el sábado...

El sábado nos vamos al zoo.

Lily lleva meses pidiéndolo. Años, tal vez. Desde que vio un documental de naturaleza sobre pingüinos y decidió que eran sus «mejores amigos animales». He inventado cien excusas. Quizá el mes que viene, cielo. Cuando mami tenga más dinero. Cuando las cosas se calmen.

Las cosas nunca se calmaron. El dinero nunca apareció. Y mi hija aprendió a dejar de preguntar.

Pero este sábado iremos. Ya he consultado el precio de las entradas. He trazado la ruta. He planeado qué exhibiciones visitar primero basándome en el sistema de clasificación de animales de Lily, que cambia a diario pero siempre incluye a los pingüinos en el top tres.

Vamos a comer perritos calientes carísimos, compraremos un pingüino de peluche en la tienda de regalos y haremos cien fotos que imprimiré de verdad en lugar de dejar que se pudran en la memoria del móvil.

Esto es lo que se siente al ser normal, pienso. Esto es por lo que he estado luchando.

Las lágrimas me pillan por sorpresa. Calientes y repentinas, resbalando por mis sienes hasta el pelo.

No son lágrimas de tristeza. Esta vez no.

Son de las otras. Las que vienen cuando has estado aguantando la respiración tanto tiempo que olvidaste que te estabas ahogando, y de repente tu cabeza sale a la superficie.

Puedo respirar.



Nico

La finca suena distinta con un niño en ella.

Me doy cuenta en el momento en que salgo de mi despacho a mediodía. Risas. Pequeñas, brillantes, completamente fuera de lugar en estos pasillos.

Kristen no volvió a contestar anoche. Después de que le dijera que trajera a Lily, nada. Silencio administrativo. Me quedé mirando esos mensajes durante veinte minutos antes de tirar el móvil al otro lado de la habitación.

Patético.

Llevo toda la mañana evitándola. Es fácil cuando ella está haciendo lo mismo. Después de lo de ayer, hemos llegado a un acuerdo tácito. Ella se encarga del ala este. Yo me quedo con la oeste. Nuestros caminos no se cruzan.

Es eficiente y lógico.

Lo odio.

Las risas vuelven a oírse, resonado desde el pasillo que lleva al ala de Bruno. Se me hiela la sangre.

El ala de Bruno.

Donde mi hermano se sienta en su silla de ruedas y afila su crueldad como una cuchilla, esperando a alguien lo bastante estúpido como para acercarse demasiado.

Me muevo rápido, con pasos silenciosos. La conciencia táctica se activa calculando cuánto tardaré en interponerme entre Bruno y una niña de cuatro años si decide...

Me detengo en seco.

A través de la puerta entreabierta, los veo. La silla de ruedas de Bruno está orientada hacia la ventana, con la luz de la tarde resaltando sus afiladas facciones. Y sentada con las piernas cruzadas en el suelo frente a él, aferrando uno de sus conejos de peluche, está Lily.

Se está riendo.

No es la risita nerviosa de un niño que presiente el peligro. Es una risa de verdad, de las que hacen que todo su cuerpo se sacuda.

—No, no, no —la voz de Bruno es baja, pero le falta ese filo de cuchillo al que me he acostumbrado—. Tienes que sujetarlo así. Si no, Sir Orejotas se cae.

—Pero es que quiere caerse —insiste Lily—. Está haciendo un truco.

—¿Qué truco?

—Un truco secreto.

Bruno hace un sonido. Tardé un momento en reconocerlo.

Él también se está riendo.

Suave. Casi oxidado, como maquinaria que no se ha usado en años. Pero ahí está. Inconfundible.

¿Qué demonios?

Apoyo la espalda contra la pared, manteniéndome fuera de vista. Mi mente busca explicaciones y no encuentra ninguna. Este es Bruno. El Bruno que se ha pasado meses levantando muros tan altos y feroces que ni siquiera yo puedo escalarlos ya.

Y está jugando con el conejo de peluche de una niña.

—¿Así que el truco secreto —dice Bruno despacio— es caerse?

—Dramáticamente —le corrige Lily con el tono paciente de alguien que explica algo obvio a alguien muy tonto—. Como en las películas.

—Ya veo —una pausa—. Enséñame.

A través de la rendija de la puerta, veo a Lily hacer que el conejo se desplome de lado con exagerada elegancia. Bruno asiente con solemnidad, como si ella acabara de demostrar una maniobra táctica compleja.

—Mejor —dice él—. Pero las orejas necesitan más... —mueve la mano vagamente.

—¿Más fush?

—Exacto.

Algo se quiebra en mi pecho. Una fisura milimétrica en el muro que he construido alrededor de cada recuerdo de quién solía ser Bruno. Antes de la boda. Antes de la silla de ruedas. Antes de la bala que se llevó sus piernas y dejó atrás algo mucho más frío.

Todavía sigue ahí dentro.

Bajo toda esa rabia, crueldad y saña... mi hermano todavía sigue ahí dentro.

Pasos detrás de mí. Me giro y me encuentro a Kristen acercándose, con la cara pálida y los ojos desorbitados por el pánico. Me ve y se detiene en seco, abriendo la boca para hablar.

Niego con la cabeza una vez. Que espere.

Ella se queda petrificada.

Dentro de la habitación, Lily parlotea sobre las aventuras de Sir Orejotas. Bruno escucha.

Entonces el zapato de Kristen chirría en el suelo.

La cabeza de Bruno se gira hacia el sonido. La transformación es instantánea. La calidez desaparece de su rostro como el agua por la

arena, reemplazada por esa máscara fría tan familiar.

Kristen pasa por mi lado antes de que pueda detenerla.

—Señor Sartori, lo siento muchísimo —las palabras se agolpan, rápidas, frenéticas—. Lily se ha escapado mientras ayudaba a Vittoria con lo de... ella sabe que no debe... Me la llevaré ahora mismo para no molestarle más.

Coge a Lily de la mano, levantando a la niña con una urgencia suave.

—Mamá, le estaba enseñando a Bruno mi truco...

—Lo sé, cielo. Pero tenemos que dejar descansar al señor Sartori.

Doy un paso hacia el umbral de la puerta. Los ojos de Kristen se encuentran con los míos una fracción de segundo antes de desaparecer, con la manita de Lily aferrada a la suya y sus pasos rápidos resonando contra el mármol.

El silencio se asienta.

Bruno no me mira. Tiene la mandíbula tensa y las manos apretando las ruedas de su silla.

—Esto no es una guardería, Nico —su voz es de hielo—. Controla a tu personal o lo haré yo.

Me apoyo en el marco de la puerta con los brazos cruzados. No digo nada.

—¿Me has oído? —Bruno gira la silla para encararme, y ahí está: la rabia, la crueldad, la máscara que lleva como una armadura—. Mantén a esa mujer y a su hija lejos de mi ala.

Lo estudio. La rigidez de sus hombros. La forma en que sus ojos no terminan de cruzarse con los míos. El ligero temblor de sus manos.

Dolor, me doy cuenta. No físico, aunque también haya de eso. Emocional. Ha dejado que alguien entrara durante cinco minutos y ahora le aterra que yo lo haya visto.

Podría decir algo. Podría decirle que lo he visto. Podría presionar, pinchar, obligarle a reconocer lo que ambos sabemos: que no está tan perdido como quiere hacer creer a todo el mundo.

Pero me he pasado la vida entera analizando a la gente. Sabiendo cuándo presionar y cuándo esperar.

Bruno no está preparado.

—Hablaré con ella —digo en su lugar. Neutral. Sin concederle nada.

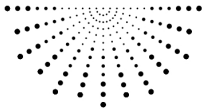
Sus ojos se entrecierran, buscando en mi rostro algún rastro de juicio o lástima. Al no encontrar nada, algo en él se relaja, solo un poco.

—Asegúrate de hacerlo.

Asiento una vez y me doy la vuelta para irme.

Me alejo, dejando a mi hermano a solas con los fantasmas que lo atormentan. A mi espalda, oigo cómo las ruedas de su silla giran de nuevo hacia la ventana.

CAPÍTULO CATORCE



Kristen

La risita de Lily flota por la sala multimedia como el tintineo de unas campanillas de viento.

Vittoria tiene a mi hija acurrucada a su lado en el enorme sofá modular, con una manta de cachemir echada sobre ambas como si llevaran haciendo esto toda la vida. En la pantalla, Vaiana entona su himno sobre el océano llamándola por su nombre, y Lily mueve los labios siguiendo cada palabra, con su pequeña mano apretando a Sir Floppington contra el pecho.

—Tu madre tiene muy buen gusto para las películas —le dice Vittoria, apartándole un mechón de pelo a Lily tras la oreja con una ternura tan natural que se me cierra la garganta.

—Mami llora en la parte de la abuela —susurra Lily con aire conspirador.

—Mi madre también —sonríe Vittoria—. Es cosa de madres.

Me apoyo en el marco de la puerta, observándolas. Vittoria Sartori le está poniendo caras de pez a mi hija de cuatro años. ¿Y Lily? Lily está encantada.

El móvil me vibra en el bolsillo.

Lo saco, esperando un mensaje de mi madre.

El nombre que aparece en la pantalla hace que se me caiga el alma a los pies.

Jack Walker.

Durante tres segundos enteros, considero no contestar: dejar que suene hasta que salte el contestador, bloquear su número y fingir que no existe.

Pero Jack no desaparece cuando lo ignoras. Jack va a más.

Salgo al pasillo y pongo dos puertas cerradas entre Lily y su maratón de Disney antes de deslizar el dedo para responder.

—Kristen. —Su voz es cálida y amistosa; la voz que usa cuando puede haber otras personas escuchando—. ¿Cómo está mi chica favorita?

Tu chica favorita está aprendiendo palabras en italiano de una jáquer de veintitrés años y está más feliz de lo que la he visto en meses.

—¿Qué quieres, Jack?

—¿Es que un padre no puede llamar para ver cómo está su hija? —Suena dolido, ofendido, como si yo fuera la que no razona—. He vuelto a Chicago. He aterrizado esta mañana. He pensado en pasarme por ahí, a llevar a Lily al parque o algo así.

El suelo se inclina bajo mis pies.

—Hoy no es un buen día —logro decir—. Tenemos planes.

—Planes —repite la palabra como si fuera graciosa, como si yo fuera una niña jugando a las casitas—. ¿Qué clase de planes?

—De los que no te incluyen a ti.

Silencio. Entonces su voz cambia. Se despoja de la calidez como si fuera una máscara que se ha cansado de llevar.

—Quiero ver a mi hija, Kristen. Hoy mismo. Tengo todo el derecho...

—No tienes ningún derecho. —Las palabras salen disparadas de mi boca antes de que pueda frenarlas. Mi mano libre está temblando. La apoyo con fuerza contra la pared para estabilizarme —. La abandonaste, Jack. Te mudaste a Nueva York con tu novia y no miraste atrás. Tres meses. Tres meses sin una sola visita, solo una llamada de vez en cuando...

—He estado ocupado.

—Has estado eludiendo tus responsabilidades. —Mi voz está subiendo de tono. Me obligo a bajarla, muy consciente de cómo se propaga el sonido en esta casa—. No puedes aparecer cuando te convenga y exigir ver a una niña a la que no has ayudado en nada.

—Es mi hija.

—¡Pues compórtate como su padre! Paga la deuda que pusiste a mi nombre. Envía la pensión alimenticia. —Estoy respirando con dificultad, siento el pecho apretado como si alguien me hubiera enrollado un cable alrededor de las costillas—. No puedes desaparecer durante meses y luego entrar aquí como si nada esperando...

—Veré a la niña hoy, Kristen. —Su voz es fría y tajante—. O llamaré a mi abogado. A ver qué le parece a un juez que una madre le niegue a un padre el acceso a su propia hija.

La amenaza aterriza como un puñetazo en el estómago.

—No te atreverías.

—Ponme a prueba. —Hace una pausa—. Sé que no puedes permitirte una batalla por la custodia. Sé exactamente cuánto tienes en tu cuenta, de hecho. Hasta el último céntimo. —Se ríe entre dientes—. ¿Crees que no tengo amigos que puedan comprobar esas cosas? Apenas consigues mantenerte a flote, ¿y quieres jugar conmigo?

Se me nubla la vista. No sé si es de rabia, de miedo o de ambas cosas.

—Te llamaré mañana —digo, con voz extraña y débil, como si fuera otra persona la que hablara por mi boca—. Cuando Lily esté disponible.

—Hoy, Kristen. O...

Cuelgo.

El teléfono casi se me resbala de la palma de la mano, empapada en sudor. Lo agarro, lo aprieto contra mi pecho e intento recordar cómo se respira.

Inspirar. Espirar. Inspirar. Espirar.

Está de farol. Tiene que estar de farol. Jack no quiere la custodia, no quiere a Lily. Quiere control. Me quiere asustada, dócil y pequeña.

Pero ¿y si no es un farol? ¿Y si de verdad...?

Una mano me toca el brazo.

Me doy la vuelta bruscamente, con un sonido ahogado escapándoseme de la garganta, y me doy de bruces con Nico Sartori.



Nico

—¿Qué está pasando?

Kristen se sobresalta, con la mano aún apretada contra el pecho como si intentara evitar que el corazón se le escapara.

—Nada. —Fuerza una sonrisa que no le llega a los ojos—. Todo está bien.

Mentira.

He oído su voz a través de la puerta. No las palabras, sino el tono. La forma en que se volvía pequeña y tensa. La forma en que decía que no como si lo hubiera dicho mil veces antes y supiera que no iba a servir de nada.

—Inténtelo de nuevo. —Me acerco un paso—. ¿Qué le ha dicho?

Ella levanta la barbilla. Ese gesto testarudo en su mandíbula que empiezo a reconocer.

—Es solo un asunto sin importancia con el padre de Lily. Nada que afecte a mi trabajo aquí.

Miente. No sobre lo del padre; sé que esa parte es verdad. ¿Pero un asunto sin importancia? El temblor de sus manos dice lo contrario.

—No volveré a hacer llamadas personales durante el horario laboral —añade rápidamente—. Ha sido poco profesional. Lo siento.

Como si me importaran un bledo las normas sobre el uso del teléfono.

—Eso no me importa.

Ella frunce el ceño. —¿No?

—No.

—Oh. —Parpadea, y la confusión asoma a su rostro. Luego algo más: recelo—. Entonces, ¿por qué está...? —Se interrumpe. Sacude la cabeza—. Olvídelo. Debería volver con Lily.

Intenta rodearme para pasar.

No se lo permito.

Apoyo la mano en la pared, junto a su cabeza, cortándole la salida. Se queda helada, con la espalda presionada contra el yeso frío. Se le agrandan los ojos, pero no de miedo. No exactamente.

He visto el miedo antes. Yo mismo lo he provocado. Sé qué cara pone alguien cuando cree que va a morir.

Esto no es eso.

—¿Qué le ha dicho? —Es una orden, no una petición.

—Nico...

—Estaba asustada. —Me inclino más, acorralándola con mi cuerpo. Lo bastante cerca para oler el aroma a vainilla de su pelo. Lo bastante cerca para ver las tenues ojeras que el maquillaje no llega a ocultar del todo—. Lo he notado en su voz. Así que dígame qué le ha dicho.

Se le mueve la garganta al tragar saliva. —No es asunto suyo.

—Respuesta equivocada.

—De verdad que no es...

—Kristen. No se lo estoy preguntando.

Durante un largo momento, ella se limita a mirarme. Observo la guerra que se libra tras sus ojos: el orgullo contra el agotamiento, la terquedad contra el peso de cargar con todo sola.

Finalmente, algo cede.

—Quiere ver a Lily. —Las palabras salen en un susurro. Casi derrotada—. Dice que va a luchar por la custodia.

Se me tensa la mandíbula. —¿Bajo qué argumentos?

—¿Acaso importa? —Se le escapa una risa amarga—. Él tiene dinero. Yo no. Eso suele ser suficiente.

—Kristen...

—¿Nico?

Me quedo petrificado.

La voz de Vittoria corta el pasillo como una cuchilla. Giro la cabeza y encuentro a mi hermana en la esquina, con Lily a horcajadas sobre su cadera. Ambas nos miran con idénticas expresiones de curiosidad.

Mierda.

Todavía estoy demasiado cerca. Mi mano sigue apoyada en la pared junto a la cabeza de Kristen, mi cuerpo inclinado hacia el suyo como un escudo. O una jaula. Desde donde está Vittoria, parece...

Parece exactamente lo que es.

Me echo hacia atrás. Pongo distancia entre nosotros. Las mejillas de Kristen se tiñen de rosa mientras se alisa la camisa, evitando la mirada de todos.

La boca de Vittoria se curva en esa sonrisa burlona insufrible. La misma que lleva perfeccionando desde que tenía doce años y me pilló colándome de vuelta en el recinto a las tres de la mañana.

Le sostengo la mirada. Ni se te ocurra.

Ella aprieta los labios, pero los hombros le tiemblan por la risa contenida. Lily, ajena a la tensión, me agita su conejo de peluche.

—¡Señor Nico! ¡Sir Floppington le da las buenas noches!

Me aclaro la garganta. —Buenas noches, Sir Floppington.

Kristen se dirige hacia su hija con los brazos ya extendidos. —Ven aquí, pequeña. Vamos a la cocina.

—¡Pero quiero quedarme con Tori! —A Lily le tiembla el labio inferior—. ¡Estábamos viendo la parte en la que Vaiana encuentra a Maui!

—Podemos terminarla en otro momento, piccola —dice Vittoria, besando a Lily en la coronilla antes de entregársela a su madre—. Recordaré exactamente por dónde nos hemos quedado.

Kristen acomoda a Lily en su cadera con un movimiento experto y natural.

—¿Ha terminado de cenar? —pregunto.

—Sí. —Sigue sin mirarme directamente—. Giulia se ha asegurado de que hubiera comida suficiente para alimentar a un ejército.

—Siempre lo hace. —Saco el móvil—. Haré que Dante os lleve de vuelta.

—Oh, no hace falta que... —Se interrumpe—. Quiero decir, aún es pronto. Puedo llamar a un coche.

—Ya está organizado.

—Pero si es un inconveniente...

—Kristen. —Espero hasta que por fin me mira a los ojos—. Está bien. Por ahora todo está bajo control.

Algo cambia en su expresión. Una diminuta grieta en esa compostura tan cuidada. Asiente una vez.

—Gracias. —Su voz suena más suave—. Y gracias, Vittoria, por pasar tiempo con Lily. Se lo ha pasado de maravilla.

—¿Bromeas? Yo me lo he pasado de maravilla. —Vittoria sonríe —. Esta renacuaja se sabe toda la letra de «Qué hay más allá». Básicamente ahora somos mejores amigas.

Lily resplandece. —¡Tori hace la voz de Maui muy bien!

—Todo un cumplido —digo con ironía.

A Kristen le tiembla la boca. Casi una sonrisa. Luego levanta más a Lily y se dirige a las escaleras.

—Di buenas noches, pequeña.

—¡Buenas noches, Tori! ¡Buenas noches, señor Nico!

Las veo desaparecer por el pasillo. Escucho cómo se desvanecen sus pasos. La puerta principal se abre y se cierra.

Silencio.

Entonces Vittoria abre la boca.

—Ni se te ocurra —le advierto.

—No iba a decir nada.

—Bien.

—Nada de nada.

—Excelente.

—Excepto que...

—Vittoria.

—...que eso ha sido muy interesante. —Se apoya en la pared, de brazos cruzados, sonriendo como el gato que se ha comido al canario—. Todo eso de estar meditabundo contra la pared. Muy dramático. Muy... intenso.

—Si hablas, te arrepentirás.

—¿Hablar de qué? —Pestañea con inocencia—. ¿Del hecho de que mi hermano, el estreñido emocional, estaba prácticamente pegado a la guapa ama de llaves? ¿En un pasillo? ¿Con cara de querer besarla o interrogarla? ¿Posiblemente ambas cosas?

Se me tensa la mandíbula. —Le estaba haciendo una pregunta.

—Mmm. ¿Así es como lo llamamos ahora? —Se separa de la pared y me rodea como un tiburón que huele la sangre—. Porque, a mis ojos, parecía que estabas haciendo eso. Ya sabes. Eso.

—Yo no tengo ningún «eso».

—Tienes un «eso» de manual. Lo de «voy a invadir tu espacio personal y a mirarte fijamente hasta que confieses tus secretos más profundos». Llevas haciéndolo desde los quince años.

—Eso se llama interrogatorio. Es una técnica.

—Claro. —Asiente con aire sabelotodo—. Una técnica que usas con sospechosos de ser enemigos y con mujeres que te atraen.

Doy un paso hacia ella. —Vittoria.

Ella no se amilana. Nunca lo ha hecho. —¿Sí, querido hermano?

—Déjalo ya.

—Solo estoy haciendo una observación.

—Hazla en otra parte.

—Vale, vale. —Levanta las manos en señal de rendición, pero esa maldita sonrisita sigue intacta—. No diré ni una palabra más sobre cómo le has asignado a Dante como chófer personal. Ni sobre cómo has dejado que traiga a Lily aquí. Ni sobre cómo te has pasado los últimos cinco minutos mirándola como si fuera...

—Vittoria.

—...un algoritmo particularmente complejo que te mueres por resolver.

Me pellizco el puente de la nariz. Respiro. Cuento hasta diez.

Ella se ríe. Una risa clara, musical y totalmente impenitente. —Ay, esto va a ser divertido.

—No va a ser nada de nada.

—Lo que tú digas, Nico. —Me da una palmadita en la mejilla al pasar a mi lado, dirigiéndose hacia su ala de la casa—. Lo que tú digas.

Me quedo solo en el pasillo. El silencio se instala a mi alrededor como un sudario.

Voy al despacho porque tengo trabajo que hacer. Números que cuadrar. Patrones que analizar.

No pienso en un pelo con aroma a vainilla.

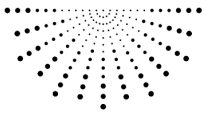
No pienso en unos ojos gris azulado abriéndose de par en par cuando la he acorralado contra la pared.

No pienso en cómo se le ha quebrado la voz al decir que él tiene dinero y ella no.

Y desde luego, no pienso nada en absoluto en el nombre de Jack Walker, ni en cómo me pican ya los dedos por escarbar en cada rincón de su miserable existencia.

No pienso en nada de nada.

CAPÍTULO QUINCE



Nico

La puerta de mi despacho se abre sin llamar. Solo tres personas en este edificio tienen ese privilegio: Pietro, Liam y Vittoria.

La cara de Liam me lo dice todo antes de que abra la boca. El hombre pasó quince años en las Fuerzas Especiales Británicas. No se altera fácilmente. Pero ahora mismo, tiene la mandíbula tensa de esa forma particular que significa malas noticias.

—Cierra la puerta —le digo.

Él lo hace. Luego cruza hasta mi escritorio y deja caer una carpeta de manila sobre los manifiestos de embarque que he estado revisando.

—Jack Walker.

Mis dedos dejan de tamborilear contra el escritorio. —¿Qué pasa con él?

—El préstamo no procedía de una fuente legítima —Liam se mantiene en posición de firmes, con las manos entrelazadas a la espalda—. Le pidió prestado a la Bratva.

Me cago en la puta.

Abro la carpeta. Estados financieros. Registros bancarios. Una fotografía de Jack Walker estrechando la mano de un hombre al que

reconozco, aunque no recuerdo su nombre. Pero es de la Bratva y nosotros no hacemos negocios con ellos.

—Cien mil dólares —continúa Liam—. Todo a nombre de Kristen Thomas. Ella figura como la única prestataria.

Mi visión se estrecha en un solo punto.

—Ella no lo sabe.

—No, señor. Según nuestra vigilancia de su cuenta bancaria, ha estado transfiriendo mil quinientos dólares mensuales a la cuenta personal de Jack Walker. Cree que está saldando la deuda.

Paso la página. Registros de transacciones. Ocho meses de pagos.

—¿A dónde va el dinero?

—La cuenta de Walker muestra retiros regulares. Efectivo. Sitios de apuestas. Algunas transferencias a la cuenta de su novia. —La voz de Liam se mantiene firme, pero noto la ligera tensión alrededor de sus ojos—. No ha hecho ni un solo pago a la Bratva.

La carpeta se arruga bajo mi agarre.

Cada céntimo por el que Kristen se ha desvivido, pensando que protegía a su hija. Pensando que estaba haciendo lo correcto. Trabajando en tres sitios a la vez, viviendo en aquel piso de mierda, contando cada dólar.

Y ese hijo de puta se lo ha quedado todo.

—Hay más —dice Liam.

Levanto la vista.

—Los intereses se han ido acumulando. La Bratva no acepta pagos atrasados. Han aumentado la deuda total a ciento cuarenta mil. —Hace una pausa—. Le han dado a Walker un mes para pagar la totalidad.

—¿O qué?

—Cobrarán a nombre de quien figure en el préstamo.

Kristen.

Me pongo en pie antes de darme cuenta de que me he movido. Mi silla golpea la pared detrás de mí.

—No saben dónde vive —la voz de Liam atraviesa el estruendo en mi cabeza—. Todavía. Pero Walker sí. Y si aplican la presión suficiente...

—La entregará —mis manos se cierran en puños a los costados —. Cambiará su ubicación por más tiempo.

—Esa es mi valoración, sí.

Camino hacia la ventana.

Ella no tiene ni idea.

No tiene idea de que el hombre en el que confiaba —el padre de su hija— ha firmado su sentencia de muerte. De que cada pago que ha hecho ha sido robado. De que los mafiosos rusos están dando vueltas a su alrededor como tiburones que huelen la sangre.

—La Bratva no negociará. —Me vuelvo hacia Liam—. Por esta cantidad no. No con una civil.

—No, señor.

—¿Opciones?

Liam no duda: —Eliminar a Walker y esperar que eso nos gane tiempo.

Ninguna de esas opciones resuelve el problema de fondo. La Bratva quiere su dinero. No les importa quién se lo dé, les importa que alguien lo haga. Y si Walker desaparece, irán directos al nombre que figura en los papeles.

Kristen Thomas.

—¿Lo sabe Pietro?

—Todavía no. He venido a ti primero.

Saco mi teléfono. Mis dedos se posan sobre el contacto de Kristen.

Díselo, exige algo en mi pecho. *Se merece saberlo*.

Pero saberlo no la protegerá. Saberlo solo la aterrorizará. Y una Kristen aterrorizada podría salir huyendo; podría coger a Lily y desaparecer en una ciudad donde la Bratva tiene ojos en todas partes.

No. Necesito encargarme de esto primero. Luego se lo diré.

—Quiero vigilancia sobre Walker. Las veinticuatro horas. —Dejo el teléfono—. Y quiero saber cada operación de la Bratva en Chicago. Cada contacto. Cada piso franco.

—Señor. —La vacilación de Liam dura solo un segundo—. Esto podría iniciar una guerra.

—No voy a iniciar una guerra. —Le sostengo la mirada—. Voy a terminar con un problema.

Liam me observa durante un largo momento. Lo que sea que ve en mi rostro le hace asentir.

—Tendré la vigilancia completa establecida para esta noche.

Él se marcha.

Me quedo solo en mi despacho, mirando la carpeta sobre mi escritorio. La prueba de la traición de Jack Walker. El precio que ahora cuelga sobre la cabeza de Kristen.

Ciento cuarenta mil dólares.

La cifra no significa nada para mí. Podría pagarla desde mi cuenta personal sin notar la diferencia. Podría hacer que todo este problema desapareciera con una sola llamada telefónica.

Pero eso no es lo que me arde en el pecho. Lo que hace que me duela la mandíbula de tanto apretar.

Kristen se ha estado matando a trabajar durante ocho meses. Agotándose hasta el límite. Todo porque confió en un hombre que la vio como nada más que un chivo expiatorio conveniente.

Ha estado luchando en una guerra en la que no sabía que estaba. Contra un enemigo que ella creía un aliado.

Cojo mi teléfono y marco a Dante.

Responde al segundo tono. —Sartori.

—¿Dónde estás?

—Acabo de dejar a Kristen y a la niña —una pausa—. Pero no en su casa. Me ha pedido que parara en un parque infantil a unas manzanas de su apartamento.

Aprieto el teléfono con fuerza. —¿Está en un parque? ¿Ahora mismo?

—Sí. —Dante suena aburrido—. Iba de camino de vuelta a la mansión.

—Da la vuelta.

Silencio.

—¿Qué?

—Necesito que te quedes cerca de ella. No la pierdas de vista.

Dante suspira pesadamente al otro lado de la línea. —¿Por qué? Solo está llevando a su hija a un parque. Es de día.

—Porque podría estar en peligro. —Las palabras salen afiladas. Duras—. Haz lo que te he dicho, joder.

Otra pausa. Más larga esta vez.

—De acuerdo —su voz cambia, ahora profesional—. ¿A qué distancia me quieres?

—Lo bastante cerca para verla. Lo bastante lejos para que no se dé cuenta. —Camino hacia la ventana, observando la ciudad a mis pies—. Si alguien se le acerca —cualquiera que no sea una madre con un carrito—, me llamas de inmediato.

—Entendido.

—¿Y, Dante? —dejo de caminar—. Que esto quede entre nosotros por ahora.

—Entendido.

La línea se corta.

Me quedo allí un momento, con el teléfono aún pegado a la oreja. Mi reflejo me devuelve la mirada desde el cristal de la ventana: mandíbula apretada, hombros rígidos, ojos que parecen pertenecer a alguien capaz de hacer cosas muy malas.

Bien. Voy a necesitar eso.

Guardo el teléfono y me dirijo al despacho de Pietro.

El trayecto dura dos minutos. Utilizo cada segundo para organizar mis pensamientos. Primero los hechos. Luego las opciones. Después las recomendaciones. A Pietro no le gustan las sorpresas, y mucho menos los problemas que aparecen sin soluciones adjuntas.

Su puerta está abierta. Él está tras su escritorio, revisando algo en su ordenador portátil mientras Nora lee en el sillón junto a la ventana. Levantan la vista cuando entro.

—Tenemos que hablar. —Cierro la puerta tras de mí—. Asuntos de familia.

Nora se levanta de inmediato. Lleva tiempo suficiente en este mundo para saber cuándo quedarse y cuándo desaparecer. Aprieta el hombro de Pietro al pasar y sale sin decir palabra.

Pietro se reclina en su silla. —¿Qué ocurre?

Dejo caer la carpeta de Liam en su escritorio.

—Jack Walker pidió prestados cien mil a la Bratva. Puso el préstamo a nombre de Kristen. —Observo su rostro mientras abre la

carpeta—. Ella no lo sabe. Le ha estado enviando mil quinientos al mes a Walker, pensando que estaba pagando la deuda. Él se ha estado quedando con cada céntimo.

La expresión de Pietro no cambia. Pero sus dedos se quedan quietos sobre los papeles.

—Los intereses se han acumulado —continúo—. El total es ahora de ciento cuarenta mil. La Bratva le ha dado a Walker un mes para pagar la totalidad.

—O cobrarán a nombre de la persona que figura en el registro.

—Sí.

Pietro cierra la carpeta. La deja a un lado con cuidada precisión.

—La Bratva no negocia.

—No.

—Y Walker la entregará en cuanto apliquen presión.

—Esa es la valoración de Liam. —Apoyo las manos en el borde de su escritorio—. Y la mía.

Pietro se queda callado un largo rato. Sus ojos se dirigen a la ventana, siguiendo algo que yo no puedo ver.

—Ella salvó la vida de mi madre —dice finalmente.

—Lo sé.

—Ha estado trabajando en nuestra casa. —Su mirada vuelve a mí. Afilada. Calculadora—. Si la Bratva viene a por ella mientras está bajo nuestro techo...

—Se convierte en nuestro problema de todos modos. —Me enderezo—. Voy a pagar la deuda.

Pietro levanta una ceja.

—No de las cuentas de la familia —añado rápidamente—. Nada que pueda rastrearse hasta nosotros. Lo desviaré a través de sociedades pantalla. Haré que parezca que Walker de repente se ha encontrado con dinero. La Bratva cobra, pierden el interés en Kristen y problema resuelto.

—¿Y Walker?

Aprieto la mandíbula. —Esa es una conversación aparte.

Pietro me estudia. Me mira de verdad. De esa forma que tiene cuando intenta leer lo que no estoy diciendo.

—Esto es personal para ti.

No es una pregunta.

No respondo.

Pietro exhala despacio. Se pasa una mano por el pelo.

—Hazlo —dice—. Paga la deuda. Pero quiero que Liam rastree cada dólar para asegurarse de que nada nos salpique. —Hace una pausa—. ¿Y, Nico?

Espero.

—Cuando esto termine, vamos a tener una conversación sobre por qué estás tan involucrado con una empleada del hogar temporal.

Asiento una vez. Me dirijo a la puerta.

—Nico.

Me detengo.

—No hagas ninguna estupidez.

—No te prometo nada —digo.

Y salgo.



Kristen

El latte sabe a tierra.

Doy otro sorbo de todos modos, viendo a Lily correr por el parque como un pequeño tornado con coletas. Ha estado en los columpios, en el tobogán, en esa cosa giratoria rara que me marea solo de mirarla. Ahora ha conquistado la estructura de escalada, saludándome con la mano desde la cima como si hubiera plantado una bandera en el Everest.

—¡Soy la reina, mami!

—¡La reina más alta de todo el reino! —le respondo, forzando un tono animado en mi voz.

Ella sonríe radiante.

Me había imaginado este día de forma diferente. Nuestra primera salida de verdad desde que empecé a trabajar para los Sartori. Nos

había visualizado riendo, quizás tomando un helado después, con Lily parloteando sobre los patos mientras yo por fin me relajaba. En cambio, la voz de Jack sigue resonando en mi cabeza como una mala canción grabada en bucle.

El latte se convierte en ácido en mi estómago.

Jack es muchas cosas. Un mentiroso. Un tramposo. Un hombre que me hizo sentir como si estuviera desapareciendo lentamente durante cinco años. Pero no le haría daño a Lily. La quiere a su manera retorcida y conveniente; cuando le viene bien, cuando hay público, cuando necesita parecer el Padre del Año para Instagram.

¿Verdad?

Dejo la taza en el banco junto a mí, apretando las palmas de las manos contra mis muslos. El aire me cala a través de la chaqueta, pero el frío se siente bien. Me mantiene conectada a la tierra. Es real.

Mi madre llamó antes. Hablamos durante doce incómodos minutos sobre nada importante.

Para el lunes, ya podrá quedarse con Lily otra vez. Eso es lo que ha dicho. Que podrá. No que esté encantada o que tenga ganas de hacerlo. Solo que podrá.

Me conformo con eso.

—¡Mami, mira! ¡Mira!

Lily se lanza por el tobogán de caracol, con los brazos en alto como si estuviera en una montaña rusa. Su grito de alegría atraviesa el ruido del parque, la niebla de mi cabeza, lo atraviesa todo.

Esto. Por esto firmé ese contrato. Por esto entro cada día en una casa llena de secretos y finjo que no me fijo en las armas, ni en la tensión, ni en la forma en que Nico Sartori me mira.

Por momentos como estos. Por la sonrisa de Lily. Por la excursión al zoo que haremos mañana.

Un hombre pasa por delante del banco: alto, chaqueta oscura, manos en los bolsillos. Se me tensa la espalda. Pero sigue caminando, sacando su teléfono, completamente indiferente a la mujer paranoica que agarra su café carísimo como si fuera un arma.

Cálmate, Kristen.

Jack está con su amante. No está acechando detrás de los columpios como el villano de una película de serie B. Solo está... siendo Jack. Lanzando amenazas que puede que cumpla o no. Manteniéndome en vilo porque eso es lo que hace.

Aprendí algo sobre el control durante esos años. ¿La persona que ejerce el control? En realidad, no tiene que hacer nada la mayor parte del tiempo. Solo tiene que hacerte creer que podría hacerlo.

Mi teléfono vibra.

Miro hacia abajo automáticamente. Algún anuncio estúpido de una liquidación de muebles, el tipo de notificación que debería haber desactivado hace meses. La descarto deslizándola y vuelvo a levantar la vista hacia la estructura de escalada.

Lily no está allí.

Se me para el corazón. Se detiene de verdad, como si alguien hubiera metido la mano en mi pecho y lo hubiera estrujado.

Me pongo en pie antes de decidir conscientemente que voy a moverme. Mis ojos recorren los columpios: vacíos. El tobogán: otro niño, rubio, demasiado alto. La cosa giratoria...

¿Dónde está dónde está dónde está?

Entonces lo veo.

Está de espaldas a mí, arrodillado sobre las astillas de madera cerca del borde del parque. Hombros anchos bajo ese chaquetón azul marino que se compró el invierno pasado. El que decía que le daba un aire "accesible" para las reuniones con clientes.

Reconocería esa espalda en cualquier lugar. Me pasé ocho años mirándola mientras él se alejaba de las conversaciones que no quería tener.

Jack está abrazando a mi hija.

El mundo se reduce a un solo punto. Corro antes de poder pensar, con las botas resbalando en el suelo húmedo y los pulmones ardiéndome por el aire frío y el terror puro y primario.

—¡Lily!

Jack se levanta con fluidez mientras me acerco, dándose la vuelta con esa sonrisa ridícula. —Hola, Kris. Relájate. Solo estaba saludando a mi hija.

Lily me mira con ojos confundidos.

—¿Cómo has...? —se me quiebra la voz; agarro a Lily de la mano y tiro de ella para ponerla detrás de mí—. ¿Cómo has sabido que estábamos aquí?

—Tu madre mencionó que ibas a traer a Lily al parque hoy. —Se encoge de hombros, con total naturalidad. Como si esto fuera normal. Como si no hubiera aparecido de la nada—. Pensé en darle una sorpresa.

Mamá.

Por supuesto. Por supuesto que se lo dijo.

Un movimiento detrás de Jack me llama la atención. Una mujer da un paso al frente. Oh, Dios mío, la ha traído aquí. Me da igual, pero Lily no puede asimilar tantas cosas a la vez.

Ella ni siquiera me mira. Solo le sonríe a Lily como si estuviera haciendo una audición para madrastra del año.

—Oye, cielo —dice Jack, volviendo a agacharse al nivel de Lily; su voz destila esa calidez manufacturada—. ¿Qué te parecería venirte con papá este fin de semana? Podríamos ir a ese parque acuático cubierto que tanto te gusta. Tomar helado. ¿Tal vez ver una película?

Lily me aprieta más fuerte los dedos.

—No quiero dejar a mami sola —dice en voz baja.

Algo se rompe en mi pecho. Orgullo. Desconsuelo. Un amor tan feroz que duele.

La sonrisa de Jack flaquea solo un segundo. —Mami también puede venir...

—No. —Levanto a Lily en mis brazos, acomodándola en mi cadera. Se está haciendo demasiado grande para esto, pero me da igual. La necesito cerca. Necesito sentirla—. Nos vamos.

Me doy la vuelta y me alejo. Me tiemblan las piernas, pero no me detengo. La salida del parque está a seis metros. A cinco. A tres.

La mano de Jack se cierra alrededor de mi brazo.

—Kristen, espera...

—Suéltame.

—Tenemos que hablar de la custodia. No puedes simplemente...

—Apártese.

La voz viene de algún lugar a mi izquierda.

Dante aparece de detrás de un banco del parque como si se hubiera materializado de las sombras. Tiene los ojos clavados en la mano de Jack que sujeta mi bíceps. Su expresión es inexpresiva por completo, lo que de alguna manera lo hace peor.

Jack me suelta como si me quemara. De hecho, tropieza un paso hacia atrás, y veo cómo su cara pasa por la confusión, el reconocimiento y, finalmente, algo más feo.

—¿Quién demonios es este? —Jack mira entre Dante y yo, y entonces vuelve esa sonrisa, la cruel, la que aprendí a temer—. Jesús, Kris. Qué rápido trabajas. ¿Ya te has buscado a un nuevo idiota que te financie el estilo de vida?

Las palabras me golpean como una bofetada.

Quiero escupirle a la cara. Quiero gritar que él es quien me robó, quien pidió préstamos a mi nombre, quien me dejó ahogada en deudas mientras se fugaba con su novia. Quiero decirle exactamente qué clase de hombre es.

En lugar de eso, abrazo más fuerte a Lily y no digo nada.

Porque Lily está mirando. Lily siempre está mirando.

Dante se mueve. No es agresivo, solo desplaza su peso, posicionándose entre Jack y yo.

—La señora ha dicho que se marcha —su voz es tranquila, agradable incluso—. Le sugiero que la deje.

La mandíbula de Jack se tensa. Puedo verlo calculando, como siempre hace. Sopesando sus opciones. Decidiendo si esta es una pelea que merece la pena tener.

La rubia le da un tirón de la manga. —Jack, vamos. Vámonos ya.

Durante un largo momento, nadie se mueve.

Entonces Jack retrocede con las manos en alto en una falsa señal de rendición. —Está bien. Terminaremos esta conversación más tarde, Kris. —Sus ojos se dirigen a Dante—. Cuando tu guardaespaldas no esté cerca.

Se da la vuelta y se aleja, con ella tambaleándose tras él sobre esos tacones ridículos.

No respiro hasta que desaparecen tras la esquina.

—¿Mami? —La vocecita de Lily atraviesa el zumbido de mis oídos —. ¿Por qué está enfadado papá?

Presiono mis labios contra su pelo.

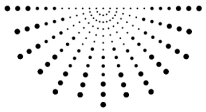
—No está enfadado, cielo. Solo... tenía que irse.

Dante no dice nada. Solo se queda allí, firme y silencioso, mirando hacia el lugar por donde ha desaparecido Jack.

Debería darle las gracias. Debería preguntarle por qué está aquí, cómo lo ha sabido, qué demonios está pasando.

En lugar de eso, me limito a abrazar a mi hija y trato de recordar cómo se respira.

CAPÍTULO DIECISÉIS



Nico

—¿Qué ha hecho qué?

Las palabras salen en un tono bajo. Controlado. El tipo de calma que hace que los hombres echen mano a sus armas.

La voz de Dante cruje a través del teléfono. —La ha agarrado del brazo. No la soltaba hasta que he intervenido yo.

Aprieto con más fuerza el dispositivo. El cuero de mi silla de despacho cruje al inclinarme hacia delante. —¿Dónde están ahora?

—He metido a Kristen y a Lily en el coche. Están bien. Asustadas, pero bien.

Bien. El brazo de Kristen. Sus manos en su brazo. La imagen me quema el cráneo como si fuera ácido.

—Tráelas a la propiedad.

El silencio se prolonga en la línea. Luego: —¿Estás seguro de que es una buena idea?

Cierro los ojos. Cuento hasta tres. No sirve de nada.

—Dante. —Mi voz baja hasta ser apenas un susurro—. ¿Sabes dónde puedes meterte tus buenas ideas? Donde no da el sol. Ahora haz lo que te he dicho.

—Recibido.

La comunicación se corta.

Ya me estoy moviendo antes de darme cuenta de que me he levantado. Mis pies me llevan por el despacho, por el pasillo, hacia la entrada principal.

Jack Walker le ha puesto las manos encima.

Jack Walker, que le robó ochenta mil dólares a su propia mujer. Que dejó que ella creyera que le debía dinero a la mafia rusa. Que la dejó pasándolas canutas en un apartamento de mierda mientras él se follaba a su amante en Manhattan.

Jack Walker la ha tocado.

Me crujen los nudillos al flexionar los dedos. Las cicatrices que los cruzan me duelen con un recuerdo fantasma: el crujido satisfactorio de un hueso, el calor húmedo de la sangre. No he hecho daño a nadie en semanas. El impulso pesa ahora en mi pecho, enroscado y a la espera.

Llego al vestíbulo justo cuando Vittoria aparece en las escaleras.

—¿Qué pasa? —Me lee la cara al instante. Siempre ha podido hacerlo—. Nico, parece que estés a punto de asesinar a alguien.

—Todavía no.

Sus ojos se agrandan. —Eso no es muy tranquilizador.

No respondo. A través de los altos ventanales que flanquean la puerta principal, observo las puertas de hierro al final de la entrada. Esperando.

Tres minutos. Eso es lo que tarda el todoterreno negro de Dante en aparecer entre los árboles. Tres minutos en los que mi presión arterial sube y mis pensamientos caen en un territorio cada vez más oscuro.

El coche se detiene ante la escalinata de entrada. Dante sale primero. Luego se abre la puerta trasera.

Kristen baja con Lily en brazos.

La cara de la niña está hundida en el cuello de su madre. Kristen la sujeta como si no fuera a soltarla nunca. Su pelo se ha escapado de la coleta y los mechones se le pegan a las mejillas. Sus ojos encuentran los míos a través de la ventana.

Parece aterrorizada.

Abro la puerta principal antes de que lleguen. El aire de noviembre me muerde la piel, pero no siento el frío.

—Adentro. —Mi voz suena más brusca de lo que pretendía—. Las dos. Ahora.

Kristen se amilana. Los brazos de Lily se aprietan alrededor de su cuello.

Joder.

Me obligo a respirar. Suavizo mi expresión. Siento como si estuviera agrietando una piedra.

—Por favor —añado. La palabra me raspa la garganta.

Kristen duda un instante. Luego pasa por mi lado, llevando a Lily al vestíbulo.

Vittoria baja los últimos escalones, con sus ojos oscuros alternando entre Kristen y yo. —¿Qué está pasando?

—Te lo contaré luego. —No miro a mi hermana. Mi atención sigue fija en Kristen, en la forma en que sujeta a Lily como si la niña fuera a evaporarse si afloja el agarre aunque sea un poco—. Podéis quedaros en la habitación de al lado de la mía por esta noche. Mañana resolveremos el resto.

Los ojos azul grisáceo de Kristen se encuentran con los míos.

—Iré a buscarte —dice finalmente—. Cuando Lily se duerma.

No espera mi respuesta. Simplemente pasa por mi lado.

Luego desaparece, subiendo las escaleras con Lily todavía pegada a ella como una lapa.

Las veo desaparecer por el pasillo de la segunda planta. Cuento sus pasos. Espero hasta oír el clic de la puerta de la habitación de invitados al cerrarse.

—Nico. —La voz de Vittoria corta el silencio—. Qué. Ha. Pasado.

Me giro para mirar a mi hermana. Tiene los brazos cruzados, la barbilla levantada y ese gesto obstinado en la boca que significa que no va a dejar pasar esto.

—Jack Walker —digo. El nombre me sabe a ceniza—. El padre de Lily. Ha aparecido en el parque infantil. Ha agarrado a Kristen del brazo cuando ella ha intentado irse.

La expresión de Vittoria cambia. Descruza los brazos. —¿La ha agarrado? ¿Delante de Lily?

—Dante se ha encargado de ello.

—Dante se ha encar... —Se detiene. Respira hondo. Cuando vuelve a hablar, su voz es precavida. Mesurada—. Vale. Así que las has traído aquí. Eso está... eso está bien. Es inteligente. Pero Nico...

Sé lo que viene. Puedo verlo en la forma en que ladea la cabeza, estudiándome como si fuera un rompecabezas que no termina de resolver.

—¿Qué? —pregunto.

—Quizá controlar su vida ahora mismo no es lo que ella necesita.

Parpadeo. —No estoy controlan...

—Las has traído a la propiedad. —Vittoria va señalando puntos con los dedos—. Las has puesto en la habitación de al lado de la tuya. Ya estás hablando de resolver "el resto" como si fueras tú quien toma las decisiones por ella. —Hace una pausa—. Eso es control, Nico. Aunque no sea tu intención.

Se me tensa la mandíbula. No tengo respuesta para eso.

Vittoria se acerca. Su voz se suaviza. —Me alegra que las estés ayudando. Una mujer y una niña en una mala situación... por supuesto que debemos ayudar. Eso es lo que hace nuestra familia. —Duda—. Pero esto no es algo que normalmente te importaría a nivel personal. Tú te encargas de la construcción. De la logística. De los números. Tú no...

Te involucras, es lo que no dice. Sientes cosas, es lo que no dice.

—¿Yo no qué? —Mi voz suena gélida.

—Tú no haces esto. —Señala vagamente el espacio que Kristen ocupaba hace unos instantes—. Esa protección asfixiante. Esa mirada intensa. —Ladea más la cabeza—. ¿Por qué te importa ella tanto?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros.

Debería tener una respuesta. Algo lógico. Algo que tenga sentido dentro del marco de cómo funciono, de cómo siempre he funcionado. Kristen le salvó la vida a nuestra madre. Es una empleada. Ahora está bajo nuestra protección por el asunto de la deuda con la Bratva.

Todo es cierto.

Nada de eso explica por qué me sube la tensión cada vez que ella entra en una habitación. Por qué he memorizado el tono exacto

de azul grisáceo de sus ojos. Por qué el pensamiento de las manos de Jack Walker en su brazo hace que quiera encontrarlo y romperle cada hueso de su cuerpo, lentamente, uno por uno.

—No lo sé —digo.

La confesión me cuesta algo. Puedo sentirlo: una grieta en el muro que he pasado treinta años construyendo. Pequeña, pero ahí está.

Vittoria levanta las cejas. —¿No lo sabes?

—Eso es lo que he dicho.

—Nico Sartori, el hombre que lo sabe todo, que ve cada patrón, que cuestiona cada alianza... —Se detiene. Me mira fijamente—. ¿De verdad no sabes por qué te importa?

No respondo.

No puedo responder. Porque la verdad es más fea que la ignorancia. La verdad es que he pasado toda mi vida adulta evitando precisamente esto... sea lo que sea esto. El deseo. El fijarse. La forma en que se me aprieta el pecho cuando ella le sonríe a su hija.

Querer a una mujer más allá de simplemente divertirse con ella es una debilidad. He visto cómo destruía a hombres más inteligentes y fuertes que yo. He visto qué ocurre cuando alguien en esta vida se permite sentir demasiado.

Y sin embargo.

Y sin embargo.

—Tengo que comprobar una cosa —digo. Las palabras suenan huecas incluso para mis propios oídos—. Vigila las cosas por aquí abajo.

Vittoria abre la boca para discutir.

Ya me estoy alejando.

Pero incluso mientras cierro la puerta del despacho tras de mí, sé que me estoy mintiendo.

Porque el único problema en el que estoy pensando está en la habitación de al lado de la mía.



Kristen

La puerta del dormitorio hace clic al cerrarse tras de mí, y mi cerebro estalla.

Mi madre le dijo dónde estábamos.

Apoyo la espalda contra la madera fría, observando a Lily saltar en la enorme cama con dosel como si fuera un trampolín. Solo el colchón probablemente vale más que seis meses de mi alquiler. Sábanas de algodón egipcio. Cojines decorativos que no sirven para nada excepto para quedar bonitos.

Y mi madre —mi propia madre— le dio a Jack nuestra ubicación.

Ella lo sabía. Me vio contar hasta el último céntimo para la compra. Nos traía comida porque Lily no tenía suficiente para comer. Sostuvo a mi hija mientras yo lloraba por el dinero, por el miedo, por preguntarme si algún día saldría de este agujero.

Y cogió el teléfono y le dijo a Jack exactamente dónde encontrarnos.

Se me oprime el pecho tanto que no puedo respirar.

—Mami, ¿vamos a vivir en el castillo ahora?

La voz de Lily corta la estática de mi cabeza. Está de pie en la cama, abrazada a Sir Floppington, con sus ojos azul grisáceo muy abiertos con esa clase específica de esperanza que solo los niños de cuatro años pueden fabricar.

—No, cielo. —Me aparto de la puerta, obligando a mis piernas a llevarme hacia ella—. Solo estamos... de visita.

—Pero es muy bonita. —Se deja caer de espaldas sobre las almohadas, abriendo los brazos como si fuera a hacer un ángel de nieve.

Me siento en el borde de las sábanas y estiro la mano para apartarle el pelo de la frente a Lily. Me tiembla la mano. Espero que no se dé cuenta.

Dante nos estaba siguiendo.

Ese pensamiento choca contra mí como una segunda ola. El chófer silencioso que apenas habla, que yo suponía que solo estaba haciendo su trabajo, nos vigilaba en el parque. Antes de que apareciera Jack. Lo que significa que alguien le ordenó estar allí.

Lo que significa que alguien sabía que podíamos estar en peligro.

Lo que significa...

¿Por qué me siento segura aquí?

Debería estar aterrorizada. Estoy en un recinto propiedad de gente que tiene guardias armados y sistemas de seguridad y, probablemente, cuerpos enterrados en algún lugar de la propiedad. Esta familia habla con lenguaje cifrado y miradas significativas. Hay habitaciones en las que no me permiten entrar y preguntas que no me permiten hacer.

No soy tonta. Sé que tanto dinero no se ha ganado solo con restaurantes y empresas de construcción.

Y, sin embargo.

Cuando Nico ha dicho que me quedara en la habitación contigua a la suya, algo en mi pecho se ha desanudado por primera vez en meses. Quizá en años.

Lo odio.

Odio sentirme protegida por muros construidos probablemente con dinero manchado de sangre. Odio que Lily esté más a salvo aquí que en nuestro propio apartamento. Odio que la traición de mi madre me duela menos de lo que debería porque estoy demasiado agotada para sentir nada excepto alivio por el hecho de que otro se esté encargando de esto.

Odio que ya me esté dando pavor volver a la vida real.

—¿Mami? —Lily me tira de la manga—. Estás poniendo tu cara triste.

—No estoy triste, cielo. —Mentira—. Solo estoy cansada.

—Yo también. —Bosteza de forma dramática, dándome la razón —. ¿Podemos quedarnos un día más? ¿Por favor? Quiero enseñarle a Bruno mis otros conejitos.

—Ya veremos. —Me levanto y retiro las mantas—. Ahora mismo, necesitas dormir.

—Pero...

—Mañana —la interrumpo, subiéndola a la cama—, iremos a un sitio muy bonito. Es una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —Aprieta a Sir Floppington con más fuerza—. ¿Es el zoo? Dijiste que podríamos ir al zoo.

—A lo mejor. —La arropo con la manta, alisándole la tela sobre su pequeño cuerpo—. Pero solo si cierras los ojos y te duermes.

Los cierra de golpe inmediatamente. De forma teatral. Sus pestañas revolotean contra sus mejillas.

Me inclino para besarle la frente. Mi corazón se quiebra, en carne viva y sangrando.

Prendería fuego al mundo por ti.

El pensamiento me sorprende por su violencia. Nunca me he considerado capaz de destruir nada. Pero al ver hoy a Jack arrodillado junto a ella, al verlo intentar arrebatármela...

Entiendo, de repente, por qué la gente hace cosas terribles.

La respiración de Lily se acompasa al cabo de unos minutos. El cansancio del día finalmente le ha pasado factura. Me quedo paralizada junto a su cama, viendo cómo sube y baja su pecho, contando cada respiración como si fuera la última.

Búscame cuando Lily se duerma.

Las palabras de Nico resuenan en mi cabeza. Una orden, no una petición. Porque Nico Sartori no pide las cosas. Las toma.

Debería estar enfadada por eso.

Debería estar muchas cosas.

En lugar de eso, me pongo en pie con piernas temblorosas y me dirijo a la puerta, dejando a mi hija a salvo en este castillo de monstruos para ir a buscar al monstruo más grande de todos.

Y preguntarle por qué me está salvando.



El pasillo se extiende frente a mí, vacío y silencioso excepto por mi propia respiración. Saco el móvil, con los pulgares sobrevolando la pantalla.

¿Dónde estás?

Le doy a enviar antes de poder pensármelo demasiado.

La puerta se abre antes incluso de que el mensaje aparezca como entregado.

Nico está allí de pie, llenando el marco de la puerta. Sus ojos se clavan en los míos y, por un momento, ninguno de los dos se mueve. Se ha cambiado y lleva una camiseta negra que se tensa en sus hombros, y tiene el pelo ligeramente húmedo. Recién salido de la ducha, al parecer.

Genial. Ahora estoy pensando en duchas.

Da un paso atrás para dejarme pasar, con la clara intención de que entremos en su habitación.

—No. —La palabra sale más cortante de lo que pretendía—. En otro sitio. Aquí no.

Enarca una ceja oscura. La comisura de su boca se curva en lo que podría ser diversión en cualquier otro hombre. —¿Preocupada por los recuerdos?

No pienses en la toalla. No pienses en las gotas de agua en su pecho. No pienses en...

—Algo así —consigo decir.

—La toalla no estaba tan baja —replica.

Estaba exactamente así de baja, y ambos lo sabemos. En circunstancias normales, le soltaría alguna réplica. Algo sobre su ego o su evidente necesidad de recordarme que tiene abdominales. Pero esta noche, mi hija duerme en una habitación al final del pasillo después de que su padre me asaltara en público. Esta noche, me quedo en este complejo porque mi propia madre nos ha traicionado.

Esta noche, no tengo ánimos para juegos.

—Eres mi jefe —le digo con frialdad.

Algo cambia en su expresión. La media sonrisa desaparece. Me estudia durante un largo momento y luego asiente una vez.

—Sígueme.

Pasa por mi lado sin esperar respuesta y yo lo sigo.

El salón está vacío. Nico se dirige a un mueble bar en el que no me había fijado antes, escondido en la esquina cerca de la chimenea.

—Necesito una copa.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda filtrarlas. Nico hace una pausa, botella en mano, y se gira para mirarme.

—Tú no bebes.

—¿Cómo lo sabes?

—No has tocado el vino en la cena.

Por supuesto que se ha fijado. Este hombre probablemente ya sabe hasta mi grupo sanguíneo.

—No bebo —confirmo—. Normalmente. Pero esta noche la necesito.

No lo discute. No hace preguntas. Simplemente vierte un líquido ambarino en un vaso de cristal y me lo tiende.

Nuestros dedos se rozan cuando lo cojo. Su piel está caliente. Ignoro la forma en que se me acelera el pulso y me llevo el vaso a los labios.

El whisky quema al bajar. Me bebo la mitad de un trago y luego el resto, como si fuera agua. Como si estuviera muriendo de sed y este fuera el único oasis en kilómetros.

Me llega al estómago vacío como si fuera fuego. Se me saltan las lágrimas. No me importa.

Nico me observa con esa expresión indescifrable. Él no se sirve nada. Solo se queda ahí, de brazos cruzados, esperando.

Dejo el vaso vacío sobre la mesa de centro. El cristal suena con un golpe seco.

—Tenemos que hablar.

—Evidentemente.

Me dejo caer en el sofá de cuero, repentinamente agotada. La adrenalina que me ha mantenido en pie desde lo del parque finalmente se drena, dejándome vacía. Todavía me duele el brazo donde me agarró Jack. Aún puedo ver la carita de confusión de Lily, su negativa a dejarme.

Mami se quedará sola.

Mi hija de cuatro años me ha protegido hoy. Mi hija de cuatro años no debería tener que proteger a nadie.

—Dante nos estaba siguiendo. —No es una pregunta.

Nico no lo niega. —Sí.

—Antes de que apareciera Jack. Sabías que algo iba mal.

Un músculo se tensa en su mandíbula. —Sabía lo suficiente.

—Lo suficiente como para hacerme vigilar.

—Lo suficiente para asegurarme de que estuvierais a salvo.

Las palabras flotan entre nosotros. Lo dice como si fuera obvio. Como si, por supuesto, hubiera asignado a alguien para seguirnos a mi hija y a mí. Como si fuera una cosa perfectamente normal que los jefes hacen con sus amas de llaves temporales.

—¿Por qué? —Mi voz suena más ronca de lo que pretendía. El whisky me está calentando la sangre, aflojando algo en mi pecho—. ¿Por qué te importa lo que me pase?

Nico guarda silencio durante un largo instante. Luego se mueve, sentándose en el sillón frente a mí. Apoya los codos en las rodillas, con las manos entrelazadas entre ellas. Tan cerca, puedo ver las tenues cicatrices de sus nudillos. Viejas heridas, curadas hace mucho tiempo.

—Le salvaste la vida a mi madre.

—Eso no es una respuesta.

Sus ojos oscuros se encuentran con los míos. —Es la única que tengo.

Mentiroso, pienso. Pero estoy demasiado cansada para insistir. Demasiado cansada de juegos.

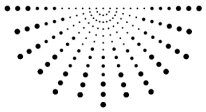
—Jack sabe dónde vivo —digo en su lugar—. Mi madre se lo dijo. Y ahora me amenaza con la custodia, y yo no puedo... —Se me quiebra la voz. Trago saliva con dificultad y me obligo a continuar—. No puedo perderla. Ella lo es todo. Es lo único bueno que he hecho en mi vida.

La expresión de Nico no cambia. Pero algo en su postura varía, como un depredador que ventea sangre.

—Cuéntame lo de la deuda.

Se me cae el alma a los pies.

CAPÍTULO DIECISIETE



Nico

El vaso de whisky tiembla en la mano de Kristen. Solo un poco.

—¿Cómo sabe eso? —Su voz suena firme, pero el temblor de sus dedos cuenta una historia distinta—. ¿Lo del préstamo?

—Ya se lo he dicho. —Me echo hacia atrás en mi silla, manteniendo deliberadamente una postura relajada—. Investigamos a todo el que trabaja para esta familia. A fondo.

—Investigar. —Se ríe, pero sin pizca de gracia—. Es una forma educada de decir que hurgan en la vida personal de alguien.

—No es personal. Es el procedimiento estándar.

—Pues desde donde yo estoy sentada me parece condenadamente personal. —Deja el whisky sobre la mesa de centro. Con fuerza. El líquido ambarino salpica contra el cristal—. Mis finanzas, mi deuda, mi exmarido... eso es asunto mío, Nico. No suyo.

No le falta razón. Y me importa un bledo.

—Trabaja en la casa de mi familia. Cerca de mis hermanos, de mi hermana, de la mujer de mi hermano. ¿Cree que voy a dejar que alguien cruce esas puertas sin saber exactamente quién es?

Quiere discutir. Veo cómo la pelea se va gestando tras sus ojos. Pero es lo bastante lista como para saber que esta batalla no la

puede ganar.

—Está bien. —Exhala, desinflándose un poco—. De acuerdo. Así que sabe lo del préstamo. Sabe que Jack lo puso a mi nombre porque él no cumplía los requisitos. Había pedido uno años atrás para ayudar a su familia y su crédito estaba por los suelos.

Proceso sus palabras. Les doy vueltas en mi mente como a piezas de un puzle que no encajan del todo.

Ella cree que el préstamo vino de un banco.

Kristen Thomas no es una mujer estúpida. La he observado desenvolverse en esta casa durante días. Lee a la gente mejor que la mayoría de los soldados con los que he trabajado. Ve a través de las mentiras más rápido que yo a veces.

Pero Jack Walker pasó años, al parecer, condicionándola para que aceptara cualquier historia que él le soltara sin mirar demasiado de cerca.

Eso es lo que hacen los maltratadores. No solo controlan tu cuerpo. Controlan tu realidad.

—Lily necesitaba la operación —continúa, mirando a un punto por encima de mi hombro—. Su afección cardíaca... los médicos dijeron que, si esperábamos, podría ser fatal. No teníamos el dinero. El seguro cubrió parte, pero seguía habiendo una brecha, y Jack dijo que conocía a alguien en un banco que podría conseguir una aprobación rápida.

Hace una pausa. Traga saliva.

—No hice preguntas. Debí haberlo hecho. Sé que debí hacerlo. Pero Lily estaba en el hospital y los médicos hablaban de tasas de supervivencia y yo simplemente... —Se le quiebra la voz—. Firmé lo que fuera que él me puso delante.

La rabia que se acumula en mi pecho es lenta. Silenciosa. De la clase peligrosa.

Jack Walker no solo le robó a su mujer. Usó la vida de su hija como moneda de cambio. Usó el terror de Kristen para hacerla dócil. La obligó a firmar documentos mientras ella estaba demasiado asustada para pensar con claridad.

He hecho muchas cosas oscuras en mi vida. ¿Pero esto? Esto es una clase especial de maldad.

—Kristen. —Mantengo la voz nivelada. Controlada—. El préstamo no era de un banco.

Ella parpadea. —¿Qué?

—El dinero que Jack pidió prestado. No vino de ningún banco.

—Eso es... —Vuelve a reírse, pero esta vez suena frágil. Nerviosa —. Eso es ridículo. Por supuesto que vino de un banco. Vi los papeles. Había logotipos y números de cuenta y...

—Los papeles se pueden falsificar.

—Se equivoca. —Niega con la cabeza—. Su información es errónea. No sé a quién haya contratado para hurgar en mi vida, pero han cometido un error. Eran veinte mil dólares del First National...

—Eran cien mil dólares. —Las palabras caen como balas—. De la Bratva.

Silencio.

Kristen se me queda mirando. Su rostro pasa por emociones que no sabría nombrar: confusión, incredulidad, el primer filo agudo del miedo.

Entonces se ríe.

—La Bratva. —Dice la palabra como si fuera un chiste—. ¿Se refiere a la mafia rusa? ¿Me está diciendo que mi exmarido pidió dinero prestado a la mafia rusa?

—Sí.

—Eso es una locura. —Sigue riéndose, pero el tono es cada vez más agudo. Más frenético—. Jack es muchas cosas, pero no es... él no haría...

—Lo hizo.

—¿Cien mil dólares? —Niega con la cabeza violentamente—. No. No, eso no es posible. Llevamos pagando mil quinientos al mes durante tres años. El saldo debería estar ya casi a cero.

—Jack nunca hizo ni un solo pago.

La risa se le muere en la garganta.

—¿Qué?

—¿El dinero que le ha estado enviando cada mes? Se lo quedó. Todo. —Me inclino hacia delante, obligándola a mirarme a los ojos—. La deuda original ha crecido hasta los ciento cuarenta mil con los intereses. Y la Bratva quiere el pago íntegro en treinta días.

La cara de Kristen se vuelve blanca. Blanca como el papel. Clave de la palidez que precede a un desmayo o a un vómito.

—Eso no... —Su voz es apenas un susurro ahora—. Eso no puede ser verdad. Han cometido un error. Su gente ha cometido un error.

—Yo no cometo errores.

—¡Entonces alguien le ha mentido! —Se pone en pie, con las manos temblándole a los costados—. Jack es un bastardo, ¿vale? Lo sé. Es egoísta, me engañó y es un padre terrible. Pero él no... él no pondría en juego la vida de nuestra hija con la mafia rusa. No me robaría durante meses mientras yo me mato a trabajar intentando pagar...

Se detiene.

La comprensión la golpea como un impacto físico. Observo cómo sucede. Observo cómo las piezas encajan en su mente, todas las pequeñas inconsistencias que la habían entrenado para no notar forman finalmente una imagen demasiado fea para ser ignorada.

—Oh, Dios. —Se lleva una mano a la boca—. Oh, Dios.

Debería decir algo. Algo reconfortante. Algo humano.

En su lugar, espero. Porque Kristen Thomas no necesita mi consuelo ahora mismo. Necesita entender exactamente en cuánto peligro se encuentra.

Y después tiene que dejar que la proteja.



Kristen

Los recuerdos chocan contra mí como olas que no puedo detener.

Jack llegando a casa con bolsas de compras después de la operación de Lily. Ropa nueva para mí. Juguetes para Lily. Un collar que nunca pedí. —Un extra del trabajo, nena. A mi jefe le ha encantado la presentación de Henderson.

Le creí.

Cada. Una. De. Las. Veces.

Mi corazón late tan fuerte que lo siento en la garganta, en las sienes, detrás de los ojos. La habitación se inclina ligeramente y me agarro al brazo del sofá porque, si no me sujeto a algo sólido, me voy a desplomar aquí mismo, sobre esta alfombra cara, frente a un hombre que acaba de decirme que toda mi vida es una mentira.

Cien mil dólares. De la mafia rusa.

Y Jack se quedó con cada pago que he logrado reunir durante tres años. Muchos meses de MI dinero. Cada vez que me saltaba comidas para que Lily pudiera comer. Cada vez que hacía turnos dobles hasta que me sangraban los pies. Cada vez que miraba mi cuenta bancaria y me preguntaba cómo pagaría el alquiler.

Se lo llevó todo.

—¿Está...? —empieza Nico.

¿Ustedes también son de la Bratva? —Las palabras salen afiladas, desesperadas.

Nico se ríe.

Realmente se ríe.

Es una risa corta y sin gracia, más sorprendida que divertida.

Luego su expresión se endurece. —Esta es una familia de la mafia, sí. Pero no la Bratva. —Da un paso hacia mí y algo en sus ojos oscuros hace que se me encoja el estómago—. Por su propio bien, Kristen, no vuelva a decir eso nunca. Nunca sugiera que somos Bratva. A nadie. Ni siquiera en broma.

Me alejo de él.

Un paso. Dos.

Mis omóplatos chocan contra la pared detrás de mí y me doy cuenta de que me he acorralado como una presa. Estúpida. Estúpida.

—Son... —No puedo terminar la frase.

—¿Criminales? —Su voz es plana—. Sí.

La palabra queda suspendida en el aire entre nosotros. Sin excusas. Sin justificaciones. Solo... sí.

Oh, Dios.

Oh, Dios.

Mi hija está durmiendo arriba. En un dormitorio rodeado de una riqueza que ahora entiendo que fue construida sobre sangre y cualquier otra cosa que haga esta gente. Lily saltó en ese colchón preguntando si viviríamos en el castillo y yo dejé que se quedara aquí.

¿Qué me pasa?

—Soy tan estúpida. —Las palabras se me escapan antes de que pueda frenarlas. Se me quiebra la voz en la última sílaba—. Soy tan jodidamente estúpida.

—Kristen...

—No. —Levanto una mano, necesitando distancia, necesitando espacio, necesitando pensar—. Jack me miente durante años y le creo. Una familia me ofrece tres mil dólares a la semana por gestionar una casa y no hago preguntas. Yo simplemente... necesitaba tanto el dinero que no vi...

Me detengo.

Porque es eso, ¿verdad?

No lo vi porque no podía permitirme verlo. El trabajo era demasiado bueno. El seguro médico, el transporte, la comida que Giulia mandaba a casa cada noche. Era todo lo que necesitaba, envuelto en un lazo, y lo agarré con ambas manos porque el corazón de mi hija se mantiene unido con puntos y esperanza, y yo haría cualquier cosa para mantenerla a salvo.

Incluso trabajar para criminales, al parecer.

—Lo sospechaba. —La voz de Nico es tranquila. No es una pregunta.

Lo miro y por primera vez me fijo en su forma de estar de pie. Con el peso equilibrado. Los hombros relajados pero alerta.

Se mueve como un hombre que espera violencia.

—Pensé... —Trago saliva con dificultad—. Pensé que quizá la familia se había manchado las manos. Blanqueo de dinero. Evasión de impuestos. Algo de guante blanco. —Una risa histérica me sube por la garganta—. No... esto.

No la mafia.

La palabra me sabe extraña en la boca. Solo sé lo que significa Bratva porque Jack lo mencionó una vez, borracho.

Debí haberlo sabido.

Debí haber hecho preguntas. Debí haber insistido.

Pero estaba demasiado ocupada sobreviviendo para ver cómo la trampa se cerraba a mi alrededor.

—Tiene que sentarse —dice Nico.

—Tengo que coger a mi hija e irme.

—¿Y a dónde va a ir? —No se mueve hacia mí, pero sus palabras me dejan clavada en el sitio—. ¿De vuelta a su apartamento, que Jack conoce? ¿Al parque donde la ha abordado hoy? —Aprieta la mandíbula—. La Bratva conoce su nombre, Kristen. Saben dónde vive. En treinta días vendrán a cobrar y no les importará que no supiera nada de la deuda.

Me flaquean las piernas.

No me caigo, pero me deslizo por la pared hasta quedar sentada en el suelo de madera con la espalda apoyada contra el muro.

Esto no puede estar pasando.

Esto no puede estar pasando.

—Respire. —La voz de Nico viene de algún lugar por encima de mí—. No está respirando.

Tiene razón. Mi pecho está bloqueado, mis pulmones se niegan a expandirse. La habitación da vueltas y me bailan manchas en los bordes de la visión.

Lily. Piensa en Lily.

Fuerzo la entrada de aire. Lo aguanto. Lo suelto.

Otra vez.

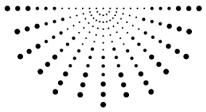
Otra vez.

Cuando las manchas desaparecen, Nico está agachado frente a mí. Sin tocarme. Solo... ahí. Observándome con esos ojos oscuros.

—Le odio —susurro.

Su boca se contrae. Casi una sonrisa. —Lo sé.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Nico

Sabía que me odiaría.

Pensé que no me molestaría. Todo el mundo acaba odiándome. Pietro me tolera. Lorenzo me encuentra agotador. Vittoria piensa que soy imposible. Bruno quiere verme muerto la mayoría de los días. Incluso Dante, que me lleva a todas partes sin quejarse, probablemente fantasea con despeñarse por un barranco conmigo en el asiento trasero.

Así que cuando Kristen lo dijo —cuando la verdad finalmente encajó tras sus ojos y me miró como si fuera algo que se hubiera sacado de la suela del zapato—, esperaba el entumecimiento familiar. El muro que construí específicamente para momentos como este.

En cambio, siento este dolor sordo en el estómago.

La observo sentada en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho. Se ve pequeña. Rompible. Todo lo contrario de cómo se veía en aquella gala, plantada ante mi madre con fuego en los ojos y competencia en sus manos.

El impulso de acercarme a ella es ridículo.

Yo no doy abrazos. No permito que nadie me abrace. El contacto físico que no sea violencia me pone la piel de gallina. Leí una vez

que los abrazos ayudan a la gente a conectar emocionalmente; algo sobre la oxitocina y las hormonas del vínculo. Archivé esa información bajo «razones para evitar el afecto físico».

No quiero conexión.

O no la quería.

Joder.

—Kristen.

Ella no levanta la vista. Tiene la frente apoyada en las rodillas y el pelo le cae hacia delante como una cortina. Sus hombros se sacuden una, dos veces, y luego se quedan quietos.

La mayoría de los civiles creen que somos ficción. Eso es lo que nadie te cuenta sobre el crimen organizado. La gente no cree que exista fuera de las series de Netflix y las novelas de bolsillo. Miran a familias como la nuestra y ven «fortunas heredadas» o «empresarios corruptos» o «contactos con políticos». Racionalizan. Justifican. Se convencen a sí mismos de que la mafia murió con Al Capone.

Es más fácil que aceptar que el hombre que hizo una donación para la colecta escolar de su hijo también ordenó que le rompieran los dedos a alguien el martes pasado.

Kristen no es estúpida. Vio las señales. La seguridad. El dinero. La forma en que todos se subordinan a Pietro. Pero se convenció a sí misma de que eran criminales de guante blanco como mucho. Uso de información privilegiada. Evasión de impuestos. El tipo de delito que ocurre en las salas de juntas y se soluciona con multas.

No del tipo que se soluciona con balas.

—No puedo... —se le quiebra la voz—. No puedo estar aquí.

—Tampoco puede irse.

Finalmente levanta la cabeza. Tiene los ojos enrojecidos pero secos. Sin lágrimas. De alguna manera eso lo hace peor. —¿Así que ahora soy una prisionera?

—Está siendo dramática.

—Me acaba de decir que la mafia rusa quiere cobrarme ciento cuarenta mil dólares en treinta días. Me ha dicho que mi exmarido me ha estado mintiendo durante años. Me ha dicho que son... —Traga saliva—. Que son la mafia.

—Crimen organizado italoamericano —corrijo, porque se ve que tengo deseos de morir—. Técnicamente.

—Oh, eso suena mucho mejor.

Ahí está. Esa chispa de lucha bajo el miedo.

Odio que me resulte atractivo.

Me acerco sin pretenderlo. Tres pasos. Dos. Hasta que estoy de pie sobre su figura encogida, mirando hacia abajo a la coronilla de su cabeza. Mi mano tiene un tic a mi costado.

No la toques.

—Voy a pagar la deuda.

Las palabras salen planas. Finales. De la forma en que doy órdenes a los soldados que saben que es mejor no discutir.

Kristen levanta la cabeza de golpe. —No.

—Ya está hecho. —Una mentira. Pietro lo aprobó, pero aún no he hecho la llamada—. Sociedades pantalla. Rastrearlas es imposible. La Bratva recibe su dinero y tú recuperas tu vida.

—He dicho que no. —Se pone de pie torpemente, tambaleándose un poco—. No aceptaré tu dinero.

—No tiene un trabajo que pague ciento cuarenta mil dólares en treinta días.

—¿Y usted sí?

Casi me río. —Tengo acceso a recursos que ni te imaginas.

—Recursos criminales. —Escupe la palabra como si fuera veneno —. Dinero manchado de sangre.

—El dinero es dinero. Se gasta igual proceda de contratos de construcción o de... —Me detengo. No hay necesidad de dar detalles sobre nuestras otras fuentes de ingresos—. El caso es que puedo hacer que este problema desaparezca.

—¿Haciendo que te deba a ti en su lugar? —Kristen da un paso hacia mí. Luego otro. Sus ojos arden ahora, todo ese miedo transformándose en algo más caliente—. ¿Cambiando una deuda de la mafia por otra?

—Nosotros no cobramos intereses.

—No tiene gracia.

—No estoy bromeando.

Está cerca ahora. Lo suficiente para que pueda oler sea lo que sea ese aroma. No debería afectarme. He estado rodeado de mujeres que usan perfume.

Ninguna olía tan bien.

Para.

—Usted no tiene derecho a decidir esto por mí. —Su voz tiembla de rabia—. No puede entrar de repente y... y comprarme como si fuera una...

—No la estoy comprando.

—¿Entonces cómo lo llama?

Un mechón de pelo le cae por la cara. Antes de que pueda evitarlo, mi mano se mueve. Las yemas de mis dedos rozan su sien mientras le retiro el pelo detrás de la oreja.

Se le corta la respiración.

A mí también.

¿Qué coño estoy haciendo?

—Parece ser —digo, y mi voz sale más ronca de lo que pretendía —, que está atrapada en esta casa como ama de llaves para el resto de su vida.

Kristen parpadea.

Sus ojos bajan a mi boca.

Vuelven a mis ojos.

Bajan de nuevo.

Mi pulso hace algo que no ha hecho en años: se acelera. No por la adrenalina, ni por la violencia, ni por el frío cálculo que suele elevar mi ritmo cardíaco.

Por ella.

Quiero besarla.

¿PERO QUÉ COÑO?

Yo no beso. Nunca he besado. El sexo es transaccional. Expongo mis condiciones de antemano: nada de besos, nada de mimos después, nada de fingir que significa algo. Las mujeres aceptan o no aceptan. La mayoría acepta. Ellas se corren, yo me corro, todo el mundo se va a casa satisfecho y sin ataduras.

Besar implica intimidad. Conexión. Precisamente la vulnerabilidad que llevo años evitando.

Y ahora mismo, mirando los labios entreabiertos de Kristen, quiero saborearla más de lo que quiero mi próximo aliento.

Sal de aquí. Sal de esta habitación. Aléjate de esta mujer antes de que hagas algo catastróficamente estúpido.

—No necesito tu ayuda. —Su voz es apenas un susurro.

Doy un paso atrás. Mi expresión se endurece.

—Tiene razón —digo con frialdad—. No necesita mi ayuda. Así que adelante. Salga de aquí. Llévese a Lily de vuelta a ese apartamento con el ascensor roto y unas cerraduras que no detendrían ni a un gato callejero, por no hablar de la Bratva.

El rostro de Kristen palidece.

Debería parar. Sé que debería parar. Pero las palabras siguen saliendo, precisas y brutales, diseñadas para herir.

—No la matarán de inmediato, ¿sabe? Así no es como cobran. Primero, se llevan cosas. Dedos. Dientes. Lo que sea que piensen que motivará el pago. —Ladeo la cabeza, viéndola estremecerse—. Y cuando no pueda pagar —porque no podrá, Kristen, no finjamos lo contrario—, se llevarán a Lily.

Se lleva la mano a la boca.

—No para lastimarla. Al principio. Vale más como moneda de cambio. Pero los niños son frágiles. Se rompen con tanta facilidad cuando...

—Basta.

La palabra sale de ella como un sollozo. Las lágrimas ruedan por sus mejillas, silenciosas y devastadoras. Me mira como si fuera un monstruo.

Porque lo soy.

Esto es lo que hago. Lo que siempre he hecho. Veo la debilidad y la exploto. Encuentro el punto más blando y vulnerable y presiono hasta que la gente se rompe o se doblega a mi voluntad.

Solo que nunca antes me había odiado a mí mismo por ello.

Las lágrimas de Kristen siguen cayendo. No se las limpia. Tampoco aparta la vista de mí. Sus ojos sostienen los míos, y en ellos lo veo. El momento exacto en que esa cosa frágil que existía entre nosotros se hace añicos por completo.

Ahora no solo me tiene miedo.

Está rota.

Y yo hice eso. La rompí a propósito porque tenía miedo de querer besarla.

Cobarde. Puto cobarde.

—La habitación es vuestra por esta noche —digo. Mi voz suena mal. Hueca—. La de Lily también. Discutiremos la logística mañana.

Me doy la vuelta y salgo del salón.

No miro atrás.

Detrás de mí, oigo un único sollozo destrozado.

Me acompaña hasta mi despacho, donde me sirvo tres dedos de whisky y me los bebo como si fueran agua. Luego otros tres. Y otros tres.

El alcohol no ayuda.

Nada ayuda.

A las tres de la mañana, sigo sentado a oscuras, reviviendo el momento exacto en que los ojos de Kristen se apagaron. Memorizándolo junto a cada otra prueba que confirma lo que siempre he sabido.

El amor es una carga.

Y acabo de demostrar exactamente por qué nunca, jamás, debería permitirme sentirlo.



Kristen

Observo el pecho de Lily subir y bajar, ese ritmo constante que solía ser mi única paz. Ahora parece una cuenta atrás.

Treinta días.

Apoyo la espalda contra el cabecero, con las rodillas pegadas al pecho como si intentara hacerme más pequeña. Invisible. Como Jack siempre quiso que fuera.

Las palabras de Nico se repiten en mi cabeza como una película de terror que no puedo pausar.

Se me revuelve el estómago. Me aprieto el puño contra la boca para no emitir ningún sonido que pueda despertar a Lily.

Soy una estúpida.

Las señales estaban por todas partes. Guardias, armas, reglas de protocolo de seguridad que he ido aprendiendo desde el primer día. El contrato que decía que no me estaba permitido compartir nada que tuviera que ver con la familia con otras personas fuera del recinto.

Lo vi todo y me convencí de que eran solo... cosas de ricos. Comportamiento excéntrico de multimillonarios. Delitos de guante blanco, como mucho.

Porque querías que fuera verdad, susurra esa voz cruel en mi cabeza. *Porque estabas desesperada.*

Desesperada y estúpida. La historia de mi vida.

Parecían tan buenos.

Pero Jack también parecía bueno, ¿verdad? Encantador. Protector. El tipo de hombre que abría las puertas, apartaba las sillas y hacía que mi madre llorara de alegría en nuestra boda.

El Jack de Instagram. El Jack público. La versión que todos veían mientras el Jack real despedazaba mi autoestima pieza a pieza en privado.

Quizá eso es lo que son los Sartori. Una familia de Instagram. Todo sonrisas cálidas, cenas los domingos y galas benéficas mientras hacen... lo que sea que hagan las familias criminales. Las cosas que Nico describió con todo detalle solo para verme derrumbarme.

Cierro los ojos con fuerza, pero las imágenes no cesan. Las manitas de Lily. Sus curiosos ojos gris azulados que tanto se parecen a los míos.

Dios, ¿qué he hecho?

He traído a mi hija a un recinto de la mafia. He dejado que juegue con su gente. He dejado que se encariñe con Vittoria. He dejado que deambule por el ala de Bruno como si esto fuera una especie de castillo de cuento de hadas en vez de una fortaleza construida con dinero manchado de sangre.

Mi teléfono está en la mesita de noche. Podría llamar a mi madre. Suplicarle que venga a por nosotras. Llevar a Lily a un lugar seguro mientras resuelvo esto.

Pero mi madre le dijo a Jack dónde encontrarnos hoy. Mi madre, que se supone que me quiere más que a nadie, le entregó mi ubicación al hombre que destruyó mi crédito, robó mis ahorros y puso una diana de la mafia rusa en mi espalda.

No hay ningún lugar seguro. No hay nadie en quien pueda confiar.

Excepto...

Nico se ofreció a pagar la deuda. Ciento cuarenta mil dólares como si fuera calderilla. No pidió nada a cambio. Simplemente lo ofreció, así de fácil.

Y luego la destrozó por negarse.

Me limpio la mejilla. ¿Cuándo he empezado a llorar otra vez?

La cuestión es que las cosas que dijo tenían la intención de asustarme. Lo sé. Quería que estuviera aterrorizada.

Pero ya lo estaba. He estado aterrorizada desde que vi a Jack arrodillado junto a nuestra hija. Desde que Dante apareció de la nada, confirmando que alguien nos había estado vigilando.

Lily se mueve en sueños, mascullando algo. Alargo la mano y le aparto un rizo de la frente, con la mano temblorosa.

Aprieto los labios hasta que me duelen, tragándome el sollozo que quiere escapar.

Podrías huir.

El pensamiento surge sin querer. Coger a Lily. Desaparecer. Cambiarnos los nombres. Empezar de nuevo en algún lugar donde la Bratva, Jack e incluso los Sartori no puedan encontrarnos.

Pero tengo mil doscientos dólares a mi nombre. Sin coche. Sin familia en la que pueda confiar. Y según Nico, la Bratva ya sabe dónde vivo.

Huir no es una opción. Es una fantasía.

Lo que me deja exactamente con dos opciones: aceptar la ayuda de una familia criminal para escapar de otra, o esperar treinta días a que vengan unos hombres a cobrar.

Ninguna de las dos opciones termina conmigo siendo libre.

Atraigo a Lily hacia mí. Ella se acurruca contra mi cuerpo automáticamente, con su puñito aferrado a la parte delantera de mi camiseta.

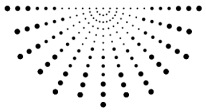
En algún lugar de esta casa, Nico Sartori probablemente se esté felicitando por haberme puesto en mi sitio. Por recordarme exactamente lo impotente que soy.

Pero ya he estado indefensa antes. Ya he estado atrapada antes. Sobreviví a Jack durante cinco años.

También puedo sobrevivir a esto.

Solo tengo que averiguar cómo.

CAPÍTULO DIECINUEVE



Nico

El desayuno de los sábados por la mañana en la mansión suele ser tranquilo. Pietro lee las noticias en su tableta. Nora sorbe su té. Vittoria navega por su teléfono mientras finge que no lo hace. Yo bebo mi café y me pregunto si volveré a dormir más de cuatro horas alguna vez.

Cosas normales.

Entonces entra Kristen.

Lleva vaqueros y una camiseta blanca lisa. Nada de maquillaje. El pelo recogido en una coleta. Parece que apenas ha dormido, lo que nos hace dos. Sostiene una bandeja.

—¡Kristen! —Vittoria deja su móvil—. ¿Qué estás haciendo? Es sábado. No se supone que trabajes los fines de semana.

La mirada de Kristen recorre la habitación. Se posa en Pietro. En Nora. En Vittoria.

Pasa por encima de mí como si fuera un mueble.

—Tengo que hablar con usted —dice con voz firme y profesional —. Sobre mi situación.

Pietro intercambia una mirada con Nora. Hasta mi hermana nota que algo va mal; sus ojos saltan entre Kristen y yo con esa curiosidad molesta que nunca puede contener.

—Por supuesto. —Pietro señala la silla vacía frente a él—. Siéntese. ¿Ha comido algo?

—Estoy bien —Kristen toma asiento. Sigue sin mirarme—. Gracias.

Dejo la taza de café sobre la mesa haciendo ruido a propósito.

Ella no se inmuta. No reconoce el sonido. No reconoce mi presencia.

La ira se retuerce en mi estómago, caliente e inmediata.

Me lo merezco. Sé que es así.

Eso no significa que tenga que gustarme.

—Hemos discutido tu situación —dice Pietro, dejando su tableta a un lado—. La deuda con la Bratva. Nico me ha informado de los detalles.

Sigue sin haber contacto visual.

Mírame, maldita sea.

—La familia ha decidido pagarla —continúa Pietro—. Considérelo resuelto.

—No.

Joder.

Pietro levanta una ceja. —¿No?

—Ya intentaron pagarme una vez —las manos de Kristen están cruzadas en su regazo, con los nudillos blancos—. Por salvar a su madre. Les dije entonces que no quería un pago por hacer lo correcto. Eso no ha cambiado.

—Esto es diferente —dice Nora con suavidad—. Se trata de su seguridad. De la seguridad de su hija.

—Lo entiendo —Kristen finalmente levanta la vista, encontrándose con los ojos de Pietro. Solo con los de Pietro—. Por eso tengo una propuesta.

Me apoyo contra la mesa, con los brazos cruzados. Esperando. Ella puede sentir que la miro. Sé que puede. La tensión en sus hombros la delata.

—Aceptaré el dinero para saldar la deuda —dice—, pero voy a devolverlo trabajando. Hasta el último céntimo. Pueden deducirlo de mi salario hasta que esté pagado.

—Kristen... —empieza Vittoria.

—Son ciento cuarenta mil dólares —continúa Kristen, con voz inquebrantable—. Con mi salario actual, llevará tiempo, así que voy a trabajar también los fines de semana. Empezando hoy mismo.

Ni de coña lo harás.

Las palabras me queman en la lengua. Me las trago, saboreando ceniza y frustración.

Pietro la estudia durante un largo momento. Reconozco esa mirada. Está calculando. Evaluando. Tratando de entender qué se rompió entre anoche y esta mañana.

Sus ojos se dirigen a mí.

Mantengo mi expresión en blanco.

—No es necesario —dice Pietro finalmente—. No somos usureros. No hay intereses ni fecha límite. Simplemente estamos ayudando a alguien que nos ayudó.

—Y lo agradezco... —la voz de Kristen se quiebra, solo un poco, antes de estabilizarla—. Pero no estaré en deuda con nadie. No dejaré que eso vuelva a suceder.

La cocina se queda en silencio.

Estoy pensando en la cara de Jack Walker cuando finalmente le ponga las manos encima.

—No estamos intentando controlarla —dice Vittoria en voz baja —. Solo queremos ayudar.

—Lo sé —Kristen finalmente sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos—. Y así es como pueden ayudar. Déjenme ganármelo. Déjenme mantener mi dignidad.

—De acuerdo —dice Pietro—. Estableceremos un plan de pagos, pero no va a trabajar siete días a la semana. Eso no es sostenible, y Giulia nos mataría a todos desde Sicilia si se enterara.

—Puedo con ello.

—Tres horas los fines de semana —propone Pietro—. Los sábados por la mañana. Eso es todo. Y se toma un fin de semana completo libre cada dos.

Kristen vacila. Luego asiente.

—Trato hecho.

—Bien. —Pietro vuelve a coger su tableta—. Ahora siéntese y coma algo. Parece que no ha dormido nada.

Kristen finalmente se sienta. Vittoria comienza de inmediato a llenar un plato con comida, charlando sobre cómo el beicon está perfectamente crujiente y el pan es fresco de una panadería del centro.

Observo a Kristen aceptar el plato. La veo dar un pequeño bocado. La veo fingir que no existo.

Esto no ha terminado.

Cree que puede ignorarme por completo. Cree que puede construir muros lo suficientemente altos como para que yo no pueda ver por encima.

Se equivoca.

He pasado toda mi vida observando a la gente. Leyéndola. Encontrando las grietas en su armadura.

Kristen Thomas tiene más grietas de las que cree. Y yo mismo puse algunas de ellas anoche.

Lo que significa que soy el único que puede repararlas.

No es que me lo merezca.

¿Pero desde cuándo merecer algo me ha impedido coger lo que quiero?



Kristen

Lily ha desayunado hace una hora, cuando se ha despertado, y ha estado saltando por la cocina como si hubiera vivido aquí toda su vida. Ahora está acurrucada en el sofá con Sophia, viendo alguna película de dibujos animados sobre una princesa que no necesita que la rescaten.

No debería confiar en las mujeres de esta familia. Lo sé. Son parte de este mundo, cómplices de cualquier crimen que financie este desayuno. Pero Sophia tenía los ojos enrojecidos cuando la

encontré en la cocina esta mañana, aferrada a una taza de café como si fuera lo único que la mantenía en pie.

—Lorenzo se ha ido a Sicilia —me susurró antes de que yo pudiera preguntar—, quería llevarme, pero las cosas allí son... complicadas.

Complicadas. Una palabra tan educada para cualquier lío que requiera un jet privado —porque, por supuesto, los Sartori tienen un jet privado— y que tanto Lorenzo como Dante desaparezcan antes del amanecer.

La preocupación de Sophia era tan cruda, tan humana, que le ofrecí lo único que podía: la compañía de mi hija. Lily tiene ese efecto en la gente. Hace que todo parezca más ligero, más sencillo. Menos como si el mundo se estuviera acabando.

Unto con mantequilla un trozo de tostada que no quiero y doy un bocado que no saboreo.

Pietro lee algo en su tableta, deslizando el dedo de vez en cuando. Nora sorbe su té y me observa con unos ojos amables que hacen que me pique la piel. Y Nico...

No lo he mirado desde que entré. Ni una vez. Mis ojos recorren el borde de la mesa, el dibujo del mármol. Cualquier parte menos a él.

El silencio se prolonga, denso e incómodo. Solo el sonido lejano de la película que se proyecta en el salón lo rompe.

—¿Cuándo puedo volver a mi apartamento?

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, dirigidas a nadie y a todos a la vez.

Pietro levanta la vista de su tableta.

Pero es Nico quien responde.

—Cuando todo esté resuelto, te informaré.

Su voz es plana. Clínica. Como si estuviera leyendo las cláusulas de un contrato en lugar de hablar de mi vida.

Cometo el error de mirarlo.

Dios, no debería haber hecho eso.

Esos ojos me dejan clavada en el sitio, intensos e ilegibles. La frustración parpadea detrás de ellos y eso hace que mi pulso se acelere y se me caiga el alma a los pies simultáneamente. Me mira como si le importara.

Como si yo importara.

Lo odio. Lo odio a él.

Mi cuerpo traicionero no está de acuerdo. En el momento en que nuestros ojos se encuentran, el calor se extiende por mis mejillas. Mis dedos se aprietan alrededor de la taza de café. Cada célula de mi cuerpo grita que siga mirando, que trace la línea dura de su mandíbula, la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos descansan sobre la mesa como si estuvieran esperando algo.

No lo hagas, me digo. Aparta la vista. Es un monstruo que te mostró exactamente lo que es.

Pero apartar la vista duele físicamente. Mis ojos luchan contra la atracción, como imanes que pugnan por conectarse. Quiero observar cada detalle de su rostro, entender qué está pasando detrás de esa máscara fría, descubrir por qué alguien tan cruel puede hacerme sentir tan...

No.

Fuerzo mi mirada hacia mi plato.

—Bien.

Una palabra. Eso es todo lo que le doy. No el «te odio» que me quema en la lengua. No el «cómo te atreves» que me araña la garganta. No las mil preguntas sobre por qué está haciendo todo esto, por qué le dijo a Pietro que pagaría mi deuda, por qué me puso en la habitación contigua a la suya.

Solo un... bien.

Siento que me observa. El peso de su atención presiona contra mi piel como algo físico, pesado, cálido y totalmente inoportuno.

«No tienes derecho a mirarme así», quiero gritarle. «No tienes derecho a describir cómo hieren a mi hija y luego actuar como si te importara lo que nos pase».

—Voy a sacar a Lily hoy.

—Ni hablar.

Dos palabras. Pronunciadas como un veredicto.

Suelto una carcajada.

Burbujea desde lo más profundo, escapando antes de que pueda detenerla. El sonido es agudo, casi maníaco, y completamente inapropiado para esta mesa de desayuno.

Pero no puedo parar. Porque esto es divertidísimo, ¿verdad? ¿Este hombre ahora cree que puede decirme a dónde puedo y a dónde no puedo ir?

—¿Le hace gracia algo?

—Tú —me limpio los ojos, y la risa muere tan rápido como llegó —. Eres gracioso. De una manera profundamente desagradable.

—Hasta que esta situación se resuelva, os quedaréis en la mansión —se inclina hacia adelante, con los antebrazos apoyados en la mesa—. Las dos.

Las dos.

Se lo prometí a Lily. Pensé que por fin iríamos al zoo.

Se me cierra la garganta.

No llores. No te atrevas a llorar delante de él.

—¿A dónde pensabas ir?

La pregunta de Nico corta mis pensamientos desbocados.

Finalmente lo miro.

Error. Otra vez.

Sus ojos escudriñan mi rostro, leyendo cosas que no quiero que vea. El temblor en mi mandíbula. El brillo que asoma en mis ojos.

Él lo ve todo. Sé que lo hace.

Y lo odio por ello.

—A ninguna parte —la palabra sale plana. Muerta—. Olvida lo que he dicho.

Me aparto de la mesa. Me tiemblan las manos mientras dejo la servilleta. La doblo una, dos, tres veces. Una tarea inútil para dar algo que hacer a mis dedos antes de que se cierren en puños.

—Si me disculpan...

No espero permiso.

Simplemente camino.

Atravieso el comedor. Paso por delante del salón, donde la risa de Lily se mezcla con la de Sophia.

Me arde el pecho. Me escuecen los ojos.

El zoo. Una cosa tan estúpida y pequeña. Una cosa de padres tan normal y ordinaria que millones de personas hacen cada fin de semana sin pensarlo dos veces. Pero para Lily y para mí, se suponía

que iba a ser especial. La prueba de que las cosas por fin estaban mejorando. De que podía darle algo bueno por una vez.

Ahora ni siquiera puedo darle eso.

Llego a nuestra habitación y cierro la puerta detrás de mí.

Respira. Solo respira.

Pero el aire no entra bien. Se me queda atrapado en la garganta, agudo y doloroso, y antes de que pueda evitarlo, se me escapan las lágrimas.

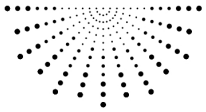
Silenciosas. Patéticas. Absolutamente furiosas.

Estoy llorando porque no puedo llevar a mi hija a ver elefantes.

Estoy llorando porque un hombre que me aterra me ha preguntado a dónde quería ir y, por un estúpido segundo, casi se lo digo.

Estoy llorando porque estoy atrapada en una mansión con criminales y, por alguna razón imposible, este lugar sigue siendo más seguro que mi propio apartamento. Que mi propia vida.

CAPÍTULO VEINTE



Nico

El silencio se extiende como una hoja de cuchillo sobre la mesa del desayuno.

Nora deja su taza de té. — ¿Qué está pasando, Nico?

No levanto la vista del teléfono. Los manifiestos de carga se emborronan ante mis ojos: números que ya he memorizado, patrones que ya he catalogado. —Nada que te incumba.

—Kristen estuvo llorando anoche —la voz de Nora tiene ese tono particular que se reserva para los momentos en los que se planta en sus trece—. La vi cuando subía las escaleras...

Joder.

Se me tensa la mandíbula. Lo que sea que esté pasando en la vida de Kristen no es asunto nuestro. Ni siquiera mío. Sí, protegemos a la gente que trabaja para nosotros, pero esa protección se gana. Lleva años. Es una lealtad demostrada con sangre, silencio y sacrificio.

No es que Kristen no se lo haya ganado.

Pero al resto de esta familia no le importa de la misma manera que a mí.

Y ese es el problema, ¿no? Que me importa. De maneras que no quiero, de formas que parece que no puedo evitar, por mucho que

intente reprimirlas.

—Anoche —digo con voz inexpresiva—, le conté a Kristen lo que la Bratva le haría a ella y a Lily.

La silla de Pietro chirría al retroceder. —Cazzo, Nico. ¿Qué has hecho qué?

—Le dije la verdad. —Por fin levanto la mirada, encontrándome con la furia en los ojos de mi hermano—. Necesitaba comprender la situación en la que se encuentra.

—¿La situación? —Pietro descarga la palma de la mano contra la mesa—. Es una civil. Una madre. Y tú...

—Sí.

Vittoria aplaude lentamente desde su extremo de la mesa. Tres golpes sarcásticos que resuenan en el repentino silencio. —Felicidades, Nico. Has encontrado la forma perfecta de asegurarte de que no vuelva a mirarte a la cara.

Mis dedos dejan de tamborilear. — ¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que eres idiota —Vittoria coge su vaso, observándome mientras bebe—. Un idiota brillante y emocionalmente estreñido que acaba de dinamitar cualquier oportunidad que tuviera con esa mujer.

Pietro se gira para mirar a nuestra hermana. — ¿Qué quieres decir con eso?

—¡Oh, por favor! —Vittoria pone los ojos en blanco—. ¿Es que no os habéis dado cuenta? Asignó a Dante para que la protegiera antes incluso de que ninguno de nosotros supiera lo de la Bratva.

—Eso fue parte del protocolo estándar de seguridad...

—Sí, claro —la sonrisa de Vittoria es afilada—. Ese era Nico siendo Nico. Viendo un problema. Queriendo arreglarlo. Solo que esta vez el problema viene con una mujer que le gusta.

Me pongo en pie antes de darme cuenta de que me he movido. Mi silla se vuelca hacia atrás, chocando contra el suelo de mármol.

—Esta conversación se ha acabado.

—Nico... —empieza Pietro.

—No —la palabra corta como una cuchilla—. No vais a analizar mis decisiones. Ninguno de vosotros. Le dije la verdad a Kristen

porque necesitaba oírla. Porque estaba tomando decisiones basadas en información incompleta. Porque...

Porque quería alejarla antes de que se acercara más.

Porque anoche deseaba besarla con tanta fuerza que me temblaban las manos.

Porque que alguien te importe en esta vida hace que lo maten, y he visto ese resultado demasiadas veces como para llevar la cuenta.

—... porque era lo correcto —concluyo—. Fin de la discusión.

Nora me observa con esos ojos que todo lo saben.

—Te importa —dice suavemente. No es una pregunta.

—No es cierto.

La mentira me sabe a ceniza.

—Nico...

—He dicho que se acabó. No vamos a discutir esto. No vamos a hablar de ella. Y, desde luego, no vamos a hablar de lo que siento o dejo de sentir por nadie.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta.

—Huir no cambia nada —me grita Vittoria—. Créeme. Lo he intentado.

No me detengo. No me giro. No reconozco la verdad en sus palabras.

El pasillo me traga por completo, y lo permito. Dejo que las sombras y el silencio me envuelvan como una armadura.

Porque la verdad es sencilla, brutal y exactamente lo que siempre he sabido:

Me importa Kristen Thomas.

Me importa su sonrisa cuando cree que nadie la mira. Me importa la forma en que abraza a Lily, como si la niña fuera lo único que la mantiene unida a este mundo. Me importa oírla cantar. Me importa el miedo que oculta tras el sarcasmo y la esperanza que le aterra permitirse sentir.

Me importa todo eso.

Y lo odio.

Porque que algo te importe te vuelve débil. Te obliga a ceder. Te convierte en el soldado que duda durante un golpe porque su novia está embarazada. El subjefe que filtra información para mantener a

su mujer a salvo. El capo que elige a su amante por encima de las órdenes del Don.

No quiero que me importe.

No quiero sentir esto.

No quiero...

Me detengo frente a su puerta.

A través de la madera no oigo nada. Ni llantos. Ni movimiento. Solo silencio.

Cada regla sobre la que he construido mi vida me grita que me dé la vuelta, que vuelva a mi despacho y deje que esta situación se resuelva como siempre se resuelven los negocios. De forma limpia. Distante. Profesional.

Pero ya tengo la mano en el pomo.

Solo dile que puede irse en unos días. Eso es todo. Es lo único que tiene que ser.

Ella no sabe cuánto tiempo se tarda en liquidar una deuda con la Bratva. No entiende de negociaciones, empresas pantalla, ni de las cuidadosas maniobras necesarias para hacer desaparecer 140.000 dólares sin dejar un rastro que conduzca a ella o a nosotros. Unos días. Quizá una semana. Luego podrá llevarse a Lily a donde quiera.

No llamo.

La puerta se abre y entro, ya formulando las palabras...

Kristen está sentada en el suelo. Con la espalda contra la pared. Las rodillas pegadas al pecho. Levanta la cabeza bruscamente al entrar yo, y lo veo.

Lágrimas.

lágrimas rodando por su cara. Los ojos enrojecidos e hinchados. Las mejillas manchadas. Parece destrozada. Hundida. Hermosa.

El pensamiento me golpea como un puño en el esternón.

¿Cómo puede una mujer llorando ser tan jodidamente hermosa?

Y justo tras ese pensamiento viene otro más oscuro: yo he hecho esto. Yo la he hecho llorar.

—Vete —se le quiebra la voz al hablar—. Nico, te lo juro por Dios, solo... vete.

En lugar de eso, cierro la puerta.

—He dicho que te vayas.

—Te he oído.

Tres pasos me llevan al otro lado de la habitación. Me arrodillo frente a ella y se estremece como si hubiera levantado la mano para golpearla. El movimiento provoca otra grieta en lo que queda de mi compostura.

Me tiene miedo.

Bien. Debería tenérmelo.

No. No está bien. No está nada bien, joder.

Mi mano se mueve antes de que mi cerebro reaccione. Mis dedos rozan su mejilla, recogiendo las lágrimas. Su piel es suave. Cálida. Húmeda por la sal.

Ella se queda petrificada.

—¿Qué estás haciendo? —Las palabras salen sin aliento. Confusas.

—No lo sé.

Es lo más sincero que he dicho en años.

Mi pulgar recorre la curva de su pómulo, limpiando otra lágrima. No se aparta. Tampoco se inclina hacia mí. Solo me observa.

—¿Qué quieres, Nico? —La pregunta suena más cortante ahora. Enfadada—. ¿Por qué sigues haciendo esto? ¿Por qué actúas como si fueras algo más que mi jefe?

La pregunta queda suspendida entre nosotros.

Debería soltarle alguna estupidez sobre proteger los activos de la familia. Sobre deudas y obligaciones y el acuerdo de negocios que la trajo a nuestro mundo.

Pero las palabras que salen no son nada de eso.

—Porque no sé cómo ser solo tu jefe. —Mi voz baja de tono. Se vuelve ronca—. Porque cada vez que intento encasillarte, te escapas. Porque he pasado treinta años viendo a hombres de mi mundo destruirse por mujeres, y juré que nunca sería tan estúpido.

Se le corta la respiración.

—Y entonces apareciste tú. Y ahora... —Me acerco más. Lo suficiente como para contarle las pestañas—. Ahora no puedo dejar de pensar en ti. No puedo dejar de mirarte. No puedo dejar de desear cosas que no tengo derecho a desear.

—¿Por qué estás aquí?

Porque no puedo mantenerme alejado.

Porque me haces desear cosas que juré que nunca querría.

Porque, por primera vez en mi vida, los cálculos no importan.

No digo nada de eso. En su lugar, me acerco. Lentamente. Dándole tiempo para que se aparte. Para que me diga que pare. Para que sea ella la sensata, ahora que yo he perdido hasta el último gramo de inteligencia que poseía.

Sus labios se parten.

Mi boca queda a un centímetro de la suya.

Y entonces alguien llama a la puerta.

Kristen se pone en pie tan rápido que casi me da un rodillazo en la cara. Me apoyo contra la pared, apretando la mandíbula mientras me enderezo.

Cómo no.

—¡Un momento! —La voz de Kristen suena aguda. Sin aliento. Se limpia la cara, intentando borrar el rastro de las lágrimas.

No me muevo. No hablo. Solo la miro mientras se recompone pieza por pieza, levantando muros que yo estuve a punto de derribar.



Kristen

Nico abre la puerta y veo a Vittoria de pie en el pasillo. Sus ojos van de uno a otro.

—¿Todo bien? —pregunta, pero su mirada permanece fija en su hermano.

Nico no responde. Pasa por su lado sin decir palabra.

Vittoria lo ve irse y luego se vuelve hacia mí—. Entonces... ¿va todo bien?

—No lo sé.

Entra en la habitación y cierra la puerta tras de sí, apoyándose en ella con los brazos cruzados. No es una actitud amenazante; simplemente..., está ahí, presente.

Mi mente va a mil por hora, intentando encajar qué demonios acaba de pasar. Nico estaba arrodillado frente a mí. Su pulgar en mi mejilla. Su rostro tan cerca que podía contarle las pestañas. Y yo iba a dejar que me besara.

No. No, no, no.

Esto no está pasando. Esto no puede estar pasando.

Presiono las palmas de las manos contra mis muslos, obligando a mi corazón a que se ralentice. Nico Sartori es... es él. Un hombre que habla de deudas con la mafia rusa con total naturalidad durante el desayuno. Un hombre cuya familia probablemente tiene cadáveres enterrados en algún lugar en el que no quiero ni pensar.

Y yo soy yo. Una madre soltera con mil doscientos dólares a mi nombre, un exmarido vengativo y un trabajo limpiando retretes en un recinto de la mafia.

¿Qué querría Nico Sartori de una mujer como yo?

La respuesta es obvia. Nada. No soy nadie.

—Mira —dice Vittoria, separándose de la puerta—, la verdad es que no quiero meterme en medio de lo que sea que esté pasando entre vosotros dos.

Se me encoge el estómago—. No pasa nada.

Ella arquea una ceja. Me doy cuenta de que es la misma mirada escéptica que pone Nico. Debe de ser genético.

—Solo soy la asistenta —añado rápidamente, con la voz cada vez más aguda—. Conozco mi lugar. Siento si me he propasado, o si ha parecido algo... no era mi intención...

—Kristen. —Vittoria levanta una mano—. Para.

Cierro la boca de golpe.

Cruza la habitación y se sienta en el borde de la cama, palmeando el espacio a su lado. Tras dudar un momento, me siento con ella, manteniendo una distancia prudencial.

—Ser asistenta no te hace menos humana —dice. Su voz es más suave ahora. Casi dulce—. No te hace menos importante, y punto.

Me quedo mirando la moqueta. Hay una mancha diminuta cerca de mi pie izquierdo. Vino tinto, tal vez. O sangre. En esta casa, quién sabe.

—No lo entiendes —susurro—. Tu familia es... todos sois...

—¿Ricos? ¿Poderosos? ¿Aterradores? —se ríe, pero no hay burla en su gesto—. Sí. Lo somos. Pero eso no significa que los demás estéis por debajo de nosotros. Esta familia no funciona así.

¿Ah, no? Me dan ganas de preguntar. Porque desde donde yo estoy, el abismo que nos separa parece el Gran Cañón.

—Para serte sincera —continúa Vittoria, doblando una pierna bajo su cuerpo—, me gustas más que la mayoría de las mujeres de negocios que pasan por aquí.

Levanto la vista, sobresaltada—. ¿Qué?

—Esas mujeres. —Arruga la nariz—. Todo son sonrisas falsas y bolsos de diseño, y solo intentan impresionar a mis hermanos. No nos ven como personas. Solo somos... activos para ellas. Contactos que adquirir.

Pienso en la gala. Los vestidos relucientes, el champán, la forma en que cada invitado me miraba como si fuera parte del mobiliario.

—Tú eres diferente —dice Vittoria—. Realmente te importan las cosas. Por Lily, obviamente, pero también... he visto cómo eres con Nora. Con mi madre. Incluso con Nico, y créeme, nadie sabe cómo lidiar con Nico.

Se me hace un nudo en la garganta—. Yo solo... intento ser amable.

—Exacto —se estira y me aprieta la mano; sus dedos están calientes—. No vuelvas a pensar jamás que mereces menos por tu trabajo. Nunca. Eso es una gilipollez y no voy a consentir que te lo creas.

Parpadeo rápidamente, luchando contra nuevas lágrimas. Jack pasó años haciéndome sentir pequeña. Inútil. Como si debiera estar agradecida de que alguien me quisiera.

Y aquí está esta mujer diciéndome que importo.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —La pregunta se me escapa antes de poder evitarlo.

Vittoria inclina la cabeza—. Porque alguien debería serlo.

Tan simple como eso. Sin condiciones. Sin segundas intenciones.

Dios, ¿cuándo se volvió tan confusa la amabilidad?

—Además —añade con una leve sonrisa—, es evidente que le gustas a mi hermano. Y a Nico no le gusta nadie.

Se me calienta la cara—. Él no...

—Por favor. —Pone los ojos en blanco—. Lo conozco de toda la vida. Te mira como si fueras algo que desea pero cree que no puede tener.

Pienso en su pulgar sobre mi mejilla. La forma en que bajó el tono de voz al decir mi nombre. El casi beso que todavía me arde en los labios a pesar de no haber ocurrido nunca.

—No importa cómo me mire —digo en voz baja—. Yo no soy... no puedo...

No puedo arriesgarme. No puedo volver a confiar. No puedo enamorarme de un hombre que vive en un mundo de sangre y balas.

Pero incluso mientras lo pienso, una parte de mí sabe que ya es demasiado tarde.

Vittoria se levanta y se alisa la camisa—. No tienes que resolverlo todo ahora mismo. Solo... no te menosprecies, ¿vale?

Asiento lentamente—. Vale.

Vittoria sale con un pequeño saludo, dejándome a solas con mis pensamientos. Que es exactamente donde no quiero estar.

Me quedo mirando la puerta cerrada como si guardara alguna respuesta. No es así.

¿De verdad le gusto a Nico?

La pregunta sobrevuela mi cerebro como un buitre. Su pulgar en mi mejilla. El casi beso.

Basta. Solo para.

Me levanto de la cama y camino de un lado a otro de la habitación.

Incluso si Nico siente algo —y eso es un supuesto enorme—, trabajo para su familia. Friego sus retretes. Doblo su colada. Soy personal de servicio.

Vittoria quizá no le dé importancia a esa distinción, pero ella es solo una persona. ¿Qué pasa con Pietro? ¿Qué pasa con su madre?

¿Y con la docena de personas que andan por este recinto?

Eres del servicio, Kristen. Sirves la comida. No comes en la mesa.

La voz de Jack se desliza por mi memoria. Lo dijo una vez, después de que intentara unirme a una conversación en una de sus cenas de trabajo. Me sentí tan avergonzada que me excusé para ir a llorar al baño.

Se me oprime el pecho. Odio que sus palabras sigan viviendo en mi cabeza.

Pero quizá tuviera razón en esto. Quizá no pinto nada aquí.

Me detengo junto a la ventana y apoyo la frente contra el cristal frío. Afuera, los terrenos se extienden en un verdor infinito.

¿Qué es de mi vida?

Cierro los ojos y me obligo a respirar. Inspiro. Expiro. Inspiro. Expiro.

La pregunta más importante acecha bajo la superficie.

¿Me gusta él?

Se me revuelve el estómago. No. En absoluto. Me niego a responder a esa pregunta.

Porque responderla significa reconocer cómo se me acelera el corazón cuando entra en una habitación. Cómo sus raras casi sonrisas me hacen sentir que he ganado algo preciado.

Significa reconocer que cuando me tocó la cara, quise inclinarme sobre su palma. Quise acortar la distancia entre nosotros. Quise saber qué se sentiría con sus labios contra los míos.

Maldita sea.

Abro los ojos y miro con furia mi reflejo en la ventana. —Eres idiota —susurro.

Mi reflejo no dice lo contrario.

La cuestión es esta: mi vida es un desastre. Un absoluto y total caos.

Lo último —lo ultimísimo— que necesito ahora es drama con hombres.

Especialmente drama que involucre a un hombre de la mafia sombrío, intenso y emocionalmente estreñido que probablemente mate gente antes del desayuno. O después. O a diario.

Ni siquiera sabes si mata gente, susurra una voz traicionera. *Son suposiciones tuyas.*

Me aparto de la ventana y me hundo en el sillón junto a la chimenea. El cuero cruje bajo mi peso.

Concéntrate, Kristen. Concéntrate.

Lily necesita estabilidad. Necesita una madre que no esté enredada en sentimientos complicados por hombres peligrosos. Necesita que mantenga la cabeza gacha, que pague esta deuda y que nos saque de aquí de una pieza.

Ese es el plan. Cíñete al plan.

Nada de besar a Nico Sartori. Nada de pensar en besar a Nico Sartori. Nada de reproducir ese casi momento una y otra vez hasta volverme loca.

Incluso si su pulgar en mi mejilla se sintió como el primer contacto tierno que he experimentado en años.

Incluso si la forma en que me miró me hizo sentir vista. Realmente vista. No como la mujer de Jack. No como la madre de Lily. Simplemente... yo.

Me presiono las cuencas de los ojos con las palmas de las manos hasta que veo estrellas.

Esto es un desastre.

Un suave golpe en la puerta me hace dar un brinco. Mi corazón se me sube a la garganta.

—¿Sí?

La puerta se abre y Sophia asoma la cabeza. Su cabello castaño rojizo le cae sobre un hombro y su expresión es afectuosa. Amable.

—Hola —dice—. Lily pregunta por ti. Quiere enseñarte el dibujo que ha hecho.

El alivio me inunda. Lily. Mi niña. Mi razón para todo.

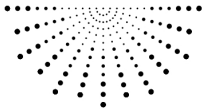
—Voy ahora mismo.

Sophia asiente y desaparece.

Me pongo de pie, alisándome la camisa con manos temblorosas. Un pie delante del otro. Es todo lo que puedo hacer ahora mismo. Centrarme en Lily. Centrarme en el trabajo. Centrarme en sobrevivir.

Todo lo demás tendrá que esperar.

CAPÍTULO VEINTIUNO



Nico

El despacho del fondo del Bellini's es tranquilo y el mejor lugar para tener reuniones. El restaurante de Lorenzo sirve de terreno neutral para los encuentros que no queremos tener en la mansión.

Golpeteo la mesa con el dedo, analizando los informes trimestrales que Claudio ha extendido sobre la superficie hace veinte minutos. Los números no mienten. Las personas sí. Los números simplemente se quedan ahí, esperando a decirte exactamente lo jodido que estás si eres lo bastante listo para leerlos.

—La Bratva nos ha vendido un quince por ciento más barato en los últimos tres envíos al West Side —dice Claudio, deslizando otro papel hacia mí—. Lleva con nosotros ocho años; empezó como un matón y demostró que tenía un cerebro que valía la pena usar. Los camellos se están cambiando. No se les puede culpar cuando la diferencia de precio es tan significativa.

Liam está sentado a mi derecha. Sus ojos no han dejado de inspeccionar la sala desde que entramos.

—¿Qué facción? —pregunto.

—Los Baganov.

Se me tensa la mandíbula. Por supuesto que son los putos Baganov. El mismo grupo que sostiene la deuda de Kristen sobre su

cabeza como la hoja de una guillotina. Son la operación más pequeña de la Bratva que intenta hacerse con un territorio en Chicago: desesperados, hambrientos y lo bastante estúpidos como para pensar que los precios bajos generarán lealtad.

—¿Calidad? —la voz de Liam interviene, con su acento británico sutil pero presente.

Claudio se encoge de hombros. —Se dice que es basura. Adulterada hasta las cejas. Se han rastreado tres sobredosis en Pilsen la semana pasada hasta su producto.

—Ser barato significa ser una mierda —digo, echándome hacia atrás—. Cualquiera puede tirar los precios. Hace falta una infraestructura real para mantener la calidad sin dejar de ser competitivo. Los Baganov no tienen eso. Están quemando capital para pillar un territorio que no pueden mantener.

—De acuerdo. Es un problema a corto plazo. Colapsarán bajo su propio modelo de negocio en seis meses —dice Liam.

—A menos que encuentren fuentes de ingresos alternativas. —Saco el informe de inteligencia en mi móvil, bajando hasta la sección que me ha tenido despierto—. Se están diversificando. Redes de extorsión en el South Side. Usura.

Las palabras me saben amargas. Usura. Como la soga de ciento cuarenta mil dólares que le pasaron por el cuello a Kristen mientras su pedazo de mierda de exmarido se embolsaba cada pago que ella lograba reunir.

—Los Morozov y los Volkov son la verdadera preocupación —continúa Claudio, ajeno a dónde se ha ido mi mente—. Tienen respaldo real de Moscú. Los Baganov son...

—Cucarachas —termino yo—. Pequeñas. Molestas. Fáciles de aplastar cuando llegue el momento.

La mirada de Liam se clava en mí. Sabe lo de la situación de Kristen. Veo la pregunta en sus ojos: ¿esto es negocios o algo personal?

Ambas cosas. La respuesta es ambas, y odio no poder separarlas.

—¿Cuál es nuestra jugada? —pregunta Claudio.

Obligo a mi atención a volver a las hojas de cálculo. —No nos enfrentamos directamente. Dejemos que pierdan dinero intentando mantener su cuota de mercado con un producto mediocre. Cuando sus camellos empiecen a perder clientes por las sobredosis, vendrán arrastrándose de vuelta a los proveedores de calidad.

—¿Y si no lo hacen?

—Entonces les recordaremos por qué los Sartori han controlado Chicago durante tres generaciones mientras que los grupos rusos vienen y van como las alergias estacionales.

Claudio asiente, recogiendo sus papeles. —Tendré los informes de territorio actualizados para el viernes.

Después de que se vaya, el silencio se prolonga. Liam espera. Se le da bien eso.

—Los Baganov —dice finalmente—. Son los que tienen la deuda de la señorita Thomas.

No es una pregunta. Es una afirmación de un hecho.

—Sí.

—¡Qué conveniente que sean también nuestra amenaza menos significativa!

Le sostengo la mirada. —¿Qué estás sugiriendo?

—Nada, señor. —La comisura de su boca se contrae, lo más parecido a una sonrisa que Liam puede ofrecer—. Simplemente observo que eliminarlos resolvería múltiples problemas simultáneamente.

—Pietro ya autorizó el pago de su deuda a través de empresas pantalla.

—Soy consciente. También soy consciente de que aún no has ejecutado ese plan.

Mis dedos dejan de golpetear. Tiene razón. He tenido la autorización durante días. El dinero está listo. Una llamada telefónica, y la pesadilla de Kristen desaparece.

¿Entonces por qué no la he hecho?

Porque pagar su deuda significa que es libre. Libre para irse de la mansión. Libre para llevarse a Lily de vuelta a ese apartamento de mierda. Libre para alejarse de mí antes de que yo descubra qué demonios estoy sintiendo siquiera.



La mansión se queda en silencio después de medianoche. Es cuando mejor pienso.

Esta noche, el silencio me traiciona.

La luz sale del salón.

Debería pasar de largo. Ir a mi despacho. Servirme un whisky y revisar los archivos de los Marchetti otra vez hasta que se me nuble la vista.

En cambio, mis pies me llevan hacia el umbral como si tuvieran su propio puto plan.

Kristen está sentada en una esquina del sofá modular de cuero, con las piernas encogidas debajo de ella y un grueso libro de tapa dura equilibrado sobre sus rodillas. Lleva un pijama con florecitas. Tiene el pelo suelto sobre los hombros.

Un cuaderno está abierto en el cojín a su lado, lleno de anotaciones.

Aún no se ha dado cuenta de mi presencia.

Me apoyo en el marco de la puerta y me permito mirar.

Sus labios se mueven ligeramente mientras lee, formando palabras silenciosas. Cada pocos segundos, echa mano del cuaderno y garabatea algo sin apartar la vista de la página, con la mano guiada por la memoria muscular.

—¿No podías dormir?

La cabeza de Kristen se levanta de golpe. El bolígrafo se le cae de la mano, chocando contra el suelo. Por una fracción de segundo, el miedo cruza sus facciones.

Luego registra que soy yo, y el miedo se transforma en agotamiento. Un destello de ese desafío obstinado que lleva como armadura.

—Te mueves con demasiada calma para alguien de tu tamaño —dice. Su voz suena ronca, privada de sueño.

—Gajes del oficio. —Me separo del marco de la puerta y atravieso la estancia hacia ella, deteniéndome junto al reposabrazos del sofá, lo bastante cerca como para leer el lomo del libro—. ¿Qué estás leyendo?

No responde de inmediato. Simplemente me observa. Decidiendo cuánto de sí misma va a revelar.

Espero. La paciencia no es mi fuerte, pero con ella, la encuentro.

—Medicina de urgencias —dice finalmente—. Protocolos de traumatismos. Soporte vital cardiovascular avanzado. —Toca la portada del libro casi con reverencia—. Llevo leyendo textos médicos desde que tenía diecinueve años. Siempre que tenía tiempo. Siempre que podía permitirme uno nuevo.

Las palabras caen como una confesión. Como si me estuviera entregando algo frágil y esperara que yo lo aplastara.

—Querías ser médica.

—Quería ayudar a la gente. —Mira hacia el libro, siguiendo con los dedos el título en relieve—. La cirugía de Lily cambió las cosas. Jack cambió las cosas. Pero nunca dejé de leer. No podía. Es lo único que siempre ha sido mío.

Jesucristo.

Esta mujer se pasa las noches estudiando medicina que probablemente nunca podrá ejercer.

No porque alguien la obligue. No porque haya una recompensa esperándola al final.

Sino porque es suyo.

He visto mujeres hermosas. He tenido mujeres hermosas. Pero nunca he deseado a nadie como deseo a Kristen Thomas ahora mismo, con sus ojos cansados, su pijama y su maldito libro de texto de medicina.

¿Por qué cojones hace esto que la desee más?

Conozco la respuesta. Simplemente no me gusta.

Porque no está rota. Está doblegada por las circunstancias, por la pobreza, por un hombre que intentó aplastar todo lo bueno que había en ella. Pero no está rota. Sigue luchando. Sigue soñando. Sigue siendo ella misma.

Y yo quiero ser quien le devuelva todo lo que le quitaron.

—Estás agotada. —Mi voz sale más bronca de lo que pretendía—. Deberías dormir.

—No puedo. —Se encoge de hombros—. Mi cerebro no para.

Entiendo eso mejor de lo que ella cree.



Kristen

Me arden los ojos de mirar el mismo párrafo sobre hemorragias traumáticas durante los últimos veinte minutos, pero cerrar este libro se siente como admitir la derrota.

Esto es relajante, me recuerdo a mí misma. La gente normal ve la tele. Tú lees sobre pérdida de sangre.

Nico no se ha movido del umbral. Puedo sentirlo observándome, con esa concentración intensa que hace que me hormiguee la piel de consciencia incluso cuando finjo ignorarlo.

—¿Necesitas un té o algo? —Las palabras salen atropelladamente antes de que pueda detenerlas. Los instintos de anfitriona son difíciles de matar, por lo visto—. Podría prepararte...

Su risa me corta. Grave, ronca, genuinamente divertida. —Yo no bebo té.

—¿Nunca?

—Nunca.

Levanto una ceja, dejando el bolígrafo. —¿Qué pasa, no es lo bastante masculino para ti? ¿Te preocupa que los otros mafiosos se burlen de ti?

La comisura de su boca se contrae. Camina hacia mí ahora. Cada paso lo acerca más, y mi pulso acelera como un traidor.

Basta.

Nico se acomoda en el sofá junto a mí. No frente a mí, ni a una distancia profesional. A mi lado.

—Dime algo —digo, porque al parecer mi boca ha decidido que esta noche es la noche de tomar decisiones terribles—. ¿Cómo es en realidad? ¿Formar parte de una familia de la mafia?

Se le tensa la mandíbula. —No quieres saberlo.

—Sí quiero. —Cierro el libro de texto, prestándole toda mi atención—. En serio. Estoy viviendo en tu casa, Nico. Ya estoy metida en esto, lo haya querido o no. Así que cuéntame.

Durante un largo rato, simplemente se me queda mirando.

—Son negocios —dice finalmente—. Territorio. Lealtad. Proteges lo que es tuyo y eliminas las amenazas.

—Eliminar significa...

—Significa exactamente lo que crees que significa.

Se me encoge el corazón, pero no aparto la mirada. —¿Y lo de la familia? ¿Todo lo que hacéis aquí dentro? ¿Eso es real de verdad?

—Eso es lo único que es real. —Su voz se suaviza, solo un poco —. Todo lo demás es estrategia. Supervivencia. Pero la familia... —Sacude la cabeza—. La familia lo es todo.

Encojo las piernas debajo de mí, acercándome un poco más sin pretenderlo. —¿Cómo decides en quién confiar?

—No lo haces. Verificas. Observas. Esperas a que la gente te demuestre quién es en realidad.

—¿Es eso lo que estás haciendo conmigo? ¿Observar y esperar?

Su mirada baja a mi boca durante medio segundo antes de volver a subir. —Haces muchas preguntas.

—Quiero conocerte.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Me refería a la familia. Me refería a todos ellos, a los Sartori como unidad, a este mundo extraño en el que he tropezado.

Pero los ojos de Nico se oscurecen, y me doy cuenta de que él ha oído algo distinto.

Quiero conocerte.

A él. Específicamente.

Y quizá... quizá eso era lo que quería decir después de todo.

—Kristen. —Su voz es una advertencia. Baja, ronca y provocando cosas en mi sistema nervioso que deberían ser ilegales.

—Nico. —Le devuelvo el tono, levantando la barbilla—. ¿Qué?

Se acerca más. El espacio entre nosotros se reduce a centímetros. Puedo ver la sombra de la barba a lo largo de su mandíbula, la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos aprietan sus muslos como si se estuviera conteniendo físicamente.

—La gente de mi mundo no juega. Si sigues provocándome, haciéndote la valiente cuando ambos sabemos que eres como una gatita, habrá consecuencias.

Consecuencias.

La palabra debería aterrorizarme. Este hombre es un criminal. Probablemente conoce diecisiete formas de matar a alguien con sus propias manos.

Pero en lugar de miedo, algo más burbujea en mi pecho.

Risa.

Me muerdo el labio para contenerla, pero, a pesar de todo, se me escapa un pequeño sonido. Los ojos de Nico se entrecierran.

—¿Te hace gracia algo?

—Tú. —Sacudo la cabeza, incapaz de detener la sonrisa que se extiende por mi rostro—. Dios, de verdad crees que eso funciona, ¿verdad?

Se le tensa la mandíbula. —¿El qué?

—Toda esa... —Hago un gesto vago hacia él. Hacia todo él. La mirada intensa, la voz baja, el invadir mi espacio como si fuera suyo —. Esto. El numerito de «soy peligroso, no me busques». ¿Suele hacer eso que las mujeres se desmayen? ¿Que caigan rendidas a tus pies?

Me mira como si nadie le hubiera plantado cara nunca.

Probablemente nadie lo ha hecho.

—Hablo en serio, Kristen.

—Ah, ya sé que hablas en serio —replico, mientras encojo las piernas y me hundo más en los cojines del sofá—. Eso es lo que lo hace tan entretenido. Te comportas como el capitán del equipo de fútbol del instituto, que se cree que puede chasquear los dedos y tener a la chica que quiera.

Se le dilatan las aletas de la nariz. —Yo no soy...

—Lo eres totalmente. —Estoy sonriendo ahora, de forma plena y genuina, y no recuerdo la última vez que sonreí sin forzarlo—. ¿Qué

es lo siguiente? ¿Vas a decirme que no eres como los demás chicos? ¿Que debería tener cuidado porque eres una mala influencia?

Nico me mira como si estuviera hablando un idioma que no entiende.

Y sinceramente, mejor.

Porque Jack pasó años haciéndome sentir pequeña. Haciéndome creer que yo era demasiado y que no era suficiente, todo al mismo tiempo. Demasiado gritona, demasiado criticona, demasiado gorda, demasiado fea, demasiado todo lo que no fuera exactamente lo que él quería.

¿Esto? ¿Ver a Nico Sartori titubear porque no estoy reaccionando como él esperaba?

Esto se siente increíble.

—Deberías tenerme miedo. —Su voz es más bronca ahora. Menos controlada.

—Tal vez. —Me encojo de hombros—. Pero no lo tengo.

—¿Por qué?

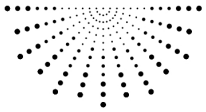
Considero mentir. Salir del paso con otra broma. Pero Nico me observa con esos ojos oscuros, y de repente la alegría se drena, dejando algo más honesto en su lugar.

—Porque has tenido todas las oportunidades para hacerme daño, y no lo has hecho. —Le sostengo la mirada con firmeza—. En lugar de eso, todo lo que has hecho es ayudarme.

Nico traga saliva.

—La gente peligrosa no me asusta, Nico. Viví con una persona así durante cinco años. —No me tiembla la voz, y me siento orgullosa de ello—. Conozco la diferencia entre alguien que puede hacerme daño y alguien que lo hará. Tú eres de los primeros.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



Nico

No me tiene miedo.

Debería tenérmelo. Le he dado todos los motivos del mundo.

—Te equivocas conmigo —las palabras salen de mi garganta con un rascado antes de que pueda detenerlas.

Kristen inclina la cabeza, con esos ojos de color azul grisáceo estudiándome de la misma forma en que yo la he estado estudiando a ella durante semanas—. ¿Ah, sí?

—No soy seguro, Kristen. Ni para ti, ni para nadie.

—Yo no he dicho que fueras seguro —cierra el libro de texto y lo deja a un lado—. He dicho que no me harías daño.

La distinción no debería importar. Pero importa.

—No puedo dejar de pensar en ti —la confesión se siente como si me estuviera desangrando—. Lo he intentado. He hecho los números, he calculado cada razón por la que esto es una idea catastrófica. Estás aquí de paso. Tienes una hija. Tienes una deuda con mi familia. Deberías odiarme.

Se le corta la respiración—. No te odio.

—Llevas días evitando mirarme.

Intenta articular palabra y luego se detiene. Niega con la cabeza —. Eso no importa.

—Importa.

—Nico...

—Dilo.

La orden sale más brusca de lo que pretendo. Los ojos de Kristen se agrandan, pero no se amilana. No aparta la mirada. En su lugar, levanta la barbilla con ese aire desafiante que hace que me hierva la sangre.

—Cada vez que entras en una habitación —dice lentamente—, olvido que desearte es probablemente la mayor estupidez que he hecho nunca, y he tomado muchas decisiones estúpidas.

No debería hacer esto.

No debería acercarme. No debería levantar la mano para acunar su mandíbula, ni rozar su pómulo con el pulgar. No debería observar cómo sus pupilas se dilatan, cómo sus labios se entreabren.

Acorto la distancia.

Sus labios son suaves. Más suaves de lo que imaginaba, y lo he imaginado más veces de las que debería. El beso empieza con suavidad, pero en el momento en que suspira contra mi boca, algo se quiebra.

Me aparto lo justo para verle la cara. Aún tiene los ojos cerrados, con las pestañas desplegadas sobre las mejillas. Me duelen los labios por haberla perdido.

Así que vuelvo a besarla.

Esta vez no me contengo. Deslizo la mano por su pelo, inclinando su cabeza para profundizar el ángulo. Ella gime y yo me pongo duro muy rápido.

Sus dedos se curvan en mi camisa, atrayéndome más hacia ella, y yo se lo permito. Le permitiría hacer cualquier cosa ahora mismo.

Entonces ella se queda gélida.

Kristen se aparta, con la respiración entrecortada—. Lo siento.

Las palabras no me cuadran—. ¿Qué?

—Eso ha sido... No debería haber... —Está nerviosa ahora, levantándose tan rápido que casi tropieza con el libro de medicina—. Te he provocado. Ha sido totalmente poco profesional. Eres mi jefe y vivo en tu casa y yo simplemente...

—Kristen.

—... lo he complicado todo cuando ya has hecho tanto por mí y por Lily, y por esto exactamente no debería beber, incluso una sola copa me vuelve estúpida y...

—Kristen.

Se detiene. Me mira con esos grandes ojos azul grisáceo, levantando ya sus muros. Convenciéndose ya a sí misma de lo que acaba de pasar.

Alargo la mano y la cojo de la muñeca. Con un suave tirón, cae; sobre mi regazo, con los muslos a horcajadas sobre mis caderas y las manos apoyadas en mi pecho para mantener el equilibrio.

—¿Qué haces? —susurra ella.

—No me has provocado —le sostengo la mirada—. No podrías haberme provocado a hacer algo que ya no deseara.

—Pero...

—Te he besado porque llevo días muriéndome por hacerlo.

Su pulso martillea contra mis dedos donde sigo sujetándole la muñeca.

—Esto es una idea pésima —susurra.

—Lo sé.

—Eres mi jefe.

—Lo sé.

—Tu familia es...

—Sé lo que es mi familia —le suelto la muñeca, pero solo para poder posar ambas manos en sus caderas. Ella no se aparta—. Sé perfectamente lo que soy yo. Y te lo digo igualmente. Te deseo.

Los ojos de Kristen brillan. Por un momento terrible, me parece que va a llorar.

En lugar de eso, se inclina y me besa.

Su boca se mueve contra la mía como si estuviera hambrienta de esto. De mí. El pensamiento envía el calor directo a mi entrepierna.

Le aprieto más las caderas, pegándola a mí para que pueda sentir exactamente lo que está haciendo. Kristen exhala un ahogo durante el beso y yo me trago el sonido. Mis dedos se clavan en la carne suave de su cintura a través de la fina tela de su camiseta.

Mía.

La palabra resuena en mi cráneo como un disparo.

—¿Mami?

Kristen salta de mi regazo tan rápido que casi se lleva por delante la mesa de centro. Reprimo un gemido cuando el aire frío sustituye su calor.

Lily está en el umbral. Parpadea con sueño hacia nosotros.

—Cariño, ¿qué haces levantada? —la voz de Kristen suena tres octavas más alta de lo normal. Se alisa el pelo con manos temblorosas—. Deberías estar durmiendo.

—He tenido una pesadilla —la mirada de Lily se desvía hacia mí y vuelve a su madre—. ¿Qué estabais haciendo?

Observo la cara de Kristen pasar por aproximadamente doce estados de pánico en dos segundos exactos.

—Estaba... estábamos... —me señala vagamente—. El señor Nico no se encontraba bien.

—Parece que está bien.

—No lo está. Está muy malito. Lo estaba examinando.

Lily frunce el ceño—. ¿Como cuando el doctor Patterson me examina a mí?

—Exactamente igual —Kristen asiente con tanta fuerza que me preocupa que se rompa el cuello—. Le estaba haciendo un chequeo. Porque eso es lo que haces cuando alguien no se encuentra bien. Lo examinas. Para ver qué le pasa. Que es lo que yo estaba haciendo. Examinar.

Sigue hablando. Las palabras salen cada vez más rápido, una sarta de tonterías que resultaría divertidísima si yo no estuviera ahora mismo tan duro como para clavar clavos.

—... ¿y sabes que leo esos libros de medicina? Bueno, eso es básicamente como ser médico, solo que no oficialmente, pero el caso es que solo estaba comprobando que estuviera bien porque ha dicho que... que le dolía el pecho...

—El pecho —confirmo, porque verla perder el control es condenadamente entretenido.

Kristen me lanza una mirada que promete un asesinato.

Lily se limita a mirar a su madre con esa aceptación en blanco que solo un niño de cuatro años puede lograr. No le importa la

explicación. No entiende que hace dos minutos su madre estaba restregándose contra mi regazo como si le fuera la vida en ello.

Gracias a Dios por las pequeñas bendiciones.

—¿Ya has terminado de examinarlo? —pregunta Lily, arrastrando ya los pies hacia Kristen—. Las sombras daban miedo y quiero volver a dormir.

Toda la actitud de Kristen cambia. El pánico se desvanece, reemplazado por la preocupación. Se arrodilla y estrecha a Lily entre sus brazos.

—Por supuesto, cielo. Las sombras no pueden pillarte cuando mami está aquí.

Lily se acurruca contra el cuello de su madre—. ¿Se va a poner bien el señor Nico?

—Estará bien —Kristen se levanta, subiendo a Lily a su cadera.

Kristen por fin me sostiene la mirada por encima de la cabeza de Lily. Todavía tiene las mejillas sonrojadas y los labios hinchados por mi boca. Tiene un aspecto desastroso de la mejor manera posible.

—Buenas noches —dice. La palabra conlleva mil cosas que no puede decir delante de su hija.

Esto ha sido un error.

No podemos volver a hacer esto.

Quiero volver a hacerlo.

—Buenas noches —mantengo la voz uniforme. Controlada. Como si no me estuviera muriendo por arrastrarla de nuevo a este sofá y terminar lo que empezamos.

Kristen se da la vuelta y camina hacia el pasillo. Lily me despide con la mano sobre el hombro de su madre, con Sir Floppington colgando lánguidamente de su mano.

—Buenas noches, señor Nico. Que se mejore.

—Gracias, Lily.

Entonces desaparecen. Engullidas por las sombras del pasillo.

Me quedo sentado allí un buen rato, mirando la puerta vacía. Mi miembro palpita contra la cremallera. Mi piel arde allí donde Kristen me ha tocado.

Joder.

Me paso una mano por la cara y me reclino contra los cojines del sofá.



Kristen

El beso se reproduce en bucle en mi cabeza como un disco rayado que no puedo detener.

El desayuno del lunes por la mañana va y viene. Lily parlotea sobre las tortitas que he hecho, con forma de conejito porque, por supuesto, así son. Nora se ríe de algo que dice Vittoria. Sophia apenas prueba la comida, todavía preocupada por el hecho de que Lorenzo esté en Sicilia.

Sonrío. Asiento. Sirvo zumo de naranja.

¿Pero mi cerebro? Mi cerebro sigue estancado en la noche anterior. En las manos de Nico en mi pelo. En su boca exigiendo todo lo que yo tenía para dar.

Céntrate, Kristen.

Su silla en la mesa está vacía.

Giulia me dijo que Nico desaparece a veces. Que trabaja toda la noche. Que se olvida de que la comida existe. —Lleva siendo así desde que era niño —dijo, sacudiendo la cabeza con una cariñosa exasperación—. La mente de ese no para nunca.

Así que no sé si me está evitando o si simplemente es él mismo.

No sé si significó algo o si solo fue... un momento. Un error. Algo que ambos fingiremos que nunca ocurrió.

Después del desayuno, encuentro a Maria en el cuarto de la colada. Está separando la ropa oscura de la clara, tarareando algo en italiano en voz baja.

—Hay que cambiar las sábanas de invitados en el ala este —le digo, consultando la tableta que Giulia me dejó—. Y Vittoria quiere que recojan sus prendas de la tintorería antes del mediodía.

—Sì, sì —Maria hace un gesto de desdén con la mano—. Conozco el horario de la señorita Vittoria mejor que ella misma.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo.

Lo saco esperando un mensaje de mi madre —no hemos hablado desde que me vendió a Jack—, pero es una llamada. De un número que reconozco.

Mi abogada.

—Perdona —le murmuro a Maria, saliendo al pasillo.

—¿Señorita Thomas? —La voz de Patricia Chen es cautelosa. Es el tono que usa cuando va a dar malas noticias.

Se me encoge el estómago.

—¿Qué ha pasado?

—Jack ha solicitado la custodia exclusiva esta mañana. Su abogado presentó la moción a las nueve.

Las palabras no tienen sentido. Rebotan en mi cráneo como calderilla suelta, negándose a cobrar significado.

—Lo siento, ¿qué?

—La custodia exclusiva de Lily. Su escrito alega que has demostrado un comportamiento inestable y que actualmente estás empleada por individuos con presuntos vínculos criminales.

Suelto una carcajada. Suena desquiciado incluso para mis propios oídos.

—Él... —apoyo la mano libre contra la pared, necesitando algo sólido. Le informé a ella sobre la situación porque, ¿qué otra opción tenía? Pero no puedo creer que esto esté pasando de verdad. Me robó cien mil dólares. Pidió un préstamo a mi nombre a la mafia rusa. ¿Y me llama inestable a mí?

—Entiendo su frustración...

—No. —Se me quiebra la voz—. No, no lo entiende. Se mudó a Nueva York con su amante. No ha pagado ni un céntimo de la pensión alimenticia en ocho meses. ¿Y ahora quiere quitarme a mi hija?

Silencio al otro lado.

—Señorita Thomas, necesito que mantenga la calma.

—¿Que mantenga la calma? No estoy tranquila. Estoy en el polo opuesto a la calma. Soy una bomba con el temporizador llegando a

cero.

—Tenemos opciones —dice Patricia con firmeza—. Su responsabilidad penal con el fraude del préstamo podría jugar a nuestro favor. Si podemos demostrar abuso financiero...

—¿Demostrarlo ante quién? Es encantador. Es tan encantador. Todo el mundo le cree. Mi propia madre le cree a él antes que a mí.

—El tribunal examina patrones, señorita Thomas. Documentación. Pruebas.

Pruebas.

Tengo pruebas. Los Sartori tienen pruebas. Nico dijo que rastrearon cada pago que Jack interceptó.

Pero usarlas significa admitir que trabajo para la mafia. Significa confirmar las acusaciones de Jack.

Inestable. Trabaja para gente peligrosa.

Apoyo la frente en las rodillas e intento respirar.

—¿Qué hago? —Mi voz suena pequeña. Derrotada. Exactamente como juré que no volvería a sonar nunca más.

—Presentaremos una respuesta. Solicitaremos una exhibición de pruebas de sus registros financieros. Y documentaremos todo sobre su situación actual que demuestre estabilidad y cuidado para Lily.

Mi situación actual.

Vivo en un complejo de la mafia porque mi ex puso una deuda de la mafia rusa a mi nombre y ellos saben dónde está mi apartamento.

¿Cómo documento eso exactamente?

—La llamaré mañana con los siguientes pasos —dice Patricia—. Intente descansar.

Cuelga.

No me muevo. No puedo.

El suelo de mármol me cala el frío a través de los pantalones de trabajo. En algún lugar de la casa, una aspiradora empieza a zumbar. Sonidos normales. Un día normal.

Excepto que nada es normal.

Jack ha solicitado la custodia.

Las lágrimas brotan calientes y rápidas. Las odio. Odio que todavía pueda hacerme llorar. Odio que, después de todo, siga

teniendo poder sobre mí.

Espera.

¿Cómo sabe Jack siquiera dónde trabajo?

Presuntos vínculos criminales.

Eso es específico. No es una suposición.

Me tiemblan las manos mientras busco el contacto de mi madre. La traición quema, reciente y viva; una herida que no dejo de reabrir.

Responde al segundo tono. —Kristen, cariño, estaba pensando en...

—¿Cómo sabe Jack dónde trabajo?

Silencio.

—Mamá.

—No sé... ¿a qué te refieres?

—Ha solicitado la custodia. —Se me quiebra la voz al decir la palabra—. Su abogado alega que trabajo para criminales. ¿Cómo lo sabe?

Más silencio. Del tipo que delata.

—Pensé que... —Su voz se vuelve pequeña. Culpable—. Dijo que quería recogerte del trabajo. Intentar arreglar las cosas entre vosotros dos. Pensé que si veía lo bien que te iba...

—Se lo dijiste tú. —No es una pregunta. Es una sentencia de muerte—. Le diste la información de mis empleadores.

—Es el padre de Lily, Kristen. Tiene derecho a...

—¿Tiene derecho? —Vuelvo a reír. Ese sonido desquiciado que me asusta—. Me robó cien mil dólares, mamá. Pidió un préstamo a mi nombre a gente peligrosa. Y tú le has entregado munición para quitarme a mi hija.

—Eso no puede ser verdad. Jack no haría...

—Jack lo hizo. —Apoyo la palma de la mano contra la pared. Me duele el pecho. Me duele todo—. ¿El dinero que le he estado enviando? ¿Para los pagos de la cirugía? Se lo quedó. Hasta el último dólar. La deuda sigue ahí. Ahora es mayor. Y él lo sabía. Sabía lo que me estaba haciendo.

El silencio se alarga. Oigo cómo cambia su respiración. Procesando.

—Kristen, yo... no lo sabía.

—Nunca lo sabes. —Las lágrimas me nublan la vista—. Nunca ves lo que es en realidad porque sonríe y dice las palabras adecuadas. Pero necesito que lo veas ahora, mamá. Por una puta vez en mi vida, necesito que estés de mi parte.

Ella emite un pequeño sonido. Herido. —Siempre estoy de tu parte.

—No. —La palabra me sabe amarga—. Estás de parte del hombre con el que desearías que me hubiera casado. La versión de Jack que no existe. Pero no puedo seguir luchando contra él y contra ti al mismo tiempo. No puedo más.

—Lo siento. —Se le quiebra la voz—. Kristen, pequeña, lo siento mucho. Pensé que estaba ayudando. Pensé que si pudierais hablar...

—Él no quiere hablar. Quiere ganar.

Sé que no me odia. Eso es lo peor. Realmente creía que estaba haciendo lo correcto. Ejerciendo de alcahueta. Arreglando cosas. Haciendo de mediadora porque es lo que hacen las madres.

Pero sus buenas intenciones podrían costarme a mi hija.

—Tengo que irme —susurro.

—Kristen, por favor...

Cuelgo.

El teléfono se me resbala de entre los dedos. Golpea el suelo de mármol. El sonido resuena por el pasillo vacío como un disparo.

Tengo que ir a mi habitación.

Es el único pensamiento coherente que me queda. Todo lo demás es estática. Ruido blanco. El rugido del pánico ahogando cualquier pensamiento racional.

Mis piernas se mueven. Un pie delante del otro. Paso el salón formal. Paso el despacho donde Pietro trabaja a veces. Subo la majestuosa escalera que hace dos semanas me pareció de cuento de hadas y ahora me parece una prisión.

Jack ha solicitado la custodia.

Mi madre le dijo dónde trabajo.

Los Sartori son criminales.

Besé a Nico anoche.

Las piezas dan vueltas en mi cabeza, con bordes afilados y cortantes. A cada paso, otra de ellas rebana mi entereza.

Comportamiento inestable.

Quizá Jack tenga razón. Quizá soy inestable. ¿Qué persona estable se besuquea con un mafioso mientras su hija duerme al final del pasillo? ¿Qué persona estable acepta un trabajo con criminales porque está demasiado desesperada para hacer preguntas?

Vínculos criminales.

Me quitarán a Lily. Se la darán a Jack porque lleva trajes caros y sabe encandilar a los jueces. Porque se presentará con su pelo perfecto y su remordimiento ensayado y todo el mundo le creerá.

Todo el mundo siempre le cree a él.

Llego a mi puerta. La empujo para abrirla. Doy tres pasos dentro antes de que las rodillas me fallen.

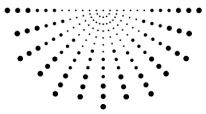
La alfombra amortigua mi caída. Fibras caras contra mi mejilla. Me acurruco sobre mí misma, con los brazos rodeándome el estómago como si pudiera mantener las piezas unidas por pura fuerza.

Pero no puedo.

Me estoy rompiendo.

Y esta vez, no sé cómo volver a recomponerme.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



Nico

Las imágenes de vigilancia se reproducen en bucle en tres monitores del despacho de Pietro. Tienen grano, pero se ven lo bastante nítidas. Dos hombres en un sedán negro, aparcados frente a la puerta este del recinto durante las últimas seis horas. Se turnan. Toman fotos. Hacen llamadas.

Rusos.

—La han encontrado. —Deslizo la tableta hacia Pietro, con la mandíbula tan tensa que me rechinan los dientes—. La gente de Baganov. Llevan vigilando desde ayer por la mañana.

Pietro se echa hacia atrás en su silla, con los dedos entrelazados bajo la barbilla. La luz de la mañana resalta las canas de sus sienes; hay más que hace seis meses. —¿Cómo?

—¿A ojo de buen cubero? Jack Walker. —Abro el segundo archivo —. Probablemente estén buscando una oportunidad.

—¿Qué clase de oportunidad?

—¿Una ama de llaves que nunca ha hecho ni un solo pago de pronto trabaja para nosotros? ¿Y de alguna manera la deuda se salda a través de sociedades pantalla que no pueden rastrear?

Pietro entrecierra los ojos. —Tú hiciste el pago.

—Sí. De forma anónima. Con múltiples capas.

—Está claro que no han sido capas suficientes. —Se levanta y se dirige a la ventana que da al terreno. Desde aquí se ve la puerta este. El sedán sigue allí—. Creen que ella está relacionada. Que la estamos utilizando, o que nos está pasando información.

—O ambas cosas.

—Lo que significa que o planean secuestrarla para usarla como moneda de cambio, o...

—... usar a Jack para entrar. —Termino la frase, con el estómago revuelto por algo más oscuro que el whisky—. Está desesperado. Les debe un dinero que no tiene. ¿Le ofrecen saldar su deuda a cambio de información sobre nuestra operación?

—Aceptaría.

—Sin dudarlo ni un segundo.

El silencio se instala entre nosotros. Esa clase de silencio que precede a las malas decisiones y a resultados aún peores.

—¿Seguridad? —pregunta Pietro.

—Ya la he reforzado. He duplicado la rotación en la puerta y he añadido a dos hombres a la patrulla nocturna. Vittoria está supervisando todas las señales externas de forma remota. —Hago una pausa—. Kristen no lo sabe.

Pietro se gira para mirarme. —¿Por qué no?

—Porque huirá. —Las palabras me dejan un sabor amargo—. Cogera a Lily y saldrá corriendo, pensando que nos protege a nosotros y a Lily al marcharse. Y en el instante en que ponga un pie fuera de esta propiedad...

—Se la llevarán.

—O algo peor.

Pietro me estudia durante un largo rato. Demasiado. Conozco esa mirada. No solo está viendo el problema táctico. Me está viendo a mí.

—Te importa.

No es una pregunta.

—Podemos confiar en ella.

—No es eso lo que te he preguntado.

No respondo. No puedo. Porque la verdad pesa en mi pecho como un arma cargada, y he pasado treinta años aprendiendo a no

apretar ese gatillo.

—Nico. —La voz de Pietro se suaviza, algo tan raro que me obliga a levantar la vista—. El amor no es siempre un lastre.

—En nuestro mundo lo es.

—Nora no lo es.

—Nora es diferente. Creció en esta vida. Conoce las reglas, los riesgos. —Señalo los monitores—. Kristen es una civil. Una madre. No debería estar ni cerca de todo esto.

—Y, sin embargo, aquí está.

—Porque yo la traje aquí. —La confesión escuece—. Porque no podía dejarla sola en ese apartamento esperando a que la Bratva viniera a cobrar la deuda.

Pietro se cruza de brazos. —¿Cuál es el plan entonces?

He estado analizando escenarios toda la noche. Ninguno acaba bien.

—La mantenemos confinada. Nadie sale del recinto hasta que esto se resuelva. Liam se queda con Lily en todo momento. Yo me encargo de Jack personalmente.

—¿Cómo te encargarás?

—Primero, información. Averiguar exactamente qué les ha dicho, qué les ha prometido. —Me crujo los nudillos, un viejo hábito, una mala señal—. Luego decidiremos si es útil o un estorbo.

—¿Y si es un estorbo?

Miro a mi hermano a los ojos. —Entonces desaparecerá.

Pietro asiente despacio. —Los Baganov no se detendrán con la vigilancia. Están probando nuestra respuesta, buscando debilidades.

—Lo sé.

—Si creen que Kristen es valiosa para nosotros, la utilizarán. La amenazarán. Se la llevarán.

—Lo sé.



Encuentro a Vittoria en el vestíbulo, poniéndose una chaqueta como si de verdad fuera a alguna parte. Tiene el móvil en una mano, las llaves en la otra, y esa expresión en la cara. La que dice que se está preparando para que alguien la detenga.

Ese alguien voy a ser yo.

—¿Adónde vas?

Ni siquiera levanta la vista. —Fuera.

—¿Fuera adónde?

—A ver a unos amigos. —Por fin me mira a los ojos, con una sonrisa tan afilada que podría cortar cristal—. ¿Te acuerdas de lo que es eso, verdad? ¿Gente con la que pasas tiempo voluntariamente? ¿Tener conversaciones que no tengan que ver con manifiestos de carga o imágenes de vigilancia?

Esta chica... Siempre intentando hacerme la vida más difícil de lo necesario.

—¿Qué amigos?

—De los que no me interrogan antes de salir de casa. —Sube la cremallera de su chaqueta con más fuerza de la cuenta—. Relájate, Nico. Me llevo a Marco. No tengo pensado dejar que me secuestren ni empezar una guerra con una familia rival.

Quiero presionar. Quiero nombres, lugares, horas estimadas de regreso. Pero algo me detiene.

Vittoria no ha salido en meses. Me refiero a salir de paseo con amigos. No desde la muerte de Riccardo. Antes siempre estaba de un lado para otro. Almuerzos, eventos benéficos, citas para tomar café con personas cuyos nombres nunca me molesté en aprender. Ahora deambula por el recinto como un fantasma, escondiéndose tras sus pantallas y su sarcasmo.

Verla salir de verdad es...

Inesperado.

—Está bien —digo, y la palabra me raspa la garganta—. Envíame un mensaje cuando llegues.

Ella arquea las cejas. —¿Acabas de...?

—No hagas que me arrepienta.

Se ríe y, por un segundo, vuelve a parecer ella misma. La hermana que recuerdo de antes de que todo se fuera a la mierda. —

Oído cocina. No quemes la casa mientras no estoy.

Está a mitad de camino hacia la puerta cuando la llamo. —¿Dónde está Kristen?

—No lo sé. ¿Has probado en su habitación?

Se marcha antes de que pueda responder.

Su habitación.

No he visto a Kristen desde anoche. Desde que la tuve en mi regazo en aquel sofà, con su boca suave y hambrienta contra la mía.

No he dejado de pensar en ello desde entonces.

Ese es el problema.

Kristen.

Besarla fue...

No tengo palabras para describir lo que fue.

Solo sé que quiero hacerlo de nuevo.

Mis pies me llevan hacia su habitación antes de que tome la decisión consciente de moverme. El recinto está tranquilo. Lily probablemente esté con Sophia. El personal sabe que debe mantenerse fuera de mi camino. No hay nada que me impida llamar a su puerta y ver si el calor de anoche todavía arde en sus ojos.

Su puerta está cerrada. Levanto la mano para llamar, pero me detengo.

Voces. Desde dentro.

No, una voz. La de Kristen. Está hablando por teléfono.

No debería escuchar. Es una violación de la confianza provisional que hemos construido.

Pero soy Nico Sartori.

Yo siempre escucho.

—... me da igual lo que creas que te corresponde —está diciendo Kristen, con la voz tensa por una furia apenas contenida—. Perdiste el derecho a exigir nada cuando tú...

Una pausa. La están interrumpiendo.

—No. No, Jack. No voy a volver a pasar por esto contigo.

Jack.

Está hablando con él.

—No me importa si la echas de menos. Tuviste tres meses para verla y preferiste quedarte con tu novia en Nueva York. Eso no es

culpa mía...

Otra pausa. Su voz titubea y luego se endurece.

—No te atrevas a amenazarme. No soy la misma mujer con la que te casaste, Jack. Ya no te tengo miedo.

Tengo la mano en el pomo de la puerta antes de darme cuenta de que me he movido.

No lo giro.

Porque una sensación asquerosa se extiende por mi pecho, algo que se siente como celos mezclados con dudas.

Nunca consideré esto.

Rastreé sus finanzas, su historial laboral, sus informes médicos. Sabía lo de la deuda, la batalla por la custodia, los años de manipulación. Catalogué cada moratón, cada respingo, cada forma en que ese cabrón la hundió.

Pero nunca hice la pregunta más importante.

¿Todavía le quiere?

Se quedó con él durante años. La gente no se queda tanto tiempo a menos que algo los mantenga atados. A menos que una parte de ellos todavía crea en la persona con la que se casaron.

Tal vez no esté hablando con Jack porque le odie.

Tal vez esté hablando con él porque no puede dejarle marchar.

La idea hace que me den ganas de atravesar la pared de un puñetazo.

He visto a hombres de mi mundo destruirse a sí mismos por mujeres que no podían elegirles. Soldados que comprometieron operaciones porque sus novias seguían enviándose mensajes con sus ex. Hombres de honor que se convirtieron en informadores porque las mujeres que amaban volvieron con los hombres que les hicieron daño.

Juré que nunca sería tan patético.

Pero aquí estoy, de pie ante la puerta de una mujer con la mandíbula tan apretada que me duelen las muelas, escuchándola pronunciar el nombre de otro hombre mientras imagino todas las formas en las que quiero matarlo.

Esto es exactamente lo que temías.

Por esto es por lo que no dejas entrar a nadie.



Kristen

La audacia de este hombre.

La voz de Jack se desliza por el teléfono como veneno, haciendo preguntas que no tiene derecho a hacer. —¿Cómo has conseguido siquiera un trabajo ahí, Kristen? ¿Te has acostado con alguien? ¿Esa es tu nueva táctica ahora?

Aprieto los dedos alrededor del móvil. La antigua Kristen habría tartamudeado. Habría pedido perdón. Se habría encogido.

Aquella Kristen murió en algún momento entre el tercer pago del préstamo que robó Jack y el instante en que vi cómo se iluminaba la cara de mi hija en este complejo.

—Vete a la mierda, Jack.

La puerta se abre de par en par.

Me giro, con el teléfono aún pegado a la oreja, y allí está Nico. Con sus ojos oscuros echando chispas y la mandíbula esculpida en granito. Lo ha oído. Por supuesto que lo ha oído.

—Tengo que colgar —digo al teléfono, pero Jack sigue hablando, sigue exigiendo, sigue siendo Jack...

Cuelgo.

Nico entra en la habitación. La puerta se cierra tras él con un clic que suena a final definitivo.

Retrocedo por instinto. Un paso. Dos. Mis pantorrillas golpean el armazón de la cama y pierdo el equilibrio, cayendo de espaldas sobre el colchón. Antes de que pueda incorporarme, Nico ya está ahí, con las manos apoyadas a ambos lados de mi cabeza y su cuerpo cerniéndose sobre el mío.

Oh.

Su colonia me envuelve. Su aliento es cálido contra mi rostro y sus ojos, Dios, sus ojos me escudriñan como si intentara abrirme el cráneo y leerme los pensamientos directamente.

—¿Todavía le quieres?

La pregunta me golpea como una bofetada.

—¿Qué?

—A Jack —la voz de Nico es grave—. ¿Todavía le quieres?

Le miro, genuinamente confundida. ¿Por qué iba a... por qué le importa...?

—Respóndeme, Kristen.

Su tono no admite discusión. Este es el Nico que da órdenes y espera que se cumplan. El Nico que probablemente hace que hombres hechos y derechos se orinen de miedo.

Pero yo no le tengo miedo. Estoy confundida. Y quizá un poco cabreada.

—¿Por qué me preguntas esto?

—Porque necesito saberlo.

—¿Por qué?

Tensa la mandíbula. Un músculo late bajo su piel. —Porque te he oído al teléfono con él. Porque estuviste casada con él. Porque... — Se detiene. Traga saliva. Como si las palabras le dolieran físicamente.

Y entonces lo comprendo.

Nico Sartori tiene celos.

La revelación me recorre como un trueno. Este hombre tiene celos. De Jack. Por mi culpa.

—No puedes hablar en serio —susurro.

—¿Tengo cara de estar bromeando?

No la tiene. Parece que apenas puede contenerse. Como si algo en su interior se estuviera agrietando y estuviera furioso por ello.

—Nico, yo... —me río, pero me sale una risa rota—. No soy nadie. Soy tu ama de llaves. Soy una madre soltera con una montaña de deudas y un ex que no deja de llamar. No soy alguien de quien debas tener celos.

Su expresión cambia.

—No puedes decir eso en serio —dice en voz baja.

—Lo digo.

—No —se inclina más. Su nariz casi roza la mía—. Eres sexy.

Se me corta la respiración.

—Eres lista.

Para.

—Eres cariñosa.

Por favor.

—Eres dulce.

Cada palabra cae como un golpe. No porque duelan, sino porque no las creo. No puedo creerlas. Jack siempre decía lo contrario. Eres demasiado gorda, demasiado tonta, demasiado aburrida, exagerada, insuficiente.

Aquellas palabras grabaron surcos en mi cerebro. Son los raíles por los que circulan ahora mis pensamientos.

Y aquí está Nico, intentando poner raíles nuevos, y no sé cómo permitírselo.

—Respóndeme —exige—. ¿Le quieres?

—No es asunto tuyo.

Respuesta equivocada.

Su boca se estrella contra la mía.

No hay nada de suave en este beso. Es posesivo. Exigente. Sus labios están duros e insistentes y, cuando jadeo, su lengua entra como si fuera el dueño del lugar. Se me van las manos a su pecho... ¿para apartarlo? ¿Para acercarlo más? Ya no lo sé.

Se me escapa un gemido. Pequeño. Necesitado. Vergonzoso.

Nico gruñe contra mi boca. Gruñe de verdad. Sus manos encuentran mi cintura, me agarran con fuerza y, de repente, me atrae y me empuja al mismo tiempo. Me atrae hacia él. Me empuja contra el colchón. Su cuerpo se presiona contra el mío, todo músculo duro y calor, y siento que me derrito.

Más.

El pensamiento aflora sin permiso. Quiero más. Más de sus manos. Más de su boca. Más de lo que sea esto que me arde en las venas como un incendio forestal.

Pero, ¿más de qué exactamente?

¿Más de que me trate como si importara? ¿Más de que me mire como si fuera algo valioso en lugar de algo roto? ¿Más de sentirme deseada en lugar de tolerada?

Sus labios dejan los míos y recorren mi mandíbula. Mi cuello. Me arqueo hacia él, y se me escapa otro sonido, este más fuerte, más desesperado.

—Dilo —murmura contra mi garganta—. Di que no le quieres.

—No le... —se me quiebra la voz—. No le quiero. Hace años que no le quiero.

Nico se retira lo justo para mirarme a los ojos. Los suyos están oscuros. Hambrientos. Pero también hay algo vulnerable en ellos. Algo que se parece casi al alivio.

—Bien —dice simplemente.

Entonces su boca vuelve a estar sobre la mía y dejo de pensar por completo.

Sus dedos encuentran el dobladillo de mi camiseta.

La tela se levanta. El aire fresco me golpea el abdomen. Y de pronto, no puedo respirar.

Va a verme.

—Para.

La palabra sale estrangulada. Desesperada.

Nico se congela al instante. Sus manos se quedan quietas contra mi piel. Sus ojos escudriñan mi rostro y veo cómo la confusión sustituye al ardor en ellos.

—¿Qué pasa?

Retrocedo a gatas por la cama, bajándome la camiseta. El corazón me late con tanta fuerza que lo siento en la garganta.

—Lily —suelto de golpe—. Podría entrar. Como anoche. Entra sin llamar y...

Nico tensa la mandíbula. Se aparta, dándome espacio, pero sus ojos permanecen clavados en los míos.

—No es eso.

Maldito sea.

—Lo es.

—Mientes —se sienta en el borde de la cama. Ahora su voz es calmada. Controlada—. Dime la verdadera razón.

Me abrazo a mí misma. Un escudo. Patético, pero es todo lo que tengo.

—Es que... no estoy segura de querer acostarme contigo.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros.

—¿Qué cojones significa eso?

—Significa...

—¿Por qué no puedes acostarte conmigo? —se levanta bruscamente. Se pasa una mano por el pelo—. Me has devuelto el beso. Has gemido en mi boca. Así que, ¿qué ha cambiado en los últimos treinta segundos?

Me arde la cara. —Nico...

—Explícamelo. Porque no lo entiendo.

Abro la boca. La cierro.

¿Cómo le digo la verdad? ¿Cómo le explico que rara vez llegaba al orgasmo y que al final dejé de intentarlo? ¿Que el sexo se convirtió en algo que soportaba, no que disfrutaba?

¿Cómo le explico que un hombre como Nico, un hombre que probablemente tiene a mujeres lanzándose a sus pies, mujeres que saben lo que hacen, mujeres que son puro fuego en la cama, se sentiría decepcionado conmigo?

Yo no soy fuego. Apenas soy una chispa.

—No puedo —susurro.

—¿No puedes qué? Explícate.

Nico me mira fijamente. Sus ojos oscuros se clavan en los míos con una intensidad que me hace querer esconderme. Me está leyendo. Puedo sentirlo. Pelando capas que no le he dado permiso para tocar.

Entonces su expresión cambia.

La comprensión asoma a su rostro. Y con ella, algo que se parece aterradoramente a la furia.

—Él te dijo que eras mala en la cama.

No es una pregunta.

Se me cierra la garganta.

—¿A que sí? —la voz de Nico baja de tono. Peligrosa—. Ese pedazo de mierda te dijo que no eras lo bastante buena. —Se detiene. Respira. Sus manos se aprietan en puños a los costados.

—Nico...

—No —se mueve hacia mí. Sin tocarme, pero lo suficientemente cerca como para que tenga que echar la cabeza hacia atrás para

mirarle a los ojos—. Escúchame con mucha atención, Kristen. Lo único que me impide estar ahora mismo metido hasta el fondo dentro de ti es tu hija.

El calor me inunda la cara. El pecho. Más abajo.

—Estás jodidamente buena —continúa, con voz ronca—. Tu cuerpo. Tu cara. Los sonidos que haces cuando te beso. Todo. Y te lo vas a creer pronto, porque te lo voy a demostrar.

No puedo hablar. Apenas puedo pensar.

—Cuando Lily se duerma esta noche —dice despacio, midiendo cada palabra—, vendrás a mi habitación.

—Yo...

—A partir de ahora no vas a dormir en ningún otro sitio.

Abro la boca. La cierro. La abro de nuevo.

—Eso no... no puedes simplemente...

—Puedo —da un paso atrás. Crea una distancia entre nosotros que se siente como una pérdida física—. Y lo haré. A menos que me digas que no. A menos que me mires a los ojos ahora mismo y me digas que no quieres esto.

Debería decir que no.

Esto es una locura.

Es el peor momento posible para empezar algo con alguien, y mucho menos con un hombre que probablemente se gana la vida matando gente.

Pero cuando abro la boca, la palabra no sale.

Porque sí quiero esto. Le quiero a él. A pesar de todo.

—Lo que yo pensaba —dice Nico en voz baja.

Se dirige hacia la puerta. Se detiene con la mano en el pomo.

—Esta noche —repite—. En mi habitación. No me obligues a ir a buscarte.

Y se marcha.

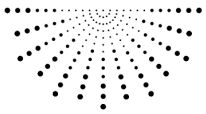
Me desplomo de espaldas sobre la cama, mirando al techo. Aún me hormiguean los labios por su beso. Aún me arde la piel donde me ha tocado.

¿Qué narices estoy haciendo?

No tengo respuesta.

Pero, por primera vez, no tengo miedo de descubrirlo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



Kristen

El pasillo se extiende ante mí como un desafío. Cada crujido de las tablas del suelo suena como un disparo en el silencio.

Esto es una locura. Estás loca. Date la vuelta.

Mis pies siguen moviéndose.

La puerta de Nico se alza ante mí. Madera oscura. Pomo de latón. Una barrera que estoy a punto de aniquilar porque, al parecer, he perdido la cabeza por completo.

Levanto el puño. Lo bajo. Lo vuelvo a levantar.

Me tiembla la mano.

Llamo. Tres golpes rápidos que suenan patéticamente tímidos.

Nada.

Quizá esté dormido.

La puerta se abre de par en par.

Nico está allí de pie con un pantalón de chándal por debajo de la cadera y nada más.

—Ya era hora.

Antes de que pueda responder, su mano sale disparada, agarra mi camiseta y tira de mí.

Tropiezo al cruzar el umbral. La puerta se cierra de golpe tras de mí. Mi espalda choca contra ella un segundo después, su cuerpo

contra el mío, y entonces su boca me alcanza.

Esto no es como el beso en el sofá. Aquello fue una prueba. Una exploración.

Esto es una reclamación.

Su lengua invade mi boca y yo gimo contra él. Un sonido vergonzoso y necesitado que me mortificaría si pudiera pensar con claridad. Pero no puedo pensar. No con sus manos deslizándose por mis costados, agarrándome las caderas, pegándome a él para que pueda sentir exactamente cuánto desea esto.

Cuánto me desea a mí.

—He estado pensando en esto todo el día —gruñe contra mis labios. Sus dedos encuentran el dobladillo de mi rebeca, bajándola por mis hombros—. No podía concentrarme. No podía trabajar. No dejaba de verte debajo de mí.

La rebeca cae al suelo.

Oh, Dios mío.

Entonces sus manos van hacia el jersey que llevo debajo; el algodón fino y desgastado que me he puesto encima porque siempre tengo frío y también porque...

Le agarro las muñecas.

—Ese no.

Se detiene. Inclina la cabeza. —¿Por qué?

Porque debajo está el mapa de todo lo que está mal en mi cuerpo. Porque Jack solía recorrer esas marcas con el dedo y decirme que me hacían parecer «dañada». Porque he pasado cuatro años escondiéndolas bajo la ropa y en la oscuridad.

—Tengo... —Trago saliva con dificultad—. Estrías. De Lily. Están en mi vientre y no son... no son bonitas.

La expresión de Nico no cambia. Ni rastro de lástima. Ni rastro de asco. En todo caso, su mirada se oscurece aún más.

—Déjame verlas.

—Nico...

—Kristen. —Su voz baja de tono, áspera y autoritaria—. Si quieres que te folle, vas a estar desnuda. Toda tú. Sin esconderte.

Me arde la cara. —Eso no es... no puedes simplemente...

—Puedo. —Se inclina, con los labios rozándome la oreja—. Y lo haré. ¿Porque esas marcas? ¿De las que tanto te avergüenzas? —Sus dientes rozan el lóbulo de mi oreja—. Son la prueba de que creaste vida. Son la prueba de que tu cuerpo hizo algo increíble. —Una pausa—. Eso es bastante excitante.

Me río porque esto es absurdo. —Estás loco.

—Probablemente. —Sus manos vuelven a encontrar el dobladillo del jersey—. Ahora, déjame ver.

Esta vez no lo detengo.

El jersey sale por encima de mi cabeza. Mi sujetador le sigue segundos después; lo desabrocha con una mano como si lo hubiera hecho mil veces, y quizá así sea, pero no puedo pensar en eso ahora porque estoy medio desnuda frente a Nico Sartori y sus ojos arden.

—A la cama —ordena—. Ahora.

Mis piernas se mueven sin permiso. Me dejo caer sobre el colchón y él me sigue, atrapándome con sus brazos.

Por un momento, se limita a mirar.

Quiero cubrirme. Quiero acurrucarme en una bola y ocultar las líneas plateadas que recorren la parte inferior de mi vientre, la ligera flacidez que nunca he podido perder, el cuerpo que Jack me hizo odiar.

Pero la mirada de Nico me mantiene clavada en el sitio.

—Preciosa —susurra—. Jodidamente preciosa.

Entonces baja la cabeza.

Espero que vaya a por mis pechos. A por mi cuello. A cualquier parte menos a...

Sus labios se presionan contra mi vientre.

Me sobresalto. —¿Qué estás...?

—Shhh.

Su lengua recorre una de las estrías.

Mi cerebro sufre un cortocircuito.

Besa otra marca. Luego otra. Recorriendo mi vientre como si estuviera memorizando cada línea plateada, cada imperfección que he pasado años escondiendo. Su barba incipiente me raspa la piel, áspera y perfecta, y estoy emitiendo sonidos que nunca antes había

hecho: gemidos y jadeos y algo peligrosamente parecido a un sollozo.

—Nico...

Las lágrimas me escuecen en los ojos. Las contengo furiosamente.

Su boca asciende. Besando. Lamiendo. Saboreando. Hasta que sus labios se cierran alrededor de mi pezón y me arqueo sobre la cama con un jadeo.

—Oh...

Succiona suavemente, luego con más fuerza, mientras su mano sube para envolver mi otro pecho. Los dedos enrollando, pellizcando.

—Más —me oigo suplicar—. Por favor...

Sus dientes rozan mi pezón y me rompo en un millón de pedazos.

Nico ya se está desplazando hacia abajo por mi cuerpo, su boca dejando un rastro de fuego por mis costillas, mi vientre, mis caderas. Sus dedos se enganchan en mi ropa interior y la deslizan por mis piernas en un movimiento fluido.

Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío.

—Nico, no tienes por qué...

Sus hombros se encajan entre mis muslos, abriéndome, y nunca me he sentido más expuesta en toda mi vida.

El aliento de Nico acaricia mi centro.

Entonces su boca desciende.

Mi espalda se arquea despegándose del colchón. Un sonido se escapa de mi garganta cuando su lengua se desliza entre mis labios.

—Joder...

Sus manos me sujetan los muslos, manteniéndome abierta cuando intento cerrarlos. Inmovilizándome para poder devorarme a su antojo.

Y vaya si me devora.

Su lengua rodea mi clítoris. Da toques. Succiona. Vuelve a esas lamidas lentas y tortuosas que hacen que mi visión se nuble. Ahora estoy balbuceando, clavando los dedos en su pelo.

Gruñe contra mí.

—Eso es. —Su voz es áspera, rota—. Tira más fuerte.

Lo hago.

Su lengua se hunde dentro de mí.

El mundo se vuelve blanco.

Me corro con tanta fuerza que todo mi cuerpo se convulsiona. Ola tras ola chocando a través de mí, interminables y abrumadoras, y Nico no se detiene. Me acompaña en el proceso, lamiéndome, extrayendo hasta el último temblor hasta que estoy temblando y jadeando y medio convencida de que he muerto.

¿Cuándo fue la última vez que sentí esto? ¿Cuándo alguien me hizo sentir algo parecido?

Nunca. La respuesta es nunca.

Jack trataba el sexo como una tarea. Algo que yo le debía. Algo que soportar mientras él tomaba lo que quería y me dejaba vacía.

Esto es adoración.

—Más —susurro. La palabra me sorprende—. Quiero más.

Nico levanta la cabeza. Su barbilla brilla. Sus ojos están casi negros de deseo.

—Bien.

Se pone de rodillas.

Ese pantalón de chándal cuelga bajo en sus caderas, revelando la V de músculo que desaparece bajo la cinturilla. Su pecho es un paisaje de planos duros y viejas cicatrices.

Sus manos van a la cinturilla.

Dejo de respirar.

El pantalón cae.

Madre mía.

Nico Sartori es grande. Grueso y duro y tensándose hacia mí. Una vena recorre la parte inferior, y el glande ya está goteando por la punta.

Mis muslos se tensan involuntariamente.

—¿Te gusta lo que ves?

Aparto la mirada de su polla para encontrarlo observándome con esa sonrisa burlona tan exasperante.

—Es... adecuado.

Él se ríe.

—Condón —consigo decir—. Por favor, dime que tienes...

—En la mesita de noche.

Se inclina, abre el cajón de un tirón y saca un paquete de aluminio. Observo cómo lo abre con los dientes y desliza el látex a lo largo de su miembro.

Entonces regresa. Cerniéndose sobre mí. El glande de su polla presionando contra mi entrada.

—Mírame.

Lo hago.

—Si quieres que pare...

—No quiero.

—Kristen...

—No quiero que pares —le agarro la cara, tirando de él hacia abajo hasta que nuestras frentes se tocan—. Te quiero a ti. Todo de ti. Por favor.

Él empuja hacia dentro.

La dilatación escuece. Es más grande que cualquiera con quien haya estado antes —que, vale, solo ha sido Jack, pero aun así— y a mi cuerpo le cuesta hacerme a él. Pero el escozor es bueno. Real. Me mantiene anclada a este momento, a este hombre, a esto tan increíble que está pasando entre nosotros.

—Respira —me susurra contra la sien—. Relájate para mí.

Obligo a mis músculos a relajarse. Él se desliza más profundamente. Centímetro a devastador centímetro hasta estar totalmente dentro, y me siento increíblemente llena.

Ninguno de los dos se mueve.

Su frente cae sobre mi hombro. Su respiración es entrecortada, áspera, como si apenas pudiera contenerse.

—Te sientes... —Traga saliva con dificultad—. Joder, Kristen. Te sientes increíble.

Muevo las caderas para probar. Ambos gemimos.

—Muévete —susurro—. Por favor, muévete.

Lo hace.



Nico

Es perfecta.

He visto mujeres hermosas antes. Muchas. Pero Kristen es tal como deben de ser las diosas. La suave curva de sus caderas. La forma en que su vientre se redondea suavemente sobre esas estrías. Sus pechos, turgentes y naturales, subiendo y bajando con cada respiración agitada.

—Deja de mirar —susurra ella, pero no hay convicción en sus palabras.

—No —vuelvo a embestirla, más fuerte esta vez, y su espalda se arquea separándose del colchón—. Estás jodidamente preciosa, y voy a mirarte mientras te hago pedazos.

Sus mejillas se sonrojan más profundamente.

Me retiro y luego vuelvo a arremeter. Kristen jadea, sus manos vuelan para aferrar las sábanas. Sus pechos botan con la fuerza de la embestida y no puedo apartar la mirada.

—Nico...

—Dime si es demasiado.

—No lo es —su voz suena sin aliento, rota—. No pares.

Así que no lo hago.

Encuentro un ritmo. Cada embestida arranca otro sonido de su garganta. Pequeños gemidos. Jadeos agudos. Mi nombre, roto en sílabas que apenas puede articular.

Su cuerpo es suave donde el mío es duro. Cálido donde yo he estado frío durante años. Acepta todo lo que le doy y no se rompe. No se inmuta. No aparta la mirada.

Me inclino, atrapando su boca. Sus dedos se enredan en mi pelo, acercándome más.

—Más —jadea contra mis labios.

Me salgo por completo.

Sus ojos se abren de golpe. —¿Qué...?

—Levanta las caderas.

Parpadea, confundida, pero hace lo que le pido. Cojo una de las almohadas y la deslizo debajo de ella, inclinando su pelvis hacia arriba.

—Mejor ángulo —explico, acomodándome de nuevo entre sus muslos—. Lo sentirás todo.

Vuelvo a empujar hacia dentro y todo su cuerpo se estremece.

—Oh —sus ojos se agrandan—. Oh, eso es...

—Sí —empiezo a moverme de nuevo, observando su cara. Cada expresión. Cada destello de placer—. Eso es.

El nuevo ángulo lo cambia todo. Más profundo. Más intenso. Puedo sentir cómo se aprieta a mi alrededor con cada estocada, su cuerpo escalando hacia algo que no puede controlar.

Echa la cabeza hacia atrás. Su pecho se agita. Esos hermosos pechos se mueven con cada embestida, y acaricio uno con la palma de la mano, haciendo rodar su pezón entre mis dedos.

—Nico —su voz se vuelve más aguda—. Voy a... no puedo...

—Mírame.

Sus ojos se clavan en los míos.

—No apartes la mirada —le ordeno—. Quiero verte cuando te corras.

Gime, sus paredes se contraen alrededor de mi miembro. Sus manos encuentran mis antebrazos, las uñas clavándose en mi piel. Está cerca. Tan jodidamente cerca.

—Déjate llevar, Kristen —embisto más fuerte. Más rápido—. Córrete para mí.

Se rompe.

Todo su cuerpo se tensa, su coño agarra mi polla con fuerza. Su espalda se arquea separándose del colchón, y observo cada segundo. La forma en que sus labios se parten. La forma en que cierra los ojos a pesar de mi orden. La forma en que su cuerpo tiembla debajo de mí.

La sigo al abismo.

El orgasmo me atraviesa. Me entierro profundamente, derramándome dentro de ella mientras mi propio gemido sale

liberado. Mis brazos tiemblan. Mi visión se nubla. Por un momento, no hay nada más que ella.

Me desplomo hacia delante, apoyándome apenas en los codos antes de aplastarla. Ambos respiramos con dificultad, empapados de sudor, enredados de una forma que no alcanzo a procesar.

—Eso ha sido... —Kristen deja la frase en el aire, con el pecho todavía agitado.

—Sí —apoyo mi frente contra la suya—. Lo ha sido.

La beso de nuevo. Con una dulzura que no sabía que podía tener.

Kristen se mueve debajo de mí, con la piel todavía sonrosada. —Necesito una ducha.

Menos mal.

No lo digo en voz alta, pero el alivio es inmenso. No soporto estar pegajoso después del sexo. Nunca he podido. Es una de esas cosas que me saca de quicio. El sudor. El desorden. La sensación de que todo se seca sobre mi piel.

—Buena idea —salgo de ella lentamente, observando su cara por si muestra alguna señal de molestia. Hace una pequeña mueca y tomo nota de ello. ¿Demasiado brusco? No. Ella pidió más.

Salgo de la cama y me pongo de pie, sin molestarme en cubrirme. Los ojos de Kristen recorren mi cuerpo y dejo que mire. Es justo. Llevo una hora mirándola a ella.

—Nos ducharemos juntos —digo, inclinándome para cogerla en brazos.

Suelta un gritito cuando la levanto y rodea mi cuello con los brazos. —¡Nico! Puedo caminar.

—Lo sé —la llevo hacia el baño de todos modos—. Pero así es más rápido.

—Eres ridículo.

—Y tú estás desnuda en mis brazos. Deja de quejarte.

Ella suelta una risita.

El baño es todo mármol negro y cristal. La dejo sobre el suelo radiante y abro la ducha, regulando la temperatura hasta que empieza a salir vapor. Kristen me observa, con los brazos cruzados sobre el pecho de una forma que responde más al hábito que al pudor.

—Deja de taparte —digo sin mirarla.

—Deja de darme órdenes.

—No.

Resopla, pero baja los brazos. Progresamos.

La guío hacia la ducha. El agua cae en cascada sobre ambos, lo suficientemente caliente como para escocer. Kristen echa la cabeza hacia atrás, dejando que se le empape el pelo, y observo cómo las gotas trazan caminos por su garganta, su clavícula, el valle entre sus pechos.

Céntrate.

Cojo el jabón y empiezo a enjabonarme las manos. —Date la vuelta.

—Sí, señor —las palabras salen en tono de burla, pero algo parpadea en sus ojos. Como si estuviera probando cómo suena.

Mi polla da un respingo. Quieto, muchacho. Acabamos de terminar.

—Cuidado —susurro, acercándome hasta que su espalda queda contra mi pecho—. Sigue llamándome así y esta ducha va a durar mucho más de lo que debería.

Se le corta el aliento. —Quizá esa sea la idea.

—¿Ah, sí? —Paso mis manos enjabonadas por sus hombros, bajando por sus brazos. Lentamente. Deliberadamente—. Porque hace un minuto parecías bastante cansada.

—Lo estaba. Lo estoy —se estremece a pesar del agua caliente —. No juegas limpio.

—Nunca juego limpio —mis manos se deslizan hacia su vientre—. No va con mi naturaleza.

—Qué revelación tan impactante.

Sonrío contra su pelo mojado. —Qué lengua tan larga tienes.

—Te gusta mi boca.

—Me gusta —la giro para que me mire, sosteniendo su mandíbula. El agua corre por nuestras caras—. Me gusta todo de ti, Kristen. Ese es el problema.

Me besa el pulgar.

Después de eso, la lavo bien. Su pelo. Su espalda. Cada centímetro de piel que alcanzo. Ella hace lo mismo conmigo, sus

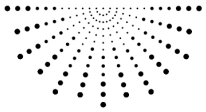
manos pequeñas recorren los músculos que he pasado años formando para la violencia.

Cuando ambos estamos limpios, cierro el agua y la envuelvo en la toalla más grande que tengo. Se ve adorable, perdida entre tanto algodón blanco, y no puedo dejar de mirarla.

—¿Qué? —pregunta ella al notar mi expresión.

—Nada —cojo una toalla para mí, frotándola por mi pelo—. Solo pensaba.

CAPÍTULO VEINTICINCO



Kristen

Las sábanas están enredadas en mis piernas, húmedas de sudor. Mi cuerpo aún vibra. El pecho de Nico sube y baja bajo mi mejilla, su latido es constante contra mi oído.

Acabo de tener el mejor sexo de mi vida.

Veintiséis años, y no sabía que podía sentirse así. No sabía que mi cuerpo pudiera hacer esas cosas, emitir esos sonidos, desear con tal desesperación que todo lo demás desapareciera.

—Aburrida. Te quedas ahí tumbada como un pez muerto, Kristen.

Se me cierra la garganta. Cierro los ojos con fuerza, intentando aferrarme al calor que se extiende por mis extremidades, pero la voz de Jack se desliza de todos modos. Su rostro. Sus amenazas.

Los papeles de la custodia.

Me incorporo de golpe tan rápido que la habitación me da vueltas.

—¿Qué pasa? —La mano de Nico se dispara hacia mi cadera para sostenerme. Su voz es áspera, alerta. Listo para una amenaza.

—He olvidado decírtelo. —Las palabras salen atropelladamente—. Jack ha solicitado la custodia. La custodia exclusiva de Lily. Mi abogada ha llamado esta mañana y yo simplemente... con todo lo que está pasando, no...

Nico se incorpora contra el cabecero, y la sábana se amontona en su cintura. La luz de la luna atraviesa su pecho, resaltando las cicatrices que he recorrido con la lengua hace una hora. Su expresión no cambia.

—¿Cuándo?

—Ayer. Alega que soy inestable. —Me río, pero suena a algo roto —. Que trabajo para criminales.

La mandíbula de Nico se tensa, apenas un instante. —No se equivoca en la segunda parte.

—No tiene gracia.

—No estoy bromeando. —Se acerca a mí y rodea mi muñeca con sus dedos. Su pulgar busca mi pulso y presiona suavemente—. Mírame.

Lo hago. Sus ojos oscuros están tranquilos. Demasiado tranquilos. El tipo de calma que precede a la violencia, solo que esta vez no me asusta.

—No ganará —dice Nico.

—No puedes saberlo. No conoces a Jack. Él es... —se me quiebra la voz—. Es encantador. Todo el mundo lo adora. Mi propia madre cree que es perfecto, y me conoce de toda la vida. ¿Un juez que no me ha visto nunca? Los tendrá comiendo de su mano en cinco minutos.

—Kristen. —Escuchar mi nombre en su boca detiene mi espiral—. No ganará.

—¿Cómo puedes estar tan...?

—Mi familia tiene contactos. —El pulgar de Nico sigue acariciando mi pulso. Lento. Constante. Dándome seguridad—. Ningún juez de esta ciudad fallará en nuestra contra. Jack Walker puede presentar lo que quiera. No importará.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros. Busco en su rostro cualquier signo de duda, cualquier grieta en esa certeza de granito.

Nada.

—¿Es cierto? —susurro—. ¿O solo estás diciendo lo que necesito oír?

La mano de Nico se desliza de mi muñeca a mi mandíbula, obligándome a levantar la cara. Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad que debería aterrorizarme.

—No me gusta mentir —dice—. Prefiero la verdad, incluso cuando es fea.

Nico acaba de admitir que su familia soborna a jueces. Me ha dicho la verdad sobre la Bratva, sobre el peligro en el que estoy, sobre quién es él realmente. Cada pieza fea y peligrosa.

Podría haber mentido. Haberse hecho parecer mejor. Más seguro.

No lo ha hecho.

—Contigo, la verdad suele ser muy fea —digo.

—Sí. —Sin disculpas. Sin suavizarlo. Solo reconociéndolo.

Me apoyo en su palma, dejando que su calor se filtre en mi piel.

—¿Qué clase de contactos? —pregunto.

—De los que hacen que los problemas desaparezcan.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que vas a obtener por ahora. —Su pulgar recorre mi pómulo—. No necesitas saber cómo se hace el trabajo sucio. Solo necesitas saber que Lily se queda contigo. Fin de la discusión.

Fin de la discusión.

—Él jugará sucio —le advierto—. Sacará a relucir cada error que he cometido. Cada trabajo que he perdido. Cada...

—Que lo haga. —La voz de Nico baja de tono, oscura y peligrosa —. Que traiga lo que quiera. No cambiará el resultado.

—Pareces muy seguro.

—Estoy seguro. —Me atrae hacia él hasta que nuestras frentes se tocan—. Te dije que me encargaría de esto. Y lo decía en serio.

Me arden los ojos. He pasado tanto tiempo luchando sola. Saliendo adelante a duras penas. Sobreviviendo a base de esfuerzo, desesperación y sabiendo que nadie vendría a salvarme.

Ahora este hombre —este hombre peligroso, complicado e exasperante— me está diciendo que ya no tengo que luchar sola.

—¿Por qué? —La pregunta se me escapa antes de que pueda frenarla—. ¿Por qué te importa tanto?

La mandíbula de Nico se mueve. Durante un largo rato, no responde.

Después: —No lo sé.

Tres palabras. Crudas. Honestas.

La verdad más fea de todas.



Nico

Está a punto de salir de la cama cuando le agarro la muñeca.

—¿A dónde crees que vas?

Kristen se queda petrificada, con una pierna ya fuera del colchón. La sábana se escurre, revelando la curva de su cadera, la suave hendidura de su cintura. Mis dedos se aprietan antes de que pueda evitarlo.

—Lily...

—Todavía duerme. —Tiro de ella suavemente, y cae de espaldas contra las almohadas con un suspiro de sorpresa—. Quédate.

No es una petición. Yo no pido cosas.

Kristen se apoya en un codo y me busca la cara con sus ojos gris azulados. Tiene el pelo hecho un desastre y una marca asoma en su clavícula donde mi boca se puso ansiosa. También es culpa mía. No me arrepiento de ninguna de las dos cosas.

—Nico. —Pronuncia mi nombre como si estuviera probando su peso—. ¿Qué pasa entre nosotros ahora?

Lo que quiero decirle es que la mantendría en esta cama una semana entera. Que quiero memorizar cada sonido que emite, cada forma en que su cuerpo responde cuando la toco. Que nunca antes había querido adorar a alguien, que nunca entendí el significado de esa palabra hasta que arqueó la espalda y jadeó mi nombre como una oración.

Pero no digo nada de eso.

—Te quiero aquí —consigo decir en su lugar—. Elocuente. Muy jodidamente elocuente.

Kristen se ríe. —No me refería exactamente a eso. —Se sonroja —. Quiero decir... trabajo para ti. Para tu familia. Hay complicaciones.

Cierto. El trabajo. El contrato. El hecho de que técnicamente es una empleada y yo acabo de pasarme las últimas horas enterrado en ella.

—No lo haces.

Ella frunce el ceño. —¿No hago qué?

—No trabajas para nosotros. —Alargo la mano y le retiro un mechón de pelo detrás de la oreja—. Ya no.

Se le retira el color de la cara tan rápido que llego a incorporarme. Su cuerpo se pone rígido, alejándose de mi contacto como si la hubiera quemado.

—¿Qué? —La palabra sale estrangulada—. ¿Me estás... me estás despidiendo?

Joder.

—No. —La agarro del brazo antes de que pueda salir huyendo—. Kristen. No. No es eso...

—Porque si esto es algún tipo de... si crees que solo porque nos hemos... —Está entrando en espiral, puedo verlo en tiempo real. El pánico subiéndole por la garganta, la forma en que su respiración se vuelve superficial—. Tengo una hija. Tengo deudas. No puedo simplemente...

—Para —la atraigo hacia mi pecho, con más fuerza de la que pretendía. Está temblando—. Para. Escúchame.

No se relaja, pero deja de intentar huir. Pequeñas victorias.

—No te voy a despedir —digo, forzando las palabras lenta y claramente—. Digo que ya no tienes que trabajar. Ahora estás conmigo. Eso significa que estás a mi cargo. Tú y Lily.

Silencio.

Después: —¿Qué significa eso exactamente?

Es una pregunta justa. Una para la que no tengo una respuesta completa. En mi mundo, cuando un hombre reclama a una mujer, las implicaciones están claras. Está protegida. Mantenida. Fuera del alcance de cualquiera que pudiera pensar en tocarla. Pero Kristen no es de mi mundo. No conoce las reglas.

La suelto lo suficiente para mirarle a la cara. Sus ojos están muy abiertos, recelosos. Asustados. No de mí, creo. Sino de lo que le estoy ofreciendo.

—Significa —digo con cuidado— que no le debes nada a nadie. Ni a la Bratva. Ni a mi familia. Ni a mí. La deuda está saldada. Te quedas aquí porque quieres, no porque tengas que hacerlo.

—Eso no es... —Niega con la cabeza—. No puedo simplemente no trabajar. He trabajado toda mi vida. No sé cómo ser una... ¿qué? ¿Una mantenida?

La expresión me hace estremecer. —Esto no es eso.

—Entonces, explícamelo —se aparta, cruzando los brazos sobre su pecho desnudo. Defensiva. Alerta—. Porque, desde donde yo lo veo, parece que quieres pagarme por acostarte conmigo.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me sorprende que no se me rompan los dientes.

—Si eso fuera lo que quisiera —digo, bajando la voz—, te habría ofrecido dinero, no a mí mismo.

—No sé cómo hacer esto —admite en voz baja—. No sé cómo estar con alguien que... que opera como tú. Que vive en este mundo.

—Se aprende. —Busco su mano y le doy la vuelta sobre la mía. Tiene los dedos callosos del trabajo, las uñas cortas por la ansiedad. Le beso la palma—. Lo resolveremos juntos.

—¿Y si no puedo? ¿Y si es demasiado?

La pregunta duele más de lo que debería. Porque la respuesta honesta es que no sé lo que haría. ¿Dejarla ir? Imposible. ¿Retenerla contra su voluntad? No soy el puto Jack Walker.

—Entonces me lo dices —digo finalmente—. Y nos encargamos de ello. Pero no huyas. No de mí. No sin hablar primero.

Kristen me observa durante un largo rato. Puedo ver los cálculos tras sus ojos. La evaluación del riesgo. Sopesando las opciones.

—Lily se queda conmigo —dice—. Siempre. Pase lo que pase.

—Obviamente.

—Y no voy a... no voy a quedarme aquí sentada siendo un adorno. Necesito algo que hacer. Algo que sea mío.

—Entonces seguirás gestionando la casa —digo—. Hasta que se solucione lo de Jack. Después de eso, ya veremos qué es lo que realmente quieres hacer.

Ella relaja los hombros ligeramente. Progresamos.

—Pero —levanto un dedo antes de que pueda responder—, no vas a pasarte ocho horas al día fregando suelos y organizando armarios. Eso no va a pasar.

—Yo no fregaré suelos...

—Ya sabes a lo que me refiero. —La acerco más a mí, acomodándola contra mi pecho. Encaja ahí como si la hubieran diseñado para ello—. Unas pocas horas por la mañana. Y después terminas.

Kristen emite un sonido a medio camino entre una risa y la incredulidad. —Eres muy mandón, ¿lo sabes?

—Soy consciente.

Se queda callada, trazando dibujos ociosos en mi pecho con los dedos. Puedo sentirla pensando. Procesando. Intentando encajar esta nueva realidad en el marco de su antigua vida.

—Cuéntame cosas de ti —le pido.

Su mano se detiene. —Ya lo sabes todo de mí. Hiciste que me investigaran.

Cierto. Conozco su número de la seguridad social, su historial crediticio, su historial médico. Sé que nació en el hospital Cook County, que el nombre de su padre no figura en el certificado de nacimiento, que se graduó en secundaria con una media excelente a pesar de tener dos trabajos.

Pero los expedientes no te dicen cómo se crio alguien. Qué fue lo que lo moldeó. Por qué se convirtió en quien es.

—Conozco datos —digo—. Quiero conocerte a ti.

Kristen se mueve y apoya la barbilla en mi pecho para mirarme. Sus ojos buscan algo en mi cara; burla, tal vez. O una intención oculta. No encontrará ninguna.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —la palabra sale más ruda de lo que pretendía—. Empieza por el principio.

Se queda callada un momento. Luego toma aire.

—Mi madre me crió sola. En el South Side. No teníamos mucho, pero ella trabajaba duro. Dos trabajos, a veces tres. —Una pequeña sonrisa asoma a sus labios—. Solía dejarme notas en la fiambrera. Dibujitos de soles y flores porque no podía permitirse material artístico de verdad. Las guardé todas.

Un sentimiento desconocido me oprime el pecho. Lo ignoro.

—Era una buena niña. Silenciosa. No me metía en líos porque los líos significaban que mi madre tenía que salir antes del trabajo, y salir antes significaba menos dinero, y menos dinero significaba... —Se encoge de hombros—. Ya sabes cómo va eso.

En realidad, no lo sé. Yo crecí con más dinero que el que tiene Dios y un padre que usaba la violencia como signo de puntuación. Pero asiento de todos modos.

—Quería ser médica desde los siete años —continúa—. Nuestra vecina, la señora Patterson, tuvo un ataque al corazón delante de mí. Vinieron los paramédicos y estaban tan tranquilos. Dueños de la situación. Le salvaron la vida como si nada. Pensé... —se ríe suavemente—. Pensé que era lo más parecido a la magia que había visto nunca.

El universo tiene un sentido del humor perverso. Es la única explicación.

Aquí estoy yo —un hombre que ha acabado con más vidas de las que puedo contar, cuyas manos han hecho cosas que la harían salir gritando— y ella me habla de querer salvar a la gente. De creer en la magia.

Es un rayo de sol envuelto en lucha. Un ángel que de alguna manera ha acabado en la cama con el diablo.

Y en lugar de dejarla ir, en lugar de hacer lo correcto y empujarla de nuevo hacia la luz, quiero quedármela. Arraigarla aquí, en mi oscuridad. Hacerla mía tan completamente que olvide que alguna vez hubo un antes.

Quiero ser yo el motivo por el cual ría.

No solo Lily. Yo.

—¿Qué pasó? —pregunto, aunque ya lo sé.

—Me quedé embarazada. —Su voz no flaquea, pero siento que su cuerpo se tensa—. Tenía veintiún años. Jack y yo llevábamos tres

años juntos. Parecía... seguro. Estable. Mi madre lo adoraba. —Un deje amargo se desliza en su tono—. Todo el mundo lo adoraba.

Todo el mundo menos yo, pienso. Me gustaría matarlo lentamente.

—Cuando le hablé de Lily, me propuso matrimonio el mismo día. Pensé... —Se detiene. Traga saliva—. Pensé que tenía suerte. Estúpida, ¿verdad? Realmente creía que yo era una de las afortunadas.

—No eres estúpida.

—Estaba ciega. —Lo dice como si fuera una confesión—. Cambió después de casarnos. O quizás siempre fue así y yo simplemente no lo vi. Los comentarios sobre mi peso. Mi ropa. Mis amigos. Cómo me reía demasiado alto, o hablaba demasiado, o no era lo bastante agradecida por todo lo que él proporcionaba.

Se me tensa la mandíbula. Me obligo a quedarme quieto, a mantener la respiración al mismo ritmo. Si me muevo ahora mismo, voy a romper algo de un puñetazo.

—Entonces Lily enfermó. —Se le quiebra la voz. Solo un poco—. Y ya nada más importaba. Ni la crueldad de Jack, ni mis sueños, ni nada. Solo mantenerla con vida.

Se queda en silencio. No la presiono.

Después de un momento, levanta la vista hacia mí con esos ojos gris azulados que ven demasiado. —Te toca.

—¿Me toca qué?

—Dime algo real. Algo que no esté en ningún archivo de por ahí.

Debería desviar la atención. Cambiar de tema. Mantener mis muros intactos como he hecho durante treinta años.

En cambio, me escucho decir: —Nunca he hecho esto antes.

—¿Hacer qué?

—Esto. —Hago un gesto vago al espacio que nos separa—. Querer que alguien se quede.

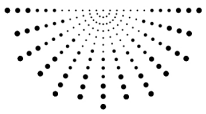
Se le corta la respiración.

—Todo el mundo se va tarde o temprano —continúo, y las palabras salen de algún lugar que no sabía que existía—. O deberían hacerlo. Esta vida... destruye las cosas delicadas. Aprendí eso muy joven.

—Yo no soy delicada.

—No —recorro su pómulo con el pulgar—. Eres la persona más fuerte que he conocido. Y eso me aterroriza.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



Kristen

El sueño no llega.

Estoy tumbada en la cama de Nico, mirando al techo mientras su brazo descansa pesado sobre mi abdomen. Su respiración se ha vuelto lenta, profunda y constante, pero mi cuerpo vibra como un cable de alta tensión. Cada terminación nerviosa sigue hormigueando por lo que hemos hecho. Por lo que él me ha hecho.

Más.

La palabra late a través de mí como un corazón. Quiero más.

Esto es nuevo. Este dolor hambriento e inquieto que no se calma.

No sé qué hacer con él.

Nico se mueve a mi lado y contengo el aliento. Su mano se desliza por mi caja torácica, sus dedos dejan un rastro de calor sobre mi piel.

—No estás durmiendo —dice con la voz áspera por el sueño.

—Tú tampoco.

Se incorpora apoyado en un codo. —¿Qué pasa?

No pasa nada. Pasa todo. Te quiero de nuevo y eso me aterra.

—Estoy bien.

Él me aparta el pelo de la cara. —Cuéntamelo.

Me muerdo el labio. La antigua Kristen se andaría con rodeos. Soltaría un chiste. Cambiaría de tema. Pero la antigua Kristen nunca había tenido a un hombre mirándola como si valiera la pena conocerla.

—No puedo desconectar el cerebro.

—¿Sobre qué?

Sobre mis ganas de treparte como a un árbol. Sobre el hecho de que nunca había disfrutado realmente del sexo antes de esta noche y ahora estoy aquí tumbada como una adicta que ansía otra dosis.

—Nada específico.

La mandíbula de Nico se tensa. No me cree; su detector de mentiras es exasperantemente preciso. Pero en lugar de presionar, se inclina y presiona su boca contra la mía.

El beso empieza suave. Casi tierno.

Le devuelvo el beso. Toda esa energía inquieta encuentra un rumbo. Empujo contra su hombro y él deja que lo gire sobre su espalda para poder subirme encima de él.

—Ahí está ella —dice con voz grave, oscura y divertida—. Sabía que no estabas cansada.

—Cállate.

—Oblígame.

Me froto contra él. Ya está duro. O quizá nunca dejó de estarlo. Sus manos agarran mis caderas, sus dedos se clavan quedándose a un paso del moretón.

—Quieres algo, Kristen —no es una pregunta—. Pídelo.

Me inclino hacia abajo, presionando mi boca contra su mandíbula, su garganta, el plano duro de su pecho. Mi lengua recorre el borde de una cicatriz cerca de su clavícula.

—Quiero saborearte.

Su agarre en mis caderas se aprieta. —¿Ah, sí?

Me deslizo más abajo, besando su abdomen. Los músculos saltan bajo mis labios. Cuando alcanzo la cinturilla de sus bóxers, dudo.

—Si vas a hacer eso —dice Nico con voz tensa—, trae tu culo aquí arriba.

Le miro. —¿Qué?

—Me has oído —sus ojos están casi negros por la penumbra—. Date la vuelta. Quiero saborearte mientras tú me saboreas a mí.

Oh.

Oh.

El calor me inunda la cara, el pecho, más abajo. La imagen que pintan sus palabras hace que mis muslos se tensen.

—Kristen —la mano de Nico acuna mi mandíbula, su pulgar roza mi pómulo—. No tienes por qué hacerlo. Pero quiero tu coño en mi cara mientras tu boca está en mi polla. ¿Entendido?

Estoy trepando sobre él, posicionándome de modo que mis rodillas flanquean su cabeza y su miembro está justo ahí, grueso y duro y esperando.

—Buena chica —su aliento acaricia mi muslo interno.

Le rodeo con la mano. Es grande. Ya lo sabía de antes, pero ahora es diferente, de cerca, con mi boca a escasos centímetros. Paso la lengua por la parte inferior y sus caderas dan un respingo.

—*Cazzo*.

Sus manos me agarran los muslos, tirando de mí hacia abajo, y entonces su lengua está sobre mí.

Lo tomo en mi boca. Demasiado rápido, demasiado profundo. Siento una arcada y los ojos se me humedecen, pero el gruñido que vibra contra mi entrepierna hace que valga la pena. Me lame con más fuerza, su lengua encuentra ese punto que hace que mi visión se nuble.

Lo intento de nuevo. Más despacio esta vez. Hundiendo las mejillas, tomando todo lo que puedo. Se me escapan lágrimas de las comisuras de los ojos, pero cada sonido que emite alimenta algo hambriento dentro de mí.

Su lengua rodea mi clítoris. Gimo alrededor de su miembro.

—Eso es —su voz suena ahogada, ronca—. Justo así.

Encuentro el ritmo. La boca y la mano trabajando juntas mientras él me devora desde abajo. Su agarre en mis muslos es ahora tan fuerte que va a dejar marca, manteniéndome exactamente donde me quiere. Cada vez que me dan arcadas, él gruñe y lame más fuerte, como si mi forcejeo le excitara.

La presión aumenta, tensándose más con cada pasada de su lengua. Estoy cerca y noto que él también se tensa bajo de mí, con las caderas moviéndose hacia arriba para encontrarse con mi boca.

—No pares —ordena contra mi piel.

No podría parar aunque quisiera.

El orgasmo me atraviesa como una ola y grito alrededor de él, el sonido vibrando por toda su longitud. Él le sigue segundos después, derramándose en mi boca mientras sus dedos clavan medias lunas en mi piel.

Durante un largo rato, ninguno de los dos se mueve.

Luego me atrae hacia abajo, a su lado, pegándome a su pecho como si fuera mi lugar. Su corazón late contra mi mejilla.

—¿Mejor? —pregunta.

Me río. Es una risa sin aliento, casi alegre. —Sí.

—Bien.



Nico

No duermo.

No porque no pueda, aunque el insomnio y yo seamos viejos amigos, sino porque ver respirar a Kristen me parece más importante que el descanso. Su pecho sube y baja con un ritmo constante, con los labios ligeramente entreabiertos y una mano apoyada bajo la mejilla como una niña.

Llevo aquí tumbado treinta minutos, observando la curva de su mandíbula, las pecas esparcidas por su nariz en las que nunca antes me había fijado, la forma en que sus pestañas proyectan diminutas sombras sobre sus pómulos.

¿Qué cojones me pasa?

Yo no hago esto. Nunca lo he hecho. Las mujeres no se quedan en mi cama el tiempo suficiente para quedarse dormidas. Esa es la

regla. Sexo, ducha, adiós. Limpio. Eficiente. Sin complicaciones.

La última mujer que intentó quedarse —Amelia, hará unos seis meses— recibió un servicio de coche y la firme sugerencia de que su propia cama sería más cómoda. Me llamó frío. Me llamó de todo, en realidad, y nada agradable.

No le faltaba razón.

Pero Kristen está aquí. Entre mis sábanas. Su champú de vainilla se mezcla con el aroma del sexo y el sudor en mis almohadas. Y le dije que se quedara. Insistí en que se quedara.

Alargo la mano antes de poder contenerme, apartándole un mechón de pelo castaño de la cara. No se inmuta. Simplemente sigue respirando, confiando en mí lo suficiente como para estar inconsciente y vulnerable.

Kristen se mueve, girándose sobre su espalda, y la sábana se desliza hacia abajo revelando la curva de sus pechos. Mi cuerpo responde de inmediato, pero no me muevo para tocarla. Todavía no. Necesita dormir más de lo que yo necesito otro asalto.

¿Cuándo empecé a pensar en lo que ella necesita?

La pregunta retumba en mi cráneo como una bala en una recámara vacía.

La mano de Kristen encuentra la mía mientras duerme, sus dedos se enroscan alrededor de mi palma como si fuera lo más natural del mundo. Como si hubiéramos hecho esto mil veces. Como si ella perteneciera a este lugar.

Joder.

Kristen emite un sonido suave y se acerca más. Su pierna desnuda se desliza entre las mías. Su aliento calienta mi hombro.

He negociado con líderes de carteles. He mantenido la mirada a agentes federales. He visto a hombres suplicar por sus vidas sin pestañear.

Esta mujer, dormida y babeando un poco en mis sábanas, me aterra más que todos ellos juntos.

Porque quiero esto. La calma. El calor. La sensación de que alguien elija estar aquí en lugar de salir huyendo.

Lo quiero, y ese deseo me hace débil.

Pero quizá...

Corto el pensamiento antes de que pueda terminar. Quizá nada. Esto es temporal. Ella es temporal. Todo lo bueno es temporal.

Los ojos de Kristen se abren ligeramente, pillándome mirándola. Por un momento parece confundida, y luego el reconocimiento suaviza sus rasgos.

—Hola —susurra con la voz pastosa por el sueño.

—Hola.

—¿Me estabas mirando mientras dormía?

—No.

Ella sonríe, lenta e inteligente. —Mentiroso.

—Roncas.

—No es verdad.

—Como una motosierra moribunda.

—Eres terrible —dice, pero está sonriendo. Sigue sosteniendo mi mano.

Sí, pienso. Lo soy.

Y la beso igualmente.

Kristen se aparta del beso, presionando su palma plana contra mi pecho. —Necesitas dormir.

—Estoy bien.

—Eres un mentiroso pésimo. —Se mueve, girándose para darme la espalda. La sábana se amontona en su cintura, dejando expuesta la elegante curva de su columna bajo la tenue luz que se filtra por las cortinas.

Me incorporo sobre un codo, recorriendo con la mirada la línea de su omóplato. —Tienes una espalda muy sexy.

Ella resopla. —Ese es el cumplido más raro que me han hecho en la vida.

—Soy un tipo raro.

—No te lo voy a discutir.

Durante un momento, simplemente existimos en el silencio. Su respiración. El zumbido lejano del sistema de seguridad de la mansión. El roce de las sábanas caras.

Entonces Kristen suspira y se sienta, dejando colgar las piernas por el borde del colchón.

Mi mano sale disparada antes de que mi cerebro reaccione, rodeando su muñeca. —Quédate.

Ella se vuelve y, en la penumbra, distingo la curva de su sonrisa. —Tranquilízate, Sartori. Solo iba a coger un jersey o algo.

Frunzo el ceño. —¿Para qué?

—Porque, al parecer, no vas a dejarnos dormir si estoy desnuda. —Hace un gesto vago hacia ella misma, hacia mí, hacia la evidencia arrugada de lo que hemos estado haciendo en lugar de descansar—. Cada vez que cierro los ojos, empiezas a... mirarme. Y luego el mirar se convierte en tocar. Y luego...

—Lo entiendo.

—¿De verdad? Porque mi cuerpo necesita tiempo de recuperación, Nico. No soy una máquina.

Podrías haberme engañado, pienso, recordando los sonidos que hacía hace una hora. La forma en que se arqueaba contra mi boca como si hubiera estado hambrienta de ello.

Kristen debe de leer algo en mi expresión porque se ríe e intenta levantarse de nuevo. —¿Ves? Esa cara. De eso mismo estoy hablando. Jersey. Ahora.

—Ni hablar.

Ella parpadea. —¿Perdona?

—No vas a llevar ropa en mi cama.

—Eso es... increíblemente presuntuoso por tu parte.

—Es mi cama.

—Y soy yo la que está en ella.

—Exactamente. —Tiro suavemente de su muñeca, atrayéndola de nuevo hacia mí. No se resiste, lo cual me dice todo lo que necesito saber—. Sin ropa. Me portaré bien.

Kristen levanta una ceja, con el escepticismo escrito en cada línea de su rostro. —¿Te portarás bien?

—Lo prometo.

—Lo prometes —repite con tono plano—. Nico Sartori, que me ha agarrado aproximadamente diecisiete veces en las últimas tres horas, va a mantener las manos quietas.

—Diecisiete es una ligera exageración.

—¿Lo es?

Lo medito. —Vale. Quince.

Ella vuelve a reír.

—Ven aquí. —La tumbo a mi lado, acomodando su cuerpo contra el mío con su espalda pegada a mi pecho. Piel con piel. El calor fundiéndose entre nosotros—. ¿Ves? Portándome bien.

—Tienes la mano en mi cadera.

—Eso es solo... posicionamiento.

—Tu otra mano está...

—También posicionamiento. —Extiendo la palma plana contra su abdomen, sujetándola con firmeza—. Esto es práctico. Eficiente. Evita que te alejes rodando.

—Ya, claro.

—Duérmete, Kristen.

Se queda callada un largo rato. Siento cómo sus músculos se desanudan poco a poco, cómo su cuerpo se funde con el mío gradualmente. Su respiración se estabiliza.

Cuento los segundos entre cada exhalación.

Uno. Dos. Tres.

—¿Nico?

—¿Sí?

—Esto es agradable. —Su voz es suave. Adormilada—. Había olvidado lo que se sentía.

¿Qué se sentía el qué?, quiero preguntar. ¿Que te abracen? ¿Sentirte deseada?

Pero no pregunto.

Aprieto el brazo alrededor de su cintura.

—Duérmete —digo de nuevo, más bajo esta vez.

Y lo hace.

Yo no.

En cambio, permanezco despierto en la oscuridad, escuchándola respirar, sintiendo el pulso de su corazón contra mi palma.

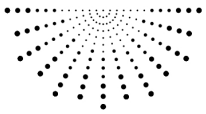
Esto es peligroso, advierte la parte lógica de mi cerebro.

Pero Kristen se mueve en sueños, acercándose más, y me doy cuenta con una clase de certeza enfermiza de que no me importa.

Que sea peligroso.

Que me destruya.

CAPÍTULO VEINTISIETE



Kristen

El espejo del baño me devuelve la imagen de una mujer a la que apenas reconozco.

Has pasado la noche en la cama del matón de la mafia. Varias noches, de hecho. Y te ha gustado.

Me sujeto al borde del lavabo.

—¡Mami, no encuentro mis zapatos morados!

La voz de Lily interrumpe mis pensamientos en espiral. Suelto un aire que no me había dado cuenta de que estaba reteniendo.

—Mira debajo de la cama, cielo.

—¡Ya he mirado!

—Vuelve a mirar.

Un suspiro dramático resuena desde el dormitorio. Cuatro años y ya domina el arte de la exasperación teatral. Eso lo ha sacado de mí.

Termino de ponerme el rímel. El recuerdo aflora sin avisar: Jack de pie detrás de mí en nuestro antiguo baño, viéndome arreglar, criticando el ángulo de mi delineador, el tono de mi pintalabios, cómo me quedaba el vestido.

—Estarías guapa si te esforzaras más, Kris.

Dejo el aplicador del rímel en la encimera.

Esa voz ya no tiene poder. No después de que Nico me mirara como si fuera lo más hermoso que jamás hubiera visto. No después de que me tocara como si mi cuerpo fuera algo que adorar en lugar de algo que arreglar.

Basta. Vas a ver a tu madre. Céntrate.

—¡Los encontré! —anuncia Lily triunfante, apareciendo en el umbral con una zapatilla morada en alto como un trofeo—. Estaban debajo de Sir Floppington.

—Claro que sí. Sir Floppington es un conocido ladrón de zapatos.

Ella suelta una risita.

Hoy vamos a visitar a mi madre. La mujer que me crió sola después de que mi padre se marchara y que nunca se quejó, nunca pidió ayuda, nunca dejó que la viera llorar.

No sé cómo sentirme al respecto.

Lily tira de mi camiseta. —¿Nos lleva el hombre grande y malo?

—¿Liam? Él no es malo, cielo.

Ella considera esto con la gravedad que solo una niña de cuatro años puede reunir. —No sonríe.

—Hay gente que simplemente tiene cara seria.

—Nico también tiene cara seria. Pero ayer me sonrió.

Mi corazón da un vuelco extraño. —¿Ah, sí?

—Ajá. Cuando le enseñé mi dibujo de Bunbun montando un dinosaurio. Dijo que era... —arruga la nariz, tratando de recordar—. «Anatómicamente improbable, pero creativamente impresionante».

Me río a mi pesar. Eso suena exactamente a Nico.

Dios, ¿qué estoy haciendo?

La pregunta me golpea mientras ayudo a Lily a ponerse el segundo zapato. Me estoy acostando con un hombre que usa palabras como «anatómicamente improbable» con una niña de cuatro años. Un hombre que dirige la construcción para una familia criminal.

Y de algún modo, por imposible que parezca, a mi hija le cae bien.

Le gusta porque él no le miente. Porque le habla como si fuera una persona, no un accesorio.

A diferencia de Jack. Jack, que usaba a Lily como arma.

Me sacudo el pensamiento y cojo mi bolso. —¿Lista?

—¡Lista!

Encontramos a Liam esperando en el vestíbulo. Es exactamente como Lily lo ha descrito: cara seria, ojos que escanean nuestro entorno aunque estemos dentro del complejo. Su traje es impecable. Su presencia es a la vez tranquilizadora y ligeramente aterradora.

—Señora Thomas. —Asiente una vez.

—Solo Kristen está bien.

Él me mira. —Kristen. El coche está listo.

Mientras caminamos hacia el garaje, pienso en mi madre.

Nunca volvió a casarse después de que mi padre se fuera. Ni siquiera estuvo cerca. Cuando era más joven, le pregunté sobre ello una vez. Por qué no salía con nadie, por qué no trataba de encontrar a alguien. Ella me dedicó esa sonrisa cansada y dijo que había tenido «cosas pasajeras de vez en cuando», pero nada serio.

En aquel entonces no entendía a qué se refería.

Ahora lo entiendo.

Cosas pasajeras. Sexo sin compromiso. Coger lo que necesitas sin dejar que nadie se acerque lo suficiente como para herirte.

¿Es eso lo que estoy haciendo con Nico?

No. No puede ser. Porque Nico no es pasajero en nada. La forma en que me mira, me toca, se niega a dejarme salir de su cama... no hay nada pasajero en ello.

Pero no puedo explicárselo a Lily. No puedo explicar por qué mami duerme ahora en la habitación de Nico. No puedo explicar las marcas que me ha dejado en el cuello y que he cubierto cuidadosamente con corrector.

La diferencia, me doy cuenta mientras Liam abre la puerta del coche, es que Lily también puede vivir aquí. No está escondida como si fuera un secreto sucio. Ella forma parte de esto, sea lo que sea este «esto».

Mi madre nunca tuvo eso. Tuvo que separar sus «cosas pasajeras» de mi crianza.

Quizá por eso está tan empeñada en verme con Jack. Porque él es la opción segura. El elemento conocido. El hombre que encaja en una vida que ella comprende.

—¿Mami? —La manita de Lily busca la mía—. ¿Por qué pareces triste?

Fuerzo una sonrisa. —No estoy triste, cielo. Solo estoy pensando.

—¿En la abuela?

—Sí.

—¿Sigue enfadada contigo?

La verdad sale de la boca de los niños.

—No lo sé —admito—. Pero vamos a averiguarlo.

Liam arranca el motor y mi teléfono vibra.

Nico: Mira en el bolsillo izquierdo de tu abrigo.

Frunzo el ceño ante la pantalla. Nos hemos separado hace apenas diez minutos. ¿Qué podría...?

Mis dedos encuentran algo duro y rectangular. Lo saco.

Una tarjeta de crédito. Dorada. Pesada. Del tipo que probablemente no tiene límite porque la gente que la lleva no necesita límites.

Mi nombre está grabado en el frente con letras elegantes.

Kristen Thomas.

¿Pero qué demonios?

Yo: ¿Qué es esto?

La respuesta llega de inmediato.

Nico: Tu tarjeta de crédito.

Yo: Ya lo veo. ¿POR QUÉ tengo una tarjeta de crédito?

Nico: Porque necesitas cosas. Lily necesita cosas. Mañana, Vittoria te llevará de compras.

Se me tensa la mandíbula. Siento la tarjeta dorada más pesada en mi palma ahora.

Yo: Tengo cosas. En mi apartamento. ¿Te acuerdas? ¿El sitio donde vivo de verdad?

Nico: Se acabó la discusión.

Me quedo mirando esas cuatro palabras.

Se acabó la discusión.

Jack solía decir cosas así. Palabras distintas, mismo significado. «Ya he decidido, Kris. No lo hagas difícil». O su favorita: «Esto no es discutible».

Se me revuelve el estómago.

Yo: Tú no eres quien decide cuándo se acaban las discusiones.

Enviar.

La respuesta tarda más esta vez. Treinta segundos. Un minuto.

Nico: Tienes razón. Pero la tarjeta se queda. Úsala o no. Tú eliges.

Tú eliges.

Vuelvo a mirar la tarjeta. Pienso en lo que representa.

Los zapatos de Lily se mantienen enteros gracias a la esperanza y la desesperación. Su abrigo de invierno le queda pequeño; ha crecido cinco centímetros desde que lo compré en Goodwill el año pasado. A los conejitos de peluche que lleva a todas partes les faltan ojos, pierden el relleno, están amados hasta el punto de la desintegración.

Nunca he podido comprarle nada nuevo. Algo que no hubiera sido usado antes por el hijo de otra persona.

La oportunidad de no pensarlo dos veces antes de comprarle algo pequeño a Lily.

Eso es lo que significa esta tarjeta.

No más cálculos para ver si puedo permitirme los cereales un poco mejores. No más fingir que la marca blanca sabe igual de bien cuando Lily pregunta por qué sus Cheerios se ven diferentes a los de los anuncios.

No más decirle «quizá la próxima vez» cuando señala algo en el escaparate de una tienda.

—¿Mami?

—¿Dime, cielo?

—¿Podemos tomar un helado después de ver a la abuela?

Mi respuesta automática se forma en mi lengua: «Ya veremos». La frase que todos los padres usan cuando quieren decir «probablemente no» pero no soportan decirlo.

Miro la tarjeta dorada.

—Sí —me oigo decir—. Podemos tomar un helado.

La cara de Lily se ilumina.

Me guardo la tarjeta en el bolsillo.

Se siente como una rendición. Se siente como libertad. Se sienten ambas cosas a la vez, y no sé cómo gestionar la

contradicción.

¿Qué estoy haciendo?

La pregunta vuelve a resonar. Más fuerte esta vez.

Estoy dejando que un hombre al que conozco desde hace semanas pague mi vida. Estoy durmiendo en su cama. Estoy criando a mi hija en el complejo de su familia mientras la mafia rusa merodea fuera y mi exmarido pide la custodia.

Y de algún modo, por imposible que parezca, me siento más segura de lo que me he sentido en años.

La tarjeta de crédito me quema contra el muslo a través de la tela de mi abrigo.

Tú eliges.

Quizá esa sea la diferencia. Quizá eso es lo que separa a Nico de Jack.

Jack me quitó mis opciones y lo llamó amor.

Nico me da opciones y no lo llama de ninguna manera.

Saco el teléfono una vez más.

Yo: Vale. Pero primero voy a comprarle un helado a Lily.

Nico: Bien. Se merece un helado.

Se merece un helado.

Guardo el teléfono antes de hacer alguna estupidez. Como decirle que puede que me esté enamorando de él. Como admitir que su honestidad directa y contundente es lo más romántico que nadie me ha dado jamás.

—¿Ya casi hemos llegado? —pregunta Lily.

—Casi, cielo.

A través de las ventanillas tintadas, Chicago se desliza ante nosotros. Edificios grises, cielo gris, aguanieve gris en las aceras. Pero dentro de este todoterreno blindado, con una tarjeta dorada en mi bolsillo y un helado en mi futuro, el mundo parece un poco menos incoloro.

El edificio de apartamentos de mi madre aparece delante.

Es hora de enfrentarse a un tipo diferente de batalla.



Nico

Las imágenes de vigilancia se reproducen en bucle en tres monitores. Calles vacías donde los rusos solían aparcar sus todoterrenos negros. Aceras limpias donde sus soldados solían fumar y vigilar nuestras puertas.

Se han ido. Todos. Hace ya tres días.

—Han parado. —Pietro se echa hacia atrás en su silla, con los dedos entrelazados bajo la barbilla—. Así, sin más.

No me fío de los «así, sin más». Nada en nuestro mundo sucede sin un motivo. —¿Qué se dice en la calle?

—Esa es la parte interesante. —Pietro gira hacia mí y capto ese brillo calculador en sus ojos. La misma mirada que se le ponía a nuestro padre antes de realizar movimientos que lo cambiaban todo —. Quieren una alianza.

Se me tensa la mandíbula. —Todo el mundo quiere una alianza. Eso no significa que se la vayamos a dar.

—Lo he estado reconsiderando.

¿Qué?

Me separo de la pared en la que estaba apoyado y cruzo hasta el escritorio, plantando las palmas de las manos sobre la madera pulida.

—¿Reconsiderando qué exactamente?

Pietro no se inmuta ante mi tono. Nunca lo hace. —Hemos investigado a fondo a los Baganov. Liam ha tenido a gente infiltrada durante semanas. Registros financieros, cadenas de suministro, disputas territoriales. —Desliza una carpeta por el escritorio—. Están más limpios que cualquier otra Bratva que hayamos encontrado.

Hojeo las páginas. Extractos bancarios. Manifiestos de carga. Expedientes de personal con fotografías y antecedentes detallados. El trabajo de Liam es minucioso, como siempre.

—«Limpio» es un término relativo en nuestro negocio —murmuro.

—Lo bastante limpios. —Pietro se levanta y se dirige a la ventana que da a los jardines orientales del recinto.

—También se han expandido a territorios que nosotros no tocamos —continúa Pietro—. Atlantic City. Partes de Miami. Algunas rutas de transporte por el Golfo que podrían duplicar nuestra capacidad de distribución.

Cierro la carpeta. —¿Qué estás insinuando?

Pietro se gira para mirarme y, por un momento, veo a nuestro hermano Riccardo en su expresión. Esa misma paciencia estratégica. Esa misma disposición para jugar a largo plazo.

—Ya hemos hecho esto antes, Nico. La alianza con los Feretti nos dio una posición en Nueva York que a nuestros competidores les costó décadas conseguir. Podríamos hacer lo mismo con los Baganov.

—Los Feretti no estaban usando la deuda de uno de los nuestros para chantajearnos. —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendo.

Pietro arquea una ceja. —¿De uno de los nuestros? ¿O de la tuya?

No respondo. No hace falta. Ambos sabemos lo que Kristen ha pasado a significar para mí, aunque no lo haya dicho en voz alta. Aunque no esté seguro de poder hacerlo.

—La deuda está saldada —dice Pietro con cautela—. Tú te encargaste de eso. Cualquier ventaja que creyeran tener a través de Jack Walker ha desaparecido.

—Lo cual es exactamente el motivo por el que su repentino interés en una alianza me resulta sospechoso. —Empiezo a caminar de un lado a otro. Un viejo hábito. Me ayuda a pensar—. Nos estaban vigilando, Pietro. De forma abierta. Agresiva. ¿Y ahora quieren ser amigos? No es así como funciona la Bratva.

—A menos que se hayan dado cuenta de que vigilarnos no les llevaba a ninguna parte. —Pietro regresa a su silla, acomodándose con la naturalidad de un hombre acostumbrado al poder—. No

somos un objetivo fácil. Quizá hayan decidido que una asociación es más rentable que una guerra.

—O quizá sea una estafa a largo plazo. Meterse en nuestra operación, conocer nuestras debilidades y luego atacar.

—Por eso no nos comprometeremos a nada hasta que estemos seguros. —La voz de Pietro tiene ese tono de finalidad que he aprendido a reconocer. Ya ha tomado la decisión en su mente; solo me está haciendo partícipe—. Quiero que te reúnas con ellos.

Dejo de caminar. —¿Yo?

—Tú eres el que maneja las conversaciones difíciles. Esas que requieren leer entre líneas cada palabra que se dice. —Los labios de Pietro se curvan en algo que es casi una sonrisa—. Y tú eres quien no dejará que los sentimientos personales nublen su juicio.

No se me escapa la ironía. Los sentimientos personales son exactamente lo que lo está nublando todo últimamente. Cada vez que cierro los ojos, veo el rostro de Kristen. Su risa. La forma en que me miró anoche, como si yo valiera algo más que la violencia de la que soy capaz.

Pensamientos peligrosos.

—¿Cuándo? —pregunto.

—Mañana por la noche. Territorio neutral. En el reservado de Bellini. —Pietro desliza otra carpeta por el escritorio—. Dmitri Baganov estará allí. El hermano pequeño de su nuevo pakhan. Dicen que es el razonable.

—Razonable para ser de la Bratva.

—Lo bastante razonable. —Pietro se pone de pie de nuevo, dando por terminada la reunión—. Tantéalos. Mira qué buscan realmente. Si es legítimo, lo consideraremos. Si no lo es... —No termina la frase. No hace falta.

Cojo la carpeta y la abro para estudiar la fotografía de Dmitri Baganov. Treinta y pocos años. Ojos fríos. El tipo de hombre que ha matado antes y duerme perfectamente después.

Se necesita a uno para reconocer a otro.

—¿Y si mencionan a Kristen? —pregunto, sin levantar la vista del archivo.

El silencio de Pietro se prolonga lo suficiente como para que al final le sostenga la mirada.

—No lo harán —dice—. Porque, por lo que sabe cualquiera que no pertenezca a esta familia, ella es solo una asistenta. Nada más.

Nada más.

Las palabras me saben a ceniza en la boca.

—Yo me encargaré —digo, guardándome la carpeta bajo el brazo.

—Nico. —La voz de Pietro me detiene en la puerta—. Sea lo que sea lo que esté pasando entre Kristen y tú... no sale de este recinto. No hasta que sepamos qué quieren realmente los Baganov.

Asiento una vez, de forma cortante y definitiva.

Pero mientras camino por el pasillo hacia mi oficina, no puedo quitarme la sensación de que mantener a Kristen al margen de los negocios está a punto de volverse imposible.

Porque en nuestro mundo, las personas que nos importan siempre se convierten en moneda de cambio.

Y acabo de entregarle a la Bratva todo lo que necesitan para destruirme.



El teléfono vibra sobre mi escritorio, interrumpiendo mi revisión de los informes trimestrales de construcción. Es la abogada de la familia a la que encargué los papeles del divorcio de Kristen hace tres días.

Respondo al segundo tono. —Dime.

—Señor Sartori. —Su voz transmite ese profesionalismo seco por el que le pago generosamente—. Me he puesto en contacto con la representación legal del señor Walker con respecto a la disolución del matrimonio.

Se me tensa la mandíbula. El hecho de que Jack Walker tenga siquiera representación me irrita. El hombre pidió dinero prestado a

la mafia rusa y dejó que su mujer cargara con las culpas. No debería poder permitirse ni un abogado de oficio, mucho menos uno privado.

—¿Y?

—Se ha negado a firmar.

Mis dedos detienen su golpeteo rítmico contra la madera.

—Se ha negado. —Repito la palabra lentamente, saboreando lo incorrecto de la situación—. ¿Bajo qué argumentos?

—Su abogado ha citado diferencias irreconciliables en la propuesta de reparto de activos y en los acuerdos de custodia. El señor Walker impugna los términos.

Impugna los términos.

Me echo hacia atrás en la silla; el cuero cruje bajo mi peso. A través de los ventanales de mi oficina, Chicago se extiende gris e indiferente bajo el cielo de febrero. En algún lugar ahí fuera, Kristen está visitando a su madre con Lily, felizmente ajena a que su futuro exmarido sigue intentando controlar su vida desde mil quinientos kilómetros de distancia.

—Envíeme los papeles —digo.

Una pausa. —¿Señor?

—Los documentos de divorcio sin firmar. Envíelos a mi oficina.

—Señor Sartori, debo advertirle que cualquier... método poco convencional para obtener una firma podría...

—Soy consciente de las implicaciones legales. —Mi voz baja de tono, más queda que un susurro pero lo bastante afilada como para cortar el cristal—. Envíe los papeles. Se los devolveré firmados en un plazo de cuarenta y ocho horas.

Otra pausa. Marchetti no llegó a ser la abogada de la familia Sartori haciendo preguntas innecesarias. —Entendido. Llegarán por mensajería esta tarde.

—Bien.

Termino la llamada sin cumplidos. Mi pulgar se mantiene sobre el contacto de Liam durante exactamente dos segundos antes de pulsar llamar.

Responde antes de que termine el primer tono. —Señor.

—¿Dónde está Kristen?

—Sigue en la residencia de su madre. Llegaron hace aproximadamente cuarenta y cinco minutos. Lily está dentro con la señora Thomas. Kristen ha salido al porche hace diez minutos; parecía que necesitaba aire. —Una breve pausa—. Parecía... tensa cuando entró.

Normal. Su madre la vendió a Jack. Kristen entra en territorio enemigo cada vez que visita a esa mujer, y lo hace de todos modos porque es demasiado orgullosa para dejar que nadie la vea flaquear.

—¿Hora prevista de regreso?

—Basándome en lo que dijo, otra hora. Hora y media si la niña se queda dormida.

—Cuando las traiga de vuelta al recinto, venga a mi oficina. Tengo un asunto que hay que gestionar.

Silencio en la línea. Liam lleva con la familia el tiempo suficiente para leer entre líneas cada palabra que digo. Sabe que «asunto» significa algo fuera de los parámetros normales. Algo que requiere discreción y, posiblemente, violencia.

—¿El exmarido? —pregunta, porque Liam siempre ha sido demasiado perceptivo para su propio bien.

—Se ha negado a firmar los papeles del divorcio.

—Ah. —Esa única sílaba conlleva todo un mundo de comprensión —. ¿Y le gustaría que yo... alentara su cooperación?

—Me gustaría que le entregara un mensaje. Uno que asegure que el señor Walker entienda las consecuencias de seguir obstruyendo el proceso. —Hago una pausa, dejando que el peso de mis siguientes palabras se asiente—. Él le puso las manos encima, Liam. Delante de Lily. Y ahora está jugando con el papeleo porque cree que la distancia lo hace intocable.

—La distancia es relativa —dice Liam—. Especialmente con los recursos adecuados.

—Exactamente.

Oigo el sutil cambio en su respiración. —¿Reglas de enfrentamiento?

Mi mano libre se cierra en un puño contra el muslo. Las viejas cicatrices de mis nudillos se tensan. —Nada permanente. Nada que se vea. Necesito su firma, no su cadáver. Pietro ya está lidiando con

el asunto de los rusos; no voy a añadir una investigación por asesinato a su lista de problemas.

—Entendido. ¿Alguna otra cosa?

—Averigüe quién está financiando su representación legal. Jack Walker no tiene donde caerse muerto, lo que significa que alguien más está pagando su lucha por la custodia.

—¿La Bratva?

La idea se me había pasado por la cabeza. Si los rusos no pudieron llegar a Kristen a través de la deuda, usar a Jack como marioneta sería su siguiente paso lógico. Mantenerla atrapada en batallas legales. Mantenerla estresada. Mantenerla vulnerable.

—Averígüelo —digo—. ¿Y Liam? Cuando hable con Walker… asegúrese de que entienda que Kristen Thomas me pertenece ahora. Ella y la niña, ambas. Si alguna vez vuelve a acercarse a ellas, la distancia no lo salvará.

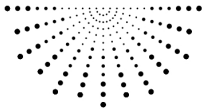
—Dalo por hecho, señor.

La línea se corta.

Dejo el teléfono. Jack Walker cree que puede controlar a Kristen desde la otra punta del país. Cree que sus juegos legales y sus amenazas de custodia le otorgan poder sobre ella.

Se equivoca.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



Kristen

El café reposa intacto entre nosotras. El vapor se eleva desde ambas tazas, pero ninguna de las dos hace ademán de cogerlas.

Las manos de mi madre envuelven su taza como si necesitara algo a lo que aferrarse. Desde el salón, oigo a Lily soltando risitas ante los dibujos animados que está viendo. El sonido parece estar a kilómetros de distancia.

—Kristen. —La voz de mi madre se quiebra al pronunciar mi nombre—. Necesito decir algo.

Aquí viene. He estado esperando este momento desde que nos sentamos. Durante la cena, hablamos de los dibujos de Lily y del tiempo y de absolutamente nada que importara. Ahora la verdadera conversación se asoma entre nosotras como un muro que no estoy segura de querer escalar.

—Lo siento. —Las palabras salen húmedas, cargadas de las lágrimas que está reprimiendo—. Siento muchísimo haberle dicho a Jack dónde estabas. Por todo.

Me quedo mirando el café. Di algo. Lo que sea.

Pero lo que sale de mi boca no es perdón.

—¿Sabes qué es lo peor? —Mi voz suena extraña. Hueca—. No es que quisieras a Jack. Ni siquiera es que le creyeras a él antes que a

mí.

A mi madre le tiembla la barbilla. Parece más vieja de lo que recordaba. ¿Cuándo ha pasado eso?

—Lo peor —continúo, y me arde la garganta—, es que cuando Jack llegó a nuestras vidas, actuaste como si por fin fueras libre.

—Eso no es...

—Libre de mí, mamá. —Las palabras saben a veneno. Como algo que he guardado en el pecho durante años, pudriéndose—. Como si yo fuera un problema con el que habías cargado a la fuerza. No tu hija. Una carga. Y de pronto aparecía ese hombre encantador dispuesto a quitarme de tus manos.

Las lágrimas ruedan por sus mejillas ahora. No se las limpia.

—Te crié sola. —Le tiembla la voz—. Tenía dos trabajos, a veces tres. Estaba tan cansada, Kristen. Tan cansada.

—Lo sé. —Y lo sé de verdad. Recuerdo el agotamiento en sus ojos, la forma en que se quedaba dormida en la mesa de la cocina con las facturas desplegadas a su alrededor—. No digo que no te sacrificaras. Lo que digo es que cuando apareció Jack, no es solo que te cayera bien. Parecías aliviada.

Se estremece como si le hubiera dado un bofetón.

—Como si, por fin, otro pudiera ocuparse de mí. Que otro pudiera preocuparse por si yo estaba bien. —Me tiemblan las manos alrededor de mi propia taza—. Y luego, cuando las cosas se pusieron feas... cuando intenté decirte cómo era él en realidad... no quisiste escucharlo. Porque si Jack era el villano, entonces tendrías que volver a aceptarme. Tendrías que volver a ser responsable de mí.

—Eso no es justo. —Pero su voz es débil. Nada convincente.

—Tal vez no. —La miro a los ojos—. Pero es como yo me sentí. Cada vez que le defendías. Cada vez que me decías que me esforzara más, que fuera mejor, que le diera otra oportunidad. Sentía que estabas eligiendo tu libertad por encima de mi seguridad.

El silencio se prolonga. Desde el salón, Lily ríe de nuevo. Un sonido tan puro. Intacto ante todo este desastre.

—No lo sabía. —La voz de mi madre es apenas un susurro—. Lo del dinero. El préstamo. Te juro que no sabía lo que estaba haciendo.

—¿Habría importado?

No responde. Ambas sabemos lo que eso significa.

—No intento ser cruel. —Dejo la taza porque mis manos no dejan de temblar—. Solo necesito que entiendas cómo me sentí. Ser tu hija y sentirme como un estorbo. Escapar por fin de un hombre que me hacía sentir una inútil, solo para que mi propia madre siguiera empujándome de vuelta a él.

A mi madre le tiemblan los hombros con sollozos silenciosos. Una parte de mí quiere consolarla. Otra parte quiere dejar que se quede en este sentimiento un rato. Que comprenda qué se siente al estar al otro lado.

Probablemente sea demasiado duro para ella, pienso. Sigue siendo mi madre.

Pero es la verdad. Y he terminado de fingir que las cosas están bien cuando no lo están.

—Te quiero, mamá. Pero necesito que dejes de ver a Jack como la respuesta a unas plegarias que nunca deberías haber rezado. No soy un problema que deba resolverse. Soy tu hija.

Ella asiente, limpiándose la cara con el dorso de la mano. El rímel se le corre por la mejilla.

—Sé que he sido dura contigo —admito—. Especialmente estos últimos meses. Pero tenía que proteger a Lily. ¿Y sinceramente? Tenía que protegerme a mí misma. Porque nadie más lo iba a hacer.

—Debería haber sido yo. —Su voz se rompe por completo—. Debería haberte protegido. Soy tu madre.

Sí. Deberías haberlo hecho.

No lo digo en voz alta. Hay cosas que no hace falta decir.

—¡Mami! —La voz de Lily corta la pesadez—. ¡Ven a ver! ¡El conejito está bailando!

Me levanto, agradecida por la interrupción. Mi madre se queda a la mesa, todavía llorando en silencio.

—Deberíamos irnos pronto —le digo—. Pero tal vez... tal vez podamos volver a intentarlo. Poco a poco.

Me mira con los ojos enrojecidos.

—Eso me gustaría.

Camino hacia el salón, hacia la risa de mi hija. A mis espaldas, oigo los sollozos contenidos de mi madre.

No me doy la vuelta.



Nico

Estoy revisando los horarios de entrega en mi tableta cuando las oigo entrar por la puerta trasera.

La voz de Lily me llega primero. —Mami, ¿podemos tomar el helado ya?

—En un rato, cariño.

Levanto la vista cuando doblan la esquina. Lily me ve de inmediato y me saluda con la mano como si estuviera al otro lado de un campo de fútbol en lugar de a tres metros. —¡Hola, Nico!

—Lily. —Asiento hacia ella y luego dejo que mi mirada se deslice hacia Kristen.

Ella no me está mirando. Sus ojos están fijos en algún punto cerca de mi hombro izquierdo, con la postura rígida. Lleva haciendo esto desde que tuvimos sexo la primera vez.

Es irritante de cojones.

—¿Buena visita? —pregunto, dejando la tableta.

Kristen por fin me mira a los ojos, pero solo un segundo. —Bien.

Lily tira de la mano de su madre. —La abuela ha llorado.

—Lily. —La voz de Kristen es cortante.

—¿Qué? Lo ha hecho.

Registro esa información mentalmente.

—Voy a acostar a Lily —dice Kristen, moviéndose ya hacia la puerta—. No molestaremos.

—¿Por qué?

Se queda helada. Lily nos mira a ambos con esos grandes ojos gris azulados que no se pierden nada.

—Porque... —A Kristen le tiembla la mandíbula—. Creo que es mejor que hoy mantengamos un perfil bajo.

—Un perfil bajo. —Repito las palabras con frialdad—. En la casa donde vives.

—Nico. —Mi nombre sale forzado. Mira hacia abajo, a Lily, y luego vuelve a mirarme con una expresión que dice ahora no.

Me separo de la encimera. —Lily, hay leche con chocolate en la nevera. Taza rosa, segundo estante.

La cara de Lily se ilumina. Mira a su madre pidiendo permiso.

—Adelante —dice Kristen suavemente.

La niña sale disparada hacia el frigorífico, y cierro la distancia entre Kristen y yo antes de que pueda retirarse. Me detengo lo suficientemente cerca como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme.

—Habla.

—No hay nada que...

—Me has estado evitando cada vez que salimos de la habitación. Habla.

Se sonroja. —Me siento... —Exhala con fuerza por la nariz—. Avergonzada, ¿vale? Todo el mundo en esta casa sabe lo que estamos haciendo. Lo que estoy haciendo. Contigo.

—¿Y?

—Y... —Gesticula con impotencia—. Soy la asistenta, Nico. El servicio. Y me estoy acostando con... —Baja la voz hasta apenas un susurro—. Con el hijo de Aria. Gracias a Dios que está en Sicilia, porque me moriría literalmente si se enterara. Yo... entraría en combustión espontánea de la vergüenza.

La miro fijamente. —¿Estás avergonzada de mí?

—¡No! Estoy avergonzada de mí misma. De lo que todos deben pensar de mí.

—Nadie piensa nada.

—Vittoria definitivamente piensa algo. Nora me ha echado una mirada en el desayuno...

—Nora le echa miradas a todo el mundo. Es lo suyo.

—Nico. —Kristen se presiona las sienes con los dedos—. Solo necesito algo de espacio para procesarlo todo. La visita con mi

madre ha sido... mucho. Y luego está lo de la custodia, y Jack, y...

—¡Mami! —La voz de Lily interrumpe—. ¡He encontrado la taza rosa!

Kristen relaja los hombros. Se mueve hacia su hija, dando por terminada nuestra conversación de forma efectiva.

Bien. ¿Quiere espacio? Le daré exactamente el que realmente necesita: ninguno.

Vittoria aparece en el umbral de la cocina como si hubiera estado esperando su señal. Probablemente así sea; mi hermana tiene una habilidad asombrosa para aparecer en momentos estratégicos.

—¡Ahí estáis! —Vittoria les sonríe radiante a Kristen y Lily—. Momento perfecto. Hay algo que tenéis que ver.

Kristen se tensa. —¿Qué?

—Es una sorpresa. —La sonrisa de Vittoria es sospechosamente amplia—. Pero primero, tenemos que ir al jardín pequeño. El que da a la cocina.

Lily se anima, con bigote de leche de chocolate y todo. —¿Una sorpresa?

—De las mejores. —Vittoria me guiña un ojo.

Kristen entorna los ojos. Se vuelve hacia mí, con una pregunta silenciosa en su expresión.

Mantengo el rostro completamente inexpresivo. Me encojo de hombros.

—¿No sabes nada de esto? —pregunta ella.

—Ni idea.

Soy un mentiroso decente. Va con el cargo. Pero la mirada de Kristen se demora en mí un instante de más, como si intentara leer la verdad en mi cara.

—¡Vamos, vamos! —Lily abandona su leche con chocolate y agarra la mano de Vittoria—. ¡Quiero ver!

Vittoria abre el camino por la puerta trasera de la cocina, hacia el pequeño jardín cerrado que Giulia usa para las hierbas. Hace calor aquí fuera, la luz del sol se filtra a través de la celosía superior, y hay una nueva incorporación en la esquina: una conejera de madera que hice traer esta mañana mientras Kristen estaba fuera.

Lily la ve primero.

Su grito podría romper cristales. —¡CONEJITOS!

Se suelta de Vittoria y corre por el jardín, cayendo de rodillas frente a la conejera. Dentro, dos conejos de orejas caídas —uno gris y otro blanco con manchas marrones— se acurrucan juntos en una esquina.

—¡Mami! ¡Mami, hay dos! —La voz de Lily se quiebra de alegría —. ¡Mira! ¡Mira!

Kristen camina hacia delante despacio, como si estuviera en un sueño. Se detiene junto a su hija y se queda mirando a los conejos.

Yo me quedo atrás, junto a la puerta. Observando.

Lily pega la cara a la malla metálica. —Son tan suaves. ¡Son tan suaves, mami!

—Ya los veo, cariño.

—¿Son míos? Vittoria, ¿son míos?

Vittoria se agacha a su lado. —Son tuyos, piccola. Todos tuyos.

Lily emite un sonido a medio camino entre un chillido y un sollozo. Todo su cuerpo vibra de felicidad. Se da la vuelta y me mira directamente.

—¡Gracias, Nico!

Yo no le he dicho que fuera cosa mía. Vittoria tampoco.

Los niños ven todo lo que dicen.

Ya veo.

—De nada. —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendía.

Kristen se levanta despacio y se gira para mirarme. Tiene los ojos húmedos. Abre la boca, la cierra. La abre de nuevo.

—Tú...

—El gris es un macho, la blanca es una hembra —digo antes de que se ponga emocional conmigo—. Son hermanos, así que se llevan bien. El criador dijo que necesitan heno timothy y verduras frescas a diario. He hecho que el personal guarde de todo en el armario de la limpieza.

Kristen se me queda mirando.

Lily ha abierto la conejera —Vittoria debe de haberle enseñado cómo— y está cogiendo con cuidado y reverencia al conejo gris en sus brazos. Su rostro es de pura y absoluta felicidad.

—Este se va a llamar Sir Floppington Cuarto —anuncia—. Y esta... —Observa al conejo blanco que sigue en la conejera—. Princesa Bun-Bun.

Vittoria se ríe. —Nombres perfectos.

No puedo evitar que una sonrisa asome a mis labios. Es pequeña, apenas imperceptible, pero es real.

Lily aprieta el conejo contra su pecho como si estuviera hecho de oro.

Kristen se mueve hacia mí. Se detiene cerca y su mano se alza, presionándose plana contra mi pecho, justo sobre mi corazón.

—¿Por qué? —susurra.

Porque tu hija se merece algo suave en un mundo de mierda que no ha sido más que duro.

Porque quería ver esa expresión en su cara.

Porque en algún momento del camino, estas dos atravesaron todos los muros que construí, y no sé cómo sacarlas.

—Necesitaba unos de verdad —digo en su lugar—. Los de peluche se estaban quedando viejos.

La risa de Kristen suena húmeda. Se pone de puntillas y me besa la mejilla, rápido, apenas un roce, pero me quema por dentro.

—Gracias —espira contra mi piel.

Y entonces se aleja, acercándose a su hija, agachándose para conocer a Sir Floppington Cuarto.

Vittoria me busca la mirada desde el otro lado del jardín. Su sonrisa es de complicidad. Presuntuosa.

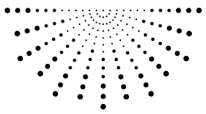
La fulmino con la mirada.

Ella solo sonríe más y gesticula en silencio: Estás perdidito.

No lo discuto.

No le falta razón.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



Kristen

Nunca antes había visto a Lily tan feliz. Una alegría pura y sin filtros irradia de cada rincón de su pequeño cuerpo mientras se pone de cuclillas junto a la madriguera de los conejos, con los dedos presionados contra la malla metálica.

—Mami, mira —susurra, como si tuviera miedo de que hablar demasiado alto los hiciera desaparecer—. Son de verdad.

Me concentro en este recuerdo. Voy a guardarlo bajo llave para siempre.

—Sir Orejas Cuarto necesita una corona más grande que el otro —anuncia Lily con total seriedad—. Porque es de la realeza.

Vittoria se ríe, agachándose a su lado. —Evidentemente. No podemos permitir que la nobleza parezca plebe.

Le lanzo una mirada furtiva a Nico. Está un poco apartado de nosotras, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión cuidadosamente neutral. Pero hay algo en la tensión de su mandíbula. Algo casi... ¿nervioso?

No. Nico Sartori no se pone nervioso.

Excepto que no deja de cambiar el peso de una pierna a otra. Y sus dedos tamborilean contra su bíceps con ese ritmo que he empezado a reconocer como su tic.

Está esperando a ver si ha acertado con esto.

Está aquí de pie observando la reacción de una niña de cuatro años como si su próximo aliento dependiera de ello.

Fuerzo mi atención de nuevo en Lily antes de que mis pensamientos se desvíen hacia terrenos peligrosos.

—¿Puedo acariciarlos un poquito más? —pregunta Lily, prácticamente saltando.

—Mañana —dice Vittoria—. Primero tienen que instalarse. Pero... —Hace una pausa dramática y la cabeza de Lily se gira hacia ella como un resorte—. La sorpresa no ha terminado todavía.

Lily se queda con la boca abierta. —¿Hay más?

—En tu habitación. —Vittoria sonríe—. ¿Quieres verlo?

Mi hija no espera a pedir permiso. Se pone en pie de un salto y sale corriendo hacia la casa, con sus zapatillas golpeando el camino de piedra.

—¡Lily, espera! —la llamo, pero ya va por la mitad del camino.

—Más despacio, *principessa* —le grita Vittoria riendo—. ¡Nosotras también vamos!

Lily se detiene en seco cerca de la entrada del jardín, vibrando de impaciencia. —¡De prisa!

Empiezo a caminar, pero noto los pies extraños. Pesados. Como si mi cuerpo supiera algo que mi cerebro aún no ha procesado.

Un detalle sin importancia para él. Eso es lo que es esto. Probablemente le llevó cinco minutos organizarlo. Una llamada de teléfono, quizá dos.

Pero para Lily...

Vittoria se entrelaza de mi brazo mientras caminamos. —Es adorable —murmura—. Espero que lo sepas.

—Es un terremoto —consigo decir.

—Los mejores siempre lo son.

No miro atrás hacia Nico. Sin embargo, puedo sentirlo detrás de nosotras. Esa conciencia que he desarrollado de su presencia, como si mi cuerpo se hubiera sintonizado con su frecuencia sin mi permiso.

Entramos por la cocina, siguiendo el emocionado parloteo de Lily que resuena por el pasillo. Se ha detenido ante la puerta de su

dormitorio, saltando de un pie a otro.

—¿Puedo abrirla? ¿Puedo? ¿Por favor?

—Adelante —dice Vittoria.

Lily abre la puerta de par en par y se queda petrificada.

Miro por encima de su pequeño hombro y se me corta el aliento.

La habitación se ha transformado. Donde antes había una simple cama de cuatro postes, ahora hay un dosel cubierto de una suave tela rosa que atrapa la luz como nubes de algodón de azúcar. Hay una pequeña estantería en un rincón, llena de libros de cuentos. Un sillón de lectura de felpa del tamaño perfecto para una niña. Y sobre la cama...

—¡Conejitos! —grita Lily.

Se lanza sobre el colchón, agarrando brazados de conejos de peluche. Debe de haber una docena. De diferentes tamaños, diferentes colores, diferentes expresiones. Todo un ejército de pelusa.

—¡Este es igual que Sir Orejas! —Sostiene un conejo gris de orejas caídas—. ¡Y esta puede ser su reina!

Se me nubla la vista. Parpadeo rápidamente, intentando mantener la compostura.

Vittoria me aprieta el brazo. —Os dejaré un momento a solas —susurra, y luego se marcha discretamente.

Me quedo en el umbral, viendo a mi hija rodar por una cama que probablemente cuesta más que todo nuestro apartamento, rodeada de más juguetes de los que jamás ha tenido juntos. Se está riendo.

Siento una presencia a mi lado. No necesito mirar para saber quién es.

—¿Es demasiado? —La voz de Nico es baja. Incierta de una forma que nunca le había oído.

Niego con la cabeza porque no me salen las palabras.

Él ha hecho esto.

No porque tuviera que hacerlo. No porque nadie se lo pidiera.

Sino porque vio a una niña que no tenía nada y decidió que debía tener algo.

Mis dedos buscan su mano sin pensarlo. Aprieto una vez. Es todo lo que soy capaz de hacer.

Su pulgar acaricia mis nudillos. Brevemente. De forma casi imperceptible.

Pero lo dice todo aunque ninguno de los dos pueda hablar en voz alta.

El calor que se extendía por mi pecho se vuelve frío.

Espera.

Observo a Lily organizar a sus nuevos conejos de peluche en lo que ella llama una «corte real», con jerarquía e historias elaboradas que se va inventando sobre la marcha.

Esta no es nuestra habitación. Esta no es nuestra casa. Esta no es nuestra vida.

Somos invitadas aquí. Temporales. Protegidas hasta que la situación con la Bratva se resuelva y la amenaza de custodia de Jack desaparezca. ¿Y luego qué? Volveremos a nuestro apartamento minúsculo con el ascensor estropeado y la tostadora caprichosa, y Lily tendrá que dejar atrás...

Todo esto.

Los conejos. Los libros. El sillón de lectura que tiene el tamaño perfecto para su pequeño cuerpo. El dosel que la hace sentir como si durmiera en un cuento de hadas.

Retiro mi mano de la de Nico.

—Lily, cariño —digo, manteniendo la voz ligera—. Sigue jugando. Mami tiene que hablar con Nico un momento.

Ni siquiera levanta la vista. —Vale. De todas formas, Sir Orejas está a punto de nombrar caballero a la princesa Bun-Bun.

Salgo al pasillo y Nico me sigue. Su presencia llena el estrecho espacio, haciéndome muy consciente de lo cerca que está.

—¿Qué pasa? —Su voz es baja. Controlada.

Miro hacia la puerta, asegurándome de que Lily no pueda oírnos. Cuando hablo, las palabras salen apenas por encima de un susurro.

—Esto es demasiado.

Su mandíbula se tensa. —Ella necesitaba...

—Sé lo que necesitaba —lo interrumpo, manteniendo la voz baja —. Pero Nico, no vamos a vivir aquí para siempre. Este no es nuestro hogar. ¿Qué pasará cuando nos vayamos y ella tenga que devolver todo esto?

—Si llega el día en que quieres marcharte —dice despacio, cerrando los ojos como si le doliera pronunciar las palabras—, todo lo que hay en esa habitación se va contigo. Los muebles. Los libros. Cada uno de los conejos de peluche. Es suyo.

El alivio me invade. Breve. Incompleto.

Porque ese no es el único problema.

—Ya te debo ciento cuarenta mil dólares. —La cifra me sabe amarga en la lengua—. ¿Y ahora esto? Nico, no puedo... —Niego con la cabeza, con la frustración creciendo en mi pecho—. No puedo seguir aceptando cosas de ti. No está bien.

Su expresión se vuelve seria. No enfadada.

—Kristen. —Mi nombre suena diferente cuando él lo pronuncia—. Quería hacerle un regalo a Lily. Eso es todo lo que es esto.

—Pero...

—Es para ella. —Se acerca un paso, y de repente apenas queda aire entre nosotros—. No tiene nada que ver con la deuda. Nada que ver con que me devuelvas nada. Vi a una niña que merecía algo bueno y hice que sucediera.

Se me cierra la garganta. —No puedes limitarte a...

—Puedo. —Su voz baja aún más—. Y lo he hecho.

Lo miro fijamente, buscando la trampa. El ángulo. La manipulación que se oculta bajo la superficie.

Siempre hay un interés oculto.

Jack me enseñó eso. Cada regalo venía con condiciones. Cada amabilidad era una baza para usar más tarde. Cada momento de generosidad era un arma que acabaría usando contra mí.

Eres tan desagradecida. Después de todo lo que he hecho por ti.

Pero Nico no me mira como solía hacerlo Jack. No hay suficiencia. No hay cálculo. Solo... frustración. Como si genuinamente no entendiera por qué esto es complicado.

—En mi mundo —continúa—, cuidas de la gente que está bajo tu protección. Eso no es una deuda. No es una transacción. Es solo... —Hace una pausa, buscando las palabras—. Es lo que se hace.

—Yo no pertenezco a tu mundo.

—Ahora sí.

—Se va a encariñar —susurro—. Con todo esto. Con... contigo.

Sus ojos oscuros sostienen los míos. —¿Es eso un problema?

Sí. No. Ya no lo sé.

—¿Qué pasa cuando esto termine? —pregunto—. ¿Cuando Jack esté solucionado, los rusos se hayan ido y no haya razón para que nos quedemos?

El silencio se alarga entre nosotros. Denso y cargado de todo lo que ninguno de los dos dice.

Finalmente, Nico habla. Simple. Directo.

—Quédate de todos modos.

Mi corazón da un vuelco.

—Nico...

—¡Mami! —La voz de Lily rompe el momento—. ¡La princesa Bun-Bun quiere conocer a los conejos de verdad! ¿Podemos volver al jardín? ¿Por favor?

Tomo aire. Luego otro.

—En un minuto, cielo.

Miro a Nico. Veo la intensidad de su expresión. La forma en que sus dedos se flexionan a sus costados como si se estuviera conteniendo físicamente de acercarse a mí.

—Quédate de todos modos.

Como si fuera así de sencillo. Como si pudiera simplemente elegir pertenecer a un lugar después de años de que me recordaran que no pertenecía a ninguna parte.

—Hablaremos de esto más tarde —digo en voz baja.

Su mandíbula se tensa. —Hablaremos.

No es una pregunta. Es una promesa.

Y de alguna manera, eso me aterra más que cualquier otra cosa.



Nico

Kristen y Lily desaparecen.

—Quédate de todos modos.

¿De verdad he dicho eso? ¿En voz alta? ¿A otro ser humano?

—¿Y bien? —Vittoria aparece a mi lado como si se hubiera materializado de la nada. Uno de estos días voy a ponerle un cascabel—. ¿Le ha gustado?

Me aparto de la ventana. —Le ha gustado.

Vittoria entrecierra los ojos, estudiando mi cara como si fuera una línea de código especialmente confusa. —¿Y?

—Y te doy las gracias. —Las palabras se sienten extrañas en mi boca. Extrañas—. Por ayudar a organizarlo.

La mano de Vittoria vuela hacia mi frente antes de que pueda reaccionar, presionando su palma contra mi piel. Me aparto de un tirón.

—¿Qué demonios haces?

—Compruebo si tienes fiebre. —Sus ojos se abren de par en par con un asombro exagerado—. Madre mía. Nico Sartori está dando las gracias a la gente. ¿Qué será lo próximo? ¿Vas a empezar a abrazar a extraños? ¿A ser voluntario en comedores sociales?

—Vittoria...

—No, no, esto es importante. Tengo que documentar este momento. —Saca su teléfono y yo lo aparto de mi cara de un manotazo—. La familia tiene que saberlo. Lorenzo va a perder la cabeza. Puede que Pietro incluso sonría.

—Eres muy graciosa.

—Lo sé. —Ella sonríe, guardándose el teléfono en el bolsillo—. El amor ha hecho esto, ¿verdad? Ha convertido a mi hermano frío y calculador en alguien que dice gracias sin que le hagan un submarino primero.

Mi mandíbula se aprieta. —No estoy...

—Lo estás. —Agita la mano restándole importancia—. No pasa nada. Es bueno, de hecho. Quizá debamos encontrar a alguien para Bruno también. Para que se ablande. Que se convierta en un perrito faldero como tú.

—No lo hagas.

Ella no se detiene. Por supuesto que no se detiene. Es Vittoria.

—Podríamos poner un anuncio en internet —continúa, dándose golpecitos en la barbilla pensativa—. «Se busca: Mujer a la que no le importe que le griten constantemente y no tenga problemas con las sillas de ruedas. Debe disfrutar de los huraños y tener una excelente tolerancia a la falta de disponibilidad emocional. Los beneficios incluyen vivir en una mansión y no saber nunca si hoy es el día en que finalmente perderá los papeles».

La rabia golpea como el encendido de una cerilla. Caliente. Inmediata.

—Basta.

Mi voz suena profunda.

La sonrisa de Vittoria flaquea. Bien.

—Bruno no es una broma —digo, cada palabra precisa. Controlada—. No es un problema que tengas que resolver con tus ocurrencias ingeniosas. Lo perdió todo. Sus piernas. Su posición. Su puto futuro. ¿Y tú te quedas ahí haciendo bromas sobre poner un anuncio para que alguien... qué? ¿Lo arregle? ¿Como si fuera un mueble roto?

El semblante de Vittoria cambia. La luz burlona de sus ojos se apaga.

—Es nuestro hermano —continúo—. No un caso de caridad. No un entretenimiento. Así que piénsalo bien antes de volver a abrir la boca.

El silencio se extiende entre nosotros. Puedo oír el reloj de pie haciendo tictac en el pasillo. Mi propio pulso martilleando en mis oídos.

Entonces Vittoria hace algo inesperado.

Se ríe.

No es su risa brillante y evasiva de siempre. Es algo más suave. Casi triste.

—Ahí está —dice en voz baja—. El capullo que conozco y quiero.

Parpadeo. —¿Qué?

—Has estado tan... diferente últimamente. —Me hace un gesto vago con la mano—. Más blando. Más humano. Casi había olvidado que tenías colmillos. —Su sonrisa se vuelve genuina—. Es bueno saber que siguen ahí.

No sé qué hacer con eso. Así que no digo nada.

Vittoria se acerca y, esta vez, cuando me toca, es con gentileza. Pone la mano en mi brazo. Sus ojos oscuros encuentran los míos con una intensidad que me recuerda demasiado a nuestro padre.

—Lo siento —dice—. Por lo de Bruno. Ha sido cruel. Hago bromas cuando no sé qué más hacer y yo... —Traga saliva—. No sé cómo ayudarlo. Ninguno de nosotros sabe. Y es más fácil reír que admitir eso.

La ira se drena de mi cuerpo. Deja algo vacío en su lugar.

—Lo sé.

—¿Pero Nico? —Me aprieta el brazo—. Te estoy agradecida. Por lo que has hecho. Por Kristen y Lily. Por hacer que este lugar parezca menos una fortaleza y más... no sé. Un hogar, quizá.

Miro hacia otro lado. A la ventana de nuevo. Al jardín donde Kristen está arrodillada junto a la madriguera de los conejos, con Lily pegada a su costado.

—Sigues siendo un capullo —añade Vittoria—. Solo para que quede claro. Un capullo de categoría, premium, de los mejores.

—Gracias por la aclaración.

—Pero también eres un buen hombre. —Su voz se suaviza—. Se me olvida a veces. A todos se nos olvida. Incluso a ti mismo, creo.

Algo se me queda atascado en la garganta. No lo reconozco.

—Vete a molestar a otro —digo—. Tengo trabajo que hacer.

Vittoria resopla. —Seguro que sí. —Me suelta el brazo, dirigiéndose ya hacia la puerta—. Saluda a tu trabajo de mi parte. Seguro que es muy guapa.

Se marcha antes de que pueda responder.

Me quedo ante la ventana durante un largo rato. Observando a Kristen enseñarle a Lily cómo sostener el conejo correctamente. Escuchando el eco de las palabras de mi hermana en la habitación vacía.

Un buen hombre.

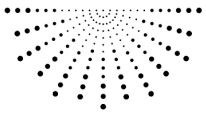
Nadie me había llamado eso antes. Nadie que supiera lo que hago de verdad. Quién soy de verdad.

Kristen levanta la vista de repente, como si pudiera sentir que la estoy mirando. Nuestros ojos se encuentran a través del cristal. Ella

sonríe.

Y por un segundo aterrador, casi creo que Vittoria podría tener razón.

CAPÍTULO TREINTA



Kristen

El vino reposa sobre la mesilla de noche de Nico, de un color burdeos oscuro en el decantador de cristal que he encontrado en la cocina. Las fresas brillan en un cuenco de cerámica a su lado, junto con rodajas de mango y uvas. Todo un despliegue de seducción en toda regla, si se me permite decirlo.

El sonido de la ducha se corta en el cuarto de baño.

Me aliso con las manos el albornoz de seda que he cogido prestado del armario. Técnicamente, no pertenece a nadie; Vittoria mencionó que en las habitaciones de invitados siempre hay de sobra.

La puerta del baño se abre.

Entonces aparece Nico, con la toalla colgada a la altura de las caderas y el agua aún recorriendo los relieves de su pecho. Su pelo oscuro está peinado hacia atrás, lo que hace que sus rasgos angulosos parezcan aún más afilados. Más severos.

Dios, es precioso.

Sus ojos encuentran la bandeja inmediatamente. Luego me encuentran a mí.

—¿Quieres que tenga energía por alguna razón específica? —Las palabras son informales, pero su voz ha bajado a ese registro que

hace que mis muslos se aprieten el uno contra el otro.

Cojo una fresa, examinándola como si guardara los secretos del universo. Luego me la meto en la boca, mordiendo lentamente. El jugo estalla contra mi lengua, dulce. Dejo escapar un pequeño gemido y sostengo su mirada con ojos grandes e inocentes.

—No entiendo de qué me hablas.

La mandíbula de Nico se tensa. Sus dedos se agitan a sus costados.

Entonces la toalla cae.

—Vaya si sabes a lo que me refiero.

Oh.

Me hundo de rodillas.

El movimiento es instintivo. Como si él fuera una fuerza a la que no puedo resistirme, y quizá no quiero hacerlo. La mullida alfombra amortigua mis piernas mientras lo miro, sosteniendo aún la fresa a medio comer entre los dedos.

Nico acorta la distancia. Su mano se enreda en mi pelo con la firmeza suficiente para que sienta la fuerza controlada de su agarre. Me echa la cabeza hacia atrás, obligándome a sostenerle la mirada.

—¿Qué es lo que quiere mi pequeña ninfómana?

En lugar de responder, me inclino hacia delante y lo tomo con la boca.

—Cazzo...

Su cabeza cae hacia atrás. Envuelvo con mi mano la base de su miembro, acariciando lo que mis labios no alcanzan, y siento que sus dedos se aprietan en mi pelo. El tirón envía un calor que se acumula entre mis piernas.

Esto. Esto es lo que quería. Hacerle perder el control. Ver al hombre más peligroso que he conocido desmoronarse por mi culpa.

Hundo las mejillas, tomándolo más profundamente, y sus caderas dan una sacudida involuntaria. Un gruñido retumba en su pecho.

—Mírame.

La orden corta mi neblina. Alzo los ojos sin detenerme, sin aminorar el ritmo, y lo encuentro mirándome con una intensidad que me roba el aliento.

—Dio, eres jodidamente perfecta.

Gimo teniéndolo dentro, y la vibración hace que el agarre en mi pelo sufra un espasmo. Sus caderas se balancean hacia delante, tanteando, y relajo la garganta para recibir más. El estiramiento escuece un poco, pero no me importa. Quiero arder por él. Quiero consumir y ser consumida.

—Eso es, bella. Toma lo que quieras.

Y eso hago.

Su mano se aprieta en mi pelo, tirando de mí hacia atrás.

—Para.

La palabra sale estrangulada. Ronca. Lo suelto con un chasquido húmedo y levanto la vista, confundida. Su pecho sube y baja con fuerza, los músculos tensos bajo la piel dorada aún húmeda de la ducha.

—¿He hecho algo mal?

La risa de Nico es oscura. Forzada. —No, bella. Lo has hecho todo demasiado jodidamente bien. —Me acuna la mandíbula, recorriendo con el pulgar mi labio inferior hinchado—. Pero no voy a terminar así. No cuando quiero estar dentro de ti.

Oh.

—Levántate.

Obedezco. Me tiemblan ligeramente las piernas al ponerme de pie, sintiendo el roce del albornoz de seda contra mi piel ardiente. Los ojos de Nico me recorren de arriba abajo.

—Quítatelo.

Mis dedos encuentran el cinturón en mi cintura. Deshago el nudo despacio, dejando que la tela se abra centímetro a centímetro. El aire fresco golpea primero mis pechos desnudos, luego mi vientre y después más abajo. El albornoz se amontona a mis pies con un susurro de seda.

La mandíbula de Nico se aprieta tanto que veo saltar el músculo.

—Cazzo. —Susurra el taco como si fuera una oración—. Ven aquí.

Me coge de la mano y me guía hacia la cama, pero no encima de ella. En su lugar, me coloca al borde, de cara al colchón.

—Inclínate hacia delante. Las manos en la cama, los pies en el suelo.

Me doblo por la cintura, presionando las palmas sobre las sábanas.

La palma de Nico se desliza por mi columna, haciendo que me arquee ante su toque como un gato. Su mano se curva sobre mi cadera, agarrándola con la fuerza suficiente para dejar marcados sus dedos.

Entonces sus dedos se deslizan entre mis piernas.

—Dio. —Su voz baja a un tono grave—. Ya estás así de mojada por mí.

Dos dedos se deslizan dentro sin previo aviso. Jadeo, apretando las manos en las sábanas mientras él los curva contra ese punto que hace que se me nuble la vista.

—Dime qué quieres.

Su pulgar rodea mi clítoris mientras sus dedos bombean rítmicamente. La doble sensación me cortocircuita el cerebro. No puedo pensar. No puedo respirar. Solo puedo sentir.

—Dímelo. —Acentúa la orden con un giro de muñeca que hace que mis rodillas flaqueen—. Usa tus palabras, bella.

—A ti —logro decir entre respiraciones entrecortadas—. Te quiero dentro.

—No es lo bastante específico —responde con otro rizo devastador de sus dedos—. Inténtalo de nuevo.

Bastardo.

—Quiero que me folles. —Las palabras salen sin vergüenza y desesperadas—. Duro. Profundo. Quiero sentirte durante días.

Nico gruñe. Sus dedos se retiran, dejándome vacía y dolorida. Oigo abrirse el cajón de la mesilla de noche y el crujir de un envoltorio de papel de aluminio.

Entonces, la punta de su miembro presiona contra mi entrada.

—Recuerda —dice, con la voz áspera como el papel de lija—, que tú lo has pedido.

Entra con una embestida brutal.

Grito, clavando las uñas en las sábanas. Está tan profundo que lo siento en todas partes, estirándome, llenándome. Sus manos agarran mis caderas con fuerza suficiente para dejar moratones mientras establece un ritmo castigador.

Nada de preámbulos lentos. Nada de introducciones suaves. Solo una necesidad cruda e implacable.

—Così stretta. —El italiano brota de sus labios como un elogio sucio—. Estás jodidamente estrecha.

Cada embestida me empuja hacia delante; el armazón de la cama gime en protesta. Me apoyo en los brazos para no derrumbarme, pero mis músculos son fuego líquido. Cada terminación nerviosa grita de un placer tan intenso que roza el dolor.

—Más fuerte. —La palabra se me escapa antes de que pueda evitarlo—. Por favor, Nico...

Él gruñe y ajusta el ángulo, golpeando más hondo. Las estrellas explotan ante mis ojos.

—Eso es. —Su palma choca contra mi trasero en un azote seco que me hace contraerme alrededor de él—. Toma lo que necesites.

Me estoy ahogando. Ardiendo. Deshaciéndome por las costuras.

Su mano se desliza por debajo para encontrar mi clítoris, frotando en círculos apretados al ritmo de sus embestidas. El ataque dual me destruye. Estallo con un grito que apenas reconozco como mío, mientras mis paredes se aferran a su miembro en oleadas rítmicas.

Nico me sigue segundos después, enterrándose hasta el fondo mientras llega al clímax con un gruñido gutural que vibra por todo mi cuerpo.

Nos quedamos congelados así, ambos jadeando. Su frente cae para descansar entre mis omóplatos, con el aliento caliente contra mi piel empapada de sudor.

—Perfetta. —Me da un beso en la columna—. Absolutamente perfecta.

Me desplomo hacia delante sobre el colchón, sin fuerzas y satisfecha. Nico se retira con cuidado, se deshace del preservativo y luego me estrecha contra su pecho. Nos dejamos caer bien sobre la cama, con los miembros entrelazados y el corazón todavía acelerado.

—Las fresas se están calentando —mascullo contra su hombro.

Su pecho retumba con una risa—. Pues nos las comeremos calientes.

Sonrío, apretándome más contra su calor sólido. Sus dedos trazan patrones perezosos en mi cadera y, por este momento, todo lo que hay fuera de estas paredes deja de existir. Ni rusos. Ni exmarido. Ni batalla por la custodia.

Solo nosotros.

Solo esto.



Nico

El agua de la ducha todavía gotea de mi pelo mientras me pongo unos pantalones de chándal limpios. Kristen se envuelve en mi albornoz, cuyas mangas le cuelgan más allá de las yemas de los dedos. Está perfecta.

—Esta noche —digo, mientras voy hacia donde está ella junto a la cama—, creo que podemos darnos un maratón de sexo.

La carcajada que suelta es sonora.

—¿Qué? —exijo saber.

Ella se lleva la mano a la boca, con los ojos llorosos—. Lo siento. Es que... yo en realidad esperaba un maratón de una serie de televisión.

Me quedo mirándola—. ¿Un qué?

—Ya sabes. —Agita la mano vagamente—. Elegir una serie, pedir comida y ver seis episodios seguidos mientras perdemos poco a poco la sensibilidad en las piernas porque no nos hemos movido del sofá.

—No soy muy fan.

Ella arquea las cejas—. ¿De la tele?

—De quedarme quieto durante horas viendo a otros hacer cosas.

—Eso es... —Hace una pausa, ladeando la cabeza. Algo cambia en su expresión. Menos burlona, más curiosa—. ¿De qué eres muy fan, entonces?

La pregunta me pilla desprevenido.

Nadie me pregunta cosas así.

No recuerdo la última vez que alguien quiso saber qué me gusta.

—Los coches —me oigo decir—. Me gusta trabajar en ellos. Desmontar cosas, volver a montarlas.

Los ojos de Kristen se agrandan un poco—. ¿Trabajas en coches? ¿O sea, con las manos?

—Con las manos —confirmo, flexionando los dedos—. Hay un Camaro del 69 en el garaje. Pietro cree que es chatarra. Llevo tres años restaurándolo.

—¿Tres años?

—No se trata de terminar. Se trata de... —Me detengo, sintiéndome expuesto. Esto es una estupidez. ¿Por qué le estoy contando esto?

—¿De qué? —insiste ella con suavidad.

Exhalo—. Se trata de entender cómo funciona algo. Cada tornillo, cada cable. Cuando reconstruyes un motor, sabes exactamente qué es lo que lo hace funcionar. Nada oculto. Nada inesperado.

A diferencia de las personas, no añado. Pero por la forma en que su expresión se suaviza, creo que lo oye de todos modos.

—Eso tiene sentido —dice en voz baja—. Te gusta el control.

—Me gusta la certeza. —La distinción es importante.

Ella asiente lentamente, procesándolo. Sus dedos juguetean con el cinturón de mi albornoz, y sigo el movimiento sin querer.

—¿Qué más? —pregunta.

—El ajedrez. —La confesión me suena extraña en la lengua—. Juego por internet. Partidas anónimas contra desconocidos.

—Juegas al ajedrez.

—Pareces sorprendida.

—No es eso... es que... —Se ríe de nuevo, esta vez de forma más ligera—. Supongo que te imaginaba haciendo... no sé. Cosas intimidantes en tu tiempo libre. Afilar cuchillos. Mirar muros con cara de pocos amigos.

—También hago eso.

Su risa vale un mundo.

—¿Y tú? —pregunto, sentándome en el borde de la cama—. ¿De qué eres muy fan?

La pregunta parece sobresaltarla tanto como la suya a mí. Parpadea, y luego una sonrisa tímida se extiende por su rostro.

—De Disney.

Espero a que llegue la broma. No llega.

—De Disney —repito.

—No me juzgues.

—No te juzgo.

—Tu cara dice que me juzgas.

—Mi cara es mi cara.

Ella pone los ojos en blanco y se deja caer en la cama a mi lado; el colchón se hunde bajo su peso—. Crecí con las películas de Disney. Mi madre trabajaba turnos dobles casi todos los fines de semana, así que yo me quedaba en nuestro apartamento y veía las mismas cintas de VHS una y otra vez: *La sirenita*, *La bella y la bestia*, *Mulan*.

—*Mulan* —repito—. La guerrera.

—Salva China siendo más inteligente que todos los que la rodean. —La voz de Kristen se vuelve suave—. Eso me encantaba. Una chica que no necesitaba que un príncipe la rescatara.

—¿Y ahora? —pregunto—. ¿Sigues viéndolas?

—Con Lily, sí. Ahora es diferente. Ver cómo las descubre ella por primera vez. —Sus ojos adquieren esa mirada lejana que se le pone cada vez que habla de su hija—. Ahora mismo está obsesionada con Enredados. La habremos visto unas cuarenta veces.

—Cuarenta.

—Por lo menos.

Intento imaginarme aguantando la misma película cuarenta veces.

—La canción —continúa Kristen, ajena a mis pensamientos errantes—. ¿La escena de los farolillos? Me hace llorar cada vez. Es vergonzoso.

—¿Por qué vergonzoso?

Se encoge de hombros, sin mirarme a los ojos—. No son más que dibujos animados.

—Te hace sentir algo. Eso no es vergonzoso.

Su mirada se clava en la mía. Lo que sea que ve allí hace que se le corte la respiración.

—Eres extraño —susurra.

—Eso me han dicho.

—No, quiero decir... —Alarga la mano y las yemas de sus dedos rozan mi mandíbula. El toque es ligero como una pluma, apenas perceptible, pero mi pulso golpea con fuerza contra mis costillas—. Actúas como un hombre frío y calculador. Todo negocios, amenazas e intimidación. Pero luego dices cosas como esa.

—¿Como qué?

—Como que los sentimientos no son una debilidad.

Le agarro la muñeca, sosteniendo su mano contra mi cara. Su piel está caliente por la ducha—. Pueden serlo. En mi mundo, suelen serlo.

—¿Pero?

La palabra queda suspendida entre nosotros.

—Pero tú no eres una debilidad —digo lentamente, probando la veracidad de mis palabras—. Eres otra cosa.

—¿Qué?

No tengo una respuesta. Todavía no.

En su lugar, la atraigo más cerca, acomodándola contra mi pecho. Viene de buena gana, su cuerpo encaja contra el mío como si perteneciera ahí. Como si siempre hubiera pertenecido ahí.

—Entonces —digo contra su pelo—, ese maratón de la tele.

Ella se queda quieta—. ¿Sí?

—Una condición.

—¿Cuál?

—Tú eliges la serie. Pero yo puedo hacer preguntas.

Su risa vibra a través de mí—. ¿Quieres hacer preguntas durante la serie? Eso es el pecado capital de los maratones.

—No conozco esas reglas.

—Está claro. —Echa la cabeza hacia atrás para mirarme, y la sonrisa de su cara provoca algo peligroso en mi pecho—. Vale. Pero si hablas durante las partes importantes, te echo de tu propio dormitorio.

—Anotado.

Vuelve a acomodarse contra mí, alargando la mano hacia el mando en la mesilla de noche. La pantalla cobra vida y ella empieza a navegar por las opciones.

No miro la pantalla.

La miro a ella.

La forma en que arruga la nariz cuando descarta una serie. La forma en que susurra los títulos para sí misma. La forma en que se siente completamente cómoda en mi espacio, con mi albornoz, en mi cama.

Esto es peligroso, me susurra la parte lógica del cerebro. Te ablanda. Te hace vulnerable. Te hace desear cosas que juraste no querer jamás.

Le digo a esa voz que se calle de una puta vez.

—Esta —anuncia Kristen, seleccionando una llamada Outer Banks —. Va de una búsqueda del tesoro, de niños ricos contra niños pobres y de muchas carreras dramáticas por los pantanos.

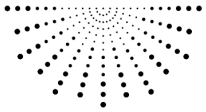
—Suena terrible.

—Es increíble. —Le da al play y se acurruca más en mis brazos—. Ahora, chitón.

No guardo silencio. Hago preguntas durante todo el primer episodio —¿quién es ese?, ¿por qué hacen eso?, ¿por qué no se lo dice?— hasta que Kristen amenaza con asfixiarme con una almohada.

Nunca me he sentido más satisfecho en mi vida.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO



Kristen

—El ritmo era perfecto —insiste Vittoria, agitando su café helado como si fuera un arma—. Cada capítulo se apoyaba en el anterior.

Nora suelta un bufido. —El ritmo era como caminar por cemento fresco. Me leí por encima toda la parte central.

—¿Te la leíste por encima? —La voz de Vittoria alcanza un tono que hace que dos clientes del siguiente quiosco se den la vuelta—. Eso es un sacrilegio literario.

—Es instinto de supervivencia. La vida es demasiado corta para libros que me dejan dormida.

Camino tras ellas por el centro comercial, escuchando a medias su discusión sobre una novela de romance fantástico que ambas han leído. A Vittoria le encantó. A Nora le pareció «agresivamente aburrida». Llevan así veinte minutos y, sinceramente, es lo más normal que he experimentado en semanas.

Lily me lleva de la mano, con el otro brazo rodeando el conejo de peluche que Vittoria le ha comprado en la juguetería por la que pasamos. La Princesa Bun-Bun Segunda, al parecer. Porque la auténtica Princesa Bun-Bun necesitaba una compañera de viaje.

—El protagonista estuvo emocionalmente inaccesible durante trescientas páginas —continúa Nora—. Eso no es un romance a

fuego lento. Eso es un fuego que se niega a prender.

—Se estaba curando. —Vittoria se lleva la mano al pecho con dramatismo—. Algunas apreciamos a un hombre que necesita tiempo para procesar su trauma.

Nora me lanza una mirada. —Kristen, dánme la razón.

Levanto la mano que tengo libre. —Soy Suiza. Completamente neutral.

—Cobarde —murmura Vittoria, pero está sonriendo.

Pasamos por delante de una tienda de ropa infantil y Lily me tira de la mano. —Mami, ¿podemos mirar?

—Quizá a la vuelta, cielo.

La verdad es que sé exactamente a dónde quiero ir. Lo sé desde que Nico sugirió esta tarde de compras ayer. Hay una librería en la tercera planta. Tienen una sección de medicina. Consulté su página web anoche como una auténtica acosadora.

Diccionario Médico Enciclopédico de Taber. Última edición. Setenta y tres dólares.

Medicina de Urgencias: Guía de Estudio Exhaustiva. Ciento doce dólares.

Libros que he deseado durante años. Libros cuya compra no podía justificar cuando Lily necesitaba zapatos nuevos, cuando había que pagar el alquiler, cuando las deudas de Jack devoraban todo lo que ganaba.

Pero ahora tengo dinero. Mi dinero. Mi sueldo por gestionar la casa Sartori.

No la tarjeta de crédito dorada que Nico me metió en el bolsillo. No es caridad. No es otra deuda que le deba a alguien.

Es mío.

—¿A dónde ahora? —pregunta Vittoria, deteniéndose en un cruce de tiendas—. Nora necesita zapatos nuevos...

—No necesito zapatos nuevos.

—Tienes exactamente tres pares. Eso es trágico.

—Eso es práctico.

—Hay una librería —digo, y las palabras salen antes de que pueda pensarlo demasiado—. En la tercera planta. Quería echar un vistazo.

Ambas se giran para mirarme. La expresión de Vittoria pasa de la curiosidad al deleite.

Vittoria se engancha a mi brazo. —Entonces vamos. Guíanos.

La librería huele a papel y a café. El cielo.

Lily se siente atraída de inmediato hacia la sección infantil, donde un empleado está preparando marionetas para la hora del cuentacuentos. Intercambio una mirada con Nora; ella asiente y sigue a Lily mientras Vittoria se queda conmigo.

La sección de medicina es más pequeña de lo que esperaba. Mis dedos recorren los lomos, leyendo títulos que solo he visto por internet. El corazón me da un vuelco estúpido, como si fuera una niña en una tienda de golosinas.

Patético. Solo son libros.

Pero no son solo libros. Es una posibilidad. Es esa parte de mí que Jack intentó matar y no pudo.

Encuentro el diccionario primero. Lo saco del estante. El peso en mis manos me parece significativo por alguna razón.

—Ese parece intenso —dice Vittoria, escudriñando la portada.

—Es una guía de consulta. Todos los términos médicos que pudieras necesitar. —Hojear las páginas hace que algo se relaje en mi pecho—. He estado usando una edición de hace diez años que encontré en una tienda de segunda mano. Esta tiene la terminología actualizada.

Vittoria echa mano a su bolso. —Deja que yo...

—No. —La palabra sale más cortante de lo que pretendía. La suavizo con una sonrisa—. Gracias, pero no. Voy a comprar esto yo misma.

Me observa un momento. Me espero una discusión. Resistencia. Los Sartori derrochan el dinero como si no fuera nada; he visto cómo viven.

Pero Vittoria se limita a asentar. —De acuerdo.

Eso es todo. Sin hacerme sentir culpable. Sin insistir.

Añado la guía de medicina de urgencias a mi montón. Luego un texto de farmacología que llevaba meses ojeando. El total se comerá una buena parte de mi sueldo, pero cuando entrego mi tarjeta de débito en la caja, algo cambia en mi interior.

Esto es mío. Me lo he ganado. Nadie me lo puede quitar.

El cajero embolsa mis libros y los aprieto contra mi pecho como si fueran un tesoro.

—Pareces feliz —observa Vittoria mientras recogemos a Lily del cuentacuentos.

Lo soy. Aterradora e imposiblemente feliz.

—Había olvidado lo que se sentía —admito—. Desear algo y ser capaz de conseguirlo.

La sonrisa de Vittoria se vuelve cómplice. —Ve acostumbrándote.

Encontramos a Nora y a Lily en la sección infantil, rodeadas por un semicírculo de niños pequeños que observan a un empleado agitar una marioneta de un dragón. Lily está sentada con las piernas cruzadas en primera fila.

—Se ha ofrecido voluntaria para ser la princesa del cuento —susurra Nora—. Se ha levantado y todo. Les ha dicho a todos que se llamaba Princesa Lily del Castillo de los Conejitos.

Esa es mi niña.

—¿La tienda de niños? —sugiere Vittoria cuando termina el cuento—. He visto el vestido más mono del mundo en el escaparate.

Lily abre mucho los ojos. — ¿Podemos, mami? ¿Por favor?

—Sí, cielo. Podemos.

La tienda es un caos en el mejor de los sentidos. Percheros con ropa diminuta de todos los colores, zapatos expuestos como si fueran obras de arte, accesorios que brillan bajo las luces fluorescentes. Lily lo toca todo con dedos reverentes.

—¡Este! —Sostiene un vestido morado con estrellas plateadas—. ¡Es como el cielo de noche!

—Vamos a probártelo —le digo, y se le ilumina toda la cara.

Nora y Vittoria la ayudan en el probador mientras yo echo un vistazo a la sección de calzado. Las zapatillas de Lily se mantienen enteras a base de esperanza y cinta americana. Necesita unas nuevas.

Encuentro un par de zapatillas rosas resistentes y con buen soporte para el puente. Luego un par de sandalias para el verano. Después, unas botas de agua con ranitas porque le encantan las

ranas y nunca he podido comprarle nada solo porque sé que le encantaría.

Lily sale del probador con el vestido morado, dando vueltas para que la falda vuele.

—Estás preciosa —le digo.

—¿Como una princesa de verdad?

—Mejor. Como tú.

Compramos el vestido. Y un segundo vestido con margaritas. Y tres camisetas y dos pares de mallas y todos los zapatos que he elegido. El total me hace flaquear, pero entrego mi tarjeta de todos modos.

Lo siguiente es el helado. Una pequeña tienda en la planta baja con demasiados sabores y pocos asientos. Nos apretamos en un reservado de la esquina: Lily con su cucurucho de fresa, Nora con uno de menta y chocolate, Vittoria con algo llamado «muerte por chocolate» que parece que de verdad podría matar a alguien, y yo con uno sencillo de vainilla.

—Mami —dice Lily muy seria—, ¿sabías que los conejos no pueden comer helado?

—No lo sabía.

—Es verdad. Me lo ha dicho Vittoria. Sus tripitas no pueden aguantarlo. —Lame su cucurucho, sopesando esta tragedia—. Así que yo voy a comer más. Por la Princesa Bun-Bun. Porque ella no puede tomar nada.

Nora se atraganta con su helado. Vittoria suelta un bufido tan fuerte que casi se le cae el cucurucho.

Y yo también me río.

Lily sonríe, satisfecha de haber conseguido que las adultas pierdan la compostura.

—Va a ser un problema cuando sea mayor —dice Vittoria, secándose las lágrimas de la risa—. Me encanta.

—Ya es un problema —admito—. De los buenos.

Terminamos nuestros helados mientras Lily nos habla de la historia del dragón y del niño que se sentó a su lado que olía a queso y de cómo la Princesa Bun-Bun Segunda va a ser sin duda la

mejor amiga de la verdadera Princesa Bun-Bun cuando vuelvan a casa.

Casa. Ha llamado al recinto casa.

Algo se me retuerce en el pecho. Miedo, tal vez. O esperanza. Ya no sé distinguir la diferencia.

—Deberíamos repetir —dice Nora mientras recogemos nuestras bolsas—. La semana que viene, quizá.

—¡Sí! —Vittoria da una palmada—. Día de chicas. Que se convierta en una costumbre.

Ambas me miran. Esperando.

Solo salen contigo porque te acuestas con Nico. Porque las circunstancias os han obligado a estar juntas. Porque se sienten obligadas.

Pero esa vuelve a ser la voz de Jack. No la mía.

Quizá sí se sienten obligadas. Quizá todo esto se desmorone cuando ya no viva bajo la protección de los Sartori.

Pero quizá no.

—Me gustaría —digo. Y lo digo en serio.

Vittoria resplandece. Nora asiente, satisfecha.

Lily busca mi mano, pegajosa por el helado de fresa, y se la cojo sin dudar.

Socializar más. Lo añado a mi lista mental, justo debajo de comprar más libros de medicina y dejar de permitir que Jack viva en mi cabeza.

Pasos pequeños. Pero son míos.



Nico

El vapor se escapa por el umbral del baño como una invitación que no he pedido pero a la que no puedo negarme.

La encuentro ante el tocador, envuelta en una de mis toallas blancas, con el pelo húmedo enredado entre los dedos mientras intenta hacerse algún tipo de trenza. El espejo refleja su concentración: el ceño fruncido, el labio inferior atrapado entre los dientes, completamente ajena a que la estoy observando.

Jodidamente preciosa.

Preciosa de una forma que hace que me duela el pecho, que hace que mis manos se cierren en puños a los costados porque quiero tocarla tanto que me duele físicamente.

Gotas de agua se aferran a sus hombros. Tiene la piel sonrosada por el calor. Tararea algo en voz baja.

Podría quedarme aquí eternamente. Solo mirando. Solo existiendo en el mismo espacio que ella.

Se gira, ve mi reflejo y sus manos se detienen en su cabello. —¿Cuánto tiempo llevas ahí parado?

—Lo suficiente. —Me separo del marco de la puerta y entro en el baño—. ¿Qué tal las compras?

Su rostro se transforma en una felicidad pura.

—He comprado libros —dice, y sus dedos reanudan el trabajo con la trenza—. Textos médicos que deseaba tener desde hace meses. Y a Lily le han comprado ese vestido morado con estrellas... tendrías que haber visto su cara, Nico. Parecía que la Navidad se hubiera adelantado.

—Me alegro.

—Y Nora y Vittoria... —Hace una pausa, buscando mis ojos en el espejo—. Me han hecho sentir normal. Como si no fuera el ama de llaves o la mujer que se está escondiendo o el problema que todo el mundo intenta solucionar. Solo... una amiga. Disfrutando de un día de chicas.

Se le quiebra la voz al decir las últimas palabras. Odio que algo tan sencillo signifique tanto para ella. Odio lo que eso dice de su vida anterior.

—Ha sido agradable —termina en voz baja.

No quiero arruinar esto. No quiero ver cómo se apaga esa luz en sus ojos.

Pero necesito saberlo.

—¿Por qué no has usado tu tarjeta?

Ella se tensa. Sus dedos fallan con la trenza. —Lo he hecho.

—Kristen.

—He comprado los libros con ella. Y la ropa de Lily.

—Sabes a lo que me refiero.

Suspira, deja la goma del pelo y se gira para mirarme de frente. La toalla se mueve con el gesto, revelando la delicada línea de su clavícula, y me obligo a concentrarme en su cara.

—No quiero usar dinero que no es mío.

—Es tuyo.

—No. —Sacude la cabeza—. Es tuyo. Me lo diste tú, pero eso no hace que sea mío.

Me acerco. Ella no retrocede. —Estás conmigo.

—Lo sé.

—¿Entonces cuál es el problema? —La arrincono contra el tocador, con las manos apoyadas a ambos lados de sus caderas—. Quiero que tengas lo que quieras. Lo que sea. Si necesitas un puto coche, cómpralo. Si quieres una casa, señálala y será tuya. ¿Por qué no dejas que te dé cosas?

Sus ojos buscan en mi rostro. Buscan algo. No sé si lo encuentra.

—Porque esto es algo pasajero —dice en voz baja—. ¿Verdad? Lo nuestro.

La palabra me impacta como una bala.

Pasajero.

Pienso en cómo no puedo dormir sin que su cuerpo esté pegado al mío. En cómo reviso las cámaras de seguridad doce veces al día solo para vislumbrarla moviéndose por la casa. En cómo se me desgarra el pecho cada vez que Lily me llama «Nee-co» con esa vocecita suya.

Pasajero.

Pienso en que reduciría esta ciudad entera a cenizas si alguien la tocara. En que ya he roto cada regla que me impuse. En que me pasé treinta años creyendo que el amor era un arma que me destruiría, y ahora estoy aquí, desarmado, con el pecho abierto de par en par.

Nada de esto ha sido jamás pasajero.

—¿Es eso lo que crees que es esto? —Mi voz sale más ronca de lo que pretendo.

Ella traga saliva. —¿No lo es?

Recorto la distancia que queda entre nosotros. Mis manos encuentran su cintura sobre la toalla y la atraigo hacia mí hasta que no queda espacio.

—Aquí no hay nada pasajero —le digo—. Ni una puta cosa.

Se le corta el aliento. —Nico...

—Si vas a dejarme, dilo ahora. —Le acuno la cara, obligándola a mirarme—. Dime ahora mismo que no quieres esto. Que quieres marcharte. Porque si no lo dices... si te quedas... tienes que entender lo que eso significa.

—¿Qué significa?

—Para siempre. —La palabra me sabe a rendición. A salvación—. Te quedas, y eres mía. No por dos meses. No hasta que la deuda esté pagada o el asunto de la custodia se resuelva. Para siempre, Kristen. Tú y Lily. Mías.

Ella abre mucho los ojos.

—No sé cómo hacer esto —susurra—. No sé cómo estar con alguien que... que de verdad quiere que tenga cosas. Que no me hace sentir pequeña.

—Entonces deja que yo te enseñe.

Una lágrima se desliza por su mejilla. La recojo con el pulgar.

—Estoy aterrorizada —admite.

—Yo también.

Ella suelta una risa húmeda, rota, hermosa. —¿Tú? ¿Tienes miedo de mí?

—Jodidamente petrificado. —Apoyo mi frente contra la suya—. Podrías destruirme, Kristen. Ya lo has hecho.

Sus manos suben para agarrar mi camisa. Sin empujarme. Aferrándose.

—Para siempre es mucho tiempo.

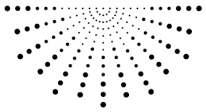
—No el suficiente.

Se queda callada un momento. Siento su pulso acelerado bajo mis palmas, veo la batalla que se libra en su rostro.

Entonces se pone de puntillas y presiona sus labios contra los míos.

Suave. Dulce. Una respuesta.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS



Kristen

El borde del escritorio de Nico se me clava en los muslos, pero no me importa. No puede importarme. No cuando sus manos me agarran las caderas.

—Nico. —Su nombre sale de mi boca roto, desesperado.

Él no responde con palabras. Solo empuja más profundo, más fuerte, y mi espalda se arquea sobre los papeles esparcidos debajo de mí. Algo choca contra el suelo —un portalápices, quizá—, pero ninguno de los dos se detiene a comprobarlo.

No se suponía que esto debiera pasar. Vine a su oficina a traerle café. Café. Como una persona normal que definitivamente no estaba pensando en lo que pasó anoche, o la noche anterior, o en la forma en que dijo «para siempre» como si fuera una amenaza y una promesa envueltas en una sola palabra.

Pero entonces me miró. Esa mirada oscura y devoradora que ve todo lo que intento ocultar.

Y ahora estoy desparramada sobre su escritorio como si perteneciera a este lugar.

—Mírame. —Su voz es pura grava. Una orden, no una petición.

Abro los ojos de par en par. No me había dado cuenta de que los tenía cerrados.

Nico se cierne sobre mí, con los antebrazos apoyados a cada lado de mi cabeza. Su mandíbula está tensa, con un músculo palpitando bajo la barba de un día que no se ha molestado en afeitar esta mañana. El sudor brilla en su pecho. Todavía lleva su camisa de vestir, pero está desabrochada, colgando abierta para revelar los planos duros de su estómago.

Yo no llevo nada de nada.

—Ahí está ella. —Sus caderas giran lentamente y jadeo—. Quédate conmigo.

—Estoy aquí mismo. —Mi voz no suena como la mía. Demasiado entrecortada. Demasiado necesitada.

—Bien. —Se retira casi por completo, hace una pausa y luego vuelve a embestir con fuerza.

Oh, Dios.

Mis uñas se clavan en sus hombros con la fuerza suficiente para dejar marca. Él ni se inmuta. Solo observa mi rostro como si estuviera memorizando cada reacción, catalogando cada sonido que emito.

Es aterrador. Es embriagador.

Es Nico.

—Estás pensando demasiado —susurra contra mi garganta. Sus dientes rozan mi pulso y me estremezco—. Puedo sentirlo.

—Siento tener un cerebro que funciona —logro decir.

Él se ríe. Se ríe de verdad. El sonido vibra a través de su pecho hacia el mío, y algo cálido florece tras mis costillas.

—Qué lenguaraz. —Me muerde el lóbulo de la oreja—. Sé cómo solucionar eso.

Antes de que pueda responder, cambia el ángulo. Su mano se desliza entre nosotros, y su pulgar encuentra exactamente lo que necesito.

Mi lengua afilada no produce más que un gemido.

—Mejor. —Bastardo engreído.

Pero ni siquiera puedo molestarme porque me está llevando hacia algo, cada envite empujándome más arriba. Su pulgar circula, presiona, provoca. Mis muslos tiemblan alrededor de sus caderas.

—Nico, yo... —No puedo terminar la frase. No puedo pensar.

—Lo sé. —Su frente cae contra la mía—. Déjate llevar. Te tengo.

Dos palabras. Palabras sencillas. Pero me encantan.

Te tengo.

Me rompo en mil pedazos.

El orgasmo me golpea como una ola, sumergiéndome. Me oigo gritar y Nico ahoga el sonido con un beso. Sus caderas flaquean, el ritmo se rompe mientras me sigue al abismo.

Durante un largo momento, ninguno de los dos se mueve.

Su peso me presiona contra el escritorio. Debería sentirme atrapada. Sofocada. En cambio, me siento... segura. Protegida. Como si el escritorio y su cuerpo hubieran formado un capullo donde nada del mundo exterior pudiera alcanzarme.

—¿Estás bien? —Su voz suena amortiguada contra mi cuello.

—Mmm. —Es la respuesta más elocuente que soy capaz de articular.

Levanta la cabeza para mirarme. Tiene el pelo desordenado y hay una suavidad en sus ojos a la que todavía me estoy acostumbrando.

—Ese no era el plan —dice.

—¿Tenías un plan?

—Revisar los informes trimestrales —sus labios tiemblan en un amago de sonrisa—. Me has distraído.

—¿Yo te he distraído? —le doy un toque en el pecho—. Yo he traído café. Eres tú el que...

—¿El que te ha mirado? —Arquea una ceja—. ¿Solo hace falta eso?

Siento las mejillas calientes. —Para ya.

Me besa en su lugar. Un beso lento y profundo, nada que ver con la colisión frenética de antes. Cuando se retira, su pulgar acaricia mi pómulo.

—Deberíamos... —Señalo vagamente el desastre que hemos organizado. Papeles esparcidos por todas partes. Su portalápices definitivamente en el suelo. Mi sujetador colgando del respaldo de su silla como una bandera de rendición.

Adiós a la profesionalidad.

Nico se aparta del escritorio e inmediatamente echo de menos su calor. Se mueve por la habitación recogiendo la ropa con la misma precisión eficiente que aplica a todo lo demás. Acuerdos de negocios. Protocolos de seguridad. Hacer que me desmorone.

Me bajo del escritorio con las piernas temblorosas, haciendo una pequeña mueca. Mañana probablemente tendré moratones en los muslos por culpa del borde. Ha valido la pena.

Mi ropa interior ha aterrizado en algún lugar cerca de la estantería. La recupero con toda la dignidad que puedo reunir, que no es mucha cuando Nico me observa con esa sonrisa de satisfacción.

—Deja de mirarme con esa cara de suficiencia —le digo, poniéndome las bragas.

—No tengo cara de suficiencia.

—Tu cara dice lo contrario.

La comisura de su boca se curva. Eso es básicamente una sonrisa de oreja a oreja para él.

Me abrocho el sujetador y me pongo la blusa de nuevo, intentando recordar qué botones van en qué sitio. Todavía tengo el cerebro un poco nublado. El sexo en el escritorio le hace eso a una persona, por lo visto.

Sexo en el escritorio.

La vida es extraña.

Nico se mete la camisa por dentro de los pantalones y observo el juego de músculos bajo la tela. Me pilla mirando.

—¿Ves algo que te guste?

—Tu ego no necesita que lo alimenten más. —Me aliso la falda, comprobando si tiene arrugas—. ¿Hay algo en lo que necesites ayuda? ¿Ya que estoy aquí?

Su mirada recorre mi cuerpo. El calor vuelve a acumularse en mi vientre, lo cual es ridículo. Acabamos de terminar.

—Si te quedas en esta oficina —dice, bajando la voz—, no necesitaré ninguna ayuda, porque no estaré trabajando.

Me arde la cara. —No me refería a eso.

—Sé a qué te referías. —Se acerca a mí en dos pasos, levantándome la barbilla con un dedo—. Pero mi cerebro deja de

funcionar cuando estás en la habitación. Así que, a menos que quieras un segundo asalto en el sofá, deberías irte.

Definitivamente debería irme.

Sin duda.

—El sofá parece cómodo —me oigo decir.

Boca traidora.

Los ojos de Nico se oscurecen. Su mano se desliza de mi barbilla para acunar mi mandíbula, y su pulgar roza mi labio inferior. —No me provoques.



Nico

No se va.

En lugar de eso, Kristen se pone de rodillas al lado del escritorio y empieza a recoger los papeles esparcidos como si de verdad fuera a organizarlos. La curva de su columna mientras se agacha bajo el escritorio es absolutamente intencionada.

—Se te ha escapado uno —dice, con una voz demasiado inocente. Se estira más y tengo una vista perfecta de su culo.

Mío.

—Kristen.

—¿Mmm? —Me mira por encima del hombro, con los ojos muy abiertos con una falsa inocencia—. Solo estoy limpiando el desastre que has hecho.

—¿Que yo he hecho?

—Bueno —se endereza, sosteniendo un puñado de papeles arrugados—, no recuerdo haber sido yo quien lo ha barrido todo del escritorio.

Se me tensa la mandíbula. Está jugando a un juego peligroso y lo sabe. La forma en que se curvan sus labios me dice que sabe exactamente lo que está haciendo.

Se vuelve a inclinar, esta vez para alcanzar un bolígrafo que ha rodado cerca del sofá. La falda se le sube por la parte posterior de los muslos.

—No estás limpiando —digo con voz grave.

—¿No? —Otro parpadeo inocente—. ¿Qué estoy haciendo entonces?

Me levanto de la silla. El cuero cruje en el silencio.

—Provocándome.

—¿Está funcionando?

Cruzo el despacho. Ella no se mueve, no se endereza, solo se queda agachada con ese bolígrafo en la mano y un desafío en los ojos.

—Al sofá —la palabra sale ronca—. A cuatro patas.

Se le corta la respiración. Bien. Pero en lugar de obedecer, se endereza lentamente, se gira hacia el sofá y luego me mira por encima del hombro.

—¿Así? —Apoya una rodilla en el cojín, luego la otra, pero se queda erguida, sentada sobre sus talones.

Malentendido deliberado. Mi polla, que nunca llegó a ablandarse del todo tras el primer asalto, se endurece de nuevo.

—No.

—Oh —cambia de posición, apoyando las palmas de las manos en el reposabrazos, arqueando la espalda pero con el culo demasiado alto—, ¿de esta manera?

Me sitúo detrás de ella. Lo suficientemente cerca para que sienta el calor de mi cuerpo, pero no tanto como para tocarla. —Más abajo.

Se ajusta, pero apenas. —¿Aquí?

—Sabes perfectamente lo que quiero —me inclino, con la boca cerca de su oreja—. Deja de jugar.

—Quizá no lo sepa. —Su voz suena entrecortada ahora, la burla desapareciendo—. Quizá tengas que enseñármelo.

Mi mano conecta con su trasero antes de que lo decida conscientemente. El sonido restalla en el despacho: agudo, repentino. Todo su cuerpo da un respingo.

Por un segundo, me quedo paralizado. Nunca le había hecho eso.

Pero entonces ella gime. Un gemido bajo, sorprendido y hambriento.

—Oh. —La palabra se le escapa, apenas un susurro. Sus dedos se clavan en el cojín del sofá.

Acaricio con la palma el lugar donde la he golpeado, sintiendo el calor a través de su falda.

—Te ha gustado.

No es una pregunta. He sentido su reacción, la he oído, he visto cómo su columna se arqueaba más profundamente.

—Yo... —Traga saliva—. No sabía que me gustaría.

Me inclino sobre ella, con el pecho contra su espalda y la boca en su oreja. —Hay más. Cosas que no hemos probado. —Mi mano se desliza por su muslo—. Cosas que aún no sabes que te gustan.

Su aliento sale tembloroso. —Nico...

—Vamos a descubrirlas. —Beso la curva de su cuello—. Todas y cada una de ellas.

Gira la cabeza y atrapa mi boca con un beso que es todo calor y desesperación. Cuando se retira, sus ojos están oscurecidos por el deseo.

—Entonces enséñame.

Me enderezo y alcanzo mi cartera en el escritorio para sacar un condón. Ella se queda exactamente donde la he puesto, observándome por encima del hombro mientras me lo coloco.

—Mira al frente —ordeno.

Obedece. Cristo, la forma en que obedece.

Mi mano recorre su espalda, presionando suavemente hasta que se arquea de la forma exacta.

—Perfecto. —Me posiciono en su entrada—. Estás perfecta.

Esta vez entro lentamente, saboreando la forma en que se estrecha a mi alrededor, el sonido que emite: mitad jadeo, mitad gemido. Sus dedos se clavan en el sofá.

—Más —jadea.

Me retiro y embisto más profundo. Todo su cuerpo se balancea hacia adelante.

—Más fuerte.

Mi mano agarra su cadera, anclándola mientras le doy lo que me pide. El sonido de la piel chocando contra la piel llena el despacho. Sus gemidos se vuelven más fuertes, menos controlados.

—Eso es. —Observo dónde estamos unidos, veo cómo su cuerpo me acoge—. Toma lo que necesites.

Ella empuja hacia atrás contra mí, siguiendo el ritmo, y algo en mi pecho se quiebra al verla exigir placer como si fuera su derecho.

Porque lo es. Siempre lo fue.

Mi mano se desliza por debajo, encuentra su clítoris. Suelta un grito.

—Córrete para mí —gruño—. Suéltate.

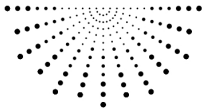
Ella se desmorona con mi nombre en los labios, su cuerpo apretándome con tanta fuerza que la sigo al vacío, derramándome en el condón con un gemido que sale de lo más profundo.

Nos desplomamos juntos sobre el sofá, respirando con dificultad, enredados y sudorosos y exactamente donde debíamos estar.

—Entonces —jadea ella, con la cabeza apoyada en mi pecho—. ¿Distraído?

La atraigo más cerca. —Devastado.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES



Nico

—No quiere ver a nadie —dice Pietro, frotándose el puente de la nariz—. Ni a los terapeutas. Ni a los médicos. Ni siquiera a Vittoria.

Me echo hacia atrás en mi silla, con los brazos cruzados. —Vio a Lily.

Pietro levanta la cabeza de golpe. —¿Qué?

—Se metió sin querer en su ala. —Recuerdo el sonido de la risa de Bruno—. Estaba jugando con ella. Riendo.

—¿Bruno? ¿Riendo?

—Durante unos tres minutos. Luego Kristen vino a por Lily, y volvió a convertirse en... —Me quedo callado, buscando la palabra adecuada.

—¿En un gilipollas?

—Iba a decir una escultura de hielo, pero sirve.

Pietro exhala, lenta y largamente. —El fisioterapeuta dice que se niega a hacer sus ejercicios. Se queda sentado junto a esa ventana como si estuviera esperando algo.

—Quizá lo esté.

—¿Esperando qué? ¿Permiso para ser un desgraciado para siempre? —La mandíbula de Pietro se tensa—. Él debería haber sido

el Don. Sabe que debería haber sido el Don. Y en su lugar despertó en una silla de ruedas mientras yo me sentaba en su sillón.

—Tú no lo pediste.

—No importa. —Pietro se pone en pie y se acerca a la ventana. Su silueta bloquea la luz—. Me culpa a mí. Se culpa a sí mismo. Probablemente culpa a Dios. A la única persona a la que no culpa es a la que apretó el gatillo de verdad.

No respondo. No hay nada que decir. El hombre que disparó a Bruno ya está muerto. Pero la muerte no arregla lo que está roto dentro de la cabeza de mi hermano.

—Los rusos —empieza Pietro, volviéndose hacia mí—. Dmitri quiere reunirse. Está presionando para...

Un golpe lo interrumpe. Tres toques secos.

—Adelante —dice Pietro.

Liam entra, cerrando la puerta tras de sí con un suave clic. Su rostro no revela nada. Ese hombre podría presenciar el apocalipsis y seguir pareciendo que está revisando informes trimestrales.

—¿Está hecho? —pregunto antes de que esté totalmente dentro de la habitación.

—Los ha firmado sin problemas —dice Liam.

Lo estudio durante un instante. Sin problemas. Viniendo de Liam, esa palabra podría significar que Jack Walker firmó tras una charla educada tomando el té. También podría significar que Jack firmó mientras le faltaban algunos dientes y se replanteaba sus decisiones vitales.

Con Liam, nunca se sabe del todo.

—Define «sin problemas» —digo.

—Requirió una... persuasión mínima —La expresión de Liam no vacila—. Una vez que le expliqué la situación con claridad, se volvió bastante cooperativo.

Pietro se apoya en su escritorio. —¿Cooperativo en qué sentido?

—Aceptó firmar los papeles del divorcio. Custodia total para la Sra. Thomas. Sin disputas de bienes. Sin contacto futuro con la niña a menos que la Sra. Thomas lo permita explícitamente. —Liam hace una pausa—. También aceptó mudarse. De vuelta a Nueva York. Permanentemente.

Algo se libera en mi pecho. Un nudo que ni siquiera sabía que llevaba encima.

—¿Y la novia? —pregunto.

—Estaba presente durante nuestra conversación. —Los labios de Liam se contraen; lo más parecido a una sonrisa que jamás esboza —. Creo que le pareció que las afirmaciones anteriores del Sr. Walker sobre sus circunstancias eran... exageradas. Se fue antes que yo.

Pietro me mira. Hay una pregunta ahí, una que no hará delante de Liam. ¿Hasta dónde ha llegado esto?

No me importa hasta dónde haya llegado. Jack Walker le puso las manos encima a Kristen. Le robó. Intentó quitarle a su hija. Por lo que a mí respecta, Liam podría habérselo enviado de vuelta a Nueva York por piezas, y yo habría dormido perfectamente.

—¿Los papeles? —Extiendo la mano.

Liam los saca del interior de su chaqueta: impecables, oficiales, con la firma de Jack en cada línea requerida. Hojeo las páginas, buscando cualquier cosa que falte. Pero está todo ahí. Completo.

Es libre.

—¿Alguna cosa más? —le pregunta Pietro a Liam.

—El equipo legal procesará los documentos hoy. El divorcio debería quedar finalizado esta semana. —Liam se endereza los puños de la camisa—. Respecto a la representación legal del Sr. Walker, he confirmado que se autofinanciaba. No hay participación rusa.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Solo era un hombre desesperado tomando decisiones desesperadas —Liam hace una pausa—. No volverá a tomarlas.

Pietro asiente. —Buen trabajo.

Liam inclina levemente la cabeza y sale tan silenciosamente como entró.

La puerta se cierra. Pietro me mira fijamente.

—Estás sonriendo —observa.

No me había dado cuenta. Fuerzo mi expresión a la neutralidad. —No, no lo estoy haciedo.

—Nico —la voz de Pietro se suaviza—. Esto es algo bueno. Tienes derecho a alegrarte por ello.

¿Lo tengo? En nuestro mundo, la felicidad es una diana pintada en la espalda. Las personas a las que amamos pasan a ser piezas de chantaje. Armas. Debilidades esperando ser explotadas.

Pero el rostro de Kristen cruza mi mente. La forma en que se rio cuando Lily les puso nombre a esos conejos. La forma en que me mira como si yo fuera algo más que sangre y violencia. La forma en que se quedó dormida en mis brazos anoche, confiando en mí por completo.

Quizá algunas cosas merezcan el riesgo.

—Los rusos —digo, cambiando de tema—. ¿Qué quiere Dmitri?

Pietro acepta el cambio. Por ahora.

—Negociaciones de territorio. Quieren los muelles.

—Absolutamente no.

—Lo sé. —Pietro suspira—. Pero tenemos que escucharlos. Mantén a tus enemigos cerca y todo eso.



Kristen

Mi móvil vibra.

Miro la pantalla. Jack Walker.

Cada instinto me grita que lo deje sonar. Que vea su nombre parpadear y desvanecerse en el olvido del buzón de voz. Pero algo frío se asienta en mis entrañas. Jack no llama dos veces en una semana a menos que quiera algo. A menos que esté tramando algo.

Respondo antes de poder convencerme de lo contrario.

—Kristen —su voz rezuma ese tono de padre decepcionado que perfeccionó durante nuestro matrimonio. El que me hacía sentir insignificante—. Tengo que decir que estoy realmente sorprendido contigo.

—¿Qué quieres, Jack?

—¿Que qué quiero? —Una risa amarga cruza el altavoz—. Quería ser un padre para mi hija. Pero, por lo visto, has decidido meterla en medio de una puta familia de la mafia.

—No sé de qué estás hablando.

—No te hagas la tonta conmigo. Nunca se te ha dado bien —sus palabras cortan limpias y afiladas—. ¿Tienes la audacia de hacer que tus amigos criminales me amenacen? ¿De decirme que me largue de la ciudad y me aleje de mi propia hija? ¿De obligarme a firmar los papeles del divorcio?

¿Qué?

—Jack, yo no...

—Ahórratelo —su voz se vuelve venenosa—. He recibido el mensaje alto y claro. Hombres grandullones y aterradores apareciendo en mi apartamento. Diciéndome qué les pasa a los que no cooperan con la familia Sartori.

La habitación da vueltas. Agarro el borde de la cómoda para estabilizarme.

Nico. Nico ha sido.

—Me voy a Nueva York —continúa Jack—. Esta noche. No volverás a verme. Ni Lily tampoco.

Las palabras deberían sentirse como una victoria. Como el final por el que he rezado desde que hice las maletas por primera vez y escapé. Pero solo oigo el veneno que hay debajo. La forma en que se está preparando para algo peor.

—¿Crees que estás a salvo con ellos? —La risa de Jack suena casi compasiva ahora—. Esta gente mata, Kristen. Hacen desaparecer a personas. Y tú tienes a nuestra hija durmiendo bajo su techo.

—Tú no sabes nada sobre...

—Sé lo suficiente —su voz baja de tono. Se vuelve más fría—. Pensaba que quería estar cerca de Lily. De verdad que lo pensaba. ¿Pero sinceramente? Haber formado una familia con una perdedora como tú ha sido el mayor error de mi vida.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el pecho. No porque me duelan —ya no lo hacen—, sino porque las reconozco. El

mismo guion que lleva leyendo cinco años. La misma manipulación disfrazada de honestidad.

—Vete al infierno, Jack.

—Ya estoy en él, cariño. Gracias a ti.

Cuelgo antes de que pueda decir una palabra más. Me tiemblan tanto las manos que casi se me cae el teléfono dos veces antes de conseguir dejarlo.

Respira. Solo respira.

Pero no puedo. Porque la voz de Jack sigue resonando en mi cabeza.

Nico amenazó a Jack. Nico hizo que se fuera.

Sin decírmelo. Sin preguntarme. Exactamente como Jack solía tomar decisiones sobre mi vida sin consultarme.

Fue a mis espaldas y tomó decisiones sobre mi batalla por la custodia, mi divorcio y mi vida sin decir ni una sola palabra.

Tengo que encontrarlo. Ahora.



Encuentro a Nico en su habitación, de pie junto a la ventana con el teléfono pegado a la oreja. En cuanto entro en la habitación, se vuelve. Lo que sea que ve en mi rostro hace que corte la llamada a mitad de frase.

—¿Qué pasa? —Ya se mueve hacia mí, con los hombros rectos y la mandíbula tensa. Preparado para la guerra.

Es tierno, de verdad. Ese instinto de proteger. De escudarme de cualquier amenaza que acabe de entrar en mi vida.

Excepto que, esta vez, la amenaza es él.

—Jack ha llamado.

La expresión de Nico no cambia. Ni un solo parpadeo. —¿Y?

—Y me ha contado cosas interesantes —cruzo los brazos sobre el pecho, intentando no derrumbarme—. Sobre unos papeles de

divorcio que ha firmado de repente. Sobre marcharse de Chicago permanentemente. Sobre amigos criminales que profieren amenazas.

Sigue sin haber reacción. Solo esa mirada fija y oscura que me observa como si fuera un rompecabezas que intenta resolver.

—¿Qué has hecho, Nico?

No lo niega. Ni siquiera lo duda. —Me he encargado de eso.

—Te has encargado de eso —me río, pero no tiene ninguna gracia—. ¿Así lo llamas?

—Ha firmado los papeles —Nico lo dice como si estuviera dando el parte meteorológico. Como si esto fuera otro punto tachado en su lista de tareas pendientes—. Custodia total. Sin disputas por los bienes. Se traslada a Nueva York. Eres libre.

Libre.

La palabra debería saber a victoria. A escapar por fin de la pesadilla en la que he vivido durante cinco años.

En cambio, sabe a ceniza.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Mi voz suena más firme de lo que me siento—. ¿Por qué no me preguntaste?

Nico frunce el ceño. Solo un poco. Como si hubiera dicho algo en un idioma que no termina de entender. —Querías el divorcio.

—Sí.

—Querías que se fuera.

—Sí, pero...

—Así que he hecho que ocurra —extiende las manos, genuinamente confundido—. ¿Cuál es el problema?

Y ahí está.

La brecha entre nosotros, más ancha de lo que creía. Él no lo ve. No puede verlo. Para él, esto es pura lógica. Kristen quería X. Nico le ha dado X. Problema resuelto.

—El problema —digo despacio— es que tú has decidido. Sin mí. Sobre mi vida. Mi divorcio. Mi batalla por la custodia.

—Te estaba ayudando.

—Me estabas controlando.

La palabra cae entre nosotros como una granada.

Nico se queda quieto. Completamente.

—Eso no es... —Se detiene. Traga saliva—. No soy como él.

—Sé que no eres como Jack —el pecho me duele ante la verdad de mis palabras—. Pero entre tanto proteger, se te olvidó preguntarme qué quería yo.

—Querías el divorcio.

—Quería luchar por él yo misma. —Se me quiebra la voz—. Quería ponerme delante de un juez y demostrar que soy una buena madre. Quería ver la cara de Jack cuando se diera cuenta de que ya no podía salirse con la suya manipulando a la gente. Quería... —Me presiono el esternón con la palma de la mano, allí donde todo me duele—. Quería ganar, Nico. Yo. Bajo mis propios términos.

El silencio se alarga entre nosotros.

La mandíbula de Nico se tensa. Sus manos se cierran y se abren a sus costados. Puedo ver cómo procesa la información, intentando comprender algo que no encaja en su mundo de problemas y soluciones.

—Podrías haber perdido —dice finalmente—. Los jueces se pueden comprar. Jack tenía dinero ruso detrás de él. Si yo no hubiera...

—Entonces habría perdido. —Lo interrumpo—. Y habría sido mi derrota. Mi lucha. Mi elección.

Sus ojos chispean. —¿Crees que podría haberme quedado mirando cómo pasaba? ¿Viendo cómo te quitaba a Lily?

—Creo que podrías haber hablado conmigo primero.

—No había tiempo...

—Siempre hay tiempo para preguntar, Nico. —Me acerco, obligándole a mirarme. A mirarme de verdad—. Ocho años. Ese es el tiempo que Jack ha pasado tomando decisiones sobre mi vida sin preguntar. Qué ropa me ponía. A dónde iba. Con quién hablaba. Qué comía. —Se me cierra la garganta—. Y cada una de esas veces, me decía que era por mi propio bien. Que él lo sabía mejor. Que me estaba protegiendo.

—Yo no soy… —Se detiene. Se pasa una mano por el pelo—. Mierda.

—Sé que no eres él —repito, ahora más suave—. Pero tienes que entenderlo. Cuando alguien toma decisiones sobre tu vida sin

preguntar, incluso con buenas intenciones... la sensación es la misma. Siento que no confías en mí para encargarme de mis propios problemas.

—Confío en ti.

—Pues actúa como tal.

El músculo de su mandíbula late. Una vez. Dos.

—¿Qué más? —pregunto.

Él se queda muy quieto. —¿Cómo?

—¿Qué más has hecho que tenga que ver con mi vida sin decírmelo?

Su silencio es respuesta suficiente.

Siento un vuelco en el estómago. —Nico.

—La deuda. —Su voz es plana. Controlada—. Con los rusos. La pagué.

—¿Cuándo? —La palabra sale raspando mi garganta.

Nico no aparta la mirada. —Casi de inmediato. Al día siguiente de que aceptaras quedarte.

La habitación da vueltas. Me agarro al borde de su cómoda para no caerme.

Al día siguiente.

Eso fue hace días. Días creyendo que los rusos seguían ahí fuera.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—La situación era complicada...

—¿Por qué no me lo dijiste?

Se pasa una mano por la mandíbula. —Había preocupaciones de seguridad. Las empresas pantalla necesitaban tiempo para procesarlo. Quería asegurarme de que la transacción fuera...

—Mentira. —Me acerco más, alzando la voz—. Eso es una sarta de mentiras y lo sabes. ¿Por. qué. no. me. lo. dijiste?

La máscara que lleva, esa que le hace parecer tallado en piedra, se resquebraja.

—Porque te habrías marchado. —Su voz sube para igualar la mía —. Porque en el momento en que supieras que los rusos ya no te buscaban, habrías cogido a Lily y habrías cruzado esa puerta, y yo te habría perdido.

Las palabras resuenan en las paredes. Crudas. Desesperadas.

—No podía... —Se detiene. Inspira profundamente. Cuando vuelve a hablar, su voz es áspera. Rota—. No podía perderte, Kristen. Te quería aquí. Conmigo. Quería despertarme y saber que estabas en la habitación de al lado. Quería ver a Lily dar de comer a esos dichosos conejos cada mañana. Quería...

Se interrumpe. Se da la vuelta.

Me arden los ojos. Las lágrimas caen por mis mejillas, calientes y rápidas.

—Me has mantenido aquí bajo falsos pretextos. —Me tiembla la voz—. Me dejaste pensar que estaba atrapada cuando no lo estaba. Me hiciste creer que no tenía opciones para que me quedara contigo.

—Sí.

Sin defensa. Sin excusas. Solo esa única palabra, pesada de verdad.

—Soy un monstruo. —Lo dice en voz baja, todavía de cara a la ventana—. He hecho cosas que no puedes imaginar. He herido a gente. He matado a gente. Y me dije a mí mismo que nunca arrastraría a alguien inocente a esta vida. —Se le escapa una risa amarga—. Pero entonces apareciste tú con tus canciones y tu niña valiente y tu maldita bondad, y yo... no pude dejarte marchar.

Se vuelve hacia mí. Sus ojos oscuros están vacíos. Atormentados.

—Quizá así es como amo. —Las palabras suenan como si se las estuvieran arrancando—. Quizá no sé cómo hacerlo sin enjaular lo que deseo. Quizá estoy demasiado roto para...

—Para. —Levanto la mano—. Solo... para.

El silencio cae entre nosotros. Pesado. Sufocante.

Pienso en las últimas semanas. En la forma en que me miraba. En los momentos de ternura en la oscuridad. Todo ello empañado ahora por esta verdad: construyó nuestra relación sobre una mentira.

Jack mintió para controlarme.

Nico mintió para retenerme.

Diferentes motivaciones. El mismo resultado.

—Te odio. —Las palabras salen firmes. Frías—. Te odio por manipularme. Por hacerme creer que te estaba eligiendo cuando ya

me habías quitado la capacidad de elegir.

Su mandíbula se tensa. No discute. No se defiende.

De algún modo, eso lo hace peor.

—Hablas de Jack como si fuera un monstruo —continúo con la voz quebrada—, pero al menos él era honesto sobre lo que estaba haciendo. Quería poseerme y lo dejó claro. ¿Tú? —Sacudo la cabeza —. Tú me hiciste creer que me estaba enamorando de ti libremente. Me hiciste creer que esto era mi elección.

—Kristen...

—No. —Retrocedo un paso. Luego otro. Poniendo distancia entre nosotros—. No puedo mirarte ahora mismo.

Me giro hacia la puerta. Mi mano encuentra el pomo.

El pomo gira bajo mi palma.

Salgo al pasillo. Espero oír sus pasos detrás de mí. Espero que me siga, que discuta, que intente detenerme como hacía siempre Jack.

Nada.

Solo un silencio que se extiende tras de mí.

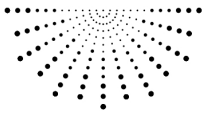
Doy tres pasos antes de que las lágrimas me nublen la vista por completo. Apoyo la mano en la pared y me obligo a seguir caminando. Un pie delante del otro. Paso por delante de las obras de arte caras y los suelos de mármol y todas las cosas hermosas que no podían ocultar lo que este lugar era realmente.

Una jaula.

Una jaula más bonita que el apartamento de Jack. Con un carcelero más amable que mi exmarido.

Pero una jaula, al fin y al cabo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO



Nico

Las baldosas del baño están frías bajo mis pies descalzos.

No recuerdo haber caminado hasta aquí. En un segundo estoy viendo la espalda de Kristen desaparecer por el pasillo y, al siguiente, estoy de pie frente al lavabo, aferrando el borde de mármol como si fuera lo único que me mantiene erguido.

Me odia.

Las palabras se repiten en bucle dentro de mi cabeza. Un disco rayado que no puedo apagar.

Levanto la cabeza. El espejo muestra exactamente lo que esperaba: el mismo rostro que me ha devuelto la mirada durante treinta años. Ojos oscuros. Mandíbula marcada. El tipo de rasgos que las mujeres llaman atractivos justo antes de decir que soy demasiado para ellas.

Pero esta noche veo algo diferente.

Veo a muchos hombres que he conocido.

Hombres que ocultaban una familia secreta. Hombres que demostraron que el amor y la lealtad no pueden coexistir en nuestro mundo.

Me juré que nunca sería esa clase de hombre.

Enhorabuena, gilipollas. Eres peor.

Me dije a mí mismo que estaba protegiendo a Kristen. Protegiendo a Lily. Que pagar la deuda y hacer que Jack desapareciera era lo correcto. Que mantenerlas aquí, ponerlas a salvo, era mejor que la alternativa.

Pero no lo hice por eso.

Lo hice porque no podía dejar que se marchara.

La verdad se asienta en mi pecho como metralla. Afilada. Incrustada. Imposible de extraer sin desangrarme.

Pagué su deuda con la Bratva y no dije ni una palabra.

Porque lo sabía.

Sabía que, en cuanto se enterara de que era libre, cogería a Lily y huiría. No de los rusos. No de Jack. De mí.

Y no podía soportarlo, joder.

El amor es un lastre.

La voz de Pietro resuena en mi memoria. La voz de nuestro padre. La lección grabada a fuego en cada hijo de los Sartori desde el nacimiento. El amor te hace vulnerable. El amor te obliga a ceder. El amor hace que maten a la gente.

Me lo creí. Durante treinta años, me lo creí a pies juntillas.

Y entonces Kristen Thomas entró en mi miserable vida.

Y pensé...

Tal vez.

Tal vez podría tener esto. Tal vez la filosofía estaba equivocada. Tal vez el amor no tenía por qué ser un arma que destruyera a todo el que la tocara.

Me acerco más al espejo. Estudio el rostro de un hombre que debería haber sido más listo.

—Eres un puto idiota —susurro.

Kristen no vio a través de mí. Vio lo que yo quería que viera.

Pero esta noche ha visto la verdad.

—Te odio.

Su voz se repite. La forma en que sus ojos gris azulado se quedaron inexpresivos cuando lo dijo. Sin rastro de ardor. Sin pasión. Solo una certeza fría y muerta.

Lo decía en serio.

Escupo al espejo.

El salivazo golpea mi reflejo de lleno en el ojo y resbala hacia abajo, distorsionando mis rasgos. Haciéndome parecer exactamente el monstruo que me siento.

Aún no es suficiente.

Mi puño impacta contra el cristal antes de que decida conscientemente lanzar el golpe. El impacto me recorre el brazo con una sacudida. Unas grietas en forma de telaraña irradian desde el punto de contacto. Me duelen los nudillos a rabiar.

No es suficiente.

Lo golpeo de nuevo. Con más fuerza. Esta vez el espejo estalla, los fragmentos salen volando, algunos resuenan en el lavabo, otros se incrustan en mi mano.

La sangre brota de inmediato. Rojo oscuro sobre mi piel. Goteando sobre el mármol blanco.

Me la quedo mirando.

Bien.

El dolor lo entiendo. El dolor tiene sentido. Es limpio, sencillo y honesto... a diferencia de todo lo demás en el último mes de mi vida.

Veo cómo la sangre se acumula en mi palma. Dejo que rebose y salpique el suelo.

Kristen pasó años con un hombre que controlaba cada aspecto de su existencia. Que pedía préstamos en su nombre. Que le hacía creer que no valía nada, que era fea e incapaz de sobrevivir sin él.

Ella escapó de aquello. Se estaba curando de aquello.

Y yo he hecho la misma mierda.

Envuelto distinto. El mismo veneno.

Pero lo hice porque la quiero.

El pensamiento aflora antes de que pueda detenerlo, y hasta suelto una carcajada. Un sonido áspero y roto que rebota en los azulejos.

Amor.

Probablemente eso es lo que Jack también se decía a sí mismo. Cada vez que criticaba su cuerpo. Cada vez que la hacía sentir pequeña. Cada vez que le robaba su dinero, sus decisiones y su propia identidad.

Seguro que pensaba que lo hacía por amor.

Me apoyo contra el lavabo, con los cristales crujiendo bajo mis palmas. El dolor es lejano ahora. Ruido de fondo.

Kristen tenía razón.

Me odió desde el principio. La obligué a quedarse aquí. La oferta de trabajo después de su despido. La revelación de la deuda. La seguridad constante. Cada decisión que tomé la arrinconó más hasta que quedarse conmigo pareció su única opción.

Creyó que me quería porque yo hice que lo creyera.

Y ahora lo sabe.

Bien hecho, gilipollas.

Bien hecho, joder.

Me enderezo, con el cristal triturándose bajo mis pies. La sangre de mi mano ha empezado a coagularse, oscura y pegajosa. Necesitaré puntos. O al menos tiras de sutura. Algunos de estos cortes son profundos.

Pero no me muevo hacia el botiquín.

En su lugar, miro el espejo destrozado.

Treinta años creyendo que el amor era un lastre.

Resulta que tenía razón.

Solo que no de la manera que pensaba.



Kristen

La maleta no cierra.

La miro fijamente como si este trozo barato de equipaje que compré hace tres años me hubiera traicionado personalmente. La cremallera se ha atascado en una esquina de la tela y me tiemblan demasiado las manos para arreglarlo.

Contrólate. Has hecho las maletas en peores condiciones.

Cierto. Una vez empaqué todo lo que Lily y yo poseíamos en cuarenta y cinco minutos mientras Jack estaba trabajando, aterrorizada por si llegaba temprano a casa y me pillaba. Esto no debería ser nada.

Pero mis dedos no cooperan.

—¿Mami?

Lily está en el umbral de su preciosa habitación. Tiene los brazos llenos de conejitos de peluche, al menos seis de ellos apretados contra su pecho.

—Hola, cariño —mi voz suena más firme de lo que me siento. Un pequeño milagro—. ¿Recuerdas lo que te dije? Elige solo los que de verdad, de verdad quieras para esta noche. Podemos venir por el resto más tarde.

Mentira. No volveremos a por el resto.

A Lily le tiembla el labio inferior. —Pero los quiero todos.

—Lo sé —abandono la terca maleta y me acerco a ella, arrodillándome para quedar a su altura—. Pero ahora vamos a volver a nuestra casa. ¿Te acuerdas de nuestro piso? ¿De tu habitación allí?

Se le abren mucho los ojos. —¿Por qué?

Mil respuestas me agolpan la garganta. Porque soy una idiota que se enamoró de un hombre que toma decisiones sobre mi vida sin preguntar. Porque me permití creer que esto podría ser real. Porque quedarme aquí un minuto más romperá algo en mi interior que no me puedo permitir perder.

—Mi trabajo aquí siempre fue temporal, ¿recuerdas? Solo por un tiempo —le aparto el pelo de la cara con suavidad—. Giulia volverá pronto y ya no necesita mi ayuda.

—Pero no quiero irme —la voz de Lily se quiebra—. Me gusta estar aquí. Me gustan Vittoria y Nora y los conejitos de fuera y Nico.

Nico.

Siento que el pecho se me hunde.

—Ya lo sé, tesoro —la atraigo para darle un abrazo, aspirando el aroma a fresa de su champú—. Lo sé.

—¿Podremos venir de visita? ¿A lo mejor volver alguna vez?

La pregunta me atraviesa. —Ya veremos.

Otra mentira. La lista se hace cada vez más larga.

Lily se aparta, con su carita demasiado seria para tener cuatro años. —Estás triste.

No llores. Ni se te ocurra llorar delante de ella.

—Solo estoy cansada —fuerzo una sonrisa—. Ha sido un día muy largo. Vamos a elegir dos conejitos para esta noche, ¿vale? Los demás estarán a salvo aquí hasta que... hasta que aclaremos las cosas.

Considera esto con una gravedad devastadora, y luego extrae lentamente a Sir Floppington Cuarto y al de color morado que Vittoria le compró la semana pasada. Los demás los coloca con cuidado sobre su cama con dosel, alineándolos en fila como si se estuviera despidiendo.

Se me cierra la garganta.

Me doy la vuelta antes de que pueda verme derrumbarme, atacando la maleta con una desesperación renovada. La cremallera cede por fin y la cierro de un tirón con más fuerza de la necesaria.

Los Sartori han sido buenos contigo. Todos ellos.

Y Nico también.

No pienses en él.

Pero no puedo parar. La forma en que me miró cuando admitió que ocultó la verdad sobre la deuda porque tenía miedo de que me fuera. El quiebro en su voz cuando dijo que no podía dejarme marchar.

Tomó decisiones por ti. Igual que Jack.

La comparación no es justa y lo sé. Jack me controlaba para anularme. Nico me controló para... ¿qué? ¿Protegerme? ¿Retenerme?

¿Importa el motivo cuando el resultado se siente igual?

Cojo el móvil y abro la aplicación de taxis. Mis dedos revolotean sobre la pantalla.

Podrías quedarte. Hablar con él. Solucionarlo.

Pero no puedo pensar aquí. No puedo respirar.

Necesito distancia. Necesito mi piso pequeño con la tostadora rota y el espejo del baño agrietado. Necesito algo que sea mío, aunque se esté cayendo a pedazos.

Suena la confirmación del taxi. Doce minutos.

—Lily, coge tu mochila. Nos vamos de aventura.

No parece entusiasmada. Parece que se está esforzando mucho para no llorar, y eso casi me destroza más que cualquier otra cosa.

La cojo de la mano y la guío hacia la puerta, dejando atrás la cama con dosel, los conejitos de peluche y la vida que casi me permití desear.

El pasillo se extiende interminable ante nosotros.

No miro atrás.



Nico

El móvil vibra contra mi muslo.

—Señor —la voz de Liam es escueta—. Un taxi acaba de llegar a la puerta principal. Kristen y Lily están dentro con dos maletas.

Cierro los ojos. El espejo del baño yace hecho añicos por el suelo de mármol, brillando como estrellas que cayeron mal. La sangre gotea de mi mano vendada sobre la baldosa blanca. Goc. Goc. Goc.

—Dejadlas ir.

Silencio al otro lado. Liam no es de los que cuestionan órdenes, pero puedo sentir su vacilación a través del teléfono.

—Señor...

—He dicho que las dejéis ir —mi voz suena muerta. Plana. Como algo raspado del fondo de una tumba—. Ponedle un hombre. Día y noche. Quiero ojos en ese edificio de apartamentos las veinticuatro horas. Que no respire sin que lo sepamos.

—Entendido.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más. Antes de que pueda hacer preguntas para las que no tengo respuesta. Antes de que pueda oír cómo mi respiración se ha vuelto entrecortada y errática.

La toalla que envuelve mi mano ya está empapada. El rojo florece sobre el algodón blanco como rosas muriendo a cámara

rápida. Probablemente debería darme puntos. Probablemente debería importarme.

No es así.

En su lugar, camino hacia el mueble bar de mi dormitorio. Mis pasos crujen sobre los cristales rotos. Bien. Que me corten los zapatos. Que me recuerden lo que soy.

La botella de Macallan capta la luz cuando la saco del estante. Treinta años. La compré para celebrar el cierre del trato con los Marchetti, cuando pensaba que las celebraciones significaban algo.

Ahora es solo medicina.

No me molesto en usar un vaso. ¿Qué sentido tiene fingir ser civilizado cuando acabo de demostrar que soy cualquier cosa menos eso?

El primer trago quema al bajar. Fuego y roble. Me dejo caer en el borde de mi cama, con la botella en la mano buena y la mano destrozada acunada contra mi pecho.

Se ha ido.

Sabía que llegaría este momento. En cuanto vi su cara al entrar. Lo supe.

Lo sabía, y dejé que ocurriera de todos modos.

Mis cigarrillos están en el bolsillo de la chaqueta. Saco uno con los dedos manchados de sangre, dejando manchas rojas en el papel blanco. El encendedor tarda tres intentos en prender. Mis manos no dejan de temblar.

Patético.

El humo llena mis pulmones. Familiar. Reconfortante. La misma marca que fumo desde los dieciséis, cuando Lorenzo me retó a robar un paquete del despacho de Giuseppe. Me pillaron. Me dieron una paliza. Seguí fumando de todos modos.

Hay hábitos que no se pueden romper. Hay monstruos que no se pueden matar.

Doy otro trago largo a la botella. El whisky empieza a hacer efecto ahora, suavizando los bordes afilados de todo. El dolor de mi mano. La opresión en mi pecho. La forma en que su voz sigue resonando en mi cráneo.

—Te odio.

Otro trago. La botella pesa menos ahora. Bien.

—Salud —murmuro a la habitación vacía, levantando la botella—. Por los monstruos.

El whisky baja ahora con más facilidad. O tal vez sea que ya he dejado de saborearlo.

Tras mi ventana, el sol se está poniendo. Naranjas y rojos sangran por el cielo como una herida que no se cierra. En algún lugar ahí fuera, un taxi amarillo está llevando a Kristen y a Lily de vuelta a ese piso de mierda.

Estará más segura allí.

Lejos de mí.

Me acabo el cigarrillo. Enciendo otro. El humo asciende hacia el techo en espirales perezosas y lo veo desaparecer en la nada.

La botella está medio vacía ahora. O medio llena. Depende de cómo se mire.

Yo la miro como un hombre que se ahoga.

Se ha ido. Déjala marchar. De todos modos no te la mereces.

Doy otro trago.

Y otro.

Y otro más.

Hasta que la botella está vacía, la habitación da vueltas y no recuerdo por qué empecé a beber.

Mentiroso. Te acuerdas perfectamente.

Lo recuerdo todo. Su risa. Su sonrisa.

Se ha ido. Todo.

Dejo que la botella vacía ruede de entre mis dedos al suelo. No se rompe. Solo gira en un círculo lento hasta que se detiene contra la pata de mi mesita de noche.

El cigarrillo se ha consumido hasta el filtro. Lo apago sobre la madera cara de mi mesilla. Que deje marca. Que me sirva de recordatorio.

Mi móvil vuelve a vibrar. Lo ignoro.

Fuera, el cielo se ha oscurecido. Las estrellas van saliendo, una a una, como testigos de mi destrucción.

Cierro los ojos y dejo que el whisky me arrastre al fondo.

—¡Nico!

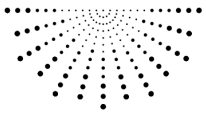
La voz de Vittoria llega desde algún lugar lejano. Otro planeta, quizá. Otra vida.

—¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío, hay sangre por todas partes!

Quiero decirle que no pasa nada. La sangre no es de ningún sitio importante. Solo mi mano. Solo cristal. Solo estupidez hecha visible.

Pero mis ojos no se abren. Mi boca no se mueve. Todo se siente envuelto en algodón y whisky, suave, distante y maravillosamente anestesiado.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO



Kristen

El teléfono está sobre la encimera de mi cocina como una granada a la que le han quitado la anilla.

Siete días desde que salí del recinto de los Sartori con una triste Lily en brazos y un agujero en el pecho del tamaño del lago Michigan. Siete noches llorando contra la almohada después de que ella se duerma, amortiguando los sonidos para que no oiga a su madre desmoronarse.

He pospuesto esto demasiado tiempo.

Mi dedo sobrevuela el número de Pietro.

Hazlo y ya, Kristen. Quita la tirita de golpe.

Pulso llamar antes de que pueda volver a echarme atrás.

—Sra. Thomas. —La voz de Pietro es calmada, profesional—. Me preguntaba cuándo llamaría.

—Tengo que hablar de la deuda. —Las palabras salen más firmes de lo que me siento. Mi mano libre agarra el borde de la encimera con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos—. Los ciento cuarenta mil. Quiero establecer un plan de pagos.

El silencio se prolonga al otro lado de la línea.

—Puedo pagar mil quinientos al mes —continúo, porque el silencio me hace divagar. Siempre me ha pasado—. Tardaré años, lo

sé, pero devolveré hasta el último céntimo. Solo necesito...

—No.

—¿Perdón?

—Cualquier pago que intente realizar será devuelto a su cuenta en un plazo de veinticuatro horas. —El tono de Pietro no varía. Completamente pragmático—. La familia no aceptará ni un penique. Esa decisión se tomó en el momento en que salvó la vida de mi madre.

—Eso no es... No puedo simplemente... —Se me quiebra la voz. Maldita sea. Me presiono la cuenca del ojo con la palma de la mano, conteniendo el escozor de unas lágrimas que me niego a derramar. Ahora no. En esta llamada no—. Pietro, necesito devolver esto.

—¿Por qué?

La pregunta me pilla desprevenida. —Porque lo debo.

—No nos debe nada. —Una pausa—. En todo caso, nosotros estamos en deuda con usted. Y no solo por Aria.

No pregunto a qué se refiere. Me da miedo la respuesta.

El silencio vuelve a alargarse, y me encuentro soltando palabras antes de poder detenerlas. —¿Están todos... están todos bien?

Pregunta estúpida. Te fuiste. ¿Por qué te importa?

Pero me importa. Ese es el problema.

—Defina «bien».

Se me cierra la garganta. No hablo.

Pietro exhala lentamente. —Todos en esta casa luchan con muchas cosas, Kristen. Algunos más que otros. Algunos de formas que se niegan a admitir.

Nico. Está hablando de Nico. Lo sé en mis propios huesos.

—No suelo hacer esto —continúa Pietro—. Pero le pido que llame a Nora. Llame a Vittoria. De vez en cuando, cuando pueda.

—¿Por qué?

—Porque las echan de menos. —Un instante—. Echan de menos a Lily.

Las lágrimas contra las que he estado luchando se desbordan. Me aparto de la encimera, apoyando la espalda contra el frigorífico y deslizándome hasta quedarme sentada en el frío suelo de linóleo.

—Vittoria sobre todo. No está llevando... ciertas cosas demasiado bien.

Quiero preguntar por Nico. La pregunta me quema en la lengua como el whisky. ¿Cómo está? ¿Come? ¿Duerme?

Pero no pregunto. No puedo.

—Las llamaré —susurro en su lugar—. Lo haré.

—Bien. —Pietro se aclara la garganta y recupera el tono profesional—. ¿Desea algo más?

Sí. Dígale que lo siento. Dígale que entiendo por qué lo hizo, aunque odie cómo lo hizo. Dígale que le echo tanto de menos que a veces no puedo respirar.

—No —digo—. Eso es todo.

—Cuídese mucho, Kristen. Y a Lily.

—Adiós, Pietro.

Cuelgo antes de que pueda responder.

El teléfono se me resbala de los dedos y cae al suelo a mi lado. Me llevo las rodillas al pecho y oculto el rostro en ellas, dejando que los sollozos fluyan ahora que nadie puede oírme.

Sigo fingiendo que nuestro minúsculo apartamento vuelve a parecerme un hogar, actuando como si no me despertara buscando a alguien que no está ahí.

Pensé que irme se sentiría como libertad.

En cambio, se siente como si me estuviera ahogando.

Hiciste lo correcto, me digo por centésima vez. Te manipuló. Tomó decisiones sobre tu vida sin preguntar. Eso es lo que juraste que no volverías a aceptar jamás.



El apartamento me parece más pequeño cada día.

Quizá sea porque me acostumbré a los pasillos interminables. O quizá sea porque cada rincón aquí guarda el recuerdo de luchar

simplemente por sobrevivir. Sea como sea, las paredes me oprimen más ahora.

Me siento a mi minúscula mesa de cocina con una taza de café que se ha quedado frío, recorriendo ofertas de trabajo en la pantalla agrietada de mi móvil. Camarera. Cajera. Reponedora de turno de noche. Los mismos puestos por los que he rotado durante meses, siempre a una emergencia de distancia de perderlo todo.

Vuelta a empezar.

Lily empezó el jardín de infancia ayer. Su profesora parece amable, y Lily volvió a casa hablando por los codos de una niña llamada Maya que compartió sus ceras con ella. Cosas normales de niños. Lo que se merece.

Quería unos días para respirar antes de sumergirme de nuevo en la búsqueda de empleo. No se me escapa la ironía: puedo permitirme esta breve pausa gracias al dinero que gané en el recinto de los Sartori. Un dinero que siento que me quema en la cuenta bancaria.

Mi pulgar se detiene sobre un anuncio de una cafetería a tres manzanas. Horario flexible. Propinas. El tipo de trabajo que puedo hacer durmiendo.

Las cosas van a volver a ser difíciles.

Lo sé. Lo he vivido. Pero ahora las cosas son diferentes.

Jack se ha ido.

Al principio me invadió la culpa. Alguien le amenazó. Alguien del mundo de Nico le obligó a firmar esos documentos y a marcharse. Debería sentirme fatal por ello.

No es así.

—Formar una familia contigo fue el mayor error de mi vida.

Sus palabras resuenan en mi cabeza, y en lugar del habitual pinchazo, siento otra cosa. Claridad.

Un padre que ama a su hija no dice eso. Jamás. Bajo ninguna circunstancia. Si alguien me hubiera amenazado a mí, diciéndome que desapareciera o me las vería con ellos, habría arañado paredes de cemento con tal de volver a ver a Lily. Habría luchado hasta mi último aliento.

Jack se plegó como una silla de jardín barata.

Así que sí. Siento alivio.

Tengo el corazón roto, pero al menos ese peso en concreto se ha levantado.

Nico.

Su nombre aflora sin ser llamado, como hace cien veces al día. Me lo imagino con sus ojos oscuros observándome desde el otro lado de una habitación. La forma en que se le tensa la mandíbula cuando se está reprimiendo. Cómo sus manos eran siempre tan cuidadosas conmigo.

Le echo de menos.

Dios, le echo tanto de menos que duele. Como si alguien me hubiera metido la mano en el pecho y me hubiera arrancado un trozo.

La furia se extinguió a las pocas horas de dejar el recinto. Estaba a mitad de camino de deshacer la maleta de Lily cuando me golpeó: todo el peso de lo que había hecho. De lo que había dicho.

—Te odio.

Le dije que le odiaba. Vi cómo algo se hacía añicos detrás de sus ojos y me marché.

Una parte de mí lo decía en serio. Odiaba lo que hizo.

Pero no le odiaba a él.

Me enamoré de él. Por completo. Estúpidamente. A pesar de cada bandera roja y cada señal de advertencia. A pesar de saber exactamente qué tipo de hombre es y en qué tipo de mundo vive.

Pienso en él a cada momento. Cuando preparo la cena de Lily, recuerdo cómo me observaba en la cocina del recinto. Cuando estoy tumbada en la cama por la noche, siento el fantasma de su cuerpo junto al mío. Cuando Lily menciona a Vittoria o pregunta por los conejos, el corazón se me encoge tanto que no puedo respirar.

Una parte de mí creyó que vendría.

Aquella primera noche de vuelta en el apartamento, no dejaba de mirar hacia la puerta. Esperando ese golpe seco y pesado. Su voz al otro lado, exigiendo que le dejara entrar. Imaginé la discusión que tendríamos, las cosas que le gritaría, la forma en que terminaría con su boca sobre la mía y sus manos por todas partes.

No vino.

No llamó.

Nada.

¿Qué esperabas?, me pregunto con amargura. Le dijiste que le odiabas. Te marchaste. Tomaste tu decisión.

Pero no se siente como una elección. Se siente como si el instinto de supervivencia se hubiera activado en el peor momento posible.

Mi teléfono vibra. El nombre de Vittoria parpadea en la pantalla.

V: Los conejitos de Lily la echan de menos. Sir Floppington IV se ha estado dejando caer dramáticamente por la conejera en señal de protesta. Creo que está organizando una huelga de hambre. (No es verdad. Se ha comido tres zanahorias esta mañana. Pero qué DRAMA, Kristen).

Se me escapa una risidilla antes de que pueda evitarlo. La primera risa de verdad en días.

Escribo de vuelta: —Dile que Lily le ha hecho un dibujo. Un conejito morado con alas. Dice que ahora ya puede volar.

V: —Dios mío. Envíalo inmediatamente. Pienso enmarcarlo.

No respondo enseguida. Suelto el móvil y me quedo mirando el techo con manchas de humedad de mi apartamento. La grieta que lleva ahí desde que nos mudamos. El débil sonido de los vecinos discutiendo a través de las finas paredes.

Esta es mi vida. Esto es lo que elegí.



Nico

La marca de tiempo indica las 03:47 cuando pillo la discrepancia.

He visto estas grabaciones seis veces ya, fotograma a fotograma, con el brillo azul de mi portátil como única luz en mi dormitorio. El cargamento de Jersey: cuarenta y dos cajas registradas en el almacén, pero solo treinta y nueve cargadas en el camión. Tres cajas desvanecidas en algún punto entre el muelle y el destino.

Tres cajas no se van caminando solas.

Rebobino, miro de nuevo. El operario de la carretilla eleva los palés. Normal. El camión da marcha atrás. Normal. Luego hay un hueco: diecisiete segundos en los que el ángulo de la cámara se desplaza lo justo para que la puerta del muelle de carga quede en un punto ciego.

Diecisiete segundos. Alguien sabía exactamente dónde ponerse.

Mi puerta se abre sin llamar. Solo una persona en esta casa hace eso.

—Tienes un aspecto de mierda —dice Pietro.

No levanto la vista de la pantalla. —Estoy ocupado.

Cruza la habitación y me llega el olor del café. Café de verdad, no el whisky que se ha convertido en mi agua. Deja una taza en mi mesita de noche como si fuera a bebérmela.

—Kristen ha llamado.

Mis dedos se congelan sobre el teclado. Solo un segundo. Luego los obligo a seguir escribiendo, buscando otro ángulo de cámara que ya me sé de memoria.

—Ah, sí. —Mi voz suena plana. Bien.

—Quiere devolver hasta el último céntimo. —Pietro se acomoda en el sillón junto a mi ventana. El que he estado evitando porque da al jardín donde Lily solía jugar con esos malditos conejos—. Propone un plan de pagos. Mil quinientos al mes.

Por supuesto que lo haría.

—Es testaruda —digo. La palabra me sabe a ceniza. Como los cigarrillos que he estado fumando uno tras otro desde que se marchó hace siete días. Siete días, catorce horas y aproximadamente treinta y dos minutos. No es que los esté contando.

—Le he dicho que no.

—Bien.

Pietro no se va. Siento que me observa.

—¿Cómo lo llevas tú?

Finalmente lo miro. Mi hermano está ahí sentado con su camisa impecable, con la preocupación grabada en las arrugas de sus ojos, y me entran ganas de reír. O de gritar. Tal vez ambas cosas.

—He sobrevivido hasta ahora.

—Vittoria dice que no estás comiendo.

—Vittoria debería meterse en sus asuntos.

—Dice que vives a base de whisky.

Señalo la botella a medio vaciar de Macallan sobre mi escritorio. Del bueno. Si voy a destrozarme el hígado, más vale hacerlo con calidad. —Estoy vivo, ¿no? Hasta que el whisky me mate, puedes dar por hecho que me estoy nutriendo estupendamente.

—Nico...

—Tengo mucho trabajo. —Vuelvo al portátil—. Faltan tres cajas del cargamento de Jersey. Es la tercera discrepancia este mes. O tenemos una filtración, o alguien nos está poniendo a prueba.

Durante un largo momento, no se mueve. Luego se levanta y me pone la mano en el hombro. Pesa. Está caliente. El tipo de contacto físico del que solía rehuir porque el consuelo me parecía una debilidad.

Después se marcha. La puerta se cierra con un clic y me quedo solo de nuevo con la luz azul, las cajas que faltan y la botella a medio vaciar que pronto habrá que reponer.

Pregunta por ti.

Cierro el portátil. Me recuesto en la silla. Miro al techo.

Claudio me informa todos los días. No se lo pido; él simplemente lo sabe. Está en casa. Ha llevado a Lily al parque. Ha comprado comida. No ha salido del apartamento en dos días.

Nunca sale de ese apartamento de mierda.

Debería parar la vigilancia. Es patético. Es obsesivo. Es exactamente el tipo de comportamiento controlador del que ella me acusó.

Pero no puedo parar. Porque si dejo de mirar, no me quedará absolutamente nada de ella.

Lo que he aprendido de Kristen Thomas es sencillo: el amor es una mierda. Te desgarra por dentro, te deja sangrando y ni siquiera tiene la decencia de matarte rápido.

La puerta del dormitorio sigue cerrada. La casa sigue en silencio. Y yo me siento aquí a oscuras, pensando en unos ojos gris azulados y en una risa que no volveré a oír, y me doy cuenta de algo.

Ya no me importa.

Si alguien cruzara esa puerta ahora mismo con una pistola, no echaría mano a la mía. Aceptaría la bala de buen grado. Al menos así este dolor hueco en mi pecho cesaría por fin.

Mi móvil vibra. Pienso en ignorarlo. He estado pensando en ignorarlo todo últimamente.

Pero en la pantalla aparece el nombre de Dante, y Dante no llama a menos que importe.

—Dime.

—Los rusos. —Su voz atraviesa la niebla de whisky de mi cráneo —. La reunión es en dos horas. En la sala trasera de Bellini.

Joder.

Se me había olvidado. La Bratva quiere negociar por los muelles, y se me había olvidado por completo.

—¿Cuándo has vuelto? —pregunto, para ganar tiempo mientras mi cerebro lucha por ponerse al día.

—Hace dos días. Lorenzo se está encargando del informe de Sicilia con Pietro ahora. —Hace una pausa—. Suenas fatal.

—Todo el mundo me lo repite.

—¿Puedes encargarte de esto?

¿Puedo?

—Estaré listo en cinco minutos.

—Nico...

—Cinco minutos. —Cuelgo antes de que pueda soltar cualquier gilipollez compasiva que se le esté pasando por la cabeza.

El espejo del baño me muestra exactamente lo que esperaba. Un hombre que parece haber pasado por una guerra y haberla perdido. Me echo agua fría en la cara, me paso la cuchilla por la mandíbula e intento recordar qué se sentía al importarme algo.

Sicilia está resuelta, al menos. Valentino se quedó allí para cuidar de Aria, Ava y su propia madre. Los intereses europeos de la familia están a salvo. Una cosa menos de la que preocuparse.

A lo mejor yo también debería irme. Desaparecer al viejo país unos meses. Dejar que el sol del Mediterráneo me quite de los huesos esta sensación de vacío.

Pero eso requeriría energía. Esfuerzo. La capacidad de que me importe si vivo o muero.

Y ando escaso de las tres.

Me pongo una camisa limpia.

Dante me espera en el pasillo cuando salgo. Sus ojos me escanean como quien escanea la escena de un crimen.

—Pareces...

—Ni se te ocurra. —Paso por su lado hacia las escaleras—. ¿Cuál es nuestra posición respecto a los muelles?

Se pone a mi altura, aceptando el cambio de tema. —Pietro quiere escuchar su oferta. Eso no significa que vayamos a aceptarla.

Llegamos al garaje. Liam ya está al volante del SUV blindado, con el motor en marcha. Me deslizo en el asiento trasero y apoyo la cabeza contra el cristal frío.

No debería estar haciendo esto. No estoy en condiciones de negociar nada más complejo que qué botella de whisky abrir a continuación. Mi juicio está comprometido. Mi concentración ha volado. Cada vez que cierro los ojos, veo unos ojos gris azulados devolviéndome la mirada, llenos de lágrimas y reproches.

Te odio.

Pero no puedo mostrar debilidad. No ahora. No cuando los rusos andan husmeando por nuestro territorio, faltan tres cajas en Jersey y siento que todo se desmorona.

Cierro los ojos. Solo un segundo.

El rostro de Kristen aparece tras mis párpados. No está enfadada esta vez. Se está riendo. Haciendo ese baile ridículo del plumero.

Basta.

Abro los ojos. Me centro en las luces de la ciudad que pasan borrosas tras la ventanilla.

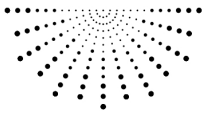
Dos horas. Solo tengo que aguantar el tipo dos horas.

Luego podré volver a mi habitación, a mi whisky y a las grabaciones de vigilancia de una mujer que está mejor sin mí.

El SUV se detiene ante Bellini. Enderezo la espalda. Aprieto la mandíbula. Me convierto en el hombre que los rusos esperan ver: frío, calculador, peligroso.

Hora de trabajar.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS



Kristen

Pasaron dos semanas.

Sujeto con fuerza la mano de Lily mientras caminamos a casa desde el parvulario; tiene los dedos diminutos pegajosos por el zumo que se ha ventilado en el parque. No para de parlotear sobre la mochila morada de Maya y de la lombriz que han encontrado en el recreo, pero yo solo la escucho a medias.

Porque alguien me está observando.

Esa sensación empezó hace tres días. Ese hormigueo de alerta entre los omóplatos, la sensación de que unos ojos siguen mis movimientos cada vez que salgo a la calle. Al principio me dije que era paranoia. Ansiedad residual por haber vivido en el complejo de la mafia durante semanas.

Pero he vivido años con un hombre que me hacía dudar de mi propia realidad. Sé perfectamente cuándo me están vigilando.

Hoy, estoy preparada.

—Mami, ¿podemos cenar macarrones con queso? —Lily me da un tirón de la mano.

—Claro, cielo. —Examino la calle mientras nos acercamos a nuestro edificio. Nada obvio. Una mujer paseando a su perro. Un

camión de reparto en doble fila. Un hombre mayor leyendo el periódico en el banco de enfrente de...

Ahí.

Un sedán negro, tres coches más allá. El mismo en el que me fijé ayer. Y anteayer.

Se me acelera el pulso, pero mantengo el rostro neutral. No reacciones. No dejes que sepan que los has visto.

Entramos en el edificio y guío a Lily hacia las escaleras. Pero en lugar de subir, me detengo en el primer rellano. —Espera, cariño. A mami se le ha caído algo.

Lily suelta un suspiro dramático, pero aguarda.

Cuento hasta treinta. Luego me asomo por la esquina hacia la puerta acristalada.

Y se me hiela la sangre.

Claudio.

Está de pie en la acera, con el teléfono pegado a la oreja y los ojos fijos en nuestro edificio. El mismo Claudio que trabaja directamente para él.

Me ha puesto un vigilante.

La rabia me golpea como una ola. Incandescente y cegadora.

Cojo a Lily de la mano y subo a paso firme, con la mandíbula tan apretada que me duele. Qué audacia. Menuda desfachatez. Me fui. Me alejé de su manipulación, de su control, de su incapacidad para tratarme como a una persona capaz de tomar sus propias decisiones.

Y él responde poniéndome vigilancia como si fuera un maldito activo que proteger.

Para cuando abro la puerta de nuestro apartamento, estoy temblando.

—¿Mami? —La voz de Lily suena bajita—. ¿Estás bien?

Me obligo a respirar. Relajo los puños. Borro la furia de mi rostro antes de mirar a mi hija. —Estoy bien, cielo. ¿Puedes hacerme un favor?

Ella asiente, con esos ojos de un gris azulado tan confiados que algo se me quiebra en el pecho.

—Ve a jugar un rato a tu habitación, ¿vale? Mami tiene que hacer una llamada importante.

—¿Es de trabajo?

—Algo así.

Lily se lo piensa y luego se encoge de hombros. —Vale. Pero ¿pueden venir de visita pronto Sir Floppington Cuarto y la Princesa Bun-Bun? Los echo de menos.

—Ya veremos —logro decir.

Se va dando saltitos a su cuarto, canturreando ya algo de Moana. Espero a que se cierre su puerta antes de entrar como una exhalación en la cocina, sacar el móvil del bolsillo y marcar.

Suena dos veces.



Nico

El teléfono se ilumina sobre mi escritorio.

Kristen.

Durante un segundo patético, el corazón me golpea contra las costillas. Quizá llama para—

Freno el pensamiento antes de que llegue a formarse. Lo aplasto como un cigarrillo bajo el talón.

No llama porque me eche de menos. No llama porque haya cambiado de opinión. No llama para decirme «ven a buscarme, me he equivocado».

Así no es como funciona esto. Así no es como funciona nada en mi mundo.

Aun así, mi mano se mueve hacia el teléfono como si perteneciera a otra persona. A algún idiota desesperado que aún no ha aprendido que la esperanza es solo otra arma que la gente usa contra ti.

Lo cojo.

—Retira a tu perro —su voz es gélida—. No se parece en nada a cómo sonaba cuando estaba debajo de mí, jadeando mi nombre.

No pienses en eso.

—Kristen —pronuncio su nombre como si no me supiera a cristales rotos en la boca.

—He visto a Claudio. El mismo sedán negro, tres días seguidos. ¿De verdad pensabas que no me daría cuenta?

Cierro los ojos.

—Me estás haciendo vigilar —suelta una carcajada, pero no tiene nada de gracia—. No puedo creer que hayas vuelto a hacer esto. Después de todo. Después de que te dijera…

—Sé lo que me dijiste —respondo.

—¿Entonces por qué?

Porque no puedo parar. Porque la idea de que te pase algo hace que quiera reducir esta ciudad entera a cenizas. Porque soy exactamente el monstruo que tú crees que soy.

—Los rusos —digo—. Saben quién eres. Saben dónde vives. Claudio se queda.

Silencio al otro lado.

Quiero gritarle. Quiero decirle que deje de ser tan malditamente testaruda y que vuelva aquí, donde realmente puedo protegerla en lugar de depender de grabaciones de vigilancia y hombres aparcados en las esquinas.

Vuelve. Vuelve. Vuelve.

Las palabras me arañan la garganta, pero no dejo que salgan.

—Esto no es por control —añado, e incluso yo noto lo vacío que suena—. Es para manteneros vivas a ti y a Lily.

Más silencio.

No me cree.

¿Por qué iba a hacerlo? Le mentí sobre la deuda. Manipulé el tema de la custodia sin preguntarle. La mantuve en mi casa bajo falsas pretensiones porque me aterraba verla marchar.

Y ahora se ha ido de todos modos.

—¿Necesitas algo más? —La pregunta me sabe a ceniza.

Di que sí. Di que me necesitas. Di que te has equivocado.

—No.

Se corta la comunicación.

Me quedo mirando el teléfono que tengo en la mano. Mis nudillos aún se están curando del incidente con el espejo, con las costras tirando cada vez que cierro el puño.

No.

Una palabra. Eso es todo lo que obtengo.

Dejo el teléfono con cuidado sobre el escritorio. Luego alargo la mano hacia la botella de whisky.

La voz de Pietro resuena en mi cabeza: «Vas a acabar bebiendo hasta que te lleven a una tumba prematura».

A lo mejor sí.

Pero al menos las tumbas son silenciosas. Al menos las tumbas no te llaman solo para decirte que no necesitan nada de ti.

Me sirvo dos dedos. Luego tres.

Claudio se quedará. Me da igual que Kristen me odie por ello. Me da igual que no vuelva a dirigirme la palabra.

Mentiroso.

Me importa. Ese es el puto problema. Me importa tanto que me está devorando por dentro.



El destello del cañón me ciega antes de que llegue el dolor.

Estúpido. Pero qué estúpido.

He venido aquí solo porque no podía dormir, ni pensar, ni funcionar sin el whisky adormeciendo el dolor constante de mi pecho.

Esta noche he seguido el patrón. Almacén 7, muelle del lado este, hueco en la rotación de las 2 de la madrugada. Debería haber traído refuerzos. Debería haber esperado a Dante. Pero el vacío que dejó Kristen me volvió imprudente.

Hizo que quisiera sentir algo distinto a esto.

La bala me concede el deseo.

Me atraviesa el pecho como un puñetazo hecho de fuego. El impacto me lanza hacia atrás contra una pila de cajas de madera. Golpeo el hormigón con fuerza y mi Glock se me escurre de unos dedos que, de repente, no obedecen.

—¡Nico! —La voz de Dante cruza el almacén, seguida de ráfagas de disparos. Tres disparos. Cuatro. Un cuerpo cae en algún lugar a mi izquierda.

Intento contar a los rusos. Vi a cuatro cuando entré. Estos no son de los Baganov; reconocería a sus hombres. Estos son nuevos. Mercenarios quizá. Matones a sueldo invadiendo nuestro territorio mientras yo he estado demasiado ocupado destruyéndome a mí mismo para darme cuenta.

Qué curioso. Siempre pensé que recibir un disparo dolería más.

No es nada comparado con ver a Kristen salir por mi puerta. No roza la agonía de su voz por teléfono, indiferente y harta de mí.

—¡Quédate conmigo! —Dante se arrodilla a mi lado, presionando con fuerza mis manos contra mi pecho. La presión debería ser insoportable. Apenas la siento—. Ni se te ocurra hacerlo, Nico, joder.

—¿Cuántos? —Mi voz suena distante. Como bajo el agua.

—No importa. Liam está limpiando. —El rostro de Dante flota sobre mí, con sus rasgos desdibujándose en los bordes—. ¿Por qué demonios has venido solo? ¿En qué estabas pensando?

No pensaba. Ese es el problema.

Me estaba ahogando en los vídeos de vigilancia de Kristen llevando a Lily al parvulario. Sí, le pedí a Claudio que grabara. Me quedé allí mirando cómo se reía de algo en su móvil. Viendo cómo miraba por encima del hombro, buscando amenazas que yo mismo había puesto allí. Estaba bebiendo hasta perder el sentido porque la alternativa era conducir hasta su apartamento y suplicarle que me perdonara por ser exactamente aquello de lo que ella escapó.

—Kristen. —Su nombre sale de mis labios como un roce.

—¿Qué? —Dante presiona con más fuerza—. Nico, mantén la concentración. La ayuda está en camino.

El techo del almacén gira sobre mí. Las luces industriales se difuminan hasta convertirse en estrellas. Siento el cuerpo pesado y

ligero al mismo tiempo, como si me estuviera hundiendo a través del suelo de hormigón.

—Dile que… —No puedo terminar. ¿Decirle qué? ¿Que lo siento? ¿Que lo haría todo de nuevo porque su seguridad importaba más que tenerla conmigo?

—¡Nico! —La voz de Dante se quiebra—. ¡Abre los ojos!

No me había dado cuenta de que los había cerrado.

La oscuridad resulta suave. Acogedora. Aquí nada duele. Ni mi pecho, ni el espacio hueco tras mis costillas donde ella solía habitar.

Debe de ser esto lo que se siente al morir. Esta ausencia de todo.

Paz.

Siempre pensé que lucharía. Que caería peleando como Riccardo, protegiendo algo que importara. En cambio, me estoy desangrando en el suelo de un almacén porque no podía soportar otra noche sin ella.

—Kristen. —Su nombre otra vez. No puedo dejar de decirlo.

La palabra muere en mi garganta.

—Dos minutos —dice Dante—. Quédate conmigo dos minutos más.

Intento aguantar. Por Pietro, que no necesita enterrar a otro hermano. Por Vittoria, que ya ha perdido demasiado. Por mi madre, que nunca se recuperaría de esto.

Pero mi resistencia flaquea.

Lo último que veo antes de que la oscuridad me atrape es el rostro de Kristen. No enfadada. No herida. Solo... mirándome como lo hizo aquella noche en el salón, cuando dijo que quería conocerme.

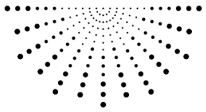
Antes de que lo arruinara todo.

Lo siento.

No estoy seguro de si lo digo en voz alta.

Después, ya no hay nada.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE



Kristen

El teléfono suena atravesando mi sueño.

Me duelen las piernas por las ocho horas en el suelo de la cafetería, y mi cerebro tarda tres tonos completos en recordar dónde estoy. Apartamento. Cama.

Cuarto tono.

Cojo el teléfono, entrecerrando los ojos ante la pantalla demasiado brillante. El nombre de Vittoria resplandece frente a mí. La hora marca las 3:47 de la madrugada.

Algo va mal.

—¿Hola? —Mi voz suena ronca como el papel de lija.

Llanto. Eso es lo primero que escucho. Sollozos entrecortados y húmedos que hacen que se me caiga el alma a los pies.

—Kristen. —La voz de Vittoria se quiebra al pronunciar mi nombre—. Es Nico. Ha... —Otro sollozo engulle sus palabras.

Me incorporo tan rápido que la habitación da vueltas. —¿Qué ha pasado?

—Le han disparado. En el pecho. Está en cirugía ahora mismo y no saben... —su voz se rompe por completo—. No saben si va a salir de esta.

Las palabras no tienen sentido. Solo son sonidos, sílabas que se niegan a organizarse para cobrar significado. Disparo. Pecho. Cirugía.

Nico.

—¿Dónde? —Ya estoy tirando las mantas a un lado, mis pies golpean el suelo frío—. Vittoria, ¿dónde está?

—En el St. Mary's. El ala privada en la cuarta planta. Kristen, había tanta sangre...

—Voy para allá.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más. Mis manos tiemblan con tanta violencia que casi se me cae el teléfono dos veces mientras busco el número de mi madre.

No puede morir. No puede.

El pensamiento late a través de mí como un segundo corazón. Furioso, desesperado, aterrado.

Mi madre responde al segundo tono, con la voz espesa por el sueño. —¿Kristen? ¿Qué pasa?

—Necesito que vengas a quedarte con Lily. Ahora mismo. Por favor, mamá. —Las palabras salen mal, demasiado rápido, tropezando unas con otras—. Ha habido un accidente. Alguien a quien... alguien ha resultado herido y tengo que...

—Voy para allá. —Sin preguntas. Sin vacilación—. Estaré allí en veinte minutos.

—Te enviaré un taxi.

Termino la llamada e inmediatamente pido un Uber a su dirección, y luego otro a la mía. Siento mis dedos como si pertenecieran a otra persona. Torpes. Desconectados.

Tengo que vestirme.

Camino hacia mi cómoda y la abro, mirando fijamente el contenido sin ver nada. Mi cerebro me grita que me mueva, pero mis manos alcanzan mi cepillo para el pelo en su lugar. Empiezo a cepillarme el pelo.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Suelto el cepillo. Golpea ruidosamente el suelo y me estremezco ante el sonido. Ropa. Necesito ropa.

Me pongo lo primero que toco. Luego me doy cuenta de que todavía llevo los pantalones cortos de dormir debajo y tengo que empezar de nuevo.

Mi visión se nubla. Me limpio los ojos con el dorso de la mano, negándome a dar nombre a lo que le está pasando a mi cara.

Vaqueros. Encuentro unos vaqueros. Mis piernas protestan mientras me los pongo de un tirón, los músculos gritan por haber llevado platos y cafeteras por el salario mínimo más propinas. Cojo un jersey y me lo paso por la cabeza.

Me hundo en el borde de mi cama, presionando las palmas contra mis ojos con la fuerza suficiente para ver estrellas. Ha recibido una bala en el pecho. Las palabras finalmente se organizan cobrando sentido, y desearía que no lo hubieran hecho.

Nico. Mi Nico.

Y ahora podría morir pensando que lo odio.

Cojo mis llaves de la mesilla de noche, luego las dejo. Cojo mi teléfono. Me lo meto en el bolsillo. Lo saco otra vez. Me lo quedo mirando.

Cuando mi madre finalmente llama, tengo la puerta abierta antes de que baje la mano.

—Vete —dice, leyendo algo en mi rostro que hace que su expresión se suavice—. Yo me encargo de ella.

Quiero explicárselo. Quiero hablarle de Nico, de lo que significa, del imposible enredo de sentimientos en el que llevo semanas ahogándome. Pero no hay tiempo.

—Gracias. —Las palabras se me quedan grabadas en la garganta.



Kristen

El pasillo se extiende eternamente.

Paredes blancas. Azulejos blancos. Ese olor antiséptico que hace que se me revuelva el estómago porque nunca pasa nada bueno en lugares que huelen así.

Los veo antes de que ellos me vean a mí.

Pietro está de espaldas contra la pared, con los brazos cruzados y el rostro tallado en piedra. Nora está sentada a su lado, con su mano sobre el brazo de él y el pelo pelirrojo recogido en un moño desordenado. Lorenzo camina de un lado a otro cerca de la ventana, con el teléfono pegado a la oreja, hablando un italiano rápido que no puedo entender. Sophia lo observa con ojos preocupados, sus dedos entrelazados en su regazo.

Vittoria está sentada sola, con las rodillas contra el pecho en una silla de plástico.

Y Bruno.

Bruno está aquí. En su silla de ruedas al final de la fila, con la mandíbula tensa y las manos aferradas a los reposabrazos como si fuera a arrancarlos.

Están todos aquí. Todos y cada uno de ellos.

Él tiene que estar bien. Tiene que estar bien. Toda esta gente lo necesita.

Mis pies siguen moviéndose aunque siento que mis piernas podrían ceder en cualquier momento. La máquina de café al final del pasillo hace un sonido de molido que me pone los pelos de punta.

La cabeza de Vittoria se levanta de golpe.

—¿Kristen?

Se pone en pie antes de que yo pueda responder, corriendo hacia mí, y entonces se estrella contra mis brazos y solloza contra mi hombro. La abrazo con fuerza, con mis propios ojos ardiendo y la garganta tan cerrada que apenas puedo respirar.

—Has venido —susurra—. De verdad has venido.

—Claro que he venido. —Mi voz se quiebra. Estúpida. Contrólate —. ¿Ha cambiado algo? ¿Cuánto tiempo lleva en cirugía?

Vittoria se aparta, limpiándose la cara con la manga. —Dos horas. Dijeron que... dijeron que la bala impactó cerca de su corazón. Había mucha hemorragia y no saben...

Su voz se rompe.

Le agarro las manos, apretando fuerte. —Es fuerte. Es muy fuerte, Vittoria.

Ella asiente, pero su barbilla tiembla.

Miro más allá de ella hacia los demás. Pietro me está observando con una expresión indescifrable. Nora me dedica una pequeña sonrisa cansada. Lorenzo ha dejado de caminar, con el teléfono bajado a su costado.

No te derrumbes. No te atrevas a desmoronarte ahora mismo.

—¿Alguien necesita café? —Las palabras salen solas, automáticas, porque necesito hacer algo con las manos—. ¿O agua? ¿Comida? Puedo ir a...

—Kristen. —Sophia aparece a mi lado, con su rostro gentil pero firme—. Yo iré a por café. Usted necesita sentarse.

—Estoy bien. Puedo...

—Siéntese.

No es una petición.

Mis rodillas fallan antes de que tome la decisión consciente de moverme. Sophia me guía a una silla y me hundo en el plástico duro, con las manos temblando en mi regazo. El temblor se extiende por mis brazos, hasta mi pecho, hasta que todo mi cuerpo parece que fuera a vibrar hasta desintegrarse.

Podría morir pensando que lo odio.

El pensamiento me golpea como un puñetazo en el esternón. Le dije que lo odiaba. Le dije esas palabras a la cara y luego me fui y ahora está en cirugía con una bala cerca del corazón y ¿qué pasa si esas son las últimas palabras...?

—¿Por qué coño se fue?

Mi cabeza se levanta de golpe.

Bruno me está mirando desde su silla de ruedas, con sus ojos oscuros ardiendo con algo que parece casi una acusación. Sus nudillos están blancos contra los reposabrazos.

—¿Qué?

—Me ha oído. —Su voz es baja, áspera, peligrosa—. Si le importa una mierda, y claramente le importa, ya que está aquí sentada temblando como una hoja, ¿por qué coño se fue?

Parpadeo hacia él, mi cerebro luchando por seguir el ritmo. —Yo no...

—Bruno —advierte Pietro.

Bruno lo ignora. Su mirada sigue fija en la mía, inquebrantable. —Mi hermano ha estado bebiendo hasta cavar su propia tumba estas últimas semanas. No come. No duerme. Entró solo en ese almacén como si tuviera deseos de morir porque una mujer desapareció.

Las palabras aterrizan como golpes.

Cada una de ellas.

Deseos de morir.

—Eso no es... —Mi voz sale mal, estrangulada.

—Bruno, basta. —La voz de Lorenzo corta la tensión.

Pero Bruno no se detiene. Se inclina hacia adelante en su silla y, aun sentado, aun tullido, irradia la misma energía peligrosa que sus hermanos. —¿Sabe cuál es el problema de Nico? No sabe cómo amar a la gente en pequeñas dosis. No sabe cómo limitarse a hablar de las cosas. Ve un problema y lo elimina. Así es como lo criaron. Así es como nos criaron a todos.

Me arde la garganta.

No digo nada.

Solo lo miro.

Bruno Sartori está sentado en su silla de ruedas como un rey en un trono. El pelo oscuro le cae sobre la frente. Su mandíbula es afilada, con barba de varios días, apretada con tanta fuerza que puedo ver el músculo saltando bajo la piel. Unas ojeras oscuras ensombrecen sus ojos.

Rabia. Impotencia. Un dolor que no tiene a dónde ir.

Lleva un jersey oscuro que cuelga de unos hombros que aún se ven anchos de músculo. Sus manos aprietan esos reposabrazos como si fueran lo único que lo mantiene anclado a esta tierra.

Él no me conoce.

El pensamiento se asienta en mi pecho como una piedra.

Bruno no sabe ni una sola cosa de lo que pasó entre Nico y yo.

Y aunque lo supiera, hacerme sentir culpable ahora mismo no es precisamente productivo.

Gracias por el análisis, Bruno. Muy útil mientras su hermano se desangra en una mesa de operaciones.

No lo digo. No digo nada en absoluto.

Solo sigo mirándolo.

—Bruno. —La voz de Vittoria es pequeña, agotada—. Por favor, para.

Él finalmente rompe el contacto visual conmigo. Su mandíbula se mueve como si estuviera masticando algo. Durante un largo momento, se queda allí sentado, irradiando furia y pena a partes iguales. Luego hace girar su silla hacia atrás, dándonos la espalda a todos para mirar por la ventana.

El silencio se alarga.

Me miro las manos en el regazo. Han dejado de temblar, lo cual se siente mal de alguna manera. Como si mi cuerpo hubiera decidido quedarse entumecido en lugar de desmoronarse.

Deseos de morir.

Las palabras de Bruno resuenan en mi cráneo.

Entró solo en ese almacén como si tuviera deseos de morir.

Mis uñas se clavan en mis palmas. El agudo pinchazo de dolor me mantiene presente. Evita que caiga en una espiral hacia ese lugar oscuro donde imagino a Nico en esa mesa de operaciones, con el pecho abierto, médicos luchando por mantener su corazón latiendo mientras yo estaba sentada en mi cutre apartamento diciéndome a mí misma que tomé la decisión correcta.

¿Tomé la decisión correcta?

Ya no lo sé.

No sé nada.

—Kristen. —Nora aparece frente a mi, agachándose para que estemos al nivel de los ojos. Su rostro está pálido, demacrado, pero su voz es firme—. ¿Has comido algo hoy?

Parpadeo hacia ella. —¿Qué?

—Comida. ¿Cuándo comiste por última vez?

Trato de recordar. Lily cenó cereales porque yo no fui capaz de cocinar. ¿Comí yo algo? Debí hacerlo. No lo recuerdo.

—Estoy bien.

La expresión de Nora dice que no me cree. —Sophia ha ido a por café. Hay una máquina expendedora a la vuelta de la esquina. Déjame traerte algo.

—No necesito...

—Estás blanca como el papel y estás temblando. —Su mano cubre la mía, cálida y firme—. Déjame ayudarte. Por favor.

Ese favor me deshace.

Se me cierra la garganta. Asiento una vez, bruscamente, y Nora me aprieta los dedos antes de levantarse. Le dice algo a Pietro que no alcanzo a oír, y luego desaparece por el pasillo.

Me llevo las rodillas al pecho, haciéndome lo más pequeña posible en la silla de plástico. La posición me recuerda a Lily cuando tiene miedo: acurrucada, rodeándose a sí misma con los brazos, intentando desaparecer.

Lily.

Dios. ¿Qué le voy a decir a Lily si...?

No.

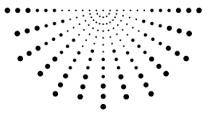
Borro ese pensamiento antes de que pueda formarse del todo.

Él se va a poner bien. Tiene que ponerse bien. Es Nico Sartori. Sobrevivió al hecho de crecer en esta familia, sobrevivió a cualquier horror que lo convirtiera en quien es.

Sobrevivirá a esto también.

Tiene que hacerlo.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO



Kristen

Pasan dos horas más a paso de tortuga.

Nadie habla. Nadie se mueve. Estamos sentados en esta estéril sala de espera privada como estatuas. El segundo café que me trajo Nora se enfrió hace una hora, intacto sobre la mesa auxiliar. Mis manos no han dejado de temblar desde que llegué.

Vittoria dejó de llorar a los cuarenta minutos de estar aquí. Ahora se limita a mirar fijamente a la pared, con el rímel seco formando ríos oscuros por sus mejillas.

El silencio es asfixiante. Cada tictac del reloj de la pared suena como un disparo.

—¿Dónde está Lily?

La voz de Nora corta el silencio más o menos tras una hora, suave y cuidadosa.

—Con mi madre —mi propia voz suena ajena. Hueca.

Ella asiente y no pregunta nada más.

—¿Estás trabajando?

Parpadeo, volviendo al presente. Sophia está sentada a mi lado ahora, sus ojos color miel cargados de preocupación. Ni siquiera me había dado cuenta de que se movía.

—¿Qué?

—Un empleo —aclara con suavidad—. ¿Encontraste algo?

Cierto. Una conversación normal. Como si mi pecho no estuviera siendo aplastado por manos invisibles.

La puerta se abre de golpe.

Todas las cabezas de la sala se giran hacia el cirujano como si fuéramos marionetas movidas por el mismo hilo. El médico nos mira a todos.

—Ha salido de la cirugía —anuncia, con voz profesionalmente neutra.

La habitación exhala colectivamente, pero él levanta una mano antes de que nadie pueda hablar.

—Las cosas no están claras en este momento. Ha perdido una cantidad significativa de sangre —el doctor se quita el gorro quirúrgico—. El factor más importante a su favor fue que quien lo encontró no lo movió en absoluto. La bala estaba alojada en una posición precaria cerca del pericardio —el saco que rodea el corazón —. Extraerla sin causar daños adicionales fue... complicado.

Cerca de su corazón. Las palabras resuenan en mi cráneo. Cerca de su corazón.

—¿Va a vivir? —la voz de Pietro corta el aire como una cuchilla. Sin cortesías. Sin andarse con rodeos.

Él duda. Solo una fracción de segundo, pero lo noto.

—No puedo estar seguro en este momento. Las próximas veinticuatro horas serán críticas. Estamos pendientes de posibles hemorragias internas y complicaciones cardíacas. Su cuerpo ha pasado por un trauma importante, y...

—Por su propio bien, doctor —la silla de ruedas de Bruno avanza, y el suave chirrido del caucho sobre el linóleo resulta de algún modo amenazador—. Esté seguro.

Espero que el cirujano se inmute. Que muestre algún signo de intimidación ante la amenaza implícita de un hombre en silla de ruedas que sigue irradiando violencia como el calor de un horno.

No lo hace.

Encuentra la mirada de Bruno con la paciencia agotada de alguien que ha tenido esta misma conversación antes. Probablemente varias veces. Con varios Sartori.

—Entiendo su preocupación —su tono no flaquea—. He tratado a su familia durante quince años, señor Sartori. Haré todo lo que esté en mi mano para asegurar que su hermano sobreviva. Pero no haré promesas que la medicina no pueda cumplir.

Bruno agarra los reposabrazos de su silla con tal fuerza que se le ponen los nudillos blancos.

—¿Podemos verle? —la voz de Vittoria es apenas un susurro, quebrada y en carne viva.

—De uno en uno. No está consciente y necesita descanso, pero... —la expresión del médico se suaviza ligeramente—. Sí. La familia puede verle.

Familia.

La palabra me golpea como un puño en el esternón. Yo no soy familia. Soy la mujer que se marchó. La mujer que le dijo que le odiaba. La mujer que...

—Kristen va primero.

Todos se giran para mirar a Pietro.

—¿Qué? —la palabra se me escapa antes de que pueda evitarlo.

Los ojos oscuros de Pietro se encuentran con los míos.

—Estaba diciendo tu nombre —la voz de Pietro es plana. Directa —. Cuando Dante lo encontró. Antes de perder el conocimiento. No dejaba de decir tu nombre.

La habitación se inclina hacia un lado.

—Yo... —mi garganta se cierra sobre las palabras.

—Ve —la voz de Vittoria es sorprendentemente firme. Se acerca y me aprieta la mano, sus dedos están fríos pero seguros—. Necesita saber que estás aquí.

Miro a mi alrededor, a estas personas. Esta familia de criminales y asesinos que, de algún modo, se convirtió en lo más parecido a la seguridad que he conocido.

Me dejan entrar primero.

Porque te ama, susurra una voz en mi cabeza. *Y ellos lo saben. Aunque tú hayas tenido demasiado miedo para admitirlo.*

Me pongo de pie sobre unas piernas que parecen pertenecer a otra persona.

El doctor me guía por un pasillo.

Por favor, que esté bien. Por favor, que esté bien. Por favor...

El médico se detiene ante una puerta con una ventana pequeña.

—Cinco minutos —dice en voz baja—. Está fuertemente sedado. Es probable que no la oiga, pero... —se interrumpe, y algo casi humano cruza sus rasgos profesionales—. Háblele de todos modos.

Asiento porque no confío en mi voz.

La puerta se abre.

Y allí está él.

Nico Sartori yace inmóvil en una cama de hospital. Unos tubos serpentean desde sus brazos. Las máquinas pitan con un ritmo constante que no suena en absoluto a como debería ser su latido. Su rostro está pálido, demasiado pálido, despojado de esa intensidad peligrosa que suele acelerarme el pulso.

Parece frágil.

Me muevo hacia la silla junto a su cama sin pensarlo. Mi mano busca la suya.

Sus dedos están fríos.

—Eres un idiota integral —susurro, y la voz se me quiebra al final —. No tienes permiso para morir. ¿Me oyes? No puedes...

Entonces llegan las lágrimas, calientes e imparables, goteando sobre nuestras manos entrelazadas.

—No te odio —la confesión sale de mí como si hubiera estado arañando para escapar—. Estaba enfadada y asustada, y tomaste decisiones que no te correspondían, pero no... yo nunca...

Te quiero.

Las palabras se quedan atascadas en mi garganta, demasiado aterradoras para soltarlas en una habitación donde puede que él no despierte para oírlas.

Así que solo le sostengo la mano.

Y le pido a un Dios en el que no estoy segura de creer que me dé la oportunidad de decírselas cuando él pueda escucharlas de verdad.



Veo mi reflejo en el espejo del baño y apenas reconozco a la mujer de ojos hundidos que me devuelve la mirada. Mi pelo cuelga en enredos grasientos.

El agua caliente golpea mis hombros y casi lloro de alivio. Dos días de sillas de plástico y comida de máquina expendedora. Dos días viendo el pecho de Nico subir y bajar, contando cada respiración como si pudiera ser la última.

Froto el champú por mi cabello. La culpa pesa en mi pecho, una carga física que no consigo lavar por mucho que lo intente.

Cuando por fin salgo del baño con ropa limpia, Lily me está esperando en el sofá. Sus ojos siguen mis movimientos con esa percepción inquietante que a veces tienen los niños.

—Mami parece triste —anuncia.

Fuerzo una sonrisa. —Mami solo está cansada, cielo.

—¿Quién está malito?

Me dejo caer en el sofá a su lado, atrayendo su pequeño y cálido cuerpo contra mi costado.

—Alguien a quien mami conoce —digo con cuidado—. Se ha hecho daño.

—¿Es Nico?

Mi corazón da un vuelco. —¿Cómo has...?

—Abuela estaba hablando por teléfono —Lily juguetea con un hilo suelto de su pantalón del pijama—. Dijo su nombre.

Claro que lo hizo. Mi madre nunca ha dominado el arte de la discreción.

—Sí, cielo. Es Nico.

Lily arruga la cara, pensativa. Luego sale corriendo del sofá y desaparece en su habitación. Oigo sus pies descalzos corretear por el suelo. Cuando regresa, trae consigo a Sir Floppington III.

—Toma —me planta el conejo en las manos—. Sir Floppington es un ayudante. Hace que la gente se sienta mejor cuando está malita.

Se me hace un nudo en la garganta. —Lily, si es tu favorito...

—Nico lo necesita más —su barbilla se tensa con determinación obstinada—. Se lo puedes prestar a Nico para que se ponga bien.

No llores. Ni se te ocurra llorar delante de ella.

—Vale —consigo decir—. Me aseguraré de que Nico lo reciba.

Cojo el conejo. Su suave pelaje está gastado en algunas zonas por los constantes abrazos de Lily.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo.

Lo saco con dedos temblorosos, esperando otra actualización del hospital. Otro «sin cambios» que me iría matando poco a poco.

Vittoria: SE HA DESPERTADO

Tres palabras. Tres palabras que hacen que mi corazón golpee mis costillas tan fuerte que apenas puedo respirar.

—¿Mami? —la voz de Lily suena lejana—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada, cielo —ya estoy de pie, moviéndome hacia la puerta.

Le beso la frente, las mejillas, la coronilla. Ella suelta risitas y se escabulle.

—¡Mamá! —llamo, y mi madre aparece en el umbral de la cocina —. Tengo que irme. Él se ha...

—Ve —asiente una vez—. Yo me quedaré con Lily.

Cojo mis llaves. Me calzo las zapatillas a toda prisa. Sigo apretando el conejo en la mano.

—¡Dile a Nico que le digo hola! —me grita Lily mientras salgo.

Ya estoy corriendo.



Nico

Al parecer, los capullos viven mucho más de lo que deberían.

En el momento en que abro los ojos y veo a Aria sentada junto a la ventana, sé que las cosas se pusieron feas.

Joder.

Siento el pecho como si alguien hubiera aparcado un todoterreno encima. Cada respiración raspa contra algo vivo dentro de mí. El pitido de las máquinas junto a mi cama suena a reproche.

—Nico —la voz de Aria se quiebra. Está a mi lado en segundos, con su mano fresca sobre mi frente—. Niño mío. Mio figlio.

Intento hablar pero siento la garganta llena de grava. Ella pulsa un botón, llama a una enfermera, me recoloca las mantas. La dejo. ¿Qué más puedo hacer?

Después de despertarme del todo, toda la familia va pasando por turnos como si yo fuera una atracción de feria. Pietro está a los pies de mi cama con cara de querer estrangularme y abrazarme al mismo tiempo. Nora trae unas flores que me dan picor en la nariz. Lorenzo me da una palmada en el hombro y me dice que tengo una cara de mierda.

Podría mandarlos a todos a tomar por culo y decirles que me dejen en paz.

Pero sé lo que me habría hecho a mí si otro estuviera en mi lugar. Si fuera Pietro el que estuviera aquí tumbado. Si fuera Vittoria.

Así que cierro la puta boca.

Ahora Vittoria se sienta en la silla que Aria ha dejado libre, jugueteando con su esmalte de uñas desconchado. Lleva cinco minutos hablando de algo, pero no puedo centrarme en sus palabras.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta—. ¿Sinceramente?

—Como si me hubieran pegado un tiro.

Ella pone los ojos en blanco. —Gracioso.

La puerta se abre.

Se me olvida que tengo que respirar.

Kristen.

Está en el umbral, con sus ojos azul grisáceo muy abiertos. Lleva vaqueros y un jersey demasiado grande que la engulle, y se la ve agotada.

Está jodidamente preciosa.

Vittoria dice algo. No la oigo. Las palabras se vuelven ruido blanco porque Kristen está aquí, en esta habitación.

Mi hermana me aprieta el brazo y se marcha. La puerta se cierra con un clic.

Entonces solo somos nosotros.

—Kristen —su nombre sale de mi garganta como una oración. ¿Qué más puedo decir? *Lo siento* parece insuficiente. *Te quiero* suena a una confesión que no ha pedido. *Por favor, no te vayas* me hace parecer patético.

Así que simplemente vuelvo a decir su nombre. —Kristen.

Ella se acerca. Sus zapatillas chirrían sobre el suelo del hospital. Sostiene algo pequeño, marrón y...

¿Un conejo?

Llega al borde de mi cama y lo extiende. Sus dedos tiemblan ligeramente. —Lily te manda saludos. Quería que tuvieras a Sir Floppington. Dice que ayuda cuando uno no se siente bien.

Me quedo mirando al peluche.

Se me cierra la garganta.

Estiro la mano y cojo el conejo.

Luego lo meto bajo mi brazo. Como hace Lily. Con las orejas cayendo sobre mi bata de hospital.

Lo que haga falta para que Kristen se quede. Lo que ella necesite.

Si quiere, me pondré un puto tutú de ballet y bailaré con Lily. Aprenderé a hacer trenzas y celebraré fiestas del té con peluches. Haré cualquier cosa. Todo.

Solo quédate.

A Kristen le brillan los ojos. Se acerca aún más, hasta estar justo al lado de la cama, lo bastante cerca para que pueda olerla.

A ella.

—Nico —su voz se quiebra al pronunciar mi nombre.

—Lo sé —no sé a qué estoy asintiendo. A la disculpa que no ha exigido. A la explicación que se merece. A las mil formas en que lo jodí todo.

—Casi te mueres —una lágrima resbala por su mejilla—. Bruno dijo que tenías un deseo de muerte. Que entraste en ese almacén

solo porque...

—Bruno habla demasiado.

—¿Es verdad?

Miro al techo. Azulejos blancos. Luces fluorescentes. Es más fácil que mirarla a la cara y ver lo que he hecho.

—No estaba intentando morir —digo finalmente—. Simplemente... dejó de importarme si lo hacía.

Su mano cubre la mía. Cálida. Suave. Nada de lo que merezco.

—Eso es lo mismo, idiota.

Un sonido escapa de mí. Casi una risa, pero demasiado rota para serlo. —Sí. Puede.

—No te odio —las palabras salen atropelladas, como si las hubiera estado conteniendo—. Dije que lo hacía, y estaba enfadada, y te lo merecías porque me mentiste, pero no... yo nunca...

—Kristen.

—Tomaste decisiones sobre mi vida sin preguntar. Igual que Jack. Y yo no podía...

—Lo sé.

—Pero tú no eres como él —se limpia las mejillas con la mano libre—. No te pareces en nada a él, y lo sabía incluso cuando estaba furiosa, y entonces Vittoria llamó y dijo que podrías no...

Su voz se hace añicos.

Le aprieto los dedos. Débilmente. Todo lo que hago ahora mismo es débil. Pero es todo lo que tengo.

—Lo siento —le digo. Las palabras se sienten insuficientes.

Ella se queda en silencio durante un largo momento. Las máquinas pitan. La oreja de Sir Floppington me roza la barbilla.

—Me asustaste —susurra—. Cuando llamó Vittoria. Cuando pensé que podrías morir antes de que pudiera decirte...

Se detiene.

—¿Decirme qué?

Su mandíbula se tensa. Mira hacia otro lado. —Que no te odio.

Eso no es lo que ibas a decir.

Pero no presiono. No tengo derecho.

—Quédate —digo en su lugar. La palabra sale cruda. Desesperada. Todo lo que juré que nunca sería—. Por favor.

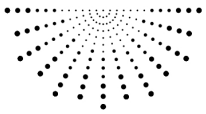
Kristen me mira. A los tubos y cables. Al conejo de peluche apretado contra mi brazo como el objeto de consuelo de un niño.

—Lily va a querer pruebas de que usas a Sir Floppington correctamente —dice. Su voz es más firme ahora. Casi juguetona—. Tiene unos estándares muy específicos.

Algo se desanuda en mi pecho. No del todo. Pero lo suficiente.

—Practicaré.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE



Kristen

Nico me mira fijamente.

Simplemente... me mira.

Sé que tiene cosas que decir. Puedo ver cómo se gestan tras sus ojos, acumulándose como munición que no está listo para disparar. Pero las mantiene bajo llave.

Y, sinceramente, no me parece bien.

Porque lo que he aprendido sobre Nico Sartori estas últimas semanas es que ha sido más expresivo que yo desde el principio. No con discursos floridos ni grandes declaraciones; eso no va con él. Sino por su forma de mirar. Por su forma de actuar.

Me ha estado demostrando lo que siente todo este tiempo.

Y yo he sido la que se ha contenido. Levantando muros. Protegiéndome.

Es peligroso de mil formas diferentes, sí. Pero ni una sola vez ha usado ese peligro contra mí. Cada rasgo aterrador de su personalidad ha apuntado hacia fuera, formando un escudo entre el mundo y yo.

Me acerco a la cama. Siento las piernas inestables, poco fiables, pero las obligo a responder de todos modos. La silla chirría contra el suelo mientras la arrastro justo a su lado.

Los ojos de Nico siguen mis movimientos. No dice nada. Solo observa.

Vale, Thomas. Es hora de dejar de ser una cobarde.

—Te quiero.

Las palabras salen ásperas, como arrancadas en carne viva de lo más profundo de mi pecho. No es bonito. No es romántico. Solo es real.

Nico parpadea. Una vez. Dos.

—Me deben de haber dado el balazo antes de lo que pensaba —dice. Su voz es ronca, destrozada por la cirugía y la intubación—. Porque claramente estoy muerto o alucinando.

Suelto un suspiro que es mitad risa, mitad sollozo. —Eres un imbécil.

—Ya. —No lo niega—. Ven aquí.

Ya estoy cerca, pero me inclino aún más, con cuidado de no mover la vía intravenosa ni los monitores que pitan constantemente a su lado. Su mano busca la mía y sus dedos se entrelazan con los míos con una fuerza sorprendente para un hombre que casi muere hace dos días.

—Kristen. —Mi nombre suena diferente cuando lo dice él. Más pesado. Como si significara algo—. Yo no... —Se detiene. Empieza de nuevo—. No se me da bien esto.

—Lo sé.

—Nunca he... —Otra pausa. Tensa la mandíbula y le observo luchar consigo mismo, le veo esforzarse por sacar las palabras de alguna cámara acorazada bajo llave dentro de su pecho—. He pasado treinta años viendo cómo el amor destruye a la gente. Viendo a hombres en esta vida perderlo todo por permitir que alguien les importara. Me juré que nunca sería tan estúpido.

Su pulgar traza círculos en mi palma. Un toque tan pequeño. Una confesión tan devastadora.

—Y entonces apareciste tú. —Baja aún más la voz—. Y no podía dejar de mirarte. No podía dejar de pensar en ti. No podía dejar de desear...

Se interrumpe y veo la frustración en la línea tensa de su boca. Las palabras no son su arma. Lo son sus actos. Pero lo intenta de

todos modos, desangrándose en palabras por mí.

—Te quiero. —Lo dice como una confesión. Como un crimen que estuviera admitiendo—. Te quiero tanto que me he vuelto estúpido. Un temerario. Entré solo en ese almacén porque ya no me importaba si...

—No lo digas. —Se me quiebra la voz—. No te atrevas a terminar esa frase.

Sus ojos se encuentran con los míos. Oscuros. Intensos. Sin remordimientos.

Oh, Dios mío.

Me inclino hacia delante y lo beso.

Tiene los labios secos, pero cuando su mano buena sube para acunarme la nuca, manteniéndome ahí, siento que algo encaja en su sitio dentro de mi pecho.

Como volver a casa, a un lugar que no sabía que existía.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respirando con más dificultad de la debida, la mirada de Nico se desvía hacia algún lugar por encima de mi hombro.

—El conejo está mirando.

Suelto una carcajada. Sir Floppington está apoyado contra la barandilla de la cama donde lo dejé, con sus ojos de botón fijos en nosotros con lo que solo puedo describir como una curiosidad criticona.

—Te he echado de menos —susurro—. Mucho. Estos últimos días...

—¿Cuánto?

Le parpadeo sorprendida. —¿Qué?

—¿Cuánto me has echado de menos? —Su pulgar acaricia mi pómulo—. Concretamente.

—¿En serio me estás pidiendo que cuantifique mi sufrimiento emocional ahora mismo?

—Sí.

—Vale. —Me acomodo mejor en la silla, manteniendo su mano entre las mías—. Te he echado tanto de menos que no podía dormir. Tanto que no dejaba de buscar el móvil para escribirte antes de recordar que te había dicho que te odiaba. Tanto que Lily me

preguntó por qué no paraba de llorar y tuve que echarle la culpa a la alergia.

La expresión de Nico no cambia, pero me aprieta más la mano.

—Tanto que, cuando llamó Vittoria y dijo que te habían disparado, no podía respirar —continúo, ahora más bajito—. Tanto que el trayecto en taxi hasta aquí pareció durar años. Tanto que estar sentada en esa sala de espera sin saber si sobrevivirías me hizo darme cuenta de que prefiero tenerte tomando decisiones que detesto a no tenerte en absoluto.

Nico sigue mirándome fijamente.

—Podrías encontrar a alguien mejor —dice.

Me dan ganas de pegarle.

De verdad, me apetece mucho darle un bofetón en esa cara tan estúpidamente guapa. Pero soy buena persona, él acaba de salir de una cirugía y probablemente haya enfermeras cerca a las que no les parecería bien que agrediera a su paciente.

Debe de verlo en mi cara porque se ríe. El sonido es tosco, interrumpido por lo que supongo que es el dolor de la herida del pecho, pero es real. Genuino.

—¿Significa esto que te vienes a casa conmigo?

Parpadeo. —¿Qué?

—A casa. —Lo dice como si fuera obvio. Como si ya hubiéramos tenido esta conversación y yo fuera lenta de entendederas—. Conmigo. Tú y Lily.

—Yo... —Mi cerebro sufre un cortocircuito—. Nico, no puedo simplemente...

—Has dicho que me echabas de menos. —Su pulgar vuelve a trazar círculos en mi palma—. Has dicho que no podías dormir. Que no parabas de llorar. Eso no es justo.

—¿Que no es justo? —Le miro incrédula—. Te han disparado. En el pecho. ¿Y me hablas de lo que es justo?

—Me dejaste. —Simple. Directo. Como si expusiera un hecho, no una acusación—. No voy a permitir que eso vuelva a ocurrir.

—Eso no es... —Niego con la cabeza, intentando organizar el caos de mis pensamientos—. Nico, no sé cómo se hace esto. No sé si está bien simplemente... mudarme con tu familia. Con todos ellos.

A ese recinto donde la gente lleva pistolas y tiene reuniones secretas y...

—Podemos vivir donde tú quieras.

Eso me deja helada.

—¿Qué?

—Donde tú quieras —repite—. En el recinto. En un piso. En una casa en otro sitio. Me da igual. Mientras tú estés allí.

Me duele el pecho. Este hombre. Este hombre exasperante, aterrador e increíblemente tierno.

—Tienes que estar seguro de esto —digo en voz baja—. Estos últimos días, cuando estábamos separados, lo único que podía pensar era... Tengo una hija, Nico. Vengo con una niña de cuatro años que necesita estabilidad, rutina y a alguien que no vaya a desaparecer. No puedo simplemente...

Nico me mira como si hubiera empezado a hablar en chino.

—Sí —dice despacio—. ¿Y?

—¿Y? —repito—. Pues que es mucho. Es otra persona entera de la que te harías cargo. Una niña que necesita atención, paciencia y...

—Kristen. —Me corta—. Nunca he estado cerca de un niño. Nunca he querido estarlo. Nunca pensé que podría. —Su mandíbula se tensa—. Pero Lily es tu mundo. Y tú eres el mío. Así que ella también es mía. Así es como funciona esto.

Me escuecen los ojos. Intento parpadear para contener las lágrimas, pero él no ha terminado.

—Además —añade, y ahora hay algo casi divertido en su voz—, Lily nos está haciendo un favor.

—¿Un favor?

—La primera de las dos que me aceptó fue ella. —Sus ojos buscan los míos—. No tú, con ese aire frío, caminando por ahí fingiendo que no me deseabas.

Se me escapa una carcajada. Fuerte, inesperada y completamente inapropiada para una habitación de hospital.

—¿Mi aire frío?

—Lo que has oído. —Su boca se curva apenas—. Te invité a cenar. Te di un trabajo. No dejaba de intentar hablar contigo. Y tú no parabas de huir como si fuera contagioso.

—¡Intimidabas mucho!

—Estaba interesado. —Lo dice como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿Pero Lily? Me enseñó un dibujo de un conejo con alas y me preguntó si quería quedármelo. Ni siquiera dudó. Simplemente decidió que valía la pena confiar en mí.

Recuerdo ese momento.

—Ella es más valiente que yo —admito.

—Lily se va a poner insoportable después de esto —le advierto—. Ya cree que eres el mejor del mundo. Si nos mudamos juntos, probablemente intentará cambiarle el nombre a todos sus conejos por el tuyo.

—Puedo vivir con eso.

—Y tengo condiciones.

Levanta una ceja. —¿Condiciones?

—Nada de volver a tomar decisiones sobre mi vida sin consultarme antes. —Levanto un dedo.

—Esa puede ser difícil.

—Nico.

Suspira. —Lo intentaré.

—Y quiero terminar mis estudios de medicina. —Levanto otro dedo—. Quiero ser enfermera. Una de verdad. Con título y todo.

—Hecho.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. —Se lleva mi mano a los labios, depositando un beso en mis nudillos—. ¿Algo más?

Me inclino hacia delante, con cuidado de sus heridas, y rozo sus labios con los míos.

—Sí —murmuro contra su boca—. Deja de recibir balazos.

—Lo añadiré a la lista.

Nico

El beso es suave. Delicado. Nada que ver con la forma desesperada y absorbente con la que suelo desearla.

Pero estoy conectado a máquinas y tengo un agujero en el pecho donde antes había una bala, así que la suavidad tendrá que bastar.

Los dedos de Kristen me recorren la mandíbula, con cuidado de evitar la vía. Sus labios saben a café de hospital y a algo más dulce debajo... A alivio, quizá. A esperanza.

Estoy a punto de acercarla más cuando la puerta se abre de golpe.

—Nicolò, te he traído...

Mi madre se queda petrificada en el umbral, con un recipiente de lo que huele a sopa casera en las manos. Sus ojos bailan entre nosotros. Kristen al borde de mi cama. Mi mano enredada en su pelo. Nuestras caras a apenas cinco centímetros de distancia.

Durante exactamente tres segundos, nadie se mueve.

Entonces el rostro de mi madre se transforma en algo que solo puedo describir como triunfal, deja la bandeja sobre un mueble junto a la puerta y empieza a aplaudir.

Como si estuviera en la ópera y acabara de presenciar la mejor actuación de su vida.

—Mamma...

—¿Cuándo ha pasado esto? —Deja la sopa en la mesita de noche, ignorando por completo mi intento de hablar—. ¿Cuánto tiempo lleva esto en marcha? ¿Por qué nadie me ha dicho nada?

Kristen se aparta, con las mejillas teñidas de ese tono rosa que me tiene obsesionado. —Señora Sartori, puedo explicarlo...

—Aria —la corrige mi madre automáticamente, agitando la mano —. Está claro que ya hemos pasado las formalidades. —Mira de nuevo entre nosotros—. ¿Cuándo es la boda?

Me atraganto con el aire.

Kristen suelta un sonido parecido al de un gato asustado.

—Mamma.

—¿Qué? —Se acomoda en la silla junto a mi cama como si pensara quedarse durante todo el interrogatorio—. Casi mueres,

Nicolò. La vida es corta. Quiero nietos antes de ser demasiado vieja para correr tras ellos.

Kristen abre la boca. La cierra. La vuelve a abrir.

Me parecería divertidísimo si no sintiera el pecho como si me hubiera atropellado un camión.

—Aún no hemos hablado de... —empieza Kristen.

—Matrimonio —termina mi madre—. Sí, bueno, deberíais. Pronto. —Su expresión cambia, volviéndose repentinamente seria. El cambio es tan brusco que incluso Kristen se queda quieta—. Nicolò Sartori.

Mierda.

El nombre completo. Nunca sigue nada bueno al nombre completo.

—Esta mujer no va a trabajar más para nosotros, ¿correcto? —La voz de mi madre podría cortar el cristal—. ¿Ahora que estáis juntos?

Kristen me mira con un pánico apenas disimulado. Me reiría, pero estoy agotado, me duele todo y no he dormido bien en días.

—Aria. —Kristen se levanta, con las manos en alto como si se acercara a un animal salvaje—. Agradezco todo lo que su familia ha hecho por Lily y por mí. De verdad. Pero Nico y yo acabamos de... acabamos de tener esta conversación, literalmente. Hace cinco minutos. Antes de que entrara.

—Cinco minutos es tiempo de sobra. —Mi madre no se inmuta—. Yo decidí casarme con Giuseppe en tres.

Kristen se queda callada, porque ¿qué se puede decir a eso?

—Descansa ahora. Tienes un aspecto terrible —dice Aria.

—Gracias.

—Enviaré a Vittoria para que se quede contigo. —Mira a Kristen —. A menos que...

—Me quedo yo —dice Kristen rápidamente—. Si le parece bien.

—Por supuesto que nos parece bien. —Mi madre sonríe—. Bienvenida a la familia, Kristen. Oficialmente.

Sale de la habitación antes de que ninguno de los dos pueda responder, dejando la sopa y aproximadamente diecisiete preguntas sin respuesta a su paso.

Kristen se queda mirando la puerta cerrada.

—¿Acaso tu madre acaba de...?

—¿Adoptarte? Probablemente. —Me muevo en la cama, intentando encontrar una posición que no me haga querer gritar—. Lleva queriendo hacerlo desde la noche en que la salvaste.

—Le hice la maniobra de Heimlich. No le doné un riñón.

—Para ella es lo mismo.

Kristen se ríe.

—Ven aquí —le digo.

—Tienes que descansar.

—Te necesito a ti. Descansaré mejor si estás aquí.

Duda solo un momento antes de subir con cuidado a la cama a mi lado. El colchón del hospital no está pensado para dos personas, pero me da igual. Su cabeza encuentra el espacio entre mi hombro y mi mandíbula, su cuerpo se curva contra el mío como si hubiera sido diseñada para encajar ahí.

—Tu madre es aterradora —susurra.

—No te haces una idea.

—Ya está planeando nuestra boda.

—Probablemente eligió el sitio hace años. —Cierro los ojos, aspirando el aroma de su pelo—. Solo esperaba a que yo dejara de ser un idiota.

—Ya te ha costado.

—Casi morir me ha ayudado a aclarar algunas cosas.

Se queda inmóvil contra mí. —No bromees con eso.

—¿Quién bromea?

Sus dedos buscan los míos, entrelazándose con cuidado para evitar la vía. —Pensé que te había perdido.

—Pues no.

—Lo sé. Pero pensé... —Se le corta la voz—. Pensé que morirías creyendo que te odiaba.

—Sabía que no —No es del todo cierto, pero no necesita saber lo de las horas de oscuridad en el almacén, desangrándome sobre el hormigón frío, preguntándome si aquel «te odio» serían las últimas palabras que oiría de ella.

—Mentiroso.

—A veces.

Levanta la cabeza para mirarme y tiene lágrimas en los ojos que se esfuerza mucho por ocultar. Estiro la mano —despacio, porque todo me duele— y le acaricio el pómulo con el pulgar.

Me besa. Y luego se aparta.

—Duerme —me ordena.

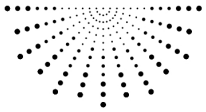
Quiero discutir. Quiero seguir hablando, seguir tocándola, seguir confirmando que esto es real y que ella está aquí y que no lo estropeé todo sin remedio.

Pero mi cuerpo tiene otros planes.

Lo último que siento antes de que el sueño me arrastre al fondo son sus dedos trazando dibujos en mi palma y el ritmo constante de su respiración.

Por primera vez en semanas, no sueño con perderla.

CAPÍTULO CUARENTA



Kristen

Dos semanas después, estoy sentada a una mesa rodeada de criminales y, ¿lo más extraño? Me siento como en casa.

Giulia regresó de Sicilia hace tres días, bronceada y descansada, e inmediatamente horrorizada por el estado del armario de las especias. Ella y Aria llevan cocinando desde el amanecer, inundando la mansión con olores que hacen que me rujan las tripas.

Están todos aquí. Todos.

Pietro se sienta a la cabecera de la mesa con Nora a su lado. Lorenzo y Sophia han llegado hace una hora. Vittoria no deja de robar panecillos cuando cree que nadie la mira. Valentino y Carmela han volado desde Sicilia específicamente para esta cena, que Aria insistió en que era —solo tiempo en familia—, pero que parece más bien una celebración.

Y Bruno.

Bruno está aquí.

Ha colocado su silla de ruedas en la esquina de la mesa, lo más lejos posible del centro de atención sin llegar a salir de la habitación. Tiene la mandíbula tensa y la mirada dura, pero está aquí. Aria prácticamente lo ha arrastrado fuera de su ala de la casa, apelando

a la culpa, a la obligación materna y probablemente a base de algunas amenazas que no he llegado a oír.

—Solo porque tú has insistido —le gruñó él cuando llegó.

—Por supuesto que he insistido —respondió Aria, besándole la mejilla—. Eres mi hijo. Tu lugar está en esta mesa.

Él no ha vuelto a hablar desde entonces. Pero tampoco se ha ido.

Lily está sentada a mi lado en un alzador, con el vestido morado de estrellas que le compramos en nuestra tarde de compras. Le está explicando a Valentino —muy seriamente— por qué Sir Floppington necesita su propia silla en la mesa.

—Ayudó a Nico a sentirse mejor —dice, como si eso lo explicara todo—. Es un conejito héroe.

Valentino, para su crédito, asiente con solemnidad. —Un conejito héroe se merece un sitio de honor.

La mano de Nico busca mi muslo por debajo de la mesa. Su agarre es cálido, posesivo, reconfortante. La herida de su pecho está cicatrizando —tendrá otra cicatriz que añadir a su colección—, pero está vivo.

Después del hospital, después de que se despertara y yo le dijera que lo amaba y él me respondiera con esa forma suya tan tosca y torpe, supe lo que tenía que hacer. Fui a nuestro minúsculo apartamento y senté a Lily en el sofá.

—Cariño —le dije—, ¿qué te parecería vivir en otro sitio?

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿En el castillo?

Me reí a mi pesar. —Sí. En el castillo.

Ni siquiera dudó. —¿Con Nico? ¿Y Vittoria? ¿Y los conejitos?

—Con todos ellos.

—¿Para siempre?

La esperanza en su voz hizo que algo se quebrara en mi pecho. —Para siempre.

Me rodeó el cuello con los brazos con tanta fuerza que casi me tira. Y eso fue todo.

A veces me pregunto por qué no pregunta por Jack. Su padre. El hombre que se suponía que debía amarla incondicionalmente pero que ni siquiera se molestó en luchar por ella cuando importaba.

Se lo mencioné a Nico una vez, tarde por la noche, cuando estábamos enredados en su cama y yo no podía desconectar el cerebro.

—Nunca lo menciona —susurré—. ¿No lo echa de menos? ¿No debería echarlo de menos?

Nico se quedó callado un buen rato. Sus dedos trazaban patrones perezosos en mi hombro desnudo.

—Los niños lo saben —dijo finalmente—. Saben quién está ahí y quién no. Quién les hace sentir seguros y quién les hace sentir pequeños. —Su voz era áspera, pragmática—. No pregunta porque no hay nada por lo que preguntar. Él tomó su decisión. Ella lo entiende.

Quise insistir en que una niña de cuatro años no podía comprender las complejidades de las relaciones adultas y el abandono.

Pero luego pensé en cómo Lily gravita hacia Nico. Cómo se sube a su regazo sin preguntar. Cómo le enseña sus dibujos, le cuenta secretos y confía en él de inmediato, por instinto, de una manera en la que nunca confió en Jack.

Los niños lo saben.

Sí. Quizá sí.

—Pásame el pan —exige Vittoria, devolviéndome al presente.

Lorenzo se lo entrega poniendo los ojos en blanco. —Ya llevas tres.

—Soy una chica en edad de crecer.

—Tienes veintitrés años.

—Sigo creciendo. Emocionalmente. —Arranca un trozo y le sonríe —. A diferencia de algunas personas en esta mesa.

Sophia resopla sobre su copa de vino.

La comida es increíble. La lasaña de Giulia, las verduras asadas de Aria, el pan recién hecho que aún está caliente del horno. La conversación fluye a mi alrededor, ruidosa y solapada, y ocasionalmente en italiano cuando alguien olvida que todavía estoy aprendiendo.

Vigilo a Bruno por el rabillo del ojo. Está comiendo, al menos. Despacio.

Es algo.

Nico se inclina cerca, su aliento cálido contra mi oreja. —Deja de preocuparte por los demás.

—No lo estoy...

—Sí, lo estás. —Su pulgar acaricia mi muslo—. Has mirado cómo estaba Bruno cuatro veces. Has contado cuánto ha comido Lily dos veces. Te has asegurado de que la copa de vino de mi madre esté llena.

Maldito sea por fijarse en todo.

—Viejas costumbres —murmuro.

—Nueva vida. —Me besa la sien, de forma breve y posesiva—. Relájate. Come.

Quiero discutir, pero Lily elige ese momento para anunciar, muy alto, que quiere enseñarles a todos sus nuevos dibujos de conejitos después de cenar.

—¿Todos? —pregunta Lorenzo, con aspecto ligeramente alarmado.

—Todos —confirma Lily—. Hay veintisiete.

Pietro me mira desde el otro lado de la mesa y sonríe, y me doy cuenta de que esta es mi familia ahora. Esta gente. Esta mesa. Este lío ruidoso, complicado, peligroso y cariñoso.

Son criminales. Lo sé. Lo he aceptado, aunque no lo haya procesado del todo. Trafican con armas, lavan dinero y hacen cosas por las que no pregunto porque no estoy segura de querer saber las respuestas.

Pero el caso es que, al descubrir que eran de la mafia después de haberlos conocido, los vi primero como personas.

Tal vez eso me haga ingenua. Tal vez me convierta en cómplice.

O tal vez simplemente me hace humana.

La mano de Nico se aprieta en mi muslo.

Me apoyo en él. En esto. En nosotros.

Por primera vez en años, no estoy solo sobreviviendo,

Estoy viviendo.



Nico

El humo del cigarro sube hacia el techo del despacho de Pietro como una serpiente perezosa. Estoy de pie junto a la ventana, de brazos cruzados, observando a mis hermanos y a mi primo discutir sobre si deberíamos aliarnos con los rusos.

—Los Baganov no son como las otras mafias de la Bratva con las que hemos tratado. —Lorenzo se inclina hacia delante en su silla, con los codos en las rodillas—. Tienen un código. La familia es lo primero. ¿Os suena de algo?

Pietro está sentado tras su escritorio, con los dedos entrelazados bajo la barbilla. No ha hablado en diez minutos. Solo escucha. Calcula.

Bruno se acerca con la silla a la conversación, con la mandíbula apretada. —Toda organización criminal afirma tener un código hasta que deja de convenirle.

—Cinco hermanos, dos hermanas —continúa Lorenzo, ignorando el escepticismo de Bruno—. Se protegen entre ellos igual que nosotros nos protegemos los unos a los otros. Dmitri es quien se ha puesto en contacto. Ofrece asociaciones comerciales legítimas: contratos de construcción, rutas de transporte que no involucran mercancía ilegal.

Valentino se mueve contra la estantería. —Las familias europeas han trabajado con la Bratva antes. Cuando mantienen su palabra, la mantienen a rajatabla. Cuando no... —Se encoge de hombros—. Bueno. Ya sabemos lo que pasa.

Genial. Así que es o lealtad absoluta o traición absoluta. Nada de presión.

—A mí me dispararon —digo secamente.

Todas las cabezas se giran hacia mí.

—Esos no eran Baganov. —La voz de Pietro corta la tensión—. Lo confirmamos. Eran mercenarios intentando hacerse un nombre. De hecho, los Baganov nos ayudaron a identificarlos.

—Qué conveniente. —Las palabras me saben amargas.

Lorenzo suspira. —Nico, sé que tienes razones para sospechar...

—¿Que si sospecho? —Me aparto de la ventana, ignorando el tirón en la herida que aún me duele al sanar—. Ellos tenían la deuda de Kristen. Tenían vigilancia en nuestra mansión. ¿Y ahora quieren ser amigos?

—Condonaron la deuda antes del tiroteo —me recuerda Pietro—. Y retiraron su vigilancia cuando lo pedimos. Eso no es moco de pavo.

Bruno se ríe, pero sin pizca de humor. —¿Así que se supone que debemos confiar en ellos porque han dejado de amenazar a alguien que nos importa? El listón está muy bajo.

Por una vez, Bruno y yo estamos de acuerdo en algo.

—No se trata de confianza. —Lorenzo se pone en pie, caminando de un lado a otro como hace cuando está resolviendo un problema —. Se trata de beneficio mutuo. Los Baganov controlan los puertos del lado norte. Nosotros controlamos el sur. Juntos, tendríamos un control sobre el transporte que nadie podría desafiar.

—¿Y qué quieren a cambio? —pregunto.

—Acceso a nuestros contratos de construcción. Lavado de dinero limpio a través de negocios legítimos. Y... —Lorenzo duda.

Los ojos de Pietro se entrecierran. —¿Y qué?

—Protección. Tienen enemigos en Nueva York. Necesitan aliados.

Ah. Ahí está.

—O sea, que estaríamos luchando en sus guerras —dice Valentino, expresando lo que todos pensamos.

—Estaríamos luchando juntos. —El énfasis de Lorenzo suena pesado—. Mirad, no digo que debamos confiar en ellos a ciegas. Pero nunca hemos tenido una organización de la Bratva tan cercana a nuestros estándares éticos en Chicago. Jamás. No trafican con personas. No lo hacen con niños. Protegen a los suyos.

—Siguen siendo criminales —dice Bruno.

Lorenzo se ríe. —Nosotros también.

La habitación se queda en silencio.

Pietro se levanta de su mesa y camina hacia la ventana donde yo estaba hace un momento. Chicago se extiende bajo nosotros, todo acero, ambición y sangre.

—Nico, ¿tú qué opinas?

Odio que me lo pregunte. Odio que mi juicio pueda estar condicionado por lo sucedido. Pero Pietro valora mi análisis, incluso cuando —especialmente cuando— entra en conflicto con lo que quiere oír.

—No me gusta —admito—. Pero Lorenzo no se equivoca. Tener a los Baganov como enemigos no sirve de nada. Y si realmente ofrecen asociaciones legítimas... —Hago una pausa, eligiendo mis palabras con cuidado—. Deberíamos escucharlos. Pero bajo nuestros términos. En nuestro territorio. Y asegurándonos muy bien de tener una ventaja antes de firmar nada.

Pietro asiente lentamente. —¿Valentino?

—Las viejas familias aprobarían una alianza basada en valores compartidos. —Valentino descruza los brazos—. Pero también esperarían que lo verificáramos todo. Confía, pero verifica, como dicen los americanos.

—¿Bruno?

La silla de ruedas de mi hermano cruje mientras cambia de postura.

—Si hacemos esto —dice Bruno en voz baja—, lo hacemos bien. Una investigación completa. Antecedentes de cada hermano Baganov. Y mantenemos nuestros activos más vulnerables fuera de su alcance.

—De acuerdo. —Pietro se vuelve para mirarnos—. Lorenzo, organiza una reunión con Dmitri. Terreno neutral. Quiero mirarle a los ojos cuando me diga qué quiere su familia.

Lorenzo asiente, sacando ya su teléfono.

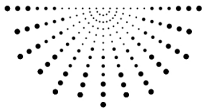
Debería sentirme aliviado. No nos estamos precipitando; estamos siendo cautos.

Pero mientras veo a mis hermanos prepararse para una alianza que podría cambiarlo todo, en lo único que puedo pensar es en Kristen y en Lily.

Tengo algo que vale la pena proteger más allá de la sangre y el negocio.

Y maldita sea si voy a dejar que alguien me lo arrebate.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO



Kristen

Las puertas del ascensor se abren y me encuentro con... nada de lo que esperaba.

Paredes de ladrillo visto se alzan hacia enormes ventanales industriales que inundan el espacio con la luz de la tarde. Los techos son increíblemente altos, con vigas de madera originales cruzándose por encima como las costillas de alguna bestia hermosa. Una cocina de planta abierta brilla con acero inoxidable y mármol blanco. Un sofá rinconera en el que cabría todo mi antiguo apartamento está frente a una chimenea que no sabía que existiera en los lofts de Chicago.

—¿Qué es este sitio? —las palabras salen sin aliento.

La mano de Nico se posa en la parte baja de mi espalda, cálida y posesiva a través de mi fino jersey. —Nuestro.

Me giro para mirarlo, con el corazón dándome un vuelco extraño en el pecho. —¿Nuestro?

—Lo he comprado. —Lo dice como si me estuviera contando que ha ido a por leche—. Hace tres semanas. La firma fue ayer.

—Has comprado un loft. —Lo repito como una idiota, pero mi cerebro se niega a procesarlo—. Has comprado un loft.

—Necesito un lugar donde follarte lejos de todo el mundo. —Sus ojos oscuros sostienen los míos, completamente serio—. En la mansión hay demasiados oídos. Demasiada gente entrando en el momento equivocado. Esto es nuestro. Solo nuestro.

Me río. No puedo evitarlo. —Lo dices en serio.

—¿Parece que esté bromeando?

No lo parece. Parece un hombre que decidió que quería algo y simplemente lo tomó. Lo cual, sinceramente, encaja con él.

—Nico. —Apoyo la palma de la mano en su pecho, sintiendo los latidos de su corazón constantes bajo mis dedos—. No puedes comprar inmuebles solo porque quieras privacidad.

—Puedo hacer lo que me dé la gana. —Su mano cubre la mía, presionándola con más fuerza contra él—. Y lo que quiero es oírte gritar mi nombre sin preocuparme por traumatizar a mi hermana.

El calor me inunda las mejillas. Y otros lugares. —Eso fue una sola vez.

—Vittoria todavía no me mira a los ojos en el desayuno.

—Eso no es culpa mía. Tú fuiste el que...

Me corta con un beso que me roba la réplica de la boca. Su lengua se desliza contra la mía, con sabor al expreso que ha tomado en el coche, y olvido hasta por qué protestaba.

Cuando se separa, agarro su camisa como si fuera lo único que me mantiene en pie. Lo cual, sinceramente, podría ser cierto.

—Hoy —dice contra mis labios—, celebramos.

—¿Cómo lo celebramos?

Esa sonrisa oscura se extiende por su rostro. —Probando cada superficie de este lugar.

Oh.

—¿Cada superficie? —consigo decir.

—El sofá. —Su mano se desliza por mi columna—. La encimera de la cocina. —Más abajo—. La cama. —Me agarra el culo y me pega a él, dejando que sienta exactamente lo serio que va—. La bañera.

Se me corta la respiración. —Eso es... ambicioso.

—Soy un hombre motivado.

Me muerdo el labio, fingiendo que me lo pienso. —Entonces, probablemente deberíamos empezar por el baño. Para asegurarnos de que la fontanería funciona.

—Práctica.

—Soy una mujer práctica.

—Eres una puta provocadora, eso es lo que eres.

Sonrío y me safo de su agarre, caminando hacia atrás hacia lo que supongo que es el baño. —¿Vienes?

Me acecha como si fuera su presa y, Dios, ¿por qué eso hace que todo en mi interior se contraiga?

El baño es ridículo. Todo de mármol blanco, una ducha de efecto lluvia lo bastante grande para cuatro personas y una bañera de cobre exenta que parece sacada de una revista. Ventanales de suelo a techo muestran el horizonte de Chicago.

—Madre mía —susurro.

—¿Te gusta?

Me giro y lo encuentro justo detrás de mí, tan cerca que tengo que echar la cabeza hacia atrás para encontrarme con sus ojos. —Estás loco.

—Probablemente. —Sus dedos encuentran el dobladillo de mi jersey—. Esto tiene que desaparecer.

Levanto los brazos, dejando que me lo quite por la cabeza.

—Tu turno —digo.

Se quita la camisa de un tirón. La cicatriz de su herida de bala todavía está rosada y sanando en su pecho, y la recorro con la punta de los dedos antes de que pueda contenerme.

—¿Todavía te duele?

—Solo cuando no me tocas.

Pongo los ojos en blanco. —Eso ha sido terrible.

—Pero ha funcionado. —Me coge la mano y la presiona sobre su pecho, justo encima del corazón—. ¿Sientes eso?

Su pulso late con fuerza contra mi palma.

—Lo siento —susurro.

Me besa de nuevo, más profundamente esta vez, con sus manos trabajando en mis vaqueros mientras las mías forcejean con su cinturón. Somos un amasijo de extremidades enredadas y toques

desesperados; la ropa va cayendo al suelo de mármol dejando un rastro de tela.

Cuando ambos estamos desnudos, me presiona contra la pared fría y suelto un gemido por el contraste de temperatura.

—Rodéame con tus piernas.

Lo hago, y me levanta como si no pesara nada, posicionándose en mi entrada. Apoya su frente contra la mía.

—¿Estás lista?

—Nico.

Se empuja dentro de mí con una estocada lenta y demoledora, y mi cabeza cae hacia atrás contra el mármol. El ángulo es diferente así, más profundo, más intenso, y clavo las uñas en sus hombros cuando empieza a moverse.

—Mírame —me ordena.

Obligo a mis ojos a abrirse y me encuentro con su mirada oscura mientras me folla contra la pared de nuestro baño. Nuestro baño. Nuestro loft.

—Esto es nuestro —dice, como si me leyera el pensamiento—. Tú y yo. Nadie más.

—Sí —jadeo—. Sí, sí...

Su ritmo aumenta, cada embestida me empuja más arriba por la pared, y ya estoy tan cerca que es casi vergonzoso.

—Córrete para mí.

Me rompo a su alrededor, su nombre escapa de mi garganta en un sonido que definitivamente habría traumatizado a Vittoria. Él me sigue al abismo con un gruñido que vibra por todo mi cuerpo.

Nos quedamos así un largo rato, apretados el uno contra el otro, respirando con dificultad.

—Bueno —consigo decir finalmente—. El baño funciona.

Su risa resuena contra mi cuello. —Uno menos.



Nico

La encimera de la cocina está fría bajo mis palmas, pero la piel de Kristen quema en cada punto de contacto.

La tengo abierta como un festín, con la espalda contra la piedra y las piernas envueltas alrededor de mis caderas mientras embisto dentro de ella. La cocina todavía huele a la cena que nunca terminamos. A ajo y vino.

—Nico. —Jadea mi nombre como una oración, arañándome los hombros con las uñas.

Alargo la mano hacia la cajita de terciopelo que he dejado antes en la encimera. He planeado esto. Llevo pensando en ello desde que lo vi en el escaparate hace tres días.

—Tengo algo para ti.

Sus ojos se abren ligeramente, nublados por el deseo. —¿Ahora? ¿Quieres darme un regalo ahora?

Me retiro lentamente, solo para sentir cómo se contrae a mi alrededor, desesperada por mantenerme dentro. Entonces le enseño lo que hay en la caja.

El vibrador de oro rosa.

Las mejillas de Kristen se ponen carmesí. —Nico, no puedo...

—Puedes. —Vuelvo a entrar en ella con una estocada suave, tragándome su gemido con mi boca—. Lo harás.

—Pero eso es... —Se retuerce bajo mi cuerpo, con la vergüenza luchando contra la excitación en esos ojos azul grisáceo—. Nunca he usado uno mientras... con alguien mirando.

—Siempre hay una primera vez. —Se lo pongo en la palma, cerrando sus dedos alrededor—. Tócate. Deja que te vea desmoronarte sobre mi polla.

—Nico. —Su voz flaquea. Mitad protesta. Mitad súplica.

Balanceo las caderas y golpeo ese punto dentro de ella que hace que su espalda se arquee separándose del mármol. —¿Confías en mí?

—Sí. —Sin vacilar. Esa sola palabra le hace algo peligroso a mi pecho.

—Entonces juega con tu clítoris mientras te follo. —Apoyo los antebrazos a cada lado de su cabeza, acorralándola—. Muéstrame

qué es lo que te gusta.

Por un momento, solo me mira fijamente.

Entonces su mano se mueve entre nosotros.

El zumbido del vibrador llena la cocina. Kristen lo presiona contra sí misma y todo su cuerpo se sacude como si hubiera recibido una descarga.

—Joder. —La palabra sale de ella rota y sorprendida.

—Eso es. —Empiezo a moverme de nuevo, lento y profundo—. Mírame.

Sus ojos se clavan en los míos. Salvajes. Desesperados. Se muerde el labio inferior.

—No te reprimas. —Embestí con más fuerza—. Déjame oírte.

El gemido que escapa de ella es sucio. Fuerte. Nada parecido a los sonidos cuidadosos y controlados que hacía cuando empezamos esto. Está aprendiendo que su placer le pertenece. Que puede tomar lo que quiera.

La veo estimularse con el juguete, ajustando el ángulo, encontrando su ritmo. Su mano libre agarra el borde de la encimera.

—Estás tan jodidamente hermosa. —Las palabras salen rudas. Destrozadas—. ¿Tienes alguna idea de lo que me haces?

Se ríe. —Tengo una ligera idea.

Cambio el ángulo, profundizando más, y ella suelta un grito. El vibrador se le resbala, pero le atrapo la muñeca y lo guío de vuelta.

—No pares. —Una orden—. Quiero sentir cómo te corres en mi polla mientras te tocas.

—Nico, estoy... —Sus caderas se sacuden contra las mías—. Es demasiado.

—No lo es. —La beso con fuerza—. Puedes soportarlo. Puedes soportar todo lo que te dé.

La tensión aumenta en su cuerpo. Puedo sentirlo en cómo sus muslos se aprietan a mi alrededor, en cómo sus paredes palpitan y me agarran. Está cerca. Tan jodidamente cerca.

—Mírame a los ojos. —No reconozco mi propia voz—. Cuando te rompas, quiero verlo.

Me obedece. Por supuesto que lo hace. Cuando Kristen se pone así... hace cualquier cosa.

Su espalda se arquea, su boca se abre en un grito silencioso que finalmente encuentra voz. Pulsa a mi alrededor, caliente y apretada, y yo me pierdo.

Me hundo profundamente y me dejo llevar.

Durante un largo rato, ninguno de los dos se mueve. Solo se oye el sonido de la respiración agitada y el zumbido de la nevera. El vibrador yace olvidado en la encimera donde ella lo ha dejado caer.

—La madre que me parió. —La voz de Kristen es ronca. Satisfecha—. Eso ha sido...

Se ríe, con una risa débil y maravillosa. —Vas a acabar conmigo con estas sorpresas.

—Nunca. —Le beso la sien.

La levanto en vilo, llevándola hacia el baño. Sus brazos se enroscan alrededor de mi cuello como si ese fuera su sitio.

—¿Nico?

—¿Dime?

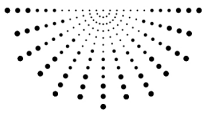
—Te quiero.

Le beso la frente. —Yo también te quiero.

La bañera de cobre ya está llena. También lo había planeado. Se sumerge en el agua caliente con un gemido que va directo a mi polla. De nuevo.

Pero por ahora, solo la sostengo. Observo cómo la tensión desaparece de sus hombros. Memorizo la forma en que me mira.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS



Kristen

El vestido no pesa nada, pero siento la seda contra mi piel con cada respiración.

Vittoria y yo hemos pasado tres días buscando los vestidos perfectos. Tres días de boutiques, champán y Vittoria declarando dramáticamente que todo era un «absolutamente no» hasta que encontramos los indicados. El mío es azul, con la espalda al aire y una abertura que sube peligrosamente por mi muslo izquierdo. El de Vittoria es verde, con el corpiño estructurado y con caída en la parte inferior; parece una diosa de la venganza.

Esta noche es la primera gala a la que entro como la novia de Nico Sartori.

El evento benéfico de invierno de la Fundación Moretti resplandece ante nosotros. El mismo lugar que la noche en que le hice la maniobra de Heimlich a Aria mientras llevaba un uniforme de catering barato.

Esta vez la entrada es distinta.

La mano de Nico presiona la piel desnuda de mi zona lumbar mientras nos detenemos en lo alto de la escalera.

—Todos los hombres en esta sala van a desearte —murmura contra mi oído, con los labios rozando el sensible lóbulo—. Y cada

uno de ellos sabrá que eres mía.

El calor se acumula en la boca de mi estómago. —Nico...

—Voy a pasarme toda la noche pensando en quitarte este vestido. —Su voz se vuelve más baja, más oscura—. En tumbarte en nuestra cama y hacerte gritar hasta que olvides tu propio nombre.

Mis muslos se aprietan involuntariamente. Cabrón.

—Vas a arrepentirte de esto —le susurro de vuelta, girando un poco la cabeza para que mis labios rocen su mandíbula—. De ponerme así antes de que siquiera entremos ahí.

Nico se ríe. —Cariño, cuento con ello.

Bajamos la escalera juntos, con su mano sin abandonar mi espalda en ningún momento. Alcanzo a vernos en las paredes de espejo.

He pasado años haciéndome pequeña. Esta noche, ocupo mi lugar.

Nico me guía entre la multitud, saludando a socios comerciales, intercambiando breves palabras con hombres cuyos nombres no capto. Sus dedos trazan pequeños círculos sobre mi piel desnuda, un recordatorio constante de su presencia.

Cuando llegamos a donde está Vittoria cerca de la barra, Nico se inclina para besarme la sien. —Tengo que buscar a Pietro. Quédate con Vittoria; volveré en diez minutos.

—Creo que podré sobrevivir diez minutos sin ti.

—La pregunta es si yo podré sobrevivir diez minutos sin ti. —Le lanza a Vittoria una mirada que dice claramente «vigílala», y luego desaparece entre la multitud.

Vittoria me tiende una copa de champán. —Sois asquerosos.

—Gracias.

—En serio. Lo de follar con la mirada está fuera de control.

Doy un sorbo al champán para ocultar mi sonrisa. —Eso dice la mujer que me hizo probarme cuarenta y siete vestidos.

—Cuarenta y tres. Y tenía razón con el azul. —Me señala con su copa—. Estás increíble.

—Tú también.

Brindamos, observando a la deslumbrante multitud bullir a nuestro alrededor.

—Vittoria Sartori —llama alguien. La voz del hombre es demasiado alta, sus movimientos ligeramente descoordinados. Corbata floja, el rubor de alguien que le ha dado fuerte a la barra libre—. Ha pasado mucho tiempo.

Yo no le reconozco, pero Vittoria claramente sí. Tensa la mandíbula. —James.

—Estás espectacular. —Se acerca más, invadiendo su espacio—. He estado pensando en ti. En nosotros.

—No hubo ningún «nosotros». —Vittoria se aparta, pero James la sigue—. Tuvimos una cita hace tres años.

—La mejor cita de mi vida. —Su mano busca el brazo de ella.

La voz de Vittoria se vuelve afilada. —No me toques.

Él no se mueve.

Mis dedos se aprietan alrededor de mi copa de champán. Estoy a punto de dar un paso al frente, de interponerme entre ellos, cuando una figura más grande se materializa detrás de James.

—La señorita le ha dicho que no la toque.

James se da la vuelta, casi perdiendo el equilibrio. —¿Quién demonios...?

—Váyase. —Una palabra. Final.

El valor líquido de James se evapora bajo esa mirada. Balbucea algo ininteligible y se aleja dando tumbos hacia la barra.

El hombre se gira hacia Vittoria, y toda su actitud cambia.

Es Dmitri Baganov. Lo sé porque vi una foto suya el otro día cuando Nico y Dante hablaban de él.

—¿Se encuentra bien?

Vittoria levanta la barbilla. —Podría haberlo manejado yo sola.

—Lo sé. —Él no aparta la vista del rostro de ella—. Pero no debería tener que hacerlo.

Ella le mira fijamente durante un largo momento. Luego extiende la mano, no en forma de saludo, sino para despedirlo.

—No necesito un caballero andante.

—No me estoy ofreciendo para serlo. —Él le coge la mano, pero en lugar de estrecharla, le da la vuelta y presiona sus labios contra sus nudillos.

Vittoria retira la mano de un tirón como si se hubiera quemado.

Se aleja sin mirar atrás, con la espalda recta y los hombros erguidos.

Él la ve marcharse. La expresión de su rostro no es de ira ni de frustración.

De fascinación.

Oh, no.

Reconozco esa mirada.



Nico

Encuentro a Kristen sola en el bar y algo frío se asienta en mi pecho. Remueve su copa de champán, observando a la multitud.

—¿Dónde está Vittoria? —pregunto, escudriñando la sala. Se suponía que mi hermana se quedaría con Kristen mientras yo me ocupaba de Pietro.

Kristen deja su copa. —Ha ido al baño. Un tipo borracho llamado James no aceptaba un no por respuesta.

Mi mano se cierra alrededor del borde de la barra. La madera cruje bajo mi agarre. —¿Qué?

—Tranquilo. —Pone su palma sobre mi puño y el contacto me devuelve a la tierra incluso mientras la rabia me quema la sangre—. Se ha ido. Alguien... se encargó de ello.

—Alguien. —No me gusta cómo dice eso—. ¿Quién?

—Dmitri Baganov.

Me quedo inmóvil, con cada músculo bloqueado mientras asimilo la información. El heredero de la Bratva ha intervenido con mi hermana. La ha protegido de algún borracho sobón cuando yo no estaba allí para hacerlo yo mismo.

—¿Simplemente... intervino? —Mi voz sale plana. Controlada. Lo opuesto a lo que siento.

—James se estaba poniendo agresivo. Dmitri hizo que se fuera. —Kristen observa mi cara con atención, leyéndome como siempre hace—. A tu hermana no le hizo ninguna gracia. Se marchó en cuanto se dio cuenta de quién era él.

Menos mal. Al menos Vittoria tiene sentido común.

Pero Kristen sigue mirándome con esa expresión curiosa. La que significa que está a punto de decir algo que no me va a gustar.

—¿Qué? —exijo.

—Háblame de Dmitri.

Mi mandíbula se tensa tanto que me duelen los dientes. —¿Por qué demonios preguntas por otro hombre?

Las palabras salen más bruscas de lo que pretendo. Posesivas. Celosas, aunque lo sé perfectamente. Aunque Kristen me eligió a mí, vive conmigo, me ama.

Ella sonríe con suficiencia.

Sonríe.

—¿Estás celoso ahora mismo? —Su voz rezuma diversión y me entran ganas de besarla para borrarle esa mirada de superioridad de la cara—. ¿Nico Sartori, celoso porque he hecho una pregunta?

—No comparto. —El gruñido en mi voz debería advertirla, pero a Kristen nunca se le ha dado bien hacer caso a las advertencias. Es una de las cosas que amo de ella. Y que odio.

—No me interesa Dmitri Baganov. —Se acerca más, inclinando la cabeza hacia atrás para encontrarse con mis ojos—. Pero tengo curiosidad por él.

—Curiosidad. —La acorralo contra la barra, con una mano apoyada junto a su cadera—. Por un heredero de la Bratva.

—Por la forma en que miró a tu hermana.

Me quedo helado.

Los ojos de Kristen sostienen los míos, firmes y sabios. —Miró a Vittoria de la misma forma que tú me miraste a mí. Aquella primera noche que nos conocimos, en la gala cuando salvé a tu madre.

Las palabras me golpean. Recuerdo esa noche. Y recuerdo de sobra cómo la miré.

Y ahora Kristen me dice que Dmitri Baganov miró a mi hermana pequeña de la misma manera.

Joder.

—¿Estás segura? —Mi voz sale ronca.

—He estado en el lado receptor de esa mirada. —Me toca la mandíbula, rozando con el pulgar la barba de un día que no me molesté en afeitar—. Sé lo que significa.

Cierro los ojos. Proceso.

—Esto es un problema —mascullo.

—¿Lo es? —Los dedos de Kristen bajan por mi cuello—. Vittoria es una adulta. Y por lo que he visto, sabe cuidarse sola.

—Es mi hermana.

Los labios de Kristen se curvan en una sonrisa. —Creo que puede manejarse con un ruso con problemas de fijación ocular.

Quiero discutir. Quiero irrumpir en este salón, encontrar a Dmitri Baganov y dejarle muy claro qué les ocurre a los hombres que miran así a mi hermana.

Pero la mano de Kristen se aferra a mi solapa, tirando de mí hacia abajo, a su altura.

—Deja de pensar en asesinatos durante cinco segundos —me susurra contra los labios—. Baila conmigo en su lugar.

—Yo no bailo.

—Esta noche sí.

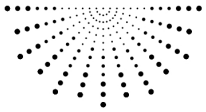
Ella me guía hacia la pista y yo la sigo, porque soy un maldito tonto por esta mujer. Porque me lo ha pedido y nunca he sido capaz de negarle nada.

Pero incluso mientras la acerco a mí, con mi mano extendida sobre la parte baja de su espalda, mi mente vuela.

Dmitri Baganov miró a Vittoria como yo miré a Kristen.

Y sé exactamente cómo termina esa historia.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES



Kristen

La mañana del quinto cumpleaños de Lily, me despierto con el sonido de sus pies tronando por el pasillo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ya tengo cinco años!—

Se lanza sobre la cama antes de que pueda abrir los ojos del todo. Nico gruñe a mi lado cuando una rodilla choca contra sus costillas, pero cuando miro de reojo, está sonriendo.

—Feliz cumpleaños, pequeña.— La atraigo hacia mis brazos, aspirando el aroma a fresa de su champú.

—Nico ha dicho que va a haber una fiesta enorme —anuncia Lily, dando botes sobre sus rodillas—. Con una tarta de castillo de princesas y un castillo hinchable y...—

—¿Eso ha dicho, eh? —Arqueo una ceja hacia el hombre que ahora mismo finge estar dormido.

Abre un ojo. —Puede que haya mencionado algo.

Algo. Ya. Durante la última semana, el jardín se ha transformado en lo que solo puede describirse como el sueño febril de una niña de cinco años. Guirnaldas rosas, arcos de globos, un castillo hinchable de verdad que Vittoria pidió por encargo a una empresa de Milán. Van a venir los nuevos amigos del colegio de Lily: Sophie y el

pequeño Thomas, que sigue a Lily a todas partes como si fuera el centro del universo.

—Vístete, piccola —dice Nico con la voz ronca por el sueño—. Giulia está haciendo tortitas.

Lily suelta un chillido y baja de la cama a toda prisa, desapareciendo por el pasillo. La veo irse, con el pecho apretado por algo que todavía no sé cómo nombrar. Gratitud se queda corto. Amor suena demasiado obvio.

—Oye. —La mano de Nico busca la mía bajo las sábanas—. ¿Estás bien?

Me giro para mirarlo.

—Estoy perfecta —le digo. Y por una vez, lo digo de verdad.

La fiesta es un caos de la mejor manera posible.

Doce niños corren gritando por el jardín mientras los padres beben champán bajo la carpa blanca que Giulia insistió en montar. Aria se ha apostado junto a la mesa de la tarta, asegurándose personalmente de que cada niño reciba un trozo del mismo tamaño. Bruno observa desde la terraza, con su silla de ruedas colocada a la sombra. No sonríe, pero tampoco se marcha. Progresos.

Lily abre los regalos en un torbellino de papel de regalo roto: animales de peluche, material artístico, un microscopio de parte de Lorenzo y Sophia que la hace jadear de auténtica emoción.

—Para tus experimentos —dice Lorenzo, guiñándome un ojo. Sabe lo de su colección de mariposas, sus interminables preguntas sobre por qué el cielo es azul y cómo crecen las flores.

Para las seis de la tarde, los últimos padres han recogido a sus hijos con el subidón de azúcar, y Lily está tumbada en el césped, rodeada de sus nuevos tesoros.

—Hay una sorpresa más —anuncia Vittoria, apareciendo a mi lado con una sonrisa que me hace sospechar de inmediato.

—V, ¿qué has hecho?

—Nada. —Me pasa el brazo por el mío—. Vamos. Tú también, cumpleañera.

Lily se levanta de un salto, abandonando a Sir Floppington the Fourth para seguirnos al interior. Vittoria nos guía hasta la sala de cine en casa. Esa con la pantalla gigante que Nico usa para las grabaciones de vigilancia pero que la familia finge que es para noches de película.

—Sentaos —ordena Vittoria, empujándonos hacia el sofá modular de cuero.

Lily se sube a mi regazo, todavía vibrando con la energía residual de la fiesta. Nico aparece en el umbral, apoyado en el marco con los brazos cruzados. Su expresión no revela nada, pero noto la ligera tensión en sus hombros. Nervios. Nico Sartori está nervioso.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—Solo mirad. —Vittoria coge un mando y pulsa reproducir.

La pantalla parpadea y, de repente, aparece Mickey Mouse. Está de pie frente a un castillo que reconocería en cualquier parte. El castillo de la Bella Durmiente. Disneyland París.

—¡Bonjour, Lily! —Mickey saluda a la cámara—. ¡Feliz cumpleaños!

Minnie Mouse entra brincando en el encuadre, sosteniendo un cartel que dice: «¡Lily, estamos deseando conocerte!».

Siento que Lily se queda completamente inmóvil en mi regazo.

—Ese es... —Su voz es apenas un susurro—. Ese es Mickey Mouse.

—¡Nos hemos enterado de que es tu quinto cumpleaños —continúa Mickey—, y queríamos invitarte a que vengas a visitarnos! ¡Te estaremos esperando aquí mismo, en París!

El vídeo termina con ambos personajes lanzando besos a la cámara. La pantalla se queda a oscuras.

Silencio.

Entonces Lily se gira para mirarme con los ojos como platos. —¿Mamá?

No puedo hablar. Se me ha cerrado la garganta por completo. Miro a Nico, luego a Vittoria, y vuelvo a mirar la pantalla en blanco donde Mickey y Minnie acaban de invitar a mi hija al lugar más feliz de la tierra.

—Vas a ir a Disneyland, piccola —dice Nico en voz baja—. Pasado mañana.

El grito que suelta Lily podría romper cristales.

Sale disparada de mi regazo como un cohete, lanzándose primero sobre Vittoria. —¡Gracias, gracias, gracias! —Luego corre —corre de verdad— hacia Nico, que apenas tiene tiempo de descruzar los brazos antes de que ella empiece a trepar por él como si fuera un árbol.

Le agarra la cara entre sus manitas y le planta un beso tras otro en las mejillas. —¡Eres el mejor! ¡El mejor!

Estoy llorando. Lágrimas gordas y feas ruedan por mis mejillas mientras veo a mi hija cubrir a Nico de besos.

—¡Ah! —Vittoria chasquea los dedos de forma dramática—. Se me ha olvidado por completo... necesitamos helado. Lily, ¿vienes a ayudarme a elegir sabores?

Lily suelta la cara de Nico, dejándolo con aspecto un tanto aturdido. —¿Puedo tomar de chocolate y fresa?

—Puedes tomar lo que quieras, cumpleañera. —Vittoria me lanza una mirada de complicidad antes de guiar a Lily hacia la puerta—. Estaremos en la cocina.

Entonces se van, y nos quedamos solos Nico y yo.

Me levanto con las piernas temblorosas y me acerco a él. No se ha movido del umbral, viéndome acercar con esa intensidad que antes me aterraba.

—¿Cuándo vas a dejar de malcriarnos? —Se me quiebra la voz al pronunciar las palabras.

Nico alarga la mano y su pulgar retira una lágrima de mi mejilla. Su mano está caliente, callosa, firme.

—Nunca.

Una palabra. Tan propia de él.

Me deshago contra su pecho, y sus brazos me rodean como si hubieran sido diseñados para mantenerme entera. Los latidos de su corazón retumban contra mi oído: fuertes, vivos, presentes.

—Te quiero —susurro contra su camisa.

Sus brazos se aprietan más. —Lo sé.

Suelto una risa húmeda. —Se supone que tienes que decir lo mismo.

—Te lo demuestro cada día. —Sus labios rozan mi pelo—. Pero está bien. Te quiero. A las dos. Más de lo que creía que era capaz de querer a nada.



Nico

Hace tres meses, si alguien me hubiera dicho que estaría vagando por Disneyland con orejas de ratón en la cabeza y una niña de cinco años a la espalda gritando cada vez que ve algo de color rosa, me habría reído hasta atragantarme.

Y luego le habría pegado un tiro por hacerme perder el tiempo.

Pero aquí estoy. Orejas de Mickey Mouse. Purpurina en la chaqueta que estoy bastante seguro de que no saldrá nunca. Un Dumbo de peluche bajo el brazo porque Lily decidió que él también necesitaba ver el castillo.

Y no cambiaría ni una maldita cosa.

—¡Nico! ¡Nico! ¡Mira! —Los dedos de Lily se hincan en mis hombros mientras da saltitos—. ¡Es el castillo de las princesas!

—Ya lo veo, piccola.

—¿Podemos entrar? ¿Podemos? ¿Por favor?

—Podemos hacer lo que tú quieras.

Suelta un chillido directamente en mi oído. Puede que no recupere el oído nunca. Merece la pena.

Kristen camina a nuestro lado, su mano roza la mía cada pocos pasos como si necesitara confirmar que soy real. Lleva un sencillo vestido veraniego blanco y esas ridículas orejas de Minnie Mouse que Lily insistió en que comprara. Lleva el pelo suelto sobre los hombros. Algo que nunca hacía cuando la conocí. Por aquel entonces, todo en ella estaba recogido, contenido, minimizado.

Llevamos horas vagando por aquí. Me duelen los pies. Mi espalda protesta por haber cargado a Lily más de lo que he caminado por mi cuenta. El sol pega fuerte, y estoy casi seguro de que tengo helado en la camisa de cuando Lily decidió enseñarme su cucurucho a medio lamer.

No me importa.

Porque Kristen está radiante.

No es el tipo de brillo del que habla la gente en las revistas. Esto es real. Los ojos se le abren de par en par ante cada atracción, cada personaje, cada tienda de recuerdos con precios excesivos. Lo fotografía todo. No solo a Lily, sino las flores, la arquitectura, la forma en que la luz incide en el agua de las fuentes.

Nunca ha estado en un sitio así. Lo sé sin preguntar.

—¡Mamá! —Lily tira del vestido de Kristen—. ¿Puedo comprarme la varita de princesa? ¿La que brilla?

—Cariño, ya tienes...—

—Sí —interrumpo yo.

Kristen me lanza una mirada. —Nico.

—¿Qué?

—No puedes decir que sí a todo.

—Mira cómo lo hago.

Le tiembla la comisura de los labios. Está luchando contra una sonrisa y está perdiendo. —Vas a malcriarla.

—Ese es el plan.

Lily lo celebra y se baja de mi espalda, agarrando la mano de Kristen para arrastrarla hacia la tienda. Yo las sigo, contento de verlas avanzar por el abarrotado sendero.

Kristen se mueve de forma diferente aquí. Más ligera. No encoge los hombros.

Se suponía que este viaje era para Lily. El regalo de cumpleaños definitivo. Pero en algún momento entre el tercer viaje en el carrusel y el segundo encuentro con un personaje, me di cuenta de la verdad.

Esto es para Kristen.

Lily habría estado encantada con una fiesta en el jardín y un conejo de peluche nuevo. Tiene cinco años. Su umbral de alegría es

maravillosamente bajo.

¿Pero Kristen? Ella nunca ha tenido esto. La magia de hacer algo solo porque es divertido.

La veo arrodillarse junto a Lily en la tienda, examinando varitas con el tipo de consideración seria que suele reservarse para las negociaciones comerciales. Lily agita una a modo de prueba, casi cargándose un expositor.

Kristen no la regaña. Se ríe y guía el brazo de Lily hacia un ángulo más seguro.

Yo he hecho esto, pienso. Yo le he dado esto.

No porque sea generoso. No lo soy. Soy egoísta y posesivo y quemaría todo este parque si alguien las amenazara.

Pero le he dado este momento. Este día. Esta vida.

Y ella eligió quedarse.

Esa es la parte que todavía me desarma.

Ella volvió.

Ella me eligió a mí.

—¿Nico? —La voz de Kristen me devuelve a la realidad. Está de pie frente a mí, con Lily aferrando una varita brillante que probablemente cueste más de lo que debería—. ¿Estás bien?

Me doy cuenta de que me he quedado mirándola fijamente. —Bien.

Ella entrecierra los ojos. No me cree. Nunca me cree cuando digo que estoy bien. Es molesto y maravilloso y la quiero por ello.

—Estás haciendo eso —dice ella.

—¿El qué?

—Lo de ponerte sombrío. Esa mirada intensa. —Se acerca más, bajando la voz—. Eso que hace que me den ganas de llevarte a rastras a algún sitio privado.

Me hierve la sangre. —No me tientes.

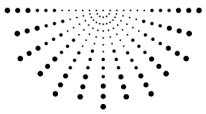
—¡Mamá! ¡Nico! ¡Venid! —Lily tira de nosotros—. ¡Va a empezar el desfile!

Kristen me sonríe antes de dejar que Lily la arrastre hacia la multitud.

Yo la sigo. Siempre la seguiré.

Pulsa AQUÍ para leer la historia de Vittoria.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO



Dmitri

Las retransmisiones de seguridad proyectan una luz azul sobre mi escritorio; doce pantallas que muestran cada rincón de Nexus. La pista principal está abarrotada de cuerpos que se contonean al ritmo de unos bajos que hacen vibrar hasta los cimientos del edificio. La sección VIP brilla con champán y secretos. La escalera oculta al tercer piso está vacía, como debe ser.

No vigilo las pantallas por placer. Las vigilo porque, en mi mundo, el momento en que dejas de prestar atención es el momento en que alguien te mete una bala en el cráneo.

Igor está de pie frente a mí, con el rostro curtido por años de servicio en la Bratva. Exmilitar. Leal hasta la médula. El único hombre, aparte de mi padre, en quien confío para manejar información que podría destruirnos.

—Enséñame. —No levanto la vista del informe que tengo en las manos. Cifras. Cargamentos. Rutas de distribución que hemos controlado durante seis años.

Desliza un teléfono por mi escritorio. Fotografías. Bolsas de plástico selladas con nuestra marca distintiva. El águila bicéfala que le dice a cada camello de Chicago que este producto pertenece a la Bratva Baganov.

Excepto que estas bolsas no son nuestras.

—Las han encontrado en Pilsen —dice Igor—. En tres esquinas. El mismo sello, el mismo embalaje. La calidad del producto es una mierda. Lo están cortando con algo que ya ha matado a dos consumidores.

Se me tensa la mandíbula. —Alguien está falsificando nuestra marca.

—Nos hace parecer descuidados. Nos hace parecer débiles.

Suelto el informe y finalmente le miro a los ojos. De un azul pálido, casi sin color; la gente dice que parecemos parientes. No lo somos. Solo somos dos hombres moldeados por el mismo mundo brutal.

—La alianza con los Sartori se formaliza el mes que viene. —Mantengo la voz nivelada, controlada. Como me enseñó mi padre. Nunca dejes que vean la rabia que se acumula en tu pecho—. Nos estamos expandiendo a territorios que hemos deseado durante años. La distribución se duplica. Los ingresos se triplican. ¿Y ahora algún mudak se cree que puede usar nuestro nombre para vender veneno?

Igor asiente lentamente. —Mal momento.

—Las coincidencias no existen en nuestro negocio. —Me aparto del escritorio y me pongo en pie, acercándome al ventanal que da a la pista de baile. Cuerpos retorciéndose. Luces pulsantes. Ninguno de ellos sabe que, sobre sus cabezas, unos hombres discuten quién vive y quién muere.

—Encuéntralos.

—Ya tengo informadores en la calle. Podría tardar unos días...

—Tienes cuarenta y ocho horas. —Me giro para mirarle—. Tráelos al almacén de Ashland. Quiero tener una conversación.

A Igor le tiembla la comisura de los labios. Sabe cómo son mis conversaciones. Esas que ocurren en habitaciones insonorizadas con plásticos en el suelo.

—¿Y cuando los encontremos?

—Daremos un escarmiento. —Me crujo los nudillos—. Los Sartori están observando cómo manejamos nuestro territorio antes de

comprometerse del todo. Pietro Sartori no llegó a ser Don asociándose con hombres que dejan que las ratas les roben.

La alianza se ha fraguado durante meses. Negociaciones cuidadosas. Respeto mutuo. Los Sartori controlan los muelles y la construcción. Nosotros controlamos el producto y los clubes. Juntos, seremos los dueños de Chicago de una forma que ninguna de las dos familias podría lograr por separado.

No voy a dejar que un falsificador de tres al cuarto destruya lo que he construido.

—Hay algo más —dice Igor.

Espero.

—El reconocimiento facial ha detectado a alguien interesante ahí abajo. —Saca una imagen en su teléfono y la orienta hacia mí—. Ha llegado hace veinte minutos.

El aire abandona mis pulmones.

Pelo oscuro sobre hombros descubiertos. Un vestido negro que debería ser ilegal. Labios pintados de rojo, curvados en una sonrisa mientras se inclina hacia su amiga rubia en la barra.

Vittoria Sartori.

Ha pasado un mes desde que la vi al otro lado del salón en una gala. Le besé la mano como un tonto de la vieja escuela y la vi huir como si la hubiera quemado.

He pensado en ella cada día desde entonces. He rastreado sus movimientos a través de nuestras redes de inteligencia. He sabido que apenas sale del recinto de los Sartori.

Y esta noche, está en mi club.

El destino es algo extraño.

—Ha venido con un guardia —continúa Igor—. Elio Benedetti. Competente. Actualmente apostado junto a la pared este, intentando parecer relajado.

—No lo está consiguiendo.

—No.

La observo en la pantalla. La forma en que echa la cabeza hacia atrás cuando se ríe. Cómo sus dedos recorren el borde de su copa. Cómo se mueve con la música.

—Llévalas a la zona VIP. A ella y a la rubia. Que no paguen por nada. Ni un solo céntimo.

A Igor le tiembla la ceja. Es la única señal de que está sorprendido. En seis años de trabajo conjunto, nunca he dado un trato especial a una mujer. Ni una sola vez.

—Considérelo hecho. —Se guarda el teléfono—. ¿Necesita algo más?

Mantengo los ojos fijos en la pantalla donde Vittoria se balancea al ritmo de la música. Sus caderas se mueven como si no le importara que nadie la esté mirando.

—Yo me encargo a partir de aquí.

Igor no me cuestiona. Nunca lo hace. Por eso sigue vivo.

La puerta se cierra tras él y me quedo a solas con doce monitores y una obsesión.

Navego por las tomas de las cámaras hasta que la encuentro de nuevo. Pista principal, cerca de la barra. Las luces estroboscópicas captan la curva de su cuello, el hueco de su clavícula, la forma en que ese vestido abraza cada centímetro de su cuerpo como si hubiera sido cosido específicamente para destruir la cordura de los hombres.

Bozhe moi.

He visto fotografías de Vittoria Sartori. He estudiado su expediente hasta poder recitar su horario diario de memoria.

Mi mano se mueve hacia el panel de control. Hago zoom. Solo un poco. Lo justo para observar el rubor que se extiende por su pecho. La forma en que su lengua sale disparada para humedecer su labio inferior entre canción y canción. El fino brillo de sudor que hace que su piel resplandezca bajo las luces.

Si creyera en las señales de Dios, esta sería una.

El problema del falsificador se convierte en ruido de fondo. Las negociaciones de la alianza, las rutas de distribución, la salud decadente de mi padre. Todo se vuelve estática. Ruido blanco. Nada.

Solo existe ella.

Veo a su amiga inclinarse para decir algo. Vittoria se ríe, y todo su rostro se transforma. Entonces su amiga señala hacia la sección

VIP. Una anfitriona vestida de negro se les acerca. Ella niega con la cabeza, rechazando la oferta claramente.

Mujer testaruda.

La anfitriona gesticula de nuevo. Les enseña algo en su tableta. Probablemente la nota que suelo enviar a la gente a la que quiero vigilar de cerca.

Cortesía de la casa. Por favor, disfruten de la velada.

La espalda de Vittoria se endereza.

Su guardia se acerca. Le dice algo al oído. Ella lo aparta con un movimiento irritado de la muñeca.

Finalmente, ella asiente. Deja que la anfitriona la guíe a ella y a la rubia hacia el cordón de terciopelo.

Cambio de cámara. La sigo a través de la multitud. Escaleras arriba. Hacia el VIP.

Se acomoda en un reservado curvo con vistas a la pista de baile. El champán llega en cuestión de minutos. Del bueno. Cristal. Porque si voy a malcriarla, voy a hacerlo como es debido.

Su amiga chilla y coge la botella. Vittoria levanta la vista. Escanea la sala.

Buscándome.

Sigue buscando, solnyshko. Me encontrarás pronto.

Me echo hacia atrás en mi silla. Estudio la forma en que cruza las piernas. Cómo el dobladillo de su vestido se sube por su muslo.

He matado a hombres por mucho menos de lo que estoy pensando ahora mismo.

El heredero de la Bratva no debería estar obsesionándose con una mujer como un muchacho enamorado. Tengo territorios que proteger, enemigos que eliminar, un imperio que heredar. Mi padre se muere. La alianza con los Sartori requiere una diplomacia cuidadosa.

Pero verla sonreír ante algo que dice su amiga, verla relajarse por fin en el reservado como si se estuviera permitiendo este pequeño placer...

Ya yeyo ne otpushchu. No voy a dejarla ir.

Ni esta noche, ni nunca.

Me levanto. Me ajusto los gemelos.

Vino a mi club buscando diversión.

Estoy a punto de demostrarle que ha caído directamente en una trampa.



Vittoria

Las burbujas del champán estallan contra mi lengua. Llevo cuarenta minutos aquí y ya empiezo a sentir ese calor familiar extendiéndose por mi pecho, aflojando algo que ha estado tensado durante mucho tiempo.

¿Cuándo me he vuelto tan floja para el alcohol?

Amanda echa la cabeza hacia atrás, riéndose de algo en su teléfono. Sus ondas rubio platino captan las luces púrpuras del VIP y parece que pertenece a este lugar: a este mundo de graves potentes, gente hermosa y cero consecuencias.

—Vale, pero mira su foto de perfil. —Me pone la pantalla delante de la cara. Un tipo con abdominales y un barco—. Literalmente tiene un emoji de un barco en su biografía. Un emoji de un barco, V. Eso es una bandera roja.

—¿El barco o el emoji?

—Ambos. Los hombres con barco tienen síndrome de protagonista. —Da otro sorbo—. Además, probablemente esté compensando algo.

Suelto un bufido contra mi copa. Dios, echaba de menos esto. Las bromas estúpidas. La risa fácil.

Mi mirada se desvía hacia Elio, que está de pie al borde de nuestro reservado. Pobre desgraciado. Se supone que debe vigilarme, pero sus ojos no dejan de resbalar hacia Amanda como si ella fuera el norte magnético. La forma en que se le tensa la mandíbula cuando ella se ríe. La sutil inclinación de su postura cada vez que ella se mueve.

Está jodido.

La culpa me retuerce el estómago, mezclándose de forma incómoda con el puntito del champán.

Elio es la única razón por la que tengo algo parecido a una vida fuera de aquel recinto. Cualquier otro que Pietro hubiera asignado me tendría con la correa más corta que a un perro de exhibición. Pero Elio... Elio está enamorado de mi mejor amiga, lo que significa que hace cualquier cosa que le pidamos.

Incluso mirar hacia otro lado.

Dos años sin sexo. Dos años enteros de nada más que mi propia mano y el peso aplastante de un duelo que hacía que la idea de que me tocaran resultara imposible. Antes de eso, hubo un par de aventuras de una noche. Rápidas, anónimas, olvidables.

Elio hacía guardia frente a las habitaciones de hotel mientras yo fingía ser otra persona durante unas horas. Alguien sin un hermano muerto. Alguien sin una maldición siguiéndola como una sombra.

Si Pietro se enterara alguna vez, Elio perdería algo más que su trabajo.

Deja de pensar en ello.

Bebo mi copa demasiado rápido. Las burbujas me queman al bajar.

—¿Estás bien? —Amanda se inclina hacia mí.

—Perfecta. —La mentira sale con facilidad—. Solo estaba pensando.

—Deja eso inmediatamente. —Me vuelve a llenar la copa con la botella que se está enfriando en el cubo de hielo—. No se permite pensar esta noche. Ese era el trato.

—¿Cuándo hicimos ese trato?

—Justo ahora. Lo estoy haciendo ahora. —Choca su copa contra la mía—. Por las malas decisiones y cero arrepentimientos.

Bebo por eso.

Los bajos vibran a través del asiento de cuero, a través de mis huesos. Los cuerpos se mueven en la pista de baile debajo de nosotras, todo es roce, calor y conexiones temporales. Todo el mundo aquí busca algo. Evasión. Placer. Alguien que les haga olvidar.

¿Qué estoy buscando yo?

La pregunta me resulta peligrosa. La ahuyento.

—Bueno. —Amanda alarga la palabra, y sus ojos adquieren ese brillo conspirador que tan bien conozco—. ¿Vamos a hablar del hecho de que nos han pasado a la zona VIP por absolutamente ninguna razón?

—Quizá les ha gustado tu vestido.

—V, nos han regalado una botella de Dom Pérignon. Nadie hace eso a menos que alguien esté intentando impresionar a alguien. —Mueve las cejas—. Y como yo soy básicamente una don nadie, eso significa que alguien está intentando impresionarte a ti.

Se me revuelve el estómago de una forma complicada. —Eres una dramática.

—Soy observadora. —Se inclina más cerca, bajando la voz aunque nadie puede oírnos por encima de la música.

Examino a la multitud abajo, de repente muy alerta. ¿Hay alguien mirando? Me hormiguea la nuca. Probablemente no sea nada. Probablemente solo sea paranoia y champán.

Pero la sensación no desaparece.

—Tengo que ir al baño —anuncia Amanda, deslizándose ya fuera del reservado—. Guárdame el sitio.

Se ha ido antes de que pueda responder, abriéndose paso hacia el baño con la confianza de alguien que nunca ha tenido que comprobar las salidas o vigilar posibles amenazas.

Debe de ser agradable.

La mirada de Elio la sigue como la aguja de una brújula buscando el norte. Luego me mira a mí, con algo de disculpa en su expresión.

—Ve —le digo—. No me voy a mover de aquí.

Él duda. Su trabajo es vigilarme a mí, no ir detrás de mi amiga como un perrito faldero enamorado.

—Elio. —Suavizo la voz—. Estaré justo aquí. Dos minutos.

Él asiente una vez, con firmeza, y sigue a Amanda entre la multitud.

Y así de la nada, estoy sola.

La soledad dura aproximadamente cuarenta y cinco segundos.

—Hola.

Levanto la vista y me encuentro con un tipo deslizándose en el lugar vacío de Amanda. Joven. Quizá de unos veintidós años. Reloj caro, colonia barata, el tipo de confianza que da el que nunca te hayan dicho que no.

—Soy Ben. —Me muestra lo que probablemente cree que es una sonrisa encantadora—. Te he visto antes. No he podido dejar de mirarte.

Ay, cielo. Presumir de eso no surte el efecto que crees.

—Vittoria. —Mantengo la voz educada pero plana. Sin calidez. Sin invitación.

Él no se da cuenta. Por supuesto que no.

—Un nombre precioso para una mujer preciosa. —Se acerca más, y percibo el fuerte olor a vodka en su aliento—. ¿Estás aquí sola?

—No.

—Pues podrías haberme engañado. —Su mirada baja a mis piernas, deteniéndose de una forma que hace que se me erice la piel —. Ese vestido es una locura. Debes de ir mucho al gimnasio.

Madre mía.

Me aparto, poniendo distancia entre nosotros. —Mi amiga volverá en cualquier momento.

—Entonces será mejor que me dé prisa. —Se ríe de su propia broma. Su mano aterriza en mi muslo, sus dedos presionando la piel desnuda.

Todo en mi interior se queda frío.

—Quita la mano —digo en voz baja—. Ahora.

—Venga, no te pongas así...

El chasquido del seguro de una pistola lo interrumpe a mitad de la frase.

Ben se queda helado. Su rostro pierde todo el color mientras el metal frío se presiona contra su sien.

—Si no estuviera pensando en su padre ahora mismo —dice una voz profunda detrás de él, con un acento que envuelve las palabras como el humo—, se iría de aquí sin dedos por haberse atrevido a ponerle las manos encima.

¿Qué cojones?

La mano de Ben desaparece de mi pierna tan rápido que cualquiera diría que soy de fuego. Sale a trompicones del reservado, casi tropezando con sus propios pies.

—Yo no... yo no quería...

—Lárgate.

Una palabra. Eso es todo lo que hace falta. Ben prácticamente sale corriendo, desapareciendo entre la multitud como si le fuera la vida en ello.

Tal vez sea así.

Me levanto despacio mientras me enfrento por fin a mi... ¿salvador? ¿Agresor? No sé cómo llamarlo.

Alto. Cabello oscuro peinado hacia atrás de un rostro de ángulos marcados y una simetría devastadora. Ojos como astillas de hielo, pálidos y penetrantes, siguiendo cada uno de mis movimientos con una intensidad que me corta la respiración.

Algo en él me resulta familiar. La línea de su mandíbula. La forma en que se mueve, como si la sala le perteneciera.

¿Dónde lo he visto antes?

—¿Qué demonios ha sido eso? —Mi voz suena más firme de lo que me siento.

Él guarda la pistola y tiene la audacia de sonreír. —De nada.

—No le he dado las gracias.

—Debería. —Se acerca y percibo su aroma. Caro. Cuero y algo más oscuro debajo—. Ese chico estaba a punto de cometer un error muy estúpido.

—Lo tenía controlado.

—¿Ah, sí? —Levanta una ceja—. Porque parecía que estaba a punto de montar una escena que habría hecho que su familia hiciera preguntas.

Tu familia.

Antes de que pueda responder, Amanda aparece al borde del reservado, con Elio justo detrás. Pero otro hombre le bloquea el paso a Elio.

Elio echa mano a su arma.

—Yo no lo haría. —Ni siquiera mira a Elio, manteniendo esos ojos pálidos fijos en mí—. La señorita Sartori está en muy buenas manos.

Retírese.

—Ni hablar...

—O —el desconocido inclina la cabeza—, podría informar a la familia Sartori de que su guardaespaldas dejó a su preciada hermana desatendida. Que un hombre se le acercó sin permiso mientras él estaba demasiado ocupado siguiendo a la rubia.

El rostro de Elio se queda blanco.

Mierda.

Amanda nos mira a todos, con la confusión y la alarma luchando en sus facciones. —¿V? ¿Qué está pasando?

—Nada. —Fuerzo la palabra—. Solo... dame un minuto.

—Pero...

—Amanda. —La miro a los ojos—. Por favor.

Ella duda, luego asiente despacio. Su mirada se detiene en el desconocido con algo entre el miedo y la fascinación antes de dejar que Elio la guíe de vuelta hacia la barra.

El desconocido los ve irse y luego vuelve a centrar esa atención devastadora en mí. —Amigos inteligentes.

—¿Quién es usted?

—Alguien a quien le gustaría tomar una copa con usted. —Hace un gesto hacia una puerta en la que no me había fijado antes, oculta tras la sección VIP y custodiada por otro hombre que parece una montaña—. Tengo un reservado privado arriba. Más tranquilo. Mejor champán.

Cada instinto de supervivencia que poseo me grita que me aleje. Este hombre sabe quién soy. Conoce a mi familia.

Alertas rojas. Muchísimas alertas rojas.

Pero la forma en que me está mirando...

Un calor se enrosca en lo bajo de mi vientre. Peligroso y delicioso.

Dos años, susurra algo. Dos años de nada.

—Una copa —oigo decir a mi propia voz.

Su sonrisa se acentúa. Victoriosa. —Después de usted.

Lo sigo hacia la puerta oculta, con el pulso latiendo con algo que se parece aterradoramente a la anticipación. Su mano roza la parte

baja de mi espalda; apenas es un toque, pero me quema a través de la fina tela de mi vestido.

Esta es una idea malísima.

Pulsa AQUÍ para leer la historia de Vittoria.

ESCENA BONUS EXCLUSIVA

¡Gracias por leer Nico! ¿Quieres descubrir qué les ocurre después? Puedes averiguarlo en este epílogo extra exclusivo haciendo clic aquí o escaneando el código QR y serás el primero en saber cuándo estará disponible cada libro de la serie Sartori Syndicate.

Disponible en ningún otro lugar

Pulsa AQUÍ para leer la historia de Vittoria.

Únete a los lectores que llamaron a este libro:

- "No puedes soltarlo" 📖
- "¡Me encantó absolutamente!" ❤️
- "¡Mejor libro del año!" ⭐⭐⭐⭐⭐
- 🔥🔥🔥🔥🔥

PLAN DE ACCIÓN DE 2 MINUTOS:

1️⃣ Deja una reseña (¡incluso solo "¡Increíble!" o 🔥🔥🔥 cuenta!)

2️⃣ Haz una captura de pantalla y publícala en redes sociales

3️⃣ Etiquétame @sherryblakeauthor

4️⃣ Únete a mi Grupo de Facebook para participar: https://facebook.com/groups/sherryblake

Un ganador aleatorio cada mes recibe un libro en rústica firmado GRATIS.

¡Podrías ser tú! 🎁

ACERCA DE SHERRY BLAKE

Sherry Blake escribe novelas románticas de mafia candentes con pasión, corazón y un poco de crudeza. Sus historias se nutren de experiencias reales, moldeadas por un pasado que le enseñó fortaleza, supervivencia y el poder del amor en todas sus complicadas formas.

Es una mujer casada, madre de tres hijos y narradora a tiempo completo que todavía cree en la magia de un buen chico malo. Cuando no está escribiendo, la encontrarás persiguiendo el caos, tomando café o pasando el tiempo con su mimado gato, Simba.

Sus libros son crudos, audaces y un poco peligrosos, justo como los hombres que los protagonizan.

¿Quieres saber más sobre ella?

Síguele la pista 👇

Grupo de Facebook: facebook.com/groups/sherryblake

Website: sherryblake.com

Oder... 👇👇👇



OTRAS OBRAS DE SHERRY BLAKE

Feretti Syndicate Series

Ruined By Revenge (Book One)

Ruined By Blood (Book Two)

Ruined By Rhapsody (Book Three)

Ruined By Capture (Book Four)

Ruined By Protection (Book Five)

Ruined By Ravishment (Book Six)

Sartori Syndicate Series

Pietro

Lorenzo

Nico

Vittoria

German Edition

Ruiniert Durch Rache

Ruiniert Durch Blut

Ruiniert Durch Rhapsodie

Ruiniert Durch Entführung

Ruiniert Durch Schutz

Ruiniert Durch Hingabe

Pietro

Lorenzo

Nico

Vittoria

French Edition

Ruinée Par La Vengeance

Ruinée Par Le Sang

Ruinée Par La Rapsodie

Ruinée Par La Capture

Ruinée Par La Protection

Ruinée Par Le Ravissement

Pietro

Lorenzo

Nico

Vittoria

Italian Edition

Rovinata Dalla Vendetta

Rovinata Dal Sangue

Rovinata Dalla Rapsodia

Rovinata Dalla Cattura

Rovinata Dalla Protezione

Rovinata Dal Rapimento

Pietro

Lorenzo

Nico

Vittoria

Spanish Edition

Destruida Por La Venganza

Destruida Por La Sangre

Destruida Por La Rapsodia

Destruida Por La Captura

Destruida Por La Protección

Destruida Por El Arrebato

Pietro

Lorenzo

Nico

Vittoria

Brazilian Edition

Destruida Pela Vingança

Destruida Pelo Sangue

Destruida Pela Rapsódia

Destruida Pela Captura

Destruida Pela Proteção

Destruída Pelo Arrebatamento

Pietro

Dutch Edition

Geruïneerd Door Wraak

Geruïneerd Door Bloed

Geruïneerd Door Rapsodie

Geruïneerd Door Gevangenschap

Geruïneerd Door Bescherming

Geruïneerd Door Verrukking

Other...

Audiobooks

Discreet Paperbacks

Swag & More

YouTube Edition